

# **Grandeza y Decadencia de César Birotteau, perfumista.**

**Por**

**Honoré de Balzac**

***Freeditorial*** 

## I

### César en pleno apogeo

Durante las noches de invierno no cesa el ruido en la calle de Saint-Honoré sino por un momento; los hortelanos prolongan por ella, según van al Mercado Central, el ajetreo de los coches que vuelven de los espectáculos o los bailes. En medio de ese calderón que, en la gran sinfonía del barullo parisino, aparece a eso de la una de la madrugada, a la mujer del señor César Birotteau, perfumista con comercio cerca de la plaza de Vendôme, la despertó sobresaltada un sueño espantoso. La perfumista se vio por partida doble: se contempló cubierta de andrajos, girando con mano consumida el picaporte de su propia tienda, en la que se hallaba, al tiempo, en el umbral de la puerta y sentada en su sillón junto al mostrador; pedía limosna, se oía hablar a sí misma desde la puerta y en el mostrador. Quiso agarrar a su marido y puso la mano en un sitio frío. Tan intenso miedo sintió entonces que no pudo mover el cuello, pues se le quedó petrificado; se le pegaron las paredes de la garganta y le falló la voz; se quedó sentada, clavada en la cama, con los ojos dilatados y la mirada fija, el pelo dolorosamente sensible, los oídos repletos de ruidos raros y el corazón encogido, pero palpitante; en resumen, empapada en sudor y helada en medio de una alcoba que tenía abiertas ambas hojas de la puerta.

El miedo es un sentimiento morbífico a medias; oprime de forma tal la maquinaria humana que o las facultades alcanzan súbitamente el grado máximo de fuerza o caen hasta el último grado de desorganización. A la fisiología la sorprendió durante mucho tiempo ese fenómeno, que desbarata sus sistemas y da al traste con sus conjeturas, aunque no por ello deje de ser sencillamente un rayo que le cae por dentro a la persona, aunque, como todos los accidentes eléctricos, sea peculiar y caprichoso en sus formas. Esta explicación se tornará vulgar el día en que los estudiosos admitan el gigantesco papel que desempeña la electricidad en el pensamiento humano.

La señora Birotteau pasó entonces por algunos de los padecimientos, luminosos hasta cierto punto, que proceden de esas terribles descargas de la voluntad que un mecanismo desconocido desparrama o concentra. Así fue como, durante un espacio de tiempo cortísimo, si lo medimos con nuestros relojes, pero inconmensurable desde el punto de vista de sus veloces impresiones, aquella infeliz tuvo el monstruoso poder de emitir más ideas, de sacar a flote más recuerdos que, en el estado ordinario de sus facultades, habría concebido en un día entero. La dolorosa historia de aquel monólogo puede resumirse en unas cuantas palabras absurdas, contradictorias y desprovistas de sentido, pues tal fue el monólogo.

«¡No hay razón que pueda sacar a Birotteau de mi cama! ¿Habrá cenado tanta ternera que se encuentre indispuesto? Pero, si se hubiera puesto malo, me habría despertado. ¡En los diecinueve años que llevamos durmiendo juntos en esta cama, en esta misma casa, nunca se ha levantado sin decírmelo, el pobre corderito! Sólo faltó de esta cama para pasar la noche en el cuerpo de guardia. ¿Se metió conmigo esta noche en la cama? ¡Pues claro que se metió! ¡Dios mío, seré tonta!».

Volvió la mirada hacia el lecho y vio el gorro de dormir de su marido que conservaba la forma casi cónica de la cabeza.

«Pues entonces es que se ha muerto. ¿Se habrá matado? ¿Por qué? — siguió pensando—. Desde que lo hicieron teniente de alcalde hace dos años, está muy como no sé cómo. ¿Meterlo en cargos públicos no es, a fe de mujer cabal, algo lastimoso? Los negocios le van bien, me ha regalado un chal. ¿O será que le van mal? Bah, me habría enterado. ¿Puede saber alguien lo que tiene por dentro un hombre? Ni tampoco lo que tiene una mujer. Y no está mal que no se sepa. ¡Pero si hoy ha habido ventas por valor de cinco mil francos! Además un teniente de alcalde no puede decidir darse la muerte por su mano, está demasiado al tanto de las leyes. ¿Dónde se habrá metido?».

No podía ni girar el cuello, ni adelantar la mano para tirar del cordón de una campanilla que habría puesto en movimiento a una cocinera, tres dependientes y un mozo de almacén. Presa de la pesadilla, que se prolongaba en estado de vigilia, no se acordaba de su hija, que dormía apaciblemente en un cuarto contiguo al suyo cuya puerta se abría a los pies de su cama. Por fin gritó: «¡Birotteau!» y no recibió respuesta alguna. Creía que había voceado el nombre, pero sólo lo había pronunciado in mente.

«¿Tendrá una amante? Es demasiado inocente para eso —siguió pensando— y, además, me quiere demasiado. ¿Pues no le dijo a la señora Roguin que nunca me había sido infiel, ni siquiera con el pensamiento? Si este hombre es la encarnación de la probidad en este mundo. Si alguien se merece el cielo es él. ¿Qué le puede contar a su confesor? Cositas de nada. Para ser monárquico, y sin saber por qué lo es por cierto, no le saca nada de lustre a eso de ser religioso. Pobrecito infeliz, se va a misa a las ocho, a escondidas, como si fuera a una casa de placer. Teme a Dios por el propio Dios; del infierno ni se acuerda. ¿Cómo iba a tener una amante? Se me separa tan poco de las faldas que me tiene aburrída. Me quiere más que a las niñas de sus ojos, cegaría por mí. En diecinueve años nunca ha dicho una palabra más alta que otra al hablarme. Me pone por delante de su hija. Pero ahí está Césarine... (¡Césarine! ¡Césarine!) Birotteau no ha tenido nunca un pensamiento que no me haya contado. Cuánta razón tenía cuando venía a El Marinerito y aseguraba que sólo podría conocerlo bien con el uso. ¡Y de repente ya no está! ... ¡Qué cosa más extraordinaria!».

Volvió la cabeza trabajosamente y lanzó una mirada furtiva por el cuarto, colmado entonces de esos pintorescos efectos de la oscuridad que constituyen la desesperación del lenguaje y parecen corresponder sólo a los pinceles de los pintores de género. ¿Con qué palabras representar las pavorosas eses que hacen las sombras proyectadas, las fantásticas apariencias de las cortinas que el viento ahueca, los inciertos juegos de luz que lanza la mariposa hasta las arrugas del calicó rojo, las llamas procedentes de un copa cuyo centro rutilante parece el ojo de un ladrón, la aparición de un vestido arrodillado, todas las rarezas, en fin, que atemorizan a la imaginación en esos momentos en que sólo tiene fuerzas ya para notar los dolores y acrecentarlos? A la señora Birotteau le pareció ver una luz brillante en la habitación de paso para su cuarto y pensó de pronto en un incendio; pero, al ver un pañuelo rojo, que le pareció un charco de sangre vertida, no pensó ya sino en ladrones, sobre todo al querer hallar las huellas de una pelea en la forma en que estaban colocados los muebles. Al acordarse de la cantidad que había en caja, un noble temor extinguió los fríos ardores de la pesadilla y se plantó, en camión, en medio del cuarto, para acudir en socorro de su marido, a quien suponía enzarzado con unos asesinos.

— ¡Birotteau! ¡Birotteau! —gritó por fin con voz cargada de angustia.

Halló al perfumista en medio de la habitación contigua, con un alna en la mano y midiendo el aire, pero tan mal arropado en la bata de indiana verde con lunares de color chocolate que el frío le enrojecía las piernas sin que, por estar tan absorto, se percatase de ello. Cuando César se dio la vuelta para decirle a su mujer: «Bueno, Constance, ¿qué quieres?», tenía una expresión tan tremendamente pazguata, como les sucede a todos los hombres ensimismados en echar cuentas, que la señora Birotteau se echó a reír.

— ¡Dios mío, César, cómo se puede ser así! —dijo—. ¿Por qué me dejas sola sin avisarme? Casi me muero de miedo, no sabía qué pensar. Pero ¿qué haces ahí expuesto a todas las corrientes? Vas a coger un catarro tremendo. ¿Me oyes, Birotteau?

—Sí, mujer. Ya voy —contestó el perfumista, volviendo al dormitorio.

—Venga, ven a calentarte y dime qué chifladura te ha entrado —añadió la señora Birotteau apartando las cenizas del fuego, que se apresuró a encender de nuevo—. Estoy helada. ¡Qué tonta! ¡Mira que levantarme en camión! Pero es que de verdad pensé que te estaban asesinando.

El comerciante dejó la palmatoria encima de la chimenea, se envolvió en la bata y fue mecánicamente a buscarle a su mujer unas enaguas de franela.

—Toma, chatita, abrígate —dijo—. Veintidós por dieciocho —prosiguió, continuando con su monólogo—; podemos tener un salón espléndido.

— ¡Pero bueno, Birotteau! ¿Te estás volviendo loco? ¿Estás soñando?

—No, mujer, estoy echando cuentas.

—Para andarte con bobadas deberías esperar por lo menos a que se hiciera de día —exclamó ella, atándose las cintas de las enaguas por debajo de la camisola antes de ir a abrir la puerta del cuarto en que dormía su hija.

—Césarine está dormida —dijo— y no nos oirá. A ver, Birotteau, habla. ¿Qué te pasa?

—Podemos dar el baile.

— ¿Dar un baile nosotros? ¡A fe de mujer cabal que estás soñando, amigo mío!

—No sueño, cervatilla blanca. Atiende: se debe hacer siempre lo que es debido en lo tocante a la posición que se tiene. El gobierno me ha encumbrado, pertenezco al gobierno; nos vemos en la obligación de conocer bien su esencia y favorecer sus intenciones contribuyendo a su desarrollo. El duque de Richelieu acaba de conseguir que concluya la ocupación de Francia. Según el señor de La Billardière, a los funcionarios que representan a la villa de París nos incumbe, cada cual dentro del ámbito de nuestras influencias, celebrar la liberación del territorio. Demostremos un auténtico patriotismo que haga ruborizarse a esos sedicentes liberales, a esos malditos intrigantes, ¿no te parece? ¿Piensas que no amo a mi país? ¡Quiero probar a los liberales, a esos enemigos míos, que querer al rey es querer a Francia!

—Pero, hombre, ¿así que crees que tienes enemigos?

—Sí, mujer mía, tenemos enemigos. Y la mitad de nuestros amigos del barrio son enemigos nuestros. Dicen todos: Birotteau tiene suerte, Birotteau no es nadie, pero sin embargo ahora está de teniente de alcalde, todo le sale bien. Bueno, pues van a volver a quedarse de un aire. Vas a ser la primera en enterarte de que soy caballero de la Legión de Honor: el rey firmó la disposición ayer.

—Ah, pues entonces tenemos que dar un baile, amigo mío —dijo la señora Birotteau, muy emocionada—. Pero ¿qué es lo que has hecho tan bien hecho para que te den la cruz?

—Cuando me dio ayer la noticia el señor de La Billardière —siguió diciendo Birotteau, apurado—, yo también me pregunté, igual que tú, qué méritos tenía yo para eso; pero, según volvía, acabé por caer en la cuenta y por darle la razón al gobierno. De entrada, soy monárquico y me hirieron en Saint-Roch en vendimiario. Me parece a mí que algo querrá decir eso de haber empuñado las armas en aquellos tiempos por una buena causa, ¿no? Luego, según algunos negociantes, cumplí con mis cometidos de juez mercantil de forma satisfactoria para todos. Y, para terminar, soy teniente de alcalde, y el

rey concede cuatro cruces al cuerpo municipal de la villa de París. Tras pasar revista a las personas que, entre los tenientes de alcalde, podían recibir una condecoración, el prefecto me puso en la lista el primero. Y, además, el rey debe de conocerme: a Ragon tengo que agradecerle que soy proveedor suyo para esos polvos de empolvar el cabello que son los únicos que le gustan; somos los únicos que sabemos la receta de los que usaba la difunta reina, esa pobre, querida y augusta víctima. El alcalde me apoyó rabiosamente. ¿Qué quieres? Si el rey me concede la cruz sin haberle pedido yo nada, me parece que no la puedo rechazar sin caer en desconsideración. ¿Quise yo acaso ser teniente de alcalde? Así que, mujer mía, ya que vamos viento en popa, como dice tu tío Pillerault cuando está alegre, he decidido ponerlo todo en esta casa a tono con nuestra estupenda fortuna. Si puedo llegar a algo, me arriesgaré a convertirme en lo que Dios quiera que sea, subprefecto si tal es mi destino. Mujer, cometes una grave equivocación si crees que un ciudadano está en paz con su país después de haberse pasado veinte años despachando productos de perfumería a quienes venían a comprarlos. Si el Estado requiere el concurso de nuestras luces, se lo debemos dar, de la misma forma que le debemos la tasa de fincas, la de puertas y ventanas, etcétera. ¿Es que te apetece quedarte para siempre detrás del mostrador? Hace ya demasiado tiempo, a Dios gracias, que vives pegada a él. El baile será nuestra fiesta. Adiós a la venta al por menor; para ti se entiende. Quemo el rótulo de La Reina de las Rosas, borro del panel: «César Birotteau, maestro perfumista, sucesor de Ragon» y pongo sin más: «Perfumerías» en letras doradas grandes. Pongo en el entresuelo la oficina, la caja y un gabinete bonito para ti. Convierto en comercio la trastienda, el comedor y la cocina que tenemos ahora. Alquilo el primer piso de la casa de al lado y abro una puerta en la pared. Le doy la vuelta a la escalera, para dejar al mismo nivel las dos viviendas. Y tendremos entonces una casa grande amueblada divinamente. Sí, te remozo el dormitorio, dejo sitio para que tengas un saloncito, y le hago un cuarto bonito a Césarine. La dependiente que vas a coger, el encargado y tu doncella (sí, señora, vas a tener doncella) dormirán en el segundo. En el tercero, estarán los fogones, la cocinera y el mozo de cocina. En el cuarto, nuestro almacén general de botellas, cristal y porcelana. ¡El taller de las operarias en el desván! Los transeúntes no verán ya cómo se pegan etiquetas, se hacen bolsas, se escogen los frascos y se tapan las redomas. Eso estaba bien para la calle de Saint-Denis, pero no para la calle de Saint-Honoré, puaf, da muy mala impresión. Nuestro comercio tiene que ser opulento como un salón. Oye, ¿acaso somos los únicos perfumistas que gozamos de honores? ¿Es que no hay acaso fabricantes de vinagre y vendedores de mostaza que tienen mando en la Guardia Nacional y están muy bien vistos en Palacio? Pues vamos a imitarlos, ampliemos el negocio y, al mismo tiempo, hagámonos un lugar en la sociedad elegante.

—Mira, Birotteau, ¿sabes lo que pienso cuando te oigo? Pues me pareces

un hombre que te andas complicando la vida. Acuérdate del consejo que te di cuando se habló de hacerte alcalde: ¡lo primero tu tranquilidad! «Vales para estar en candelero —te dije— tanto como un brazo mío para hacerle de ala a un molino. Las grandezas te perderán». No me hiciste caso y ha llegado la hora de perdersos. Para meterse en política, hace falta dinero. ¿Acaso lo tenemos? ¡Cómo! ¿Quieres quemar el rótulo, que costó seiscientos francos, y renunciar a La Reina de las Rosas, que es tu auténtico blasón? Deja a los demás que sean ambiciosos. Quien mete la mano en el fuego, la saca quemada. ¿O no? En estos tiempos la política quema. ¿Tenemos o no tenemos nuestros buenos cien mil francos invertidos aparte del negocio, la fábrica y el género? Si quieres que crezca tu fortuna, haz ahora como hiciste en 1793: la deuda pública está a setenta y dos francos; compra deuda. Tendrás diez mil libras de renta sin que esa inversión perjudique al negocio. Aprovecha el vuelco para casar a nuestra hija, vende el negocio y vámonos a tu tierra. ¿Cómo? Llevas quince años hablando sin parar de comprar Les Trésorières, esa finquita tan agradable, cerca de Chinon, en donde hay agua, prados, bosques, viñas y dos casas de labor arrendadas, que nos aportará mil escudos y que tiene una vivienda que nos gusta a los dos; todavía podemos conseguirla por sesenta mil francos. ¿Y el señor quiere ahora llegar a algo en el gobierno? Acuérdate de lo que somos: unos perfumistas. Hace dieciséis años, antes de que inventases la Pomada Doble de las Sultanas y el Agua Carminativa, si alguien te hubiera dicho: «¡Tendrá usted dinero bastante para comprar Les Trésorières!», ¿no te habrías puesto malo de alegría? Bueno, pues ahora puedes comprar esa hacienda que te apetecía tanto que la nombrabas cada vez que abrías la boca y estás hablando de gastarte en tonterías un dinero que ganaste con el sudor de tu frente, o de la nuestra, puedo decir, porque siempre he estado sentada tras ese mostrador, hiciera el tiempo que hiciera, como un infeliz perro en su caseta. ¿No valdrá más tener unas habitaciones en casa de tu hija, casada con un notario de París, y vivir ocho meses al año en Chinon que empezar aquí el cuento de la lechera? Espera a que suban los fondos públicos, le das ocho mil libras de renta a tu hija, nos quedamos nosotros con dos mil; y con lo que nos den por la venta del negocio podremos tener Les Trésorières. Y a tu tierra, gatito; nos llevaremos los muebles, que valen un dineral, y estaremos como reyes, mientras que aquí para aparentar se necesita lo menos un millón.

—Ahí era donde te estaba esperando, mujer mía —dijo César Birotteau—. Todavía no estoy tan tonto (¡aunque tú pienses que soy tontísimo!) como para no haber pensado en todo. Óyeme bien: Alexandre Crottat nos va como un guante para yerno, y se quedará con la notaría de Roguin. Pero ¿te crees que se va a contentar con cien mil francos de dote? Y eso suponiendo que nos quedemos sin todo nuestro haber líquido para darle una posición a nuestra hija, que es lo que pienso hacer. Preferiría no comer lo que me queda de vida más que pan solo y verla feliz como a una reina, la mujer de un notario de

París, vamos, como dices tú. Pues bien, cien mil francos, o incluso ocho mil libras de renta, no son nada para comprarle la notaría a Roguin. Este Xandrot, como llamamos al chico, piensa, como todos los demás, que somos mucho más ricos de lo que somos. Si su padre, ese agricultor poderoso que es más tacaño que un caracol, no vende tierras por valor de cien mil francos, Xandrot no será notario, porque la notaría de Roguin vale cuatrocientos o quinientos mil francos. Si Crottat no paga la mitad al contado, ¿cómo va a salir adelante? Césarine tiene que tener doscientos mil francos de dote; y yo quiero que nos retiremos como unos ricos burgueses de París, con quince mil libras de renta. ¿Qué tal? Si te hiciera ver todo esto tan claro como la luz del día, ¿no cerrarías el pico?

—Ah, si tienes un Potosí...

—Sí que lo tengo, cervatilla mía. Sí —dijo cogiendo a su mujer por la cintura y dándole palmaditas movido por un gozo que le animó por completo los rasgos—. No quise hablarte de este asunto antes de que estuviera en el bote; pero, la verdad, es posible que mañana lo deje rematado. Se trata de lo siguiente: Roguin me ha propuesto una especulación tan segura que va a entrar personalmente en ella con Ragon, con tu tío Pillerault y con otros dos clientes suyos. Vamos a comprar por las inmediaciones de La Madeleine unos terrenos que, según las cuentas que se echa Roguin, conseguiremos por la cuarta parte del valor que tienen que alcanzar de aquí a tres años, época en que ya habrán expirado los arrendamientos y podremos explotarlos. Entramos los seis con partes acordadas. Yo pongo trescientos mil francos para que me correspondan tres octavas partes. Si alguno de nosotros necesita dinero, Roguin se lo buscará a cuenta de la parte que le corresponde, hipotecándola. Para tener la sartén por el mango y saber qué tal se fríe el pescado, he querido ser propietario nominal de la mitad, que compartiremos Pillerault, el bueno de Ragon y yo. Roguin estará en el negocio con el nombre de un tal señor Charles Claparon, copropietario conmigo, que les hará, igual que yo, un documento secreto a sus socios. Las escrituras de compra se hacen por compromisos de venta sin firmar ante notario hasta que seamos los dueños de todos los terrenos. Roguin mirará a ver qué contratos hay que hacer porque no es seguro que podamos dispensarnos del registro y dejarles los derechos a quienes hagan ventas parciales; pero sería muy largo de explicar. En cuanto estén los terrenos pagados, sólo tendremos que cruzarnos de brazos y, dentro de tres años, tendremos un millón. Césarine habrá cumplido los veinte, venderemos el negocio y nos iremos entonces a la buena ventura, modestamente, camino del lujo y del boato.

—Sí, pero ¿de dónde vas a sacar los trescientos mil francos? —preguntó la señora Birotteau.

—No entiendes nada de negocios, gatita mía. Pondré los cien mil francos

que tiene en depósito Roguin, pediré un préstamo de cuarenta mil francos sobre los edificios y los jardines en que tenemos las fábricas, en el Faubourg du Temple, y tenemos una cartera de veinte mil francos. Faltan otros ciento cuarenta mil, por cuyo valor firmaré unos pagarés a orden del banquero Charles Claparon que aportará esa cantidad menos el descuento. Y ya están pagados nuestros cien mil escudos: quien paga en plazo nada debe. Cuando venzan los pagarés, los abonaremos con las ganancias. Si no pudiéramos saldar el débito, Roguin me proporcionaría fondos al cinco por ciento hipotecando mi parte de los terrenos. ¡Pero no nos harán falta préstamos: he inventado una esencia que hace crecer el pelo, un Aceite Comágeno! Livingston me ha instalado una prensa hidráulica para fabricar ese aceite con avellanas que, con una presión tan fuerte, soltarán todo el aceite en el acto. Dentro de un año, según mis probabilidades, habré ganado cien mil francos por lo menos. Estoy pensando en un cartel que empiece: «¡Abajo las pelucas!», y que causará una impresión extraordinaria. ¡Tú es que no te das cuenta de mis insomnios! Hace tres meses que me está quitando el sueño el éxito del Aceite de Macassar. ¡Quiero hundir el Macassar!

— ¿Y éstos son los maravillosos proyectos a los que andas dando vueltas en la cabezota desde hace dos meses, sin querer contarme nada? Acabo de verme como una mendiga en mi propia puerta. ¡Qué aviso del cielo! Dentro de una temporada, sólo nos quedarán los ojos para llorar. Nunca harás nada así mientras yo esté viva, ¿me oyes, César? Ahí debajo tiene que haber unas cuantas tretas de las que no te das cuenta, eres demasiado probo y demasiado leal para sospechar pillerías de los demás. ¿Por qué vienen a ofrecerte millones? Te quedas sin ninguno de tus valores, te arriesgas más allá de tus posibilidades y si tu Aceite no sale adelante, si no encontramos dinero, si el valor de los terrenos no se convierte en liquidez, ¿con qué harás frente a tus pagarés? ¿Con cáscaras de avellana? Para subir más en sociedad, ya no quieres que figure tu nombre, quieres quitar el rótulo de La Reina de las Rosas y, además, vas a hacer esos ringorrangos de carteles y de folletos en los que se verá a César Birotteau en los mojones de todas las encrucijadas y en todos los tablones, en los sitios en que se edifica.

—Ay, no lo entiendes. Tendré una sucursal a nombre de Popinot, en alguna casa por los alrededores de la calle de Les Lombards, en donde pondré al chiquito este, a Anselme. Y así saldaré la deuda de agradecimiento que tengo con el señor y la señora Ragon al darle una situación a su sobrino, que podrá hacer dinero. Estos pobres Ragoninos me da la impresión de que llevan una temporada bastante apachuchados.

—Mira, esa gente anda detrás de tu dinero.

—Pero ¿qué gente, hermosa mía? ¿Tu tío Pillerault, que nos quiere como a los sobrinos de sus entretelas y cena con nosotros todos los domingos?

¿Ragon, ese buen anciano, nuestro antecesor, que cuenta en su haber con cuarenta años de probidad y con el que jugamos la partida de boston? ¿O te refieres a Roguin, un notario, un hombre de cincuenta y siete años que lleva veinticinco en la profesión? Un notario de París sería lo más granado si no fuera porque toda la gente honrada vale lo mismo. ¡Si llegara el caso, mis asociados me echarían una mano! ¿Dónde está la conspiración, mi cervatilla blanca? Mira, tengo que decirte lo que te mereces. A fe de hombre cabal, que es un peso que llevo dentro. ¡Siempre has sido más desconfiada que una gata! En cuanto tuvimos dos perras nuestras en la tienda, ya pensabas que los parroquianos eran unos ladrones... ¡Hay que ponerse de rodillas a tus pies para rogarte que dejes que te hagan rica! ¡Qué poca ambición tienes para ser una hija de París! ¡Sin tus continuos temores no habría habido hombre más feliz que yo! Si te hubiera hecho caso, nunca habría seguido adelante ni con la Pomada de las Sultanas ni con el Agua Carminativa. La tienda nos ha dado de comer, pero esos dos inventos y nuestros jabones nos han dado los ciento sesenta mil francos que tenemos limpios. Sin mi genialidad, porque como perfumista tengo talento, seríamos unos minoristas y andaríamos a la cuarta pregunta para llegar a fin de mes y yo no sería uno de los negociantes notables que se presentan a la elección de magistrados del Tribunal de Comercio y no habría sido ni juez ni teniente de alcalde. ¿Sabes lo que sería? Pues un tendero como el bueno de Ragon, dicho sea sin faltarle porque respeto las tiendas, en ellas está lo mejor de nuestro oficio. Después de habernos pasado cuarenta años vendiendo artículos de perfumería, tendríamos, lo mismo que él, tres mil libras de renta; y al precio que están las cosas, que han subido el doble, tendríamos, igual que ellos, lo justo para vivir. (Cada día que pasa, se me oprime más el corazón al ver a ese matrimonio de viejos. Quiero tener las cosas claras y mañana me enteraré por Popinot de por dónde van los tiros). Si hubiera seguido tus consejos, como eres de felicidad sobresaltada y te preguntas si conservarás mañana lo que tienes hoy, no tendría crédito, no tendría la cruz de la Legión de Honor y no estaría a punto de convertirme en un político. Sí, sí, tú mueve la cabeza, pero si el negocio sale adelante puedo llegar a diputado por París. ¡Ay, si por algo me llamo César! ¡Todo me ha salido bien! Es inconcebible, de puertas para afuera todo el mundo me considera capaz, pero aquí la única persona a la que quiero agradar tanto que sudo sangre y agua para hacerla feliz es precisamente quien me toma por tonto.

En estas frases, aunque cortadas por pausas elocuentes y lanzadas como pelotas, como hacen todos cuantos adoptan una actitud recriminatoria, se traslucía un afecto tan hondo y constante que la señora Birotteau se enterneció para sus adentros; pero usó, como todas las mujeres, del amor que inspiraba para salirse con la suya.

—Bueno, Birotteau —dijo—, pues, si me quieres, déjame ser feliz a mi

aire. Ni a ti ni a mí nos dieron estudios, no sabemos hablar ni hacer zalemas como las personas de buena sociedad. ¿Cómo va a querer nadie que salgamos adelante en cargos del gobierno? ¡Yo donde seré feliz es en Les Trésorières! Siempre me han gustado los animales y los pajaritos, me pasaré la vida tan a gusto criando pollos y haciendo de granjera. Vamos a vender el negocio, vamos a casar a Césarine y déjate de Imógenos. Vendremos a pasar el invierno en París, en casa de nuestro yerno, y seremos felices; no hay nada en la política ni en el comercio que pueda cambiar nuestra forma de ser. ¿Por qué vamos a querer aplastar a los demás? ¿Es que no nos basta con el dinero que tenemos ahora? ¿Cenarás dos veces cuando seas millonario? ¿Necesitas a otra mujer que no sea yo? Fíjate en mi tío Pillerault, que se conformó sensatamente con su modesto haber y dedica la vida a las buenas obras. ¿Necesita acaso muebles suntuosos? Estoy segura de que me has encargado el mobiliario: he visto a Brachon por aquí y no era para comprar nada de perfumería.

—Pues sí, hermosa mía, ya te he encargado los muebles; las obras empiezan mañana y las dirige un arquitecto que me ha recomendado el señor de La Billardière.

— ¡Dios mío! —exclamó ella—. ¡Ten compasión de nosotros!

—Qué poco sensata eres, cervatilla mía. ¿Vas a irte a enterrar en Chinon a los treinta y siete años, con lo lozana y lo guapa que estás? Yo, a Dios gracias, sólo tengo treinta y nueve. La casualidad me brinda una espléndida carrera; y yo voy y me meto en ella. Si no cometo imprudencias, puedo fundar una casa honorable dentro de la burguesía parisina, como pasaba antes, instaurar la dinastía de los Birotteau, igual que hay Keller, Jules Desmarets, Roguin, Cochin, Guillaume, Lebas, Nucingen, Saillard, Popinot, Matifat, que dejan su huella, o la dejaron, en sus barrios. ¡Hombre, por Dios! Si este negocio no fuera tan seguro como el oro en barras...

— ¡Seguro!

—Sí, seguro. Hace dos meses que ando echando cuentas. Como quien no quiere la cosa, me he informado acerca de las edificaciones en las oficinas de la villa y preguntado a arquitectos y constructores. El señor Grindot, ese arquitecto joven que nos va a reformar el piso, está desesperado por no tener dinero para participar en nuestra especulación.

—Le saldrán encargos para edificar; os anima para sacaros los cuartos con engaños.

— ¿Se puede engañar a gente como Pillerault, como Charles Claparon y Roguin? Es una ganancia tan segura como la de la Pomada de las Sultanas, mira.

—Pero, amigo mío querido, ¿qué necesidad tiene Roguin de especular si

cobra un sueldo por su cargo y tiene ya dinero? Lo veo pasar a veces, más abstraído que un ministro de Estado, con una mirada de disimulo que no me gusta nada. Anda ocultando cosas que lo preocupan. En los últimos cinco años se le ha puesto cara de libertino viejo. ¿Quién te dice que no hará mutis cuando haya agarrado vuestros fondos? Ya se han visto cosas de ésas. ¿Lo conocemos bien? Por mucho que lleve quince años siendo amigo nuestro, yo no pondría la mano en el fuego por él. Le huelen las narices, sabes, y no vive con su mujer; debe de tener amantes a las que paga y que lo arruinan. No se me ocurre otro motivo para esa melancolía. Cuando me estoy aseando, miro por las rendijas de las persianas y lo veo, de mañana, volver a pie a su casa. ¿De dónde vuelve? Nadie lo sabe. Me da la impresión de que es un hombre que le tiene casa puesta a alguien y gasta por su cuenta, y su señora por la suya. ¿Así es como vive un notario? Cualquiera que gane cincuenta mil francos y se le vayan sesenta en veinte años verá cómo se le acaba la fortuna y se encuentra en cueros como un san Juanillo; pero, como ya está acostumbrado a destacar, atraca a los amigos sin compasión; la caridad bien entendida empieza por uno mismo. Es íntimo de Du Tillet, el sinvergüenza ese de poca monta, nuestro antiguo encargado, no le veo nada bueno a esa amistad. Si no ha sabido calibrar a Du Tillet muy ciego está. Y, si lo conoce, ¿por qué lo mima tanto? Me dirás que su mujer está enamorada de Du Tillet. Pues, mira, no espero nada bueno de un hombre sin honra en lo tocante a su mujer. Y, para terminar, ¿tan tontos son los dueños actuales de esos terrenos que dan por cinco francos lo que vale cien? Si te encontrases con un niño que no sabe lo que vale un luis, ¿no se lo aclararías? A mí ese negocio vuestro me parece que es un robo, dicho sea sin ánimo de ofender.

— ¡Dios mío! ¡Qué peculiares son a veces las mujeres y cómo embrollan todas las ideas! Si Roguin no tuviera nada que ver en el asunto, me dirías: «Vaya, vaya, César; te metes en un negocio en el que no está Roguin. No valdrá nada». Y ahora que está ahí como una garantía, me dices...

—No, es un tal señor Claparon.

—Pero un notario no puede figurar nominalmente en una especulación.

— ¿Y entonces por qué hace algo que le prohíbe la ley? ¿A ver qué me contestas a eso tú que sólo haces lo que manda la ley?

—Pero déjame que siga. ¿Roguin participa y dices que el negocio no vale nada? ¿Eso es sensato? Y además me dices: «Hace algo que va en contra de la ley». Pero aparecerá a las claras si es necesario. Y ahora me dices: «Es rico». ¿No podrían decir de mí otro tanto? ¿Sería de recibo que me dijeren Ragon y Pillerault: «Por qué se mete en este negocio si tiene más dinero que un tratante en cerdos»?

—Los comerciantes no tienen la misma posición que los notarios —dijo la

señora Birotteau.

—Y, para terminar, tengo la conciencia bien entera —dijo César, que seguía hablando—. Los que venden, venden por necesidad; no les robamos, como tampoco se roba a las personas a quienes se les compran rentas a setenta y cinco francos. Hoy compramos los terrenos al precio de hoy; dentro de dos años, la cosa habrá cambiado, como pasa con las rentas. Sepa usted, Constance-Barbe-Joséphine Pillerault, que nunca pescará a César Birotteau haciendo nada que vaya en contra de la más rigurosa probidad, ni en contra de la conciencia, ni en contra de la delicadeza. ¡Un hombre que tomó estado hace dieciocho años sin que se le pueda sospechar improbidad en su matrimonio!

— ¡Vamos, cálmate, César! Una mujer que lleva todo ese tiempo viviendo contigo conoce el fondo de tu alma. En fin de cuentas, tú eres el amo. Ese dinero te lo has ganado, ¿o no? Tuyo es y te lo puedes gastar. Aunque nos viéramos en la miseria más extremada, ni yo ni tu hija te haríamos ni un reproche. Pero óyeme bien: cuando estabas inventando tu Pomada de las Sultanas y tu Agua Carminativa, ¿qué arriesgabas? Cinco o seis mil francos. Ahora apuestas toda tu fortuna a una baza y no eres el único jugador, tienes socios que pueden salir más listos que tú. Da un baile, reforma el piso, gástate diez mil francos; no vale para nada, pero no es ruinoso. Pero al asunto ese de La Madeleine me opongo tajantemente. Eres perfumista, sigue siendo perfumista, y no revendedor de terrenos. ¡Las mujeres tenemos un instinto que no nos falla! Te he avisado; ahora haz lo que te parezca. Fuiste juez en el Tribunal de Comercio y estás enterado de las leyes; llevaste bien tu barca y te seguiré, César. Pero estaré temblando hasta que vea nuestra fortuna firmemente asentada y a Césarine bien casada. ¡Quiera Dios que mi sueño no fuera una profecía!

Aquella sumisión contrarió a Birotteau, que recurrió a la inocente argucia que utilizaba en semejantes ocasiones.

—Mira, Constance, todavía no he dado mi palabra, pero es como si la hubiera dado.

— ¡Ay, César, ya está dicho todo, no se hable más! El honor pasa por delante del dinero. Venga, acuéstate, amigo mío, que se nos ha acabado la leña. Además, siempre estaremos mejor en la cama para charlar, si te apetece. ¡Ay, qué sueño tan horrible tuve! ¡Dios mío, verse una a sí misma! ¡Pero si es espantoso! Césarine y yo haremos novenas a montones para que lo de tus terrenos salga bien.

—Desde luego que la ayuda de Dios no le viene mal a nadie —dijo muy serio Birotteau—. ¡Pero la esencia de avellana también tiene su poder, mujer mía! Hice este descubrimiento igual que, hace tiempo, el de la Pomada Doble de las Sultanas, por casualidad: la primera vez, fue al abrir un libro; y esta de

ahora al mirar un grabado de Hero y Leandro. Una mujer echándole aceite por la cabeza a su amante es de lo más tierno, ¿sabes? Las especulaciones más seguras son las que se basan en la vanidad, en el amor propio, en el deseo de figurar. Esos sentimientos no mueren nunca.

— ¡Ay, por desgracia, ya lo veo!

—Hay una edad en que los hombres harían lo que fuera por tener pelo cuando ya no lo tienen. Los peluqueros llevan tiempo diciéndome que no sólo venden el Macassar sino también todos los mejunjes que hay para teñirse el pelo o que supuestamente lo hacen crecer. Desde que llegó la paz, los hombres andan mucho más detrás de las mujeres. Y a las mujeres no les gustan los calvos, ¿verdad, chatita? Así que la situación política explica la demanda de este artículo. Un compuesto que le conservara a la gente el pelo sano se vendería como el pan, sobre todo porque a esta esencia le dará seguramente el visto bueno la Academia de Ciencias. Mi buen señor Vauquelin a lo mejor me vuelve a echar una mano. Iré mañana a explicarle mi idea y le regalaré el grabado que, al fin, conseguí encontrar tras buscarlo dos años por Alemania. Precisamente en lo que está ahora es en analizar el pelo. Me lo ha dicho Chiffreville, que es socio suyo en la fábrica de productos químicos. Si mi invento va a tono con sus descubrimientos, mi Esencia la comprarán ambos sexos. Te repito que mi idea vale una fortuna. ¡Dios mío, me quita el sueño! Y, por ventura, el chico, Popinot, tiene el pelo más precioso del mundo. Con una señorita dependiente que tuviera el pelo largo hasta el suelo y que dijera, si es que se puede decir algo así sin ofender ni a Dios ni al prójimo, que el Aceite Comágeno (pues definitivamente va a ser un aceite) algo tiene que ver en el asunto, las cabezas de los que peinan canas se abalanzarían encima del producto igual que la pobreza sobre el mundo. Por cierto, preciosa, ¿y de tu baile qué? No es que sea yo mala persona, pero me gustaría encontrarme con ese bribón de Du Tillet que se da pisto con su dinero y siempre me da esquinazo en la Bolsa. Sabe que sé un detalle de él que no es nada bonito. Es posible que haya sido demasiado bueno con él. Qué curioso es, mujer mía, que siempre tengamos que pagar por las buenas acciones. ¡En este mundo, se entiende! Me he portado como un padre; no sabes todo lo que hice por él.

—Se me pone la carne de gallina sólo con oírte mencionar. Si hubieras sabido lo que pretendía hacer contigo, no te habrías callado lo del robo de los tres mil francos, porque he adivinado qué fue lo que pasó. Si lo hubieras mandado al Tribunal Correccional es posible que le hubieras hecho un favor a mucha gente.

— ¿Y qué pretendía hacer conmigo?

—Nada. Si esta noche me estuvieras haciendo caso, te daría un buen consejo, Birotteau, que sería no tener nada que ver con ese Du Tillet tuyo.

— ¿Y no le extrañaría muchísimo a la gente ver que no invito a mi casa a un encargado al que avalé para los primeros veinte mil francos con los que empezó los negocios? Anda, hagamos el bien por sí mismo. Además, Du Tillet a lo mejor se ha enmendado.

—Habrá que poner toda la casa manga por hombro.

— ¿A qué viene eso de manga por hombro? Lo haremos todo con muchísimo orden y concierto. ¿Se te ha olvidado ya lo que acabo de decirte de la escalera y del alquiler de la casa de al lado, que tengo ya hablado con Cayron, el de la tienda de paraguas? Tenemos que ir juntos mañana a ver al señor Molineux, su casero, porque tengo mañana tantas gestiones como si fuera un ministro...

—Me tienes la cabeza mareada con esos proyectos tuyos —le dijo Constance—; me armo un lío. Y además, Birotteau, me estoy quedando dormida.

—Buenos días —contestó el marido—. Oye, te digo buenos días porque ya es por la mañana, chatita. ¡Ay, si está traspuesta ya mi mujercita! Te haré riquísima, sabes, o dejaré de llamarme César.

Pocos instantes después, Constance y César dormían a pierna suelta.

Una rápida ojeada a la vida anterior del matrimonio ratificará las ideas que debe sugerirnos el amistoso altercado de los dos protagonistas de esta escena. Al describir los hábitos de los minoristas, el anterior esbozo aclarará, por lo demás, por qué singulares casualidades César Birotteau era teniente de alcalde y perfumista, ex oficial de la Guardia Nacional y caballero de la Legión de Honor. Al arrojar luz sobre lo recóndito de su forma de ser y el motor de su grandeza, podremos comprender de qué forma los percances comerciales que las cabezas sólidas superan se convierten en catástrofes irreparables para los ingenios menguados. Los acontecimientos nunca son absolutos, sus resultados dependen por completo de los individuos: la desventura es un estribo para el genio, una piscina para el cristiano, un tesoro para el hombre hábil y un abismo para los débiles.

Un aparcero de los alrededores de Chinon, Jacques Birotteau de nombre, casó con la doncella de una dama en cuya casa vendimiaba; tuvo tres varones, su mujer murió en el parto del tercero y el pobre hombre no le sobrevivió mucho tiempo. La señora estaba encariñada con la doncella; crió con sus hijos al mayor de los hijos del aparcero, que se llamaba François, y lo metió en un seminario. Tras ordenarse sacerdote, François se escondió durante la Revolución y llevó la vida errante de los sacerdotes no juramentados, a quienes acosaban como a fieras y, como poco, guillotinaban. En el momento en que empieza esta historia era vicario en la catedral de Tours, ciudad de la

que no había salido sino una vez para ir a ver a su hermano César. El barullo de París aturdió de tal forma al buen sacerdote que no se atrevía a salir de su cuarto, llamaba a los birlochos coches de medio punto y se asombraba de todo. Tras una semana de estancia regresó a Tours prometiéndose no volver jamás a la capital.

El hijo segundo del vendimiador, Jean Birotteau, fue para la milicia y no tardó en alcanzar el grado de capitán en las primeras guerras de la Revolución. Durante la batalla del Trebbia, Macdonald pidió hombres de buena voluntad para barrer con una batería; el capitán Jean Birotteau se presentó con su compañía y lo mataron. No cabe duda de que el destino de los Birotteau era que los oprimiesen los hombres o los acontecimientos en cualquier parte adonde fueran.

El hijo pequeño es el protagonista de esta escena. Cuando, a los catorce años, supo ya César leer, escribir y de cuentas, se fue de su tierra y vino a París en busca de fortuna con un luis en el bolsillo. Al recomendarlo un boticario de Tours, entró como mozo de almacén en el comercio de los señores Ragon, perfumistas. Poseía Cesar a la sazón un par de zapatos con puntera de hierro, un calzón y unas medias azules, un chaleco de flores, una chaqueta de labriego, tres camisas de buen retor y la garrota para el camino. Llevaba el pelo cortado igual que los monaguillos, pero tenía sólidas espaldas de hombre de Turena; en ocasiones cedía a la pereza imperante en la comarca, pero la compensaba con el deseo de hacer fortuna; carecía de ingenio y de estudios, pero poseía rectitud instintiva y delicadeza de sentimientos, heredada de su madre, persona que, según expresión de la zona, tenía un corazón de oro. César estaba mantenido, cobraba seis francos al mes y dormía en un jergón en el desván, al lado de la cocinera; los dependientes, que le enseñaron a empaquetar, a hacer recados, a barrer la tienda y la calle, se rieron de él al tiempo que lo formaron para el servicio que le correspondía, ateniéndose a los hábitos de los comercios que incluyen las bromas como principal elemento de instrucción; los señores Ragon le hablaban como a un perro. Nadie se fijó en el cansancio del aprendiz aunque al llegar la noche le doliesen espantosamente los pies, que se resentían de los adoquines, y tuviera los hombros destrozados. Aquella dura práctica del cada cual para sí, el evangelio de todas las capitales, hizo que a César le pareciera muy dura la vida de París. Por las noches, lloraba acordándose de Turena, en donde el campesino trabaja a gusto, en donde el albañil pone una piedra con toda la calma, en donde la pereza y la tarea se unen en sabia mezcla; pero se quedaba dormido sin que le diera tiempo a pensar en salir huyendo, pues tenía recados que hacer por la mañana y obedecía a su deber con el instinto de un perro guardián. Si, por azar, se quejaba, el encargado sonreía con expresión jovial.

—Ay, muchacho —le decía—, no todo es de color de rosa en La Reina de

las Rosas y aquí no atamos a los perros con longanizas; primero hay que ir buscarlas, y además hay que tener con qué prepararlas.

La cocinera, una picarda gruesa, se quedaba con los mejores bocados y no le dirigía la palabra a César más que para quejarse del señor Ragon, o de la señora, que no le dejaban nada que sisar. A finales del primer mes, la muchacha tuvo que quedarse en casa un domingo y trabó conversación con César. Ursule lavada le pareció encantadora al pobre mozo para todo, quien, si no hubiera mediado la casualidad, habría encallado en el primer escollo oculto en su carrera. Como todos los seres carentes de amparo, se enamoró de la primera mujer que lo miraba con amabilidad. La cocinera tomó a César bajo su protección y de ahí se derivaron unos amores secretos de los que los dependientes se rieron de la forma más despiadada. Dos años después, la cocinera dejó a César con toda felicidad por un joven insurrecto de su patria chica que se escondía en París, un picardo de veinte años que era dueño de unos pocos arpendes de tierra y consintió en que Ursule lo casara con ella.

Durante esos dos años, la cocinera alimentó muy bien a su querido César, le explicó varios misterios de la vida parisina, haciéndosela analizar desde abajo, y, como era celosa, le inculcó un hondo horror por los lugares de perdición cuyos peligros no le parecían desconocidos. En 1792, los pies del traicionado César estaban ya hechos a los adoquines; los hombros, a los cajones; y el ánimo, a lo que él llamaba las burradas de París. En consecuencia, cuando Ursule lo abandonó, no tardó en consolarse, pues aquella mujer no había satisfecho ninguna de las ideas instintivas de César en cuestión de sentimientos. Lasciva y ruda, santurrona y ladrona, egoísta y bebedora, ofendía el candor de Birotteau sin brindarle perspectiva alguna. A veces al pobre niño le dolía ver que lo unían los lazos que más fuertes les parecen a los corazones ingenuos a un ser con quien no simpatizaba. Al tiempo que quedaba dueño de su corazón, creció y llegó a la edad de dieciséis años. Su ingenio, que habían desarrollado Ursule y las burlas de los dependientes, lo llevó a estudiar el comercio con una mirada en que la inteligencia se ocultaba tras la simplicidad: observó a los parroquianos; pidió, cuando había un rato libre, explicaciones acerca de la mercancía, y conservó en la memoria qué categorías había y dónde se colocaban; llegó un día en que supo mejor que los recién llegados los artículos, los precios y las cantidades; los señores Ragon se acostumbraron a recurrir a él.

El día en que la terrible leva del año II vació el comercio del ciudadano Ragon, César Birotteau ascendió a segundo encargado, aprovechó la circunstancia para conseguir un sueldo de cincuenta libras mensuales y se sentó a la mesa de los Ragon con alegría inefable. El segundo encargado de La Reina de las Rosas, que tenía ya seiscientos francos, tuvo un cuarto donde colocar como es debido, en los muebles que ansiaba hacía tanto, las prendas

que había ido juntando. Los días de décadí, ataviado como los jóvenes de la época, a quienes la moda imponía que hicieran alarde de modales violentos, aquel campesino dulce y modesto mostraba un aspecto que lo hacía cuando menos igual a ellos y así fue como superó las barreras que, en otros tiempos, la domesticidad habría alzado entre la burguesía y él. A finales de ese mismo año, lo pusieron en la caja, por su probidad. La imponente ciudadana Ragon se ocupaba de la ropa blanca del encargado y ambos comerciantes fueron cogiéndole confianza.

En vendimiario de 1794, César, que tenía cien luises de oro, los cambió por seis mil francos de asignados, compró rentas a treinta francos, las pagó la víspera del día en que se admitió en la Bolsa la escala de desvalorización y se guardó el título de renta con inefable dicha. A partir de ese día, estuvo pendiente del movimiento de los fondos y de los asuntos públicos con secreta ansiedad que lo hacía vibrar cuando oía los reveses o las victorias que marcaron aquel período de nuestra historia. El señor Ragon, ex perfumista de Su Majestad la reina María Antonieta, confió en aquellos momentos críticos su apego por los tiranos derrocados a César Birotteau. Aquella confianza fue una de las circunstancias capitales de la vida de César. Las charlas vespertinas, cuando ya estaba cerrado el comercio, la calle en calma y la caja hecha, convirtieron en un fanático a aquel hijo de Turena que, al hacerse monárquico, cedía a sentimientos innatos. El relato de las virtuosas acciones de Luis XVI, las anécdotas con las que el matrimonio encumbraba los méritos de la reina, exaltaron la imaginación de César. Ante el espantoso destino de aquellas dos cabezas coronadas, que habían cortado a pocos pasos de la tienda, se le rebeló el corazón sensible y le entró odio por un sistema que no tenía inconveniente alguno en derramar sangre inocente. Los intereses comerciales le hacían ver la muerte del comercio en los máximos y en las tormentas políticas, que siempre son enemigas de los negocios. Y como perfumista de pro, aborrecía, por lo demás, una revolución que peinaba a todo el mundo a lo Tito y suprimía el cabello empolvado. Como sólo la tranquilidad que depara el poder absoluto puede darle la vida al dinero, se hizo un monárquico fanático. Cuando el señor Ragon lo vio con la disposición adecuada, lo ascendió a encargado y lo impuso en el secreto de la tienda La Reina de las Rosas, algunos de cuyos parroquianos eran los activos y abnegados emisarios de los Borbones y por donde pasaba la correspondencia del oeste con París. Con el arrebató de la fogosa edad juvenil, electrizado por sus relaciones con los Georges, los La Billardière, los Montauran, los Bauvan, los Longuy, los Manda, los Bernier, los Du Guénic y los Fontaine, César se metió de cabeza en la conspiración con que los monárquicos y los terroristas unidos arremetieron el 23 de vendimiario contra la agonizante Convención.

A César le cupo el honor de luchar contra Napoleón en las escaleras de Saint-Roch y lo hirieron nada más empezar el asunto. Sabido es cómo acabó el

intento. El ayudante de campo de Barras salió de su oscuro anonimato y a Birotteau lo salvó el suyo. Unos cuantos amigos trasladaron al belicoso encargado a La Reina de las Rosas en donde se quedó escondido en el desván; la señora Ragon lo curó y nadie se volvió a acordar de él por ventura. César Birotteau no había tenido sino un relámpago de coraje militar. Durante el mes que estuvo convaleciente, pensó muy en serio en la ridícula alianza entre la política y la perfumería. Siguió siendo monárquico, pero decidió ser lisa y llanamente un perfumista monárquico, sin volver a comprometerse nunca más, y se entregó en cuerpo y alma a lo suyo.

Tras el 18 de brumario, los señores Ragon, desesperando de la causa monárquica, decidieron dejar el ramo de la perfumería y vivir como buenos burgueses, sin volver a meterse en política. Para recuperar la inversión hecha en el negocio tenían que dar con un hombre con más probidad que ambición y con más sentido común de a pie que capacidad; Ragon propuso, pues, la operación a su encargado. Birotteau que, a los veinte años, contaba con mil francos de renta de los bonos del Estado, se lo pensó. Lo que ambicionaba era irse a vivir cerca de Chinon cuando alcanzase los mil quinientos francos de renta y el primer cónsul hubiera dado firmeza a la deuda pública al afirmarse él en las Tullerías. ¿Por qué jugarme tan honrada y sencilla independencia en los azares del comercio?, se decía. Nunca había creído ganar una fortuna considerable con esas oportunidades que no se buscan sino durante la juventud; pensaba por entonces en casarse en Turena con alguna mujer tan rica como él para poder comprar y cultivar Les Trésorières, una finca pequeña que llevaba codiciando desde que tenía uso de razón, que soñaba con ampliar, a la que sacaría mil escudos de renta, y en donde llevaría una vida felizmente ignorada. Estaba a punto de rechazar la oferta cuando el amor le cambió de pronto las decisiones y multiplicó por diez las cifras de su ambición.

Desde que lo había traicionado Ursule, César había sido muy formal, tanto por temor a los peligros que, en amores, pueden acechar en París cuanto por culpa de sus obligaciones. Cuando nada hay que alimente las pasiones, se transforman en necesidad; el matrimonio se convierte entonces para las personas de la clase media en una idea fija, pues no tienen sino esa forma de conquistar a una mujer y hacerla suya. En ese punto estaba César Birotteau. En La Reina de las Rosas todo le tocaba al encargado: no tenía ni un momento para la diversión. Cuando se lleva una vida así, las necesidades son aún más imperiosas: en consecuencia, el hecho de conocer a una joven hermosa, en la que un encargado libertino apenas si se hubiera fijado, iba a producir gran efecto en César, que era tan formal. Un hermoso día de junio, cuando llegaba a la isla de Saint-Louis cruzando el Pont-Marie, vio a una joven de pie en la puerta de una tienda sita en el ángulo del Quai d'Anjou. Constance Pillerault era la encargada de un comercio de novedades llamado El Marinerito, el primero de la serie de comercios que, a partir de entonces, se han abierto en

París con más o menos rótulos pintados, banderolas al viento, tenderetes repletos de chales en equilibrio, corbatas colocadas como castillos de cartas y otros mil atractivos comerciales, precios fijos, bandas, carteles, ilusiones y efectos ópticos en tan consumado grado de perfección que los escaparates de las tiendas se han convertido en poemas comerciales. La baratura de todos los objetos conocidos por Novedades que había en El Marinerito lo puso increíblemente de moda en el lugar de París menos propicio a la moda y el comercio. Aquella encargada era a la sazón de belleza reputada, como lo fueron más adelante la Guapa Bodegonera del Café des Mille-Colonnes y otras cuantas pobres mujeres más que hicieron alzarse más caras jóvenes y viejas hacia las cristaleras de las modistas, los figones y los comercios que adoquines hay en las calles de París. El encargado de La Reina de las Rosas, que vivía entre Saint-Roch y la calle de La Sourdière y sólo se dedicaba a la perfumería, no sospechaba la existencia de El Marinerito, pues los comercios pequeños de las calles de París son bastante ajenos entre sí. César quedó tan preso de la belleza de Constance que entró vehementemente en El Marinerito para encargarse seis camisas de lienzo, cuyo precio discutió un buen rato haciendo que le desenrollasen grandes cantidades de piezas, ni más ni menos que una inglesa en vena de regateo (shopping). La encargada se dignó atender a César al darse cuenta, por algunos síntomas de todas las mujeres conocidos, de que venía más por la vendedora que por lo vendido. Le dictó nombre y dirección a la encargada, que, tras la venta, mostró gran indiferencia por la admiración del cliente. Al pobre hombre le había costado muy poco ganarse los favores de Ursule y había seguido siendo más simple que un cordero; el amor le dio aún más simpleza, no se atrevió a decir ni palabra y quedó, por lo demás, demasiado deslumbrado para fijarse en la despreocupación que sustituía a la sonrisa de aquella sirena mercantil.

Estuvo ocho días yendo todos los atardeceres a apostarse delante de El Marinerito, mendigando una mirada igual que un perro mendiga un hueso a la puerta de una cocina, indiferente a las burlas que se permitían los dependientes y las señoritas, apartándose humildemente para no molestar a los compradores o los transeúntes, pendiente de las menudas revoluciones de la tienda. Unos días después, volvió a entrar en el paraíso donde estaba su ángel, no tanto para comprar pañuelos cuanto para hacerle saber una idea luminosa.

—Si necesitara artículos de perfumería, señorita, yo podría proporcionárselos —dijo, según le abonaba el importe.

Constance Pillerault recibía a diario esplendorosas proposiciones en las que nunca se mencionaba el matrimonio; y, aunque tenía tan puro el corazón como blanca la frente, tuvieron que transcurrir seis meses de avances y retrocesos, durante los que César dejó constancia de su incansable amor, hasta que se dignó dar acogida a las atenciones de César, pero sin querer

pronunciarse; prudencia esta que le aconsejaba la infinita cantidad de sus devotos servidores, comerciantes de vinos al por mayor, ricos dueños de cafés y otros, que le ponían ojos tiernos. El enamorado había buscado apoyo en el tutor de Constance, el señor Claude-Joseph Pillerrault, a la sazón ferretero en el Quai de la Ferraille, de cuya existencia había acabado por enterarse dedicándose a ese espionaje subterráneo que distingue al amor verdadero. Lo rápido de esta narración nos obliga a silenciar los goces del amor parisino cuando interviene la inocencia, a callar esas prodigalidades propias de dependientes: melones primerizos, cenas exquisitas en Vénua tras las que venía un espectáculo, jiras campestres en coches de punto los domingos. César no llegaba a guapo, pero no había nada en su persona que impidiera que lo amasen. La vida en París y en un comercio oscuro había acabado por atenuarle la bermeja tez de campesino. La abundante cabellera negra, el cuello de caballo normando, los miembros grandes, el aspecto sencillo y probo, todo contribuía a una predisposición favorable. El tío Pillerrault, a quien correspondía velar por la dicha de la hija de su hermano, se informó y dio el espaldarazo a las intenciones del mozo de Turena. En 1800, en el lindo mes de mayo, la señorita Pillerrault se avino a casarse con César Birotteau, quien se desmayó de gozo el día en que, en Sceaux y bajo un tilo, Constance-Barbe-Joséphine lo aceptó por esposo... «Hijita —dijo el señor Pillerrault—, te llevas un buen marido. Tiene el corazón ardiente y sentido del honor: es franco como la luz del día y formal como un Niño Jesús; el rey de los hombres, vamos». Constance renunció sinceramente a los brillantes destinos con los que, como todas las dependientes de comercio, había soñado alguna vez: quiso ser una mujer honrada, una buena madre de familia y se tomó la vida ateniéndose al religioso programa de la clase media. Dicho papel, por lo demás, encajaba mucho mejor con sus ideas que las peligrosas vanidades que seducen a tantas jóvenes imaginaciones parisinas. Constance, que era de inteligencia limitada, entraba dentro de ese tipo de pequeña burguesa que no atiende a sus tareas sin cierta dosis de mal humor; que, de entrada, rechaza lo que desea y se enfada cuando se la toma al pie de la letra; cuya inquieta actividad abarca la cocina y la caja, los asuntos de mayor gravedad y los zurcidos que no se notan en la ropa blanca; cuyo amor es gruñón; que no concibe sino las ideas más simples, la calderilla del ingenio; que opina de todo y le tiene miedo a todo, lo calcula todo y está siempre pensando en el porvenir. Su belleza fría pero cándida, su aspecto enternecedor, su lozanía impidieron a Birotteau fijarse en unos defectos que, por lo demás, compensaban esa exquisita probidad propia de las mujeres, un sentido del orden excesivo, la afición fanática al trabajo y la genialidad para la venta. Constance tenía a la sazón dieciocho años y once mil francos. César, a quien el amor inspiró la ambición más extremada, compró el negocio de La Reina de las Rosas y se lo llevó a las inmediaciones de la plaza de Vendôme, a una casa muy hermosa. Sólo contaba veintiún años, estaba

casado con una mujer a la que adoraba, tenía un comercio pagado en sus tres cuartas partes, por lo que tenía que ver, y vio, el porvenir de forma halagüeña, sobre todo si echaba cuenta del camino recorrido desde el punto de partida. Roguin, el notario de los Ragon, que había redactado el contrato matrimonial, le dio sabios consejos al reciente perfumista y le impidió que acabase de pagar el negocio con la dote de su mujer. «Quédese con fondos para emprender algunas operaciones buenas, muchacho», le dijo. Birotteau miró al notario con admiración, adquirió el hábito de consultarlo y trabó amistad con él. Igual que les sucedía a Ragon y a Pillerault, tuvo tanta fe en la condición de notario que por entonces se puso por entero en manos de Roguin sin permitirse ni una sospecha. Merced a ese consejo, César, provisto de los once mil francos de Constance para empezar a meterse en negocios, no habría cambiado a la sazón su haber por el del primer cónsul, por muy deslumbrante que pareciera el haber de Napoleón. Al principio, Birotteau sólo tenía una cocinera y vivía en el entresuelo, encima de la tienda, algo así como un cuchitril que había decorado bastante bien un tapicero y en donde los recién casados iniciaron una perpetua luna de miel. La señora lucía maravillosamente tras el mostrador. Su célebre belleza influyó muchísimo en la venta y los elegantes del Imperio no hablaban sino de la guapa señora Birotteau. Aunque a César lo acusaban de monárquico, la gente hizo justicia a su probidad; algunos comerciantes del vecindario envidiaron su dicha, pero se lo consideraba digno de ella. El tiro que le habían pegado en las escaleras de Saint-Roch le dio reputación de hombre que tenía que ver con los secretos de la política y también de hombre valeroso, por más que no tuviera coraje militar alguno en el corazón ni idea política alguna en el cerebro. Contando con esos datos, los honrados moradores del distrito lo nombraron capitán de la Guardia Nacional, pero anuló ese nombramiento Napoleón, quien, según Birotteau, le guardaba rencor por su encuentro de vendimiario. César consiguió entonces sin mayor coste un viso de perseguido que le prestó interés desde el punto de vista de la oposición y le dio cierta notoriedad.

Tal fue la estrella de aquel matrimonio constantemente feliz en cuanto a los sentimientos, al que sólo alteraban las ansiedades comerciales.

Durante el primer año, César Birotteau puso a su mujer al tanto de la venta y el detalle de los artículos de perfumería, oficio en el que se manejó extraordinariamente bien; parecía que la habían creado y puesto en el mundo para probarles guantes a los parroquianos. Al final del año, el balance espantó al ambicioso perfumista; tras descontar todos los gastos, al cabo de veinte años apenas si habría ganado el modesto capital de cien mil francos, que era la cifra que le había puesto a la consecución de su dicha. Resolvió entonces llegar a rico más deprisa y quiso, para empezar, sumar la fabricación a la venta al por menor. En contra de la opinión de su mujer, alquiló un barracón y unos terrenos en el Faubourg du Temple y mandó pintar en letras grandes:

FÁBRICA DE CÉSAR BIROTTEAU. Se llevó a un operario que trabajaba en Grasse con el que empezó a fabricar a medias algunos jabones, esencias y aguas de Colonia. Su asociación con ese operario sólo duró seis meses y concluyó con unas pérdidas que enjugó solo. Birotteau, sin desalentarse, quiso conseguir resultados al precio que fuera sólo para que no lo riñera su mujer, a quien confesó tiempo después que en aquella temporada de desesperación la cabeza le hervía como una olla y que en varias ocasiones, de no haber sido por sus sentimientos religiosos, se habría tirado al Sena.

Desconsolado por unos cuantos experimentos infructuosos, andaba un día paseando despacio por los bulevares, según volvía a casa para cenar; pues el paseante parisino es con frecuencia tanto un hombre desesperado cuanto un ocioso. Entre unos cuantos libros a treinta céntimos colocados en el suelo en un cesto de mimbre, se le metió por los ojos un volumen sucio de polvo: Abdeker o El arte de conservar la belleza. Cogió ese supuesto libro árabe, algo así como una novela obra de un médico del siglo anterior, y dio con una página que hablaba de perfumes. Apoyado en un árbol del bulevar para hojear el libro, leyó una nota en que el autor explicaba la naturaleza de la dermis y la epidermis y demostraba que esta o aquella pomada y este o aquel jabón producían con frecuencia un efecto contrario al esperado si la pomada o el jabón tonificaban una piel que quería menos firmeza o quitaban firmeza a una piel que pedía tónicos. Birotteau compró aquel libro en el que veía una fortuna. Sin embargo, como desconfiaba de sus luces, fue a ver a un reputado químico, Vauquelin, de quien solicitó con la mayor ingenuidad los medios para fabricar un cosmético de doble uso que produjera efectos adecuados a las diversas categorías de epidermis humanas. Los sabios verdaderos, esos hombres tan realmente grandes que nunca obtienen en vida la fama de que deberían ser acreedores sus estupendos trabajos que nadie conoce, son casi todos serviciales y les sonríen a los pobres de espíritu. Vauquelin amparó, pues, al perfumista y le permitió que pasara por ser el inventor de una pomada para poner más blancas las manos cuya composición le facilitó. Birotteau llamó al cosmético Pomada Doble de las Sultanas. Para completar el empeño, aplicó el procedimiento de la pomada para las manos a un agua para el cutis a la que llamó Agua Carminativa. Copió, en su terreno, los procedimientos de El Marinerito y fue el primer perfumista en exhibir ese lujo de carteles, anuncios y medios de información a los que se da el nombre, injustamente quizá, de charlatanería.

A la Pomada de las Sultanas y al Agua Carminativa las introdujeron, pues, en el universo galante y comercial, unos carteles de colores que encabezaban las siguientes palabras: «Con el visto bueno del Instituto». Aquella frase, empleada por primera vez, tuvo un efecto prodigioso. No sólo Francia, sino el continente entero, empavesó de carteles amarillos, rojos y azules el soberano de La Reina de las Rosas, que despachaba, distribuía y fabricaba a precios

médicos cuanto tenía que ver con su oficio. En una época en que no se hablaba sino de Oriente, llamar a un cosmético cualquiera Pomada de las Sultanas, intuyendo la magia que tenían esas palabras en un país en que todo hombre desea ser sultán no menos que la mujer desea convertirse en sultana, era una inspiración que podía ocurrírsele tanto a un hombre vulgar cuanto a un hombre de ingenio; pero como el público siempre juzga los resultados, se tuvo tanto más a Birotteau por hombre superior en el ámbito del comercio cuanto que redactó personalmente un prospecto cuya ridícula fraseología constituyó un factor de éxito: en Francia, sólo se ríe la gente de las cosas y los hombres que dan que hablar, y nadie habla de lo que no triunfa. Aunque la necedad de Birotteau no era fingida, le atribuyeron el talento de saber ser necio ex profeso. Hemos podido localizar no sin trabajo un ejemplar del prospecto en cuestión en la Casa Popinot y compañía, drogueros de la calle de Les Lombards. Este curioso documento se cuenta entre los que, en ambientes más elevados, llaman los historiadores «documentos justificativos». Helo aquí pues:

## POMADA DOBLE DE LAS SULTANAS

### Y AGUA CARMINATIVA

DE

CÉSAR BIROTTEAU

MARAVILLOSO INVENTO

con el visto bueno del Instituto de Francia

Mucho tiempo ha que una pomada para las manos y un agua para el rostro que dieran un resultado superior al del Agua de Colonia en la empresa del aseo y acicalamiento constituían un deseo general de ambos sexos en Europa. Tras haber dedicado prolongadas vigiliass al estudio de la dermis y la epidermis de ambos sexos que conceden lógicamente, tanto uno como otro, la mayor importancia a la suavidad, la flexibilidad, el brillo y el aterciopelado del cutis, el señor Birotteau, perfumista, de halagüeña fama en la capital y el extranjero, ha inventado una Pomada y un Agua a las que los elegantes y las elegantes de París han dado muy justamente el apelativo de maravillosas, nada más aparecer. Ya que efectivamente dicha Pomada y dicha Agua cuentan con asombrosas propiedades para tratar la piel sin arrugarla prematuramente, que es el inevitable efecto de las drogas que se venían utilizando a la ligera hasta ahora y eran creaciones de ignorantes rapacidades. Este invento se basa en la división de los temperamentos, que se agrupan en dos grandes categorías, que se indican mediante el color de la Pomada y el Agua: color de rosa para la dermis y la epidermis de las personas de constitución linfática y blancas para quienes gozan de temperamentos sanguíneos.

Responde la Pomada a la denominación de Pomada de las Sultanas porque este descubrimiento lo había hecho ya en un harén un médico árabe. Tras el informe de nuestro eminente químico VAUQUELIN, ha recibido el visto bueno del Instituto, como también ha sucedido con el agua, que se basa en los mismos principios a que obedece la composición de la Pomada.

Tan valiosa Pomada, de la que se desprenden los aromas más deliciosos, elimina, pues, las pecas más rebeldes, blanquea las epidermis más recalcitrantes y suprime la sudoración de las manos, de la que se quejan las mujeres no menos que los hombres.

El Agua Carminativa acaba con esos granitos que, en algunos momentos, les aparecen de forma inopinada a las mujeres y contrarían sus proyectos para el baile; refresca y aviva los colores, abriendo o cerrando los poros, según las exigencias del temperamento; es ya tan conocida también por detener los ultrajes del tiempo que muchas damas agradecidas le han dado el nombre de LA AMIGA DE LA BELLEZA.

El Agua de Colonia es lisa y llanamente un perfume corriente sin eficacia especial, mientras que la Pomada Doble de las Sultanas y el Agua Carminativa son dos composiciones operativas con fuerza motriz que actúan sin riesgo sobre las cualidades internas y las secundan: sus aromas, esencialmente balsámicos y que pretenden solazar, recrean de forma admirable el corazón y la cabeza, son gratos para el pensamiento y lo estimulan y son no menos asombrosos por sus virtudes cuanto por su sencillez, lo que, en resumen, constituye un atractivo más que se les brinda a las mujeres y un medio de seducción que los hombres pueden conseguir.

El uso diario del Agua desvanece el escozor que deja la navaja de afeitar, también evita que se agrieten los labios y los mantiene rojos, borra las pecas de forma natural tras un uso prolongado y acaba por volver a tonificar las carnes. Tales efectos son siempre precursores en el hombre de un perfecto equilibrio de los humores, lo que tiende a aliviar de tan terrible dolencia a las personas que suelen padecer jaquecas. Y, finalmente, el Agua Carminativa, que las mujeres pueden usar en todas sus abluciones, previene las afecciones cutáneas sin estorbar la transpiración de los tejidos al tiempo que les proporciona un aterciopelado constante.

Pedidos a portes pagados al señor CÉSAR BIROTTEAU, sucesor de Ragon, ex perfumista de la reina María Antonieta, en la dirección: La Reina de las Rosas, calle de Saint-Honoré, París, junto a la plaza de Vendôme.

El precio de la Pomada es de tres libras; y el de la botella, de seis libras.

El señor César Birotteau advierte al público, para evitar imitaciones, de que la Pomada va envuelta en un papel con su firma y las botellas llevan un

sello incrustado en el vidrio.

Sin que César cayera en la cuenta de ello, el éxito se lo debió a Constance, que le aconsejó que enviara cajas de Agua Carminativa y de Pomada de las Sultanas a todas las perfumerías de Francia y del extranjero ofreciéndoles un beneficio de un treinta por ciento si estaban dispuestos a comprar por gruesas ambos artículos. En realidad la Pomada y el Agua eran mejores que los demás cosméticos análogos y seducían a los ignorantes con la distinción entre los temperamentos: a los quinientos perfumistas de Francia los encandiló el beneficio y le compraron cada uno a Birotteau más de trescientas gruesas de Pomada y Agua, consumo que le dejó unas ganancias moderadas en lo referido al artículo, pero enormes por la cantidad. César pudo entonces comprar los galpones y los terrenos del Faubourg du Temple; construyó allí grandes fábricas y decoró con esplendidez la tienda La Reina de las Rosas; su vida doméstica contó con las pequeñas dichas de una existencia acomodada y su mujer dejó de preocuparse tanto.

En 1810, la señora Birotteau previó una subida de la renta e indujo a su marido a convertirse en inquilino principal de la casa cuyo bajo comercial y cuyo entresuelo ocupaban y a poner la vivienda en el primer piso. Una feliz circunstancia decidió a Constance a hacer la vista gorda en cuanto tenía que ver con las locuras que hizo Birotteau en la vivienda para agasajarla. Acababan de nombrar al perfumista juez del Tribunal de Comercio. Su probidad, su urbanidad bien conocida y la consideración de la que gozaba le hicieron acreedor de esa distinción que, a partir de ese momento, lo situó entre los notables del comercio parisino. Para incrementar sus conocimientos, se levantaba a las cinco de la mañana y leía los repertorios de jurisprudencia y los libros que trataban de pleitos comerciales. Su sentido de lo que era justo, su rectitud, su buena voluntad, virtudes esenciales para calibrar las dificultades que se sometían a las decisiones del Tribunal de Comercio, lo convirtieron en uno de los jueces más apreciados. También sus defectos contribuyeron a su reputación. Consciente de su inferioridad, César subordinaba de buen grado sus luces a las de sus colegas, quienes se sentían halagados de que atendiera a lo que decían con tanta curiosidad: buscaron unos la silenciosa aprobación de un hombre a quien se suponía profundo, porque sabía escuchar bien; encantados otros de su modestia y su mansedumbre, cantaron sus alabanzas. Los encausados loaron su benevolencia y su espíritu conciliador; y con frecuencia lo tomaron por árbitro en controversias en las que su sentido común le sugería sentencias de cadí. Mientras estuvo en funciones, supo componerse un lenguaje atiborrado de tópicos, salpicado de axiomas y de mañas expresados en frases con buena caída que, dichas despaciosamente, les sonaban a elocuencia a las personas superficiales. Y así fue como agradó a esa mayoría mediocre por naturaleza, condenada a perpetuidad a las tareas y los puntos de vista a ras de tierra. César perdía tanto tiempo con el Tribunal que

su mujer lo obligó a rechazar en adelante tan costoso honor. Hacia 1813, merced a su constante unión y tras haber transitado por la vida de forma vulgar, vio el matrimonio cómo se iniciaba una era de prosperidad que no parecía que nada tuviera que interrumpir. Los señores Ragon, sus antecesores; el tío Pillerault; el notario Roguin; los Matifat, que tenían una droguería en la calle de Les Lombards y eran proveedores de La Reina de las Rosas; el pañero Joseph Lebas sucesor de los Guillaume en El Gato Que Pelotea y una de las lumberas de la calle de Saint-Denis; el juez Popinot, hermano de la señora Ragon; Chiffreville, de la Casa Protez y Chiffreville; los señores Cochin, empleados de Hacienda y comanditarios de los Matifat; el padre Loraux, confesor y director espiritual de las personas devotas de aquella camarilla, y algunas personas más componían su círculo de amistades. Pese a los sentimientos monárquicos de Birotteau, tenía éste por entonces a su favor a la opinión pública; tenía fama de ser muy rico aunque a la sazón no contaba aún sino con cien mil francos aparte de su comercio. La regularidad de sus negocios, su puntualidad, su costumbre de no deber nada, de no descontar nunca sus efectos de comercio y, en cambio, aceptarles valores seguros a quienes podía venirles bien, así como su condición de persona servicial, lo hacían acreedor de una gran confianza. Por lo demás era cierto que había ganado mucho dinero, pero se le habían ido grandes cantidades en edificaciones y fábricas. Tenía además un gasto de casa de veinte mil francos al año. Y, finalmente, la educación de Césarine, hija única a quien tanto él como Constance idolatraban, requería grandes desembolsos. Ni el marido ni la mujer miraban el dinero cuando se trataba de dar gusto a su hija, de la que no habían querido separarse. Imagine el lector el deleite del infeliz campesino ido a más cuando oía a su encantadora Césarine ensayar al piano una sonata de Steibelt o cantar una romanza; cuando veía que escribía la lengua francesa de forma correcta; cuando lo dejaba admirado leyéndole a Racine padre e hijo y explicándole sus bellezas; cuando dibujaba un paisaje o pintaba con sepia. Qué dicha la suya al verse redivivo en flor tan hermosa, tan pura, que no se había desprendido aún del tallo materno, un ángel en fin cuyos incipientes encantos, cuyos primeros desenvolvimientos había seguido maravillado y con pasión, una hija única incapaz de despreciar a su padre o de reírse de su falta de instrucción, pues era una jovencita de suma inocencia. Cuando llegó a París, César sabía leer, escribir y contar, pero ahí se había detenido su educación, y su vida laboriosa le había impedido hacerse con ideas y conocimientos ajenos al ramo de la perfumería. Se codeaba constantemente con personas a quienes resultaban indiferentes las ciencias y las letras y cuya instrucción no tenía que ver sino con especialidades; el perfumista, al carecer de tiempo para entregarse a estudios elevados, se convirtió en un hombre práctico. Se ciñó forzosamente a la forma de hablar, los errores y las opiniones de esos burgueses de París que admiran a Molière, a Voltaire y a Rousseau fiándose de lo que oyen y compran

sus obras, pero no las leen; que afirman que hay que decir ormoire porque en esos muebles era en donde guardaban antaño las mujeres su oro y sus vestidos, que solían ser de muaré, y, que por corrupción de la palabra, se empezó a decir armoire. Potier, Talma y mademoiselle Mars eran diez veces millonarios y no vivían como los demás seres humanos: el gran actor trágico comía carne cruda, mademoiselle Mars, a veces, mandaba que le hicieran fricasés de perlas para imitar en eso a una célebre actriz egipcia. El Emperador llevaba en los chalecos bolsillos de cuero para poder coger el tabaco a puñados y subía con el caballo al galope la escalinata de la Orangerie de Versalles. Los escritores y los artistas morían en el hospital por culpa de sus extravagancias; por lo demás, todos eran ateos y había que guardarse muy mucho de recibirlos en casa. Joseph Lebas citaba espantado la historia del matrimonio de su cuñada Augustine con el pintor Sommervieux. Los astrónomos vivían de arañas. Estos preclaros aspectos de sus conocimientos de lengua francesa, de arte dramático, de política, de literatura y de ciencia explican el alcance de la inteligencia burguesa. Un poeta que pase por la calle de Les Lombards puede, al notar ciertos perfumes, soñar con Asia. Admira a unas bailarinas en un caravasar cuando aspira el aroma del vetiver. Si lo deslumbra el esplendor de la cochinilla, puede encontrar en él los poemas brahmánicos, las religiones y sus castas. Al tropezarse con el marfil en bruto, sube a lomos de elefante y, ahí, en una jaula de muselina, ama igual que el rey de Lahore. Pero el pequeño comerciante no sabe ni de dónde vienen ni dónde crecen los productos con los que opera. Birotteau, aunque perfumista, no sabía ni jota de historia natural o de química. Al considerar a Vauquelin un gran hombre, lo veía como una excepción; tenía el mismo talento que aquel tendero de ultramarinos jubilado que resumió de la siguiente forma una charla acerca de la forma de traer el té: «El té sólo llega de dos formas, por caravana o por El Havre», dijo con aire de sabérselas todas. En opinión de Birotteau, aloe y opio sólo los había en la calle de Les Lombards. El Agua de Rosas, supuestamente oriunda de Constantinopla, se fabricaba en París, lo mismo que el agua de Colonia. Esos nombres de comarcas eran patrañas inventadas para complacer a los franceses, que no soportan las cosas de su país. Un comerciante francés tenía que decir que un invento suyo era inglés para ponerlo de moda, de la misma forma que, en Inglaterra, un droguero atribuye el suyo a Francia. No obstante, César no podía nunca ser del todo tonto ni necio: la probidad y la bondad proyectaban sobre los hechos de su existencia un reflejo que los volvía respetables, pues una acción hermosa convierte en aceptables todas las ignorancias habidas y por haber. Su éxito constante le infundió seguridad en sí mismo. En París, la seguridad se toma por poder, pues es su síntoma. Tras haber pasado los tres primeros años de matrimonio calibrando a César, su mujer fue presa de continuos ataques de aprensión; representaba ya en aquella unión la parte sagaz y previsor, la duda, la oposición, el temor, de la misma forma que

César representaba la audacia, la ambición, la acción, la inaudita dicha de la fatalidad. Pese a las apariencias, el comerciante era medroso, mientras que su mujer tenía, en realidad, paciencia y coraje. Así fue como un hombre pusilánime, mediocre, sin educación, sin ideas, sin conocimientos, sin carácter y que no debería haber triunfado en la plaza más escurridiza del mundo, consiguió, merced a su espontaneidad en el buen comportamiento, a su sentimiento de lo justo, a la bondad de un alma realmente cristiana, al amor por la única mujer que tenía, pasar por hombre notable, valiente y muy decidido. El público sólo veía los resultados. Salvo Pillerault y el juez Popinot, las personas a las que trataba, al no ver a César sino de forma superficial, no podían juzgarlo. Por lo demás, los veinte o treinta amigos que se reunían unos con otros decían las mismas simplezas, repetían los mismos tópicos y se consideraban todos personas superiores cada cual en lo suyo. Las mujeres rivalizaban en cenas succulentas e indumentarias; todas ellas lo tenían ya dicho todo si hacían algún comentario despectivo de sus maridos. La señora Birotteau era la única que tenía el sentido común de honrar y respetar al suyo en público; veía en él al hombre que, pese a su secreta incapacidad, había ganado la fortuna que tenía y la hacía partícipe de la consideración de que gozaba. Aunque a veces se preguntaba en qué consistía el mundo y si todos los hombres supuestamente superiores se parecían a su marido. Aquel comportamiento de su mujer contribuía no poco a hacer que perseverase la respetuosa estima que le tenían al comerciante en un país en el que las mujeres están sobremanera dispuestas a dejar mal a sus maridos y a quejarse de ellos.

A los primeros días del año 1814, tan nefasto para la Francia imperial, los distinguieron en casa de los Birotteau dos acontecimientos de poca relevancia en cualquier otro hogar, pero de categoría propia para impresionar a unas almas sencillas como las de César y su mujer, quienes, al mirar hacia atrás en su pasado, no hallaban en él sino dulces emociones. Tenían de encargado a un muchacho de veintidós años, llamado Ferdinand Du Tillet. Aquel joven, que procedía de una casa de productos de perfumería que se había negado a hacerlo partícipe de las ganancias y pasaba por ser un genio, revolvió Roma con Santiago para entrar en La Reina de las Rosas, lugar de cuya gente, fuerzas y hábitos internos ya estaba al tanto. Birotteau lo tomó y le dio mil francos de sueldo, con la intención de convertirlo en su sucesor. Ferdinand tuvo en el destino de aquella familia una influencia tan grande que no podemos por menos de decir dos palabras acerca de él. De entrada, se llamaba Ferdinand, sin apellido. Esta anonimidad le pareció una inmensa ventaja cuando Napoleón exprimió a las familias para sacar soldados. No obstante, en alguna parte había nacido debido a alguna cruel y voluptuosa fantasía. Éstos son los escasos informes que han podido hallarse acerca de su estado civil. En 1793, una pobre muchacha de Le Tillet, una localidad pequeña próxima a Les Andelys, parió de noche en el jardín del párroco de Le Tillet y se suicidó,

ahogándose, tras haber pegado en los postigos. El buen sacerdote recogió al niño, le dio el nombre del santo del día y lo alimentó y crio como a hijo propio. Murió el cura en 1804, sin dejar una herencia lo bastante opulenta para sufragar la educación iniciada. Ferdinand fue a caer en París, en donde llevo una vida de filibustero cuyos azares podían conducirlo al patíbulo o a la fortuna, a la toga, al ejército, al comercio o al servicio doméstico. A Ferdinand no le quedó más remedio que vivir como el mismísimo Fígaro y fue viajante de comercio y, luego, dependiente del ramo de la perfumería en París, adonde regresó tras haber recorrido Francia, estudiado el mundo y tomado la resolución de triunfar costase lo que costase. En 1813, sintió la necesidad de dejar constancia de su edad y hacerse con un estado civil, solicitando del tribunal de Les Andelys una sentencia que trasladase su partida de bautismo del registro del presbiterio al del ayuntamiento, y obtuvo una enmienda tras pedir que se incluyese el apellido Du Tillet, con que se había dado a conocer, sobre la base de haber sido expósito en ese municipio. Sin padre ni madre ni más tutor que el fiscal general del Imperio, solo en el mundo y sin obligación de tener que darle cuentas a nadie, trató a la sociedad a la baqueta, pues la tenía por madrastra: no tuvo más guía que el interés propio y dio por buenos cuantos medios se ponían a su alcance. Aquél normando dotado de peligrosas capacidades sumaba al deseo de salir a flote los ásperos vicios que, con o sin razón, les reprochan a los oriundos de su provincia. Con modales dulzarrones disimulaba su natural litigante, pues era el más duro esgrimidor de los tribunales, que ponía en tela de juicio audazmente el derecho ajeno, pero no transigía en nada en lo tocante al propio; se adelantaba al adversario y lo rendía con su inflexible voluntad. Su mérito principal era el de los Scapins de comedia antigua: contaba con sus fértiles recursos, su maña para rozar la injusticia y su avidez por apoderarse de cuanto merece la pena poseer. Tenía, en fin, la intención de aplicarle a su indigencia lo que decía el padre Terray del Estado, sin descartar convertirse en hombre honrado más adelante. Dotado de vehemente actividad y de intrepidez militar para pedir a cualquiera tanto una acción buena cuanto una mala, justificando la petición por la teoría del interés personal, despreciaba demasiado a los hombres, por creerlos a todos corruptibles; carecía tan en exceso de delicadeza en la elección de los medios, que le parecían todos buenos; y consideraba con tanto convencimiento el éxito y el dinero como la absolución del mecanismo moral que no podía por menos de triunfar antes o después. Un hombre así, situado entre el presidio y los millones, tenía que ser vengativo, categórico, de determinaciones rápidas, pero solapado como un Cromwell que le quisiera cortar la cabeza a la probidad. Lo recóndito de su persona quedaba oculto tras una mente burlona y frívola. Aunque simple dependiente de perfumería, no le ponía límites a su ambición; había abarcado a la sociedad en una ojeada rencorosa al tiempo que se decía a sí mismo: «¡Serás mía!», y se juró no casarse antes de los cuarenta años,

promesa que cumplió. En cuanto al aspecto físico, Ferdinand era un joven esbelto de porte agradable y modales híbridos que le permitían, en caso de necesidad, ponerse a tono con todos los ambientes. Tenía una cara marrullera que gustaba a primera vista, aunque más adelante quien lo tratase podía sorprender en ella esas expresiones peculiares que se le pintan en la superficie a la gente que no se halla a gusto consigo misma o cuya conciencia refunfuña en algunos momentos. El cutis, muy encendido bajo la piel fofa de los normandos, era de tono agrio. La mirada de aquellos ojos de niñas bicolors sobre un fondo de lámina de plata era huidiza, pero terrible cuando la clavaba en la víctima. La voz parecía apagada, como la de un hombre que hubiera estado hablando mucho rato. Los labios delgados no carecían de encanto, pero la nariz puntiaguda y la frente levemente abombada delataban alguna tara de raza. Por último, el pelo, de un tono semejante al del cabello teñido de negro, apuntaba a un mestizo social que debía el ingenio a un gran señor libertino; la villanía, a una campesina seducida; los conocimientos, a una educación inconclusa; y los vicios, a un estado de abandono. Birotteau se enteró con gran pasmo de que su encargado salía ataviado con gran elegancia, volvía muy tarde y asistía a bailes que daban en sus casas banqueros o notarios. Aquellos hábitos desagradaron a César: según su parecer, los encargados debían estudiar los libros de la casa y pensar sólo en lo suyo. Se escandalizó el perfumista por simplezas, le reprochó sin enfado a Du Tillet que usara ropa blanca demasiado primorosa, que tuviera tarjetas en las que aparecía su nombre grabado de la siguiente guisa: F. DU TILLET, forma que, según su jurisprudencia comercial, correspondía exclusivamente a las personas de buena sociedad. Ferdinand había entrado en casa de ese Orgon con las mismas intenciones que Tartufo: pretendió a la señora de la casa, intentó seducirla y opinó de su jefe lo mismo que opinaba ella, pero con alarmante prontitud. Aunque era discreto y reservado y sólo decía lo que quería decir, Du Tillet desveló sus puntos de vista acerca de los hombres y la vida, de forma tal que espantó a una mujer que compartía las religiones de su marido y consideraba un crimen perjudicar mínimamente al prójimo. Pese al empeño que puso la señora Birotteau en mostrarse hábil, Du Tillet intuyó el desprecio que le inspiraba. Constance, a quien Ferdinand había escrito unas cuantas cartas de amor, no tardó en percatarse de un cambio en los modales de su encargado, que adoptaba con ella una compostura fatua para dar a entender que había cierta avenencia entre ellos. Sin informar a su marido de sus secretos motivos, le aconsejó que despidiera a Ferdinand. Birotteau estuvo de acuerdo con su mujer en ese extremo y quedó resuelto que despedirían al encargado. Tres días antes de ponerlo en la calle, un sábado por la noche, Birotteau hizo las cuentas de caja mensuales y le faltaron tres mil francos. Fue presa de espantosa consternación, no tanto por la pérdida cuanto por las sospechas que se cernían sobre los tres dependientes, la cocinera, el mozo de almacén y los operarios cualificados. ¿A

quién echarle la culpa? La señora Birotteau apenas si se apartaba del mostrador. El dependiente que llevaba la caja, un tal Popinot, era sobrino del señor Ragon, un joven de diecinueve años que vivía en la casa, y era también la probidad en persona. Sus cantidades, que no coincidían con lo que había en caja, acusaban el déficit e indicaban que la merma había ocurrido tras el balance. El matrimonio decidió callar y vigilar lo que pasaba en casa. Al día siguiente, que era domingo, recibían a sus amigos. Las familias que componían aquélla a modo de camarilla se invitaban por turnos. Mientras jugaban a la berlanga, el notario Roguin puso en el tapete unos luises antiguos que había dado a la señora de la casa hacía unos días una recién casada, la señora de Espard. «Ha robado usted en un cepillo», dijo riendo el perfumista. Roguin contestó que había ganado ese dinero en casa de un banquero conocido de Du Tillet y éste, sin ruborizarse, ratificó lo que decía el notario. El perfumista, en cambio, se puso como la grana. Al acabar la velada, cuando Ferdinand se marchaba a la cama, Birotteau se lo llevó a la tienda so pretexto de hablar de negocios. «Du Tillet —le dijo el buen hombre—, me faltan en caja tres mil francos y no puedo sospechar de nadie; esa circunstancia de los luises antiguos habla en apariencia tan en contra de usted que no puedo por menos de comentárselo; por lo tanto, no iremos a acostarnos hasta que hayamos dado con el error, pues, en fin de cuentas, no puede tratarse sino de un error. Es posible que haya usted cogido algo a cuenta de su sueldo». Du Tillet admitió que, efectivamente, había cogido los luises. El perfumista abrió el libro mayor en el que no figuraba aún la cuenta del encargado. «Tenía prisa y debía darle la suma a Popinot para que la anotase», dijo Ferdinand. «Es cierto», dijo Birotteau, al que trastornaba la fría despreocupación del normando, pues sabía muy bien que se había metido, para medrar, en casa de buenas personas. El perfumista y el encargado se pasaron la noche haciendo comprobaciones de cuya inutilidad estaba convencido el ejemplar comerciante. Mientras iba y venía, César metió disimuladamente tres billetes de banco de mil francos en la caja, pegándolos al filo del cajón; fingió, luego, que lo rendía el cansancio, aparentó que se quedaba dormido y roncó. Du Tillet lo despertó triunfante y mostró excesiva alegría por haber aclarado el error. Al día siguiente, Birotteau rió en público al joven Popinot y a su mujer y se enfadó por aquel descuido suyo. Quince días después, Ferdinand Du Tillet entraba a trabajar con un agente de cambio. Dijo que el ramo de la perfumería no era lo suyo y que quería estudiar la marcha de la Banca. Tras irse del establecimiento de Birotteau, Du Tillet fue hablando de la señora Birotteau de forma tal que pudiera pensarse que su jefe lo había despedido por celos. Pocos meses después, Du Tillet fue a ver a su ex jefe para pedirle que le avalase los veinte mil francos que le faltaban para completar las garantías que le pedían para entrar en un negocio que lo ponía en camino de hacer fortuna. Al notar la sorpresa de Birotteau ante tamaño descaro, Du Tillet frunció el entrecejo y le

preguntó si no se fiaba de él. Matifat y dos hombres de negocios que estaban tratando con Birotteau notaron la indignación del perfumista, que contuvo la ira en presencia de ellos. Quizá Du Tillet había vuelto a ser un hombre honrado, podía deberse su culpa a una amante desesperada o por haber probado su suerte en la mesa de juego; la pública reprobación de un hombre honrado abocaría a un camino de crímenes y desventuras a una persona joven aún y quizá en vías de arrepentimiento. Aquel hombre angelical tomó entonces la pluma y redactó un aval para los pagarés de Du Tillet diciéndole que hacía de buen grado aquel mínimo favor a un muchacho que le había sido muy útil. Se le subieron a la cara los colores mientras decía ese embuste oficioso. Du Tillet no pudo sostenerle la mirada y, a partir de entonces, le tuvo ese odio sin tregua que los ángeles de las tinieblas concibieron contra los ángeles de la luz. Du Tillet supo manejar tan bien el balancín mientras bailaba en la cuerda floja de las especulaciones financieras que siguió aparentando siempre elegancia y riqueza antes de poseerlas de verdad. En cuanto tuvo un birlocho, ya no se apeó de él; se mantuvo en la esfera elevada de esas personas, esos Turcarets de esta época, que mezclan diversión y negocios y convierten el foyer de la Ópera en sucursal de la Bolsa. Gracias a la señora Roguin, a quien había conocido en casa de Birotteau, no tardó en desenvolverse entre los financieros de más categoría. En esos momentos, Ferdinand Du Tillet había alcanzado ya una prosperidad que nada tenía de engañosa. Estaba en las mejores relaciones con la Casa Nucingen, en donde lo recibían por mediación de Roguin, y no había tardado en trabar íntimo trato con los hermanos Keller y con la gran Banca. Nadie sabía de dónde sacaba aquel muchacho los gigantescos capitales que movía, pero su buena fortuna se atribuía a su inteligencia y a su probidad.

La Restauración convirtió a César en una personalidad y, como es lógico, el torbellino de las crisis políticas hizo que se le olvidasen los dos referidos accidentes domésticos. La inmutabilidad de sus opiniones monárquicas, por las que sentía no poca indiferencia desde que lo hirieron, pero en las que había persistido por sentido del decoro, y el recuerdo de su abnegada entrega en vendimiario le valieron patrocinios elevados precisamente porque nada pedía. Lo nombraron jefe de batallón de la Guardia Nacional aunque era incapaz de proferir la mínima voz de mando. En 1815, Napoléon, que seguía siendo enemigo de Birotteau, lo destituyó. Durante los Cien Días, Birotteau fue la bestia negra de los liberales del barrio, pues hasta 1815 no comenzaron las divisiones políticas entre comerciantes que, hasta entonces, se habían mostrado unánimes en desear la tranquilidad que precisaban los negocios. Al llegar la segunda restauración, el gobierno de la monarquía tuvo que remodelar el cuerpo municipal. El prefecto quería hacer a Birotteau alcalde. Gracias a su mujer, no aceptó sino el puesto de teniente de alcalde, que lo ponía menos en evidencia. Esta modestia incrementó en mucho la estima que todo el mundo solía sentir por él y le granjeó la amistad del alcalde, el señor

Flamet de La Billardière. Birotteau, que lo había visto frecuentar La Reina de las Rosas en los tiempos en que la tienda albergaba las conspiraciones monárquicas, se lo recomendó personalmente al prefecto del departamento de Sena cuando le consultó acerca de la persona a quien sería conveniente escoger. Nunca quedaban olvidados los señores Birotteau en las invitaciones del alcalde. Y, por último, la señora Birotteau postuló con frecuencia en la iglesia de Saint-Roch en escogida compañía. La Billardière apoyó vehementemente a Birotteau cuando se habló de repartir entre el cuerpo municipal las cruces que le correspondían, insistiendo en la herida recibida en Saint-Roch, en su apego a los Borbones y en la consideración de que disfrutaba. El ministro, que deseaba a un tiempo mostrarse pródigo con la Legión de Honor para socavar la obra de Napoléon, hacerse con una clientela fiel e incorporar a la causa de los Borbones a las diferentes ramas del comercio y a los hombres de arte y ciencia, incluyó, pues, a Birotteau en la promoción siguiente. Aquella merced, que entonaba con el lustre que le daba Birotteau a su distrito urbano, lo puso en situación tal que las ideas de un hombre a quien hasta entonces todo había salido bien no podían por menos de crecer. Cuando el alcalde le dio la noticia de la condecoración, fue éste el último argumento que decidió al perfumista a lanzarse en la operación que acababa de referirle a su mujer para dejar atrás lo antes posible la perfumería y alzarse hasta las comarcas de la alta burguesía parisina.

Contaba César a la sazón cuarenta años. Las tareas a que se dedicaba en su fábrica le habían dado algunas arrugas prematuras y le habían plateado levemente la larga y abundante melena en la que la opresión del sombrero ponía un círculo lustroso. La frente, en que el cabello le dibujaba, por la forma en que nacía, cinco picos, anunciaba la sencillez de la vida que llevaba. Las tupidas cejas no asustaban a nadie pues los ojos azules entonaban, por lo límpido de la mirada siempre sincera, con la frente de hombre honrado. La nariz, que se le había roto al nacer y era abultada en la punta, le daba la expresión asombrada de los papamoscas de París. Tenía los labios muy gruesos y la barbilla grande y cortada en línea recta. En el rostro, de color subido y perfiles cuadrados, se veía, por la disposición de las arrugas y la fisonomía en conjunto, la forma de ser ingenuamente astuta del campesino. Por lo demás, en la fuerza general del cuerpo, en el grosor de los miembros, en la anchura de la espalda, en el tamaño de los pies, en todo se notaba al hombre de aldea trasplantado a París. Las manos anchas y peludas, las rollizas falanges de los dedos arrugados, las uñas grandes y cuadradas habrían dado fe de su origen si no hubiesen quedado trazas de él en toda su persona. Llevaba en los labios esa sonrisa benevolente que lucen los comerciantes cuando entramos en sus tiendas; pero aquella sonrisa comercial era la representación de su satisfacción interior y describía el estado de su alma sin hiel. Nunca llevaba la desconfianza más allá de los negocios; la astucia lo abandonaba en el umbral

de la Bolsa o cuando cerraba el libro mayor. La sospecha era para él lo mismo que los impresos de las facturas, una exigencia de la venta en sí. Se le veía en el rostro algo así como una seguridad cómica, hecha de fatuidad mezclada con bonachonería, que le daba un aspecto original y le ahorraba un parecido demasiado exacto con la cara del burgués parisino. Sin aquella expresión de cándida admiración y de fe en su persona habría inspirado un respeto excesivo; de esa forma cumplía con la parte de ridiculez que le correspondía y se aproximaba a los hombres. Mientras hablaba, solía cruzar las manos a la espalda. Cuando creía haber dicho algo distinguido o relevante, se empinaba imperceptiblemente en la punta de los pies dos veces y volvía a descansar con fuerza los talones en el suelo como para recalcar la frase. En el momento más exaltado de una controversia, se lo veía a veces dar media vuelta de golpe, caminar unos cuantos pasos como si fuera en busca de objeciones y regresar a su adversario con gesto brusco. Nunca interrumpía a nadie y con frecuencia era víctima de aquel estricto respeto a las conveniencias, pues los demás se quitaban la palabra de la boca y el pobre hombre se marchaba sin haber podido decir nada. De su gran experiencia en los asuntos del comercio había tomado hábitos que algunos tildaban de manías. Si no le abonaban algún pagaré, se lo mandaba al agente judicial y se desentendía de todo lo que no fuera cobrar el capital, el interés y los gastos; el agente debía seguir adelante hasta la quiebra del negociante: César entonces dejaba de lado el procedimiento judicial, no comparecía en ninguna asamblea de acreedores y conservaba sus títulos. Aquel sistema y el implacable desprecio por quienes quebraban le venían del señor Ragon, quien, en el transcurso de su existencia de comerciante, había acabado por comprobar que se perdía tanto tiempo con los asuntos litigiosos que consideraba que la pérdida del escaso e inseguro dividendo que proporcionaban los concordatos de quiebra los compensaba ampliamente el uso que se le daba a ese tiempo, que no se perdía en idas y venidas, en hacer gestiones y en ir persiguiendo las disculpas de la falta de probidad. «Si el negociante que ha quebrado es un hombre honrado y se rehace, ya pagará —decía el señor Ragon—. Si se ha quedado sin recursos y es desdichado sin más, ¿para qué martirizarlo? Y si es un bribón, nunca se le sacará nada. Si la severidad de uno es conocida, los demás lo tienen por intratable, y como es imposible hacerlo ceder, mientras hay dinero para pagar, es uno de los que cobran». César llegaba a las citas a la hora estipulada, pero diez minutos después se marchaba con una inflexibilidad que nada conseguía doblegar; en consecuencia su puntualidad hacía que fueran puntuales quienes trataban con él. El atuendo que había adoptado correspondía a sus costumbres y a su fisonomía. Ninguna fuerza lo habría hecho renunciar a las corbatas de muselina blanca cuyos picos, que le bordaban su mujer y su hija, la colgaban por debajo del cuello. El chaleco de piqué blanco, abotonado por completo, le llegaba hasta muy abajo del abdomen, que tenía bastante prominente pues

estaba algo grueso. Llevaba pantalón azul, medias de seda negra y zapatos con lazo que se le desataban con frecuencia. La levita verde oliva, que siempre le estaba holgada, y el sombrero de ala ancha le daban aspecto de cuáquero. Cuando se acicalaba para las veladas de los domingos, se ponía calzón de seda, zapatos con hebillas de oro y el inevitable chaleco cuadrado, pero con las solapas abiertas para que asomase la parte de arriba de la pechera plisada. El frac de paño marrón tenía faldones anchos y largos. Siguió llevando hasta 1819 dos leontinas que colgaban en paralelo, pero sólo se ponía la segunda cuando iba arreglado. Así era César Birotteau, hombre digno a quien esos misterios que gobiernan el nacimiento de los hombres negaron la facultad de calibrar la vida y la política en conjunto, de elevarse más allá del nivel social en el que se halla la clase media, y se atenía en todo a las prácticas de la rutina: cuantas opiniones tenía se las habían dado otros y las aplicaba sin haberlas examinado. Ciego, pero bondadoso y poco dado a las cosas del espíritu, pero hondamente religioso, tenía un corazón puro. Y en aquel corazón resplandecía un amor único, luz y fuerza de su vida; pues su deseo de ir a más y los pocos conocimientos que había adquirido, todo ello procedía del cariño que les tenía a su mujer y a su hija.

En cuanto a su mujer, que contaba por entonces treinta y seis años, se parecía tanto a la Venus de Milo que cuantos la conocían la vieron retratada en esa hermosa estatua cuando el duque de Rivière la envió. En pocos meses, las penas le pintaron tan deprisa con sus tonos amarillos la deslumbrante blancura, le cavaron y oscurecieron tan cruelmente el azulado círculo en que se le movían los preciosos ojos verdes que cobró el aspecto de una madona anciana, pues conservó siempre, entre tanta ruina, un dulce candor y una mirada pura, aunque triste; y resultaba imposible no seguir considerándola una mujer hermosa de porte prudente y rebosante de decencia. En ese baile que estaba planeando César disfrutó, por lo demás, de un último destello de belleza que dio que hablar.

En toda existencia hay un apogeo, una época durante la cual las causas actúan y mantienen una relación cabal con los resultados. Ese mediodía de la vida, en que las fuerzas vivas se equilibran y acontecen con todo su esplendor, no sólo se da en todos los seres orgánicos, sino también en las ciudades, las naciones, las ideas, las instituciones, los comercios y las empresas que, de la misma forma que las razas nobles y las dinastías, nacen, suben y caen. ¿De dónde procede la rigurosidad con que este tema del crecimiento y la mengua afecta a cuanto se organiza en este mundo? Pues la propia muerte tiene, en tiempos de plaga, progreso, decrecimiento, recrudescencia y sueño. Incluso este globo nuestro es quizá un cohete algo más duradero que los demás. La Historia, al referir las causas de la grandeza y la decadencia de todo cuanto aquí abajo existió, podría avisar al hombre del momento en que debe detener el juego de todas sus facultades; pero ni los conquistadores, ni los actores, ni

las mujeres, ni los autores escuchan su salutífera voz. César Birotteau, que debía considerarse en el apogeo de su buena suerte, interpretaba esa etapa de inmovilidad como un nuevo punto de partida. No estaba enterado de nada de esto; por lo demás ni las naciones ni los reyes han intentado escribir en caracteres indelebles el motivo de esos vuelcos de que está preñada la Historia y de los que tan notables ejemplos brindan tantas casas soberanas o comerciales. ¿Por qué no habrá pirámides nuevas que recuerden incesantemente el siguiente principio, que debe regir la política de las naciones tanto como la de los particulares: Cuando el efecto producido no tiene ya ni relación directa ni proporcionalidad pareja con su causa, comienza la desorganización? Pero monumentos de éstos los hay por doquier: se trata de las tradiciones y de las piedras que nos hablan del pasado, que dan carta de ciudadanía a los caprichos del indomeñable Destino, cuya mano nos borra los sueños, que nos demuestran que los acontecimientos de mayor envergadura se resumen en una idea. Troya y Napoleón no son sino poemas. Ojalá esta historia sea el poema de las vicisitudes burguesas de las que no se acordó ninguna voz, porque parecían totalmente desprovistas de grandeza, mientras que, por eso mismo, son desmedidas; no se trata ya aquí de un único hombre, sino de todo un pueblo de pesares.

Según se quedaba dormido, César temió que al día siguiente su mujer le hiciera unas cuantas objeciones perentorias y se dio la orden de levantarse muy temprano para dejarlo todo resuelto. Con las claras del alba, salió, pues, sin ruido dejando a su mujer acostada, se vistió en un santiamén y bajó a la tienda en el instante en que el mozo estaba quitando los postigos numerados. Birotteau, al verse solo, esperó a que se levantasen sus dependientes y se puso en el umbral de la puerta para fijarse en cómo el chico para todo, que se llamaba Raguet, cumplía con sus cometidos, que tan a fondo conocía Birotteau. Pese al frío, hacía un tiempo espléndido.

—Popinot, ve a buscar el sombrero, cázate y dile al señor Célestin que baje, que nosotros dos nos vamos a charlar a las Tullerías —dijo al ver bajar a Anselme.

Popinot, aquel admirable polo opuesto de Du Tillet que una de esas felices casualidades que impulsan a creer en una Viceprovidencia había colocado junto a César, desempeña un papel tan principal en esta historia que fuerza es trazar aquí un bosquejo suyo. El apellido de soltera de la señora Ragon era Popinot. Tenía dos hermanos. Uno de ellos, el menor de la familia, era por entonces juez suplente en el Tribunal de Primera Instancia del departamento de Sena. El mayor se había dedicado al comercio de lanas crudas, perdiendo en él su fortuna y había fallecido dejando a cargo de los Ragon y de su hermano el juez, que no tenía hijos, a su hijo único, que carecía ya de madre por haber muerto ésta de parto. Para dar un oficio a su sobrino, la señora

Ragon lo había colocado en la perfumería con la esperanza de que sucediera a Birotteau. Anselme Popinot era bajo de estatura y tenía un pie deforme, padecimiento que el azar dio a lord Byron, a Walter Scott y al señor de Talleyrand para que no se desconsuelen quienes lo soportan. Tenía ese cutis resplandeciente y cuajado de pecas que distingue a las personas de cabello pelirrojo; pero la frente pura, los ojos del color de las ágatas con venas grises, la boca bonita, la albura y el encanto de una juventud púdica, la timidez que le venía de su defecto de nacimiento inspiraban a los demás sentimientos protectores que lo favorecían: a los débiles se les tiene cariño. Popinot despertaba interés. El niño, como todo el mundo lo llamaba, estaba arraigado en una familia esencialmente religiosa en la que las virtudes eran inteligentes y la vida modesta y repleta de buenas acciones. En consecuencia, criado por su tío el juez, podía hallarse en él el compendio de esas prendas que tanto embellecen a la juventud: formal y cariñoso; un tanto vergonzoso, pero lleno de entusiasmo; manso como un cordero, pero con coraje para el trabajo; abnegado y sobrio, poseía todas las virtudes de un cristiano de los primeros tiempos de la Iglesia. Al oír mencionar un paseo por las Tullerías, la propuesta más excéntrica que podía hacerle a aquella ahora su impresionante jefe, Popinot pensó que quería hablarle del comercio; el dependiente se acordó de pronto de Césarine, la auténtica reina de las rosas, la enseña viva de la casa, de quien se había prendado el mismo día en que entró en casa de Birotteau, dos meses antes que Du Tillet. Según subía la escalera, tuvo, pues, que detenerse ya que el corazón se le henchía en exceso y las arterias le palpitaban con demasiada violencia; no tardó en bajar, seguido de Célestin, el encargado de Birotteau. Anselme y su jefe se encaminaron sin decir palabra hacia las Tullerías. Popinot tenía entonces veintiún años. A esa edad se había casado Birotteau; Anselme no veía, pues, inconveniente alguno a su matrimonio con Césarine, aunque la riqueza del perfumista y la belleza de su hija fueran obstáculos inmensos para el éxito de deseos tan ambiciosos; pero el amor funciona por arrebatos de esperanza, y cuanto más insensatos son éstos, más cree el amor en ellos; por tanto, cuanto más lejos de él estaba su amada, más anhelantes eran sus afanes. ¡Bienaventurado el niño aquel, quien, en unos tiempos en que todo se nivela, en que todos los sombreros se parecen, conseguía crear distancias entre la hija de un perfumista y él, que era el retoño de una antigua familia parisina! Pese a sus dudas y sus desazones, era feliz: cenaba todos los días al lado de Césarine. Además, aplicándose en los asuntos de la casa, ponía en ellos un celo y un entusiasmo que despojaba al trabajo de toda amargura; como lo hacía todo por Césarine, nunca estaba cansado. En un joven de veinte años, el amor se nutre de entrega. «Será un negociante; triunfará», decía de él César a la señora Ragon al celebrarle la actividad de Anselme en las inversiones de la fábrica, al elogiar su aptitud para entender las sutilezas del arte, al recordar el duro tesón de su trabajo cuando abundaban los

envíos y, remangado, con los brazos al aire, el cojo embalaba y clavaba él solo más cajones que los demás dependientes. Las pretensiones conocidas y reconocidas de Alexandre Crottat, el primer pasante de Roguin y la fortuna de su padre, rico granjero de Brie, eran obstáculos muy grandes para el triunfo del huérfano, pero dificultades tales no eran ni con mucho las más ásperas de vencer: Popinot llevaba sepultados en lo hondo del corazón tristes secretos que acrecentaban la distancia que lo separaba de Césarine. La fortuna de los Ragon, con la que habría podido contar, estaba comprometida: el huérfano tenía la satisfacción de echarles una mano para que vivieran, aportando sus escasos ingresos. ¡Y sin embargo creía poder triunfar! Había captado en varias ocasiones algunas miradas que le había lanzado Césarine aparentemente orgullosa de él; en lo hondo de sus ojos azules se había atrevido a leer un oculto pensamiento rebosante de acariciadoras esperanzas. Caminaba, pues, turbándolo la esperanza del momento, trémulo, silencioso, conmovido, tal y como podrían estarlo en semejante circunstancia todos los jóvenes para quien la vida está en capullo.

—Popinot —le dijo el buen comerciante—. ¿Qué tal está tu tía? ¿Bien?

—Sí, señor.

—Pues lleva una temporada en que me parece que anda inquieta. ¿Habrá algo que no marcha como es debido? Mira, muchacho, no debes andarte con muchos misterios conmigo, porque soy casi de la familia. Hace veinticinco años que conozco a tu tío Ragon. Entré a trabajar con él calzado con zapatones con puntera de hierro, recién llegado de mi pueblo. Y aunque el sitio se llame Les Trésorières, no tenía más fortuna que un luis de oro que me había dado mi madrina, la difunta señora marquesa de Uxelles, una pariente de los señores duques de Lenoncourt, que son clientes nuestros. Así que he rezado todos los domingos por ella y por toda su familia; le envió a Turena todos los productos de perfumería que usa su sobrina, la señora de Mortsaut. Siempre me viene clientela de su parte, por ejemplo el señor de Vandenesse, que compra por valor de mil doscientos francos anuales. Si no fuera agradecido por tener el corazón cabal, debería serlo por interés. Pero a ti te quiero sin pensamientos en la recámara y por ti mismo.

— ¡Ay, señor, tenía usted, si me permite decirlo, muy buena mollera!

—No, muchacho, no; con eso no basta. No digo que mi mollera valga menos que otras, pero tenía probidad, pardiez, y me he portado como es debido, y sólo he querido a mi mujer. El amor es un vehículo condenadamente bueno, una palabra afortunada que usó ayer en la tribuna el señor de Villèle.

— ¡El amor! —dijo Popinot—. ¡Ay, señor, acaso...!

«Caramba, caramba, por ahí viene maese Roguin, por la parte de arriba de

la plaza de Luis XV, a pie y a las ocho de la mañana. ¿Qué estará haciendo ahí el individuo?», se dijo César olvidándose de Anselme Popinot y del aceite de avellana.

Le volvieron a la cabeza las suposiciones de su mujer y, en vez de entrar en el jardín de las Tullerías, Birotteau se fue hacia el notario para hacerse el encontradizo. Anselme siguió a su jefe a distancia, sin poder explicarse el repentino interés que le inspiraba algo de tan escasa importancia, aunque muy dichoso por los ánimos que la daba lo que contaba César de los zapatos con puntera de hierro, el luis de oro y el amor.

Roguin, que era hombre alto, grueso y granujiento, de frente muy despejada y pelo negro, no había carecido antaño de prestancia; había sido audaz y joven, pues de pasante había llegado a notario; pero en aquellos momentos en su rostro podía ver un observador hábil las tensiones y los cansancios de la búsqueda de los placeres. Cuando un hombre se hunde en el fango de los excesos, resulta difícil que no tenga la cara fangosa por algún lado, por lo que el surco de las arrugas y la calidez del cutis carecían de nobleza en Roguin. En vez de ese fulgor puro que arde bajo los tejidos de los hombres templados y les transfiere una flor de salud, se intuía en él la impureza de una sangre que hostigaban esos esfuerzos contra los que se rebela el cuerpo. Tenía una nariz abominablemente respingona, como la tienen aquéllos en quienes los humores, al encarrilarse por ese órgano, causan esa secreta dolencia que una virtuosa reina de Francia tomaba ingenuamente por una desgracia común del otro sexo, ya que nunca se había acercado a hombre que no fuera el rey lo bastante para caer en la cuenta de su error. Roguin creía haber disimulado aquella desventaja tomando mucho rapé de España, pero había incrementado sus inconvenientes, que fueron la causa principal de sus desventuras.

¿No es acaso una obsequiosidad social perpetuada en exceso esa de pintar siempre a los hombres con colores falsos y no revelar algunos de los auténticos principios de sus vicisitudes, que con tanta frecuencia proceden de la enfermedad? Es posible que los historiadores de las costumbres hayan descuidado demasiado, hasta ahora, el daño físico considerándolo desde el punto de vista de sus destrozos morales y examinándolo en relación con su influencia en el mecanismo de la vida. La mujer de César había atinado con el secreto del matrimonio.

Ya desde la primera noche, la de bodas, la encantadora hija única del banquero Cheval sintió por el pobre notario una antipatía irremediable y quiso pedir en el acto el divorcio. Roguin, que estaba encantadísimo de tener una mujer que poseía quinientos mil francos sin contar posteriores esperanzas, le suplicó que no entablase un procedimiento de divorcio a cambio de dejarla libre y someterse a cualesquiera consecuencias de aquel pacto. La señora

Roguin, dueña y señora absoluta, se comportó con su marido como una cortesana con un amante viejo. No tardó en parecerle a Roguin que su mujer le salía demasiado cara y, como muchos maridos parisinos, puso casa en otro punto de la ciudad. Aquel gasto, que se mantuvo primero dentro de prudentes límites, no fue muy oneroso.

Al principio, Roguin encontraba, sin meterse en dispendios, a algunas modistillas muy dichosas de aceptar su protección; pero, desde hacía tres años, lo corroía una de esas indomeñables pasiones que se apoderan de los hombres entre los cincuenta y los sesenta años y quedaba justificada por una de las más esplendorosas mujeres de aquel tiempo, conocida en las pompas de la prostitución como la Guapa Holandesa, pues iba a volver a caer en ese abismo en donde su muerte le dio fama. La había traído antaño a París desde Brujas uno de los clientes de Roguin, quien, al no quedarle más remedio que irse debido a los acontecimientos políticos, se la regaló en 1815. El notario le compró a su capricho una casita en los Campos Elíseos, la amuebló lujosamente y se dejó arrastrar a complacer los costosos caprichos de aquella mujer, cuya profusión se tragó su fortuna.

La expresión sombría que llevaba Roguin en la cara y se disipó al ver a su cliente tenía que ver con acontecimientos misteriosos en los que entraban los secretos de la repentina fortuna de Du Tillet. El plan que se había hecho Du Tillet cambió desde el primer domingo en que pudo observar en casa de su jefe las respectivas situaciones del señor y la señora Roguin. Había entrado allí menos para seducir a la mujer de César que para que le ofrecieran la mano de Césarine como desagravio por una pasión reprimida, y le costó tanto menos renunciar a ese matrimonio cuanto que había creído que César era rico y le había parecido pobre. Espió al notario, se ganó su confianza, consiguió que lo presentasen en casa de la Guapa Holandesa, estudió en qué términos estaba ésta con Roguin y se enteró de que amenazaba con despedir a su amante si le recortaba los lujos. La Guapa Holandesa era de esas mujeres alocadas a quienes nunca les preocupa de dónde sale el dinero ni cómo se gana y darían una fiesta con los escudos procedentes de un parricidio. Al día siguiente no se acordaba nunca de la víspera. Para ella, el porvenir era la sobremesa; y el fin de mes, la eternidad, incluso cuando tenían que llegarle facturas. Satisfechísimo por haber dado con una primera palanca, Du Tillet empezó por conseguir de la Guapa Holandesa que quisiera a Roguin por treinta mil francos anuales, en vez de cincuenta mil, favor que pocas veces olvidan los ancianos ardientes.

Por fin, tras una cena en que corrió mucho el vino, Roguin le confesó a Du Tillet la crisis financiera en que estaba. Como la hipoteca legal de su mujer le dejaba sin sus bienes inmobiliarios, su pasión lo había puesto en la necesidad de coger de los fondos de sus clientes una suma que ya superaba la mitad del

valor de su notaría. Cuando no quedara nada del resto, el desventurado Roguin se levantaría la tapa de los sesos, pues opinaba que sería menor el horror de la quiebra, que forzaría a que lo compadecieran públicamente. Du Tillet divisó una fortuna rápida y segura que resplandeció como un relámpago en la noche oscura de la embriaguez; calmó a Roguin y le agradeció la confianza haciéndole disparar al aire las pistolas. «Cuando un hombre del alcance de usted se arriesga de ese modo —le dijo—, no debe conducirse como un necio y caminar a tientas, sino llevar a cabo operaciones atrevidas». Le aconsejó que cogiera inmediatamente una suma elevada y se la confiase para que él se la jugara audazmente en cualquier partida, en la Bolsa o en alguna especulación escogida entre las mil que se emprendían por entonces. Si ganaban, fundarían entre los dos un banco en donde les sacarían partido a los depósitos y cuyos beneficios podría emplear en satisfacer su pasión. Si la suerte les volvía la espalda, Roguin se marcharía a vivir al extranjero, en lugar de matarse, porque su Du Tillet le seguiría siendo fiel hasta el último céntimo. Era poner una soga al alcance de la mano de un hombre que se estaba ahogando y Roguin no se dio cuenta de que el encargado de la perfumería se la ponía al cuello.

Dueño del secreto de Roguin, Du Tillet lo usó para tener bajo su poder a un tiempo a la mujer, a la querida y al marido. Prevenida de un desastre que estaba lejos de sospechar, la señora Roguin aceptó las atenciones de Du Tillet, que se fue entonces de la perfumería con seguridades para su porvenir. No le costó convencer a la querida de que arriesgase una suma para no verse nunca en la necesidad de recurrir a la prostitución si le sucedía alguna desgracia. La mujer legítima liquidó sus negocios, reunió enseguida un capitalito y se lo entregó a ese hombre del que se fiaba su marido, pues el notario había empezado por darle a su cómplice cien mil francos. Du Tillet se situó junto a la señora Roguin de forma tal que los intereses de aquella mujer hermosa se convirtieran en afecto y supo inspirarle una pasión violenta. Como es lógico, sus tres comanditarios le constituyeron una participación, pero como no lo satisfacía, tuvo la audacia, al hacerlos jugar en Bolsa, de entenderse con un adversario que le devolvía el importe de las supuestas pérdidas, pues jugó para sus clientes y para sí. No bien reunió cincuenta mil francos, tuvo la seguridad de que iba a hacer una gran fortuna; puso entonces esa vista de águila que lo caracterizaba en las etapas por las que entonces pasaba Francia; jugó a la baja durante la campaña de Francia y al alza cuando regresaron los Borbones. Dos meses después de la vuelta de Luis XVIII, la señora Roguin tenía doscientos mil francos; y Du Tillet, cien mil escudos. El notario, que miraba a aquel joven como a un ángel, había restablecido el equilibrio en sus asuntos. La Guapa Holandesa se lo gastaba todo; padecía un cáncer infame que se llamaba Maxime de Trailles, ex paje del Emperador. Du Tillet descubrió el nombre auténtico de la mujer al redactar con ella un acta notarial. Se llamaba Sarah Gobseck. Le llamó la atención la coincidencia del apellido con el de un

usurero del que había oído hablar; fue a casa del viejo prestamista, la providencia de los hijos de familia, para investigar hasta dónde podría conseguir crédito de él su pariente. El Bruto de los usureros fue implacable con su sobrina nieta, pero Du Tillet supo agradecerle haciéndose pasar por el banquero de Sarah y fingiendo que tenía fondos de ella que deberían moverse. La forma de ser normanda y la forma de ser usurera encajaron bien. Resultaba que Gobseck necesitaba a un hombre joven y hábil para velar por una operacioncita en el extranjero. A un auditor del Consejo de Estado, a quien había sorprendido del regreso de los Borbones, se le ocurrió, para que en la corte lo mirasen con buenos ojos, irse a Alemania y comprar los pagarés de las deudas que habían contraído los príncipes durante la emigración. Ofrecía los beneficios de aquel negocio, que para él no tenía más interés que el puramente político, a quienes aportasen los fondos necesarios. El usurero no quería soltar el dinero más que según se fueran adquiriendo los créditos, y que los examinase un representante suyo con muchas luces. Los usureros no se fían de nadie, quieren garantías; con ellos, la ocasión lo es todo; son de hielo cuando no necesitan a un hombre, y melosos y dispuestos a la beneficencia cuando ven en ello utilidad. Du Tillet estaba al tanto del importantísimo papel que desempeñaban por lo bajo en la plaza de París Werbrust y Gigonnet, prestamistas con descuento de los comerciantes de la calles de Saint-Denis y de Saint-Martin, y Palma, banquero del Faubourg Poissonnière, que casi siempre tenían intereses con Gosbeck. Ofreció, pues, un aval pecuniario a cambio de un interés y exigiendo que aquellos caballeros utilizasen en su comercio con el dinero los fondos que él depositara: se preparaba así unos apoyos. Acompañó al señor Clément Chardin des Lupeaulx en un viaje a Alemania que duró mientras duraron los Cien Días y volvió con la segunda restauración, habiendo acrecentado aún más los elementos de su fortuna que la fortuna en sí. Estaba impuesto en los secretos de los calculadores más hábiles de París y se había granjeado la amistad del hombre con quien ejercía de vigilante, pues aquel hábil prestidigitador le había desvelado los resortes y la jurisprudencia de la razón de Estado. Du Tillet tenía una de esas inteligencias que entienden con medias palabras; aquel viaje acabó de educársela. A la vuelta, se encontró con que la señora Roguin le había sido fiel. En cuanto al pobre notario, esperaba a Ferdinand con las mismas muestras de impaciencia que su mujer; la Guapa Holandesa lo había vuelto a arruinar. Du Tillet interrogó a la Guapa Holandesa y no encontró ningún gasto que se correspondiera con las cantidades desvanecidas. Du Tillet descubrió entonces el secreto que tan cuidadosamente le había ocultado Sarah Gobseck, su loca pasión por Maxime de Trailles, cuyos inicios en la carrera del vicio y desenfreno anunciaban lo que luego fue, uno de esos indeseables políticos que todo buen gobierno precisa y a quien el juego volvía insaciable. Tras ese descubrimiento, Du Tillet entendió la insensibilidad de Gobseck con su

sobrino nieta. En circunstancias tales, el banquero Du Tillet, pues a banquero llegó, aconsejó muy mucho a Roguin que tuviera una vela encendida por si otra se apagaba embarcando a sus clientes más adinerados en un negocio del que pudiera reservar para sí elevadas sumas no fuera a ser que se viese en la necesidad de quebrar volviendo al juego de la Banca. Tras diversos altibajos, que sólo aprovecharon a Du Tillet y a la señora Roguin, vio el notario llegar la hora de la bancarrota. Su mejor amigo sacó partido entonces a su agonía. Du Tillet se inventó la especulación relacionada con los terrenos sitios en las inmediaciones de La Madeleine. Como es lógico, los cien mil francos que Birotteau depositó en la notaría de Roguin, en espera de invertirlos, se le entregaron a Du Tillet, quien, como quería la pérdida del perfumista, le dio a entender a Roguin que corría menos peligro si atrapaba en sus redes a sus amigos íntimos... Un amigo, le dijo, tiene consideración incluso airado. Pocas personas saben en la actualidad cuánto valía a la sazón una toesa de terreno en las inmediaciones de La Madeleine, pero esos terrenos iban a venderse forzosamente por encima de su valor de aquel momento debido a la obligación de buscar propietarios que aprovecharan la ocasión; ahora bien, Du Tillet quería estar en condiciones de recoger las ganancias, pero sin sobrellevar las pérdidas de una especulación a largo plazo. Dicho de otro modo, su plan consistía en matar el negocio para adjudicarse un cadáver que sabía que podría reanimar. En circunstancia semejante, los Gobseck, los Palma, los Werbrust, los Gigonnet se echaban una mano; pero Du Tillet no tenía con ellos la intimidad suficiente para pedirles ayuda; por lo demás, estaba muy interesado en esconder la mano sin dejar de dirigir el negocio para poder recoger los frutos del robo sin tener que pasar por la vergüenza de haber robado; sintió, pues, la necesidad de tener en propiedad uno de esos maniqués de carne y hueso que, en el lenguaje comercial, reciben el nombre de hombres de paja. Su supuesto jugador en Bolsa le pareció adecuado para convertirse en su siervo y se entrometió en los derechos de Dios creando un hombre. De un ex viajante de comercio, sin medios ni capacidad, salvo la de hablar interminablemente de lo que fuera sin decir nada, sin un ochavo, pero que podía enterarse de qué papel se le adjudicaba e interpretarlo sin comprometer la representación, y colmado del honor más infrecuente, es decir, capaz de guardar un secreto y de dejarse deshonrar en provecho de su mandatario, fabricó Du Tillet un banquero que organizaba y dirigía las mayores empresas, el jefe de la Casa Claparon. El destino de Charles Claparon era que lo entregasen algún día a los judíos y a los fariseos si los negocios que pusiera en marcha Du Tillet requirieran una quiebra, y Claparon lo sabía. Pero para un pobre diablo que paseaba melancólicamente por los bulevares con dos francos de porvenir en el bolsillo cuando su compañero Du Tillet se encontró con él, las modestas partidas que le corresponderían en cada uno de los negocios fueron un Eldorado. En consecuencia, su amistad con Du Tillet, la devoción que por él

sentía, reforzadas por un irreflexivo agradecimiento, exacerbadas por las necesidades de una vida libertina y deshilvanada, lo movían a decir amén a todo. Luego, tras haber vendido su honor, vio que su ex compañero se arriesgaba con tanta prudencia que acabó por tomarle apego como un perro al amo. Claparon era un caniche muy feo, pero siempre dispuesto a dar el salto de Curcio. En la combinación a que nos referimos, tenía que representar a la mitad de los compradores de los terrenos, de la misma forma que César Birotteau representaría a la otra. Los valores que Claparon recibiera de Birotteau los descontaría uno de los usureros cuyo nombre podía tomar prestado Du Tillet, para arrojar a Birotteau al abismo de una quiebra cuando Roguin lo dejase sin sus fondos. Los síndicos de la quiebra actuarían obedeciendo a la inspiración de Du Tillet, quien, en posesión de las cantidades que hubiera entregado el perfumista y su acreedor bajo nombres diferentes, sacaría los terrenos a licitación y los compraría por la mitad de su valor pagándolos con los fondos de Roguin y el dividendo de la quiebra. El notario se había metido en el asunto creyendo que se quedaría con una parte sustanciosa de los preciados despojos del perfumista y sus cointeresados; pero ese hombre a cuya discreción quedaba pensaba adjudicarse, y se adjudicó, la parte del león. Roguin, como no podía demandar a Du Tillet ante ningún tribunal, se dio por satisfecho con el hueso que le echaban todos los meses para que lo royera en los confines de Suiza, en donde encontró bellezas de saldo. Aquel plan espantoso lo gestaron las circunstancias, y no una cavilación de autor de tragedias que se inventara una intriga. El odio sin deseos de venganza es una semilla que cae en granito; pero la venganza que quería tomar Du Tillet de César era uno de los impulsos más espontáneos o, en caso contrario, habría que negar el enfrentamiento entre los ángeles malditos y los ángeles de luz. Du Tillet no podía, a menos de enfrentarse con graves inconvenientes, asesinar al único hombre que estaba enterado en París de que era culpable de un robo doméstico, pero podía arrojarlo al cieno y aniquilarlo de forma tal que ya no pudiera testimoniar de nada. La venganza le anduvo germinando mucho tiempo en el corazón, sin echar flores, pues incluso las personas de odios más empecinados hacen, en París, muy pocos planes, ya que la vida transcurre allí con demasiada rapidez y demasiada agitación y hay demasiados accidentes imprevistos; pero no deja de ser cierto que esas perpetuas fluctuaciones, aunque no permiten la premeditación, les hacen el juego muy bien a las ideas que se agazapan en lo más hondo de un político lo bastante hábil para acechar sus fluviales oportunidades. Cuando Roguin hizo confidencias a Du Tillet, el encargado intuyó una remota posibilidad de destruir a César; y no andaba descaminado. A punto de dejar a su ídolo, el notario apuraba lo que quedaba del filtro en la copa quebrada; iba todos los días a los Campos Elíseos y regresaba a su casa por la mañana muy temprano. Lo que indica que la desconfiada mujer de César estaba en lo cierto. En cuanto

un hombre se decide a interpretar el papel que Du Tillet le había asignado a Roguin, consigue el talento de un gran actor, tiene vista de lince y la penetración de un vidente, sabe magnetizar a la víctima del engaño; en consecuencia, el notario había divisado a Birotteau mucho antes de que Birotteau lo viera y cuando el perfumista lo miró, ya le estaba tendiendo la mano desde lejos.

—Vengo de redactar el testamento de una personalidad importante a quien no le quedan ni ocho días de vida —dijo con la expresión más natural del mundo—. Pero me han tratado como a un médico de aldea; me fueron a buscar en coche y me vuelvo a pie.

Aquellas palabras disiparon la leve nube de desconfianza que le había nublado la frente al perfumista y Roguin había intuido. El notario se guardó, pues, muy mucho de ser el primero en mencionar el asunto de los terrenos ya que quería darle a su víctima el golpe postrero.

—Después de los testamentos, los contratos de matrimonio —dijo Birotteau—. Así es la vida. Y, por cierto, ¿cuándo nos casamos con la Madeleine, eh, amigo Roguin? —añadió dándole palmadas en el vientre.

Entre hombres, los burgueses más castos a lo que aspiran es a parecer picantes.

—Pues si no es hoy —contestó el notario con expresión diplomática—, no será nunca. Nos tememos que el asunto trascienda; ya me están apretando las clavijas dos de mis clientes más ricos que quieren entrar en la especulación. Así que hay que tomarlo o dejarlo. En cuanto pasen las doce, redactaré las actas y no tendrá usted la posibilidad de figurar más que hasta la una. Adiós. Ahora voy precisamente a leer las minutas que Xandrot ha debido de desbastarme esta noche pasada.

—Pues es cosa hecha, tiene mi palabra —dijo Birotteau corriendo tras el notario para chocar esos cinco con él—. Coja los cien mil francos que eran para la dote de mi hija.

—Bien —dijo Roguin según se alejaba.

Durante el breve rato que tardó Birotteau en volver junto a Popinot notó en las entrañas un calor violento, tuvo una contracción del diafragma y le zumbaron los oídos.

— ¿Qué le pasa? —le preguntó el empleado al ver a su jefe pálido.

— ¡Ay, muchacho, acabo de cerrar con una sola palabra un gran negocio! Nadie es dueño de sus emociones en un caso así. Por lo demás, también tiene que ver contigo. Por eso te he traído aquí para charlar más a gusto; nadie podrá oírnos. Tu tía está en apuros. ¿En qué ha perdido tanto dinero? Dímelo.

—Mis tíos tenían sus fondos en el banco del señor De Nucingen y no les quedó más remedio que aceptar como pago acciones de las minas de Worstchin que aún no pagan dividendos, y a su edad no es fácil vivir de esperanzas.

—Pero ¿de qué viven?

—Me han dado la alegría de aceptar mi sueldo.

—Bien, bien, Anselme —dijo el perfumista permitiendo que le corriera una lágrima—; te mereces el afecto que te tengo. Y por eso vas a recibir la recompensa de tu entrega a mis negocios.

Al decir estas palabras, el negociante crecía tanto ante sus propios ojos cuanto ante los de Popinot; puso en ellas ese énfasis burgués y candoroso que era la expresión de su superioridad postiza.

— ¡Cómo! ¿Acaso ha adivinado usted la pasión que siento por...?

— ¿Por quién? —dijo el perfumista.

—Por la señorita Césarine.

— ¡Ah, muchacho, qué atrevido eres! —exclamó Birotteau—. Pero guarda bien tu secreto; yo te prometo olvidarlo; y mañana te irás de mi casa. No te lo reprocho; ¡en tu lugar, qué demonios, a mí me habría pasado lo mismo! ¡Es tan guapa!

— ¡Ay, señor! —dijo el dependiente, sudando tanto que notaba mojada la camisa.

—Muchacho, este asunto no es cosa de un día. Césarine es dueña de sí misma; y su madre tiene sus planes. Así que repórtate, sécate los ojos, lleva tirantes las riendas del corazón y no lo mencionemos más. A mí no me avergonzaría tenerte de yerno: sobrino del señor Popinot, juez en el Tribunal de Primera Instancia y sobrino de los Ragon. Tienes tanto derecho como el que más a abrirte camino: ¡pero hay peros y pueses y sis! ¡Hay que ver con qué me sales en una conversación de negocios! Venga, siéntate en esa silla y que el enamorado ceda el sitio al empleado. Popinot, ¿eres hombre de coraje? —dijo mirando a su dependiente—. ¿Te sientes con valor para luchar con alguien más fuerte que tú, para combatir cuerpo a cuerpo?...

—Sí.

— ¿De reñir un combate largo y peligroso?

— ¿De qué se trata?

— ¡De hacer que se vaya a pique el Aceite de Macassar! —dijo Birotteau, irguiéndose a pie firme igual que un héroe de Plutarco—. No nos engañemos,

el enemigo es fuerte, resistente, temible. Al Aceite de Macassar lo han llevado muy bien. El concepto es hábil. Los frascos cuadrados son de forma original. Para mi proyecto, se me había ocurrido hacer los nuestros triangulares, pero, tras madura reflexión, preferiría botellitas de vidrio fino forradas de juncos; tendrían aspecto misterioso y a los consumidores les gusta todo lo que les intriga.

—Saldrá caro —dijo Popinot—. Habría que ponerlo todo lo más barato posible para que los detallistas pidan remesas grandes.

—Bien, muchacho, éstos son los auténticos principios. ¡Piénsalo bien, el Aceite de Macassar se defenderá! Es atractivo, tiene un nombre que seduce. Lo presentan como una importación extranjera, mientras que nosotros tendremos la desdicha de ser del país. Vamos a ver, Popinot, ¿te sientes con capacidad para aniquilar a Macassar? De entrada, lo meterás en las expediciones a ultramar: por lo visto, Macassar está, en realidad, en las Indias, así que es más natural enviarles a los indios el producto francés que devolverles lo que supuestamente nos proporcionan. De tu cargo corre que los tripulantes lo lleven en su pacotilla. ¡Pero hay que luchar en el extranjero, luchar en los departamentos franceses! Ahora bien, el Aceite de Macassar se anunció muy bien, no hay que ignorar el poder que tiene, está introducido, el público lo conoce.

— ¡Lo echaré a pique! —exclamó Popinot con la mirada encendida.

— ¿Con qué? —le dijo Birotteau—. ¡Cómo son de vehementes todos los jóvenes! Atiéndeme hasta el final.

Anselme se cuadró como un soldado ante un mariscal de Francia.

—He inventado, Popinot, un aceite para activar la crecida del cabello, reanimar el cuero cabelludo y conservar el color de las cabelleras de hembras y varones. Esta esencia no tendrá éxito menor que mi Pomada y mi Agua: pero no quiero sacarle partido personalmente a ese secreto, estoy pensando en retirarme del comercio. Eres tú, hijo mío, quien va a lanzar mi aceite comágeno (que viene de coma, palabra latina que quiere decir pelo, según me ha contado el señor Alibert, médico del rey. Encontramos esa palabra en la tragedia Berenice en donde Racine puso un rey de Comagene, un enamorado de esa hermosa reina tan famosa por su cabellera; y dicho enamorado, sin duda por halagarla, le dio ese nombre a su reino. ¡Qué listos son esos grandes genios y cómo descienden a los mínimos detalles!).

Popinot conservó la seriedad al oír aquel estrambótico paréntesis que no cabía duda que iba dedicado a él, que era hombre instruido.

—Anselme, he puesto los ojos en ti para fundar una casa de comercio de buena droguería en la calle de Les Lombards —dijo Birotteau—. Seré tu socio

secreto y te facilitaré las primeras cantidades. Después del Aceite Comágeno, probaremos con la esencia de vainilla y el espíritu de menta. En fin, que nos meteremos en la droguería para revolucionarla vendiendo productos concentrados en vez de venderlos naturales. Ambicioso joven, ¿estás contento?

Anselme no podía contestar, pues estaba abrumado, pero los ojos cuajados de lágrimas respondían en su lugar. Le parecía que aquella oferta la dictaba una indulgente paternidad que le decía: «Hazte con riqueza y consideración para merecerte a Césarine».

— ¡Yo también triunfaré! —respondió al fin, tomando la emoción de Birotteau por asombro.

— ¡Así era yo! —exclamó el perfumista—. Nada sino eso dije. Si no tienes a mi hija, al menos tendrás una fortuna. ¿A ver, muchacho, qué te sucede?

—Déjeme la esperanza de que, al alcanzar una, conseguiré la otra.

—No puedo impedirte que tengas esperanza, amigo mío —dijo Birotteau, a quien conmovió el tono de Anselme.

—Pues bien, ¿puedo tomar ya a partir de hoy mismo las medidas necesarias para encontrar un local y empezar, así, cuanto antes?

—Sí, hijo mío. Mañana iremos los dos a encerrarnos en la fábrica. Antes de ir al barrio en el que está la calle de Les Lombards, irás a ver a Livingston para saber si podrá funcionar mañana la prensa hidráulica. Esta noche iremos, a la hora de cenar, a casa de ese ilustre y bondadoso señor Vauquelin para consultarlo. Este sabio se ha interesado hace muy poco por la composición del cabello, ha investigado qué sustancia lo colorea, de dónde procedía, cuál era la textura del pelo. Todo está ahí, Popinot. Sabrás mi secreto y ya sólo te quedará aprovecharlo de forma inteligente. Antes de Livingston, ve a ver a Pieri Bénard. Hijo mío, el desinterés del señor Vauquelin es uno de los grandes dolores de mi vida: no hay forma de hacerle aceptar nada. Menos mal que me he enterado por Chiffreville de que quería una Virgen de Dresde que había grabado un tal Muller y, después de dos años de correspondencia con Alemania, Bénard ha conseguido encontrar, en papel de la China, una prueba antes de la letra: cuesta mil quinientos francos, muchacho. Hoy, nuestro bienhechor la verá en su recibidor cuando salga a despedirnos, porque tiene que estar ya enmarcada, compruébalo. Así nos tendrá en el recuerdo a mi mujer y a mí, pues en lo que se refiere al agradecimiento, llevamos rezándole a Dios por él todos los días. Yo no lo olvidaré nunca; pero, Popinot, absortos en la ciencia, los sabios se olvidan de todo: mujeres, amigos, personas a quienes han hecho favores. A nosotros la escasez de inteligencia nos permite por lo menos ser de corazón caliente. Y eso lo consuela a uno de no ser un gran

hombre. Esos señores del Instituto son nada más cerebro, ya lo verás, nunca te los encontrarás en una iglesia. El señor Vauquelin está siempre en su gabinete de trabajo o en su laboratorio; quiero creer que se acuerda de Dios cuando analiza sus obras. Bien, pues ya estamos de acuerdo: te proporciono las primeras cantidades, te cedo la posesión de mi secreto y vamos a medias sin necesidad de contrato. Lo que tenemos que tener es éxito, y ya nos pondremos de acuerdo. Corre, muchacho, que yo voy a mis negocios. Pero oye, Popinot, dentro de veinte días voy a dar un gran baile; hazte un frac y asiste como un comerciante ya lanzado...

Este último rasgo de bondad emocionó tanto a Popinot que le cogió a César la manaza y se la besó. El buen hombre había dado alas al pretendiente con aquella confianza; y las personas enamoradas son capaces de lo que sea.

—Pobre muchacho —dijo Birotteau, al verlo cruzar a la carrera las Tullerías—. ¿Y si Césarine lo quisiera? Pero es cojo, tiene el pelo color caldero y las jóvenes son tan singulares que no creo que Césarine... Y, además, su madre quiere verla casada con un notario. Alexandre Crottat la hará rica: la riqueza todo lo vuelve soportable mientras que no hay felicidad que no sucumba ante la miseria. En fin, he resuelto dejar a mi hija dueña de sí misma hasta se le ponga a tiro una locura.

El vecino de Birotteau, Cayron de apellido, tenía un modesto comercio de paraguas, sombrillas y bastones. Era oriundo de Languedoc, no le iban bien los negocios y Birotteau ya le había echado una mano varias veces. Cayron estaba más que dispuesto a limitarse a su local y cederle las dos habitaciones del primer piso, restando otro tanto a su renta.

—Bueno, vecino —dijo con confianza Birotteau según entraba en la tienda del comerciante de paraguas—, mi mujer consiente en la ampliación del local. Si le parece bien, iremos a ver al señor Molineux a las once.

—Mi querido señor Birotteau —repuso el dueño de la tienda de paraguas—, nunca le pedí nada por este traspaso, pero ya sabe que un buen comerciante tiene que sacarle dinero a todo.

— ¡Demonios! —respondió el perfumista—. No tengo el dinero a espuestas. Y no sé si a mi arquitecto, al que estoy esperando, le parecerá posible la operación. Antes de tomar una decisión, me ha dicho, tenemos que ver si los suelos están a ras. Y, de propina, hace falta que el señor Molineux autorice que abramos un agujero en la pared y que esa pared sea medianera. Y, por fin, tengo que darle la vuelta, en mi casa, a la escalera para cambiar el rellano y tenerlo todo al mismo nivel. Son muchos gastos y no me quiero arruinar.

—Huy, caballero —dijo el meridional—, el día en que usted se arruine será

el mismo en que el sol haya yacido con la tierra y hayan tenido crías.

Birotteau se acarició la barbilla al tiempo que se ponía de puntillas y se dejaba caer sobre los talones.

—Además —dijo Cayron—, lo único que le pido es que se quede con estos valores...

Y le enseñó una breve relación por valor de cinco mil francos compuesta de dieciséis pagarés.

— ¡Ah! —dijo el perfumista—. Pagarés pequeños, dos meses, tres meses...

—Quédese con ellos a un seis por ciento nada más —dijo el comerciante con expresión humilde.

— ¿Acaso practico yo la usura? —dijo el perfumista con tono de reproche.

—La verdad es que he ido a ver a su ex encargado Du Tillet y no los quería de ninguna manera, seguramente para enterarse de cuánto estaba yo dispuesto a perder.

—No conozco estas firmas —dijo el perfumista.

—Si es que tenemos unos apellidos tan raros en el ramo de los bastones y los paraguas. Son representantes.

—Bueno, pues no digo que me vaya a quedar con todo, pero siempre puedo apañarme con los que vencen antes.

—Por mil francos que están a cuatro meses no me deje andar corriendo detrás de esas sanguijuelas que nos sacan lo más aparente de nuestros beneficios. Cojámelo todo, señor Birotteau. Casi nunca recorro al descuento de efectos de comercio, no tengo ningún crédito, eso es lo que nos mata a los detallistas pequeños.

—Vaya, le acepto los pagarés. Célestin hará las cuentas. Está listo a las once. Aquí viene el señor Grindot, mi arquitecto —añadió el perfumista al ver acercarse al joven con quien se había citado la víspera en casa del señor de La Billardière—. En contra de la costumbre que tienen las personas de talento, es usted puntual, caballero —le dijo César sacando a relucir su afabilidad de comerciante más distinguida—. Si la puntualidad, por repetir una frase del rey, que no es menos ingenioso que gran político, es la cortesía de los reyes, también es la fortuna de los hombres de negocios. El tiempo, el tiempo es oro, sobre todo para ustedes, los artistas. Tengo oído que la arquitectura es la reunión de todas las artes. No hace falta pasar por la tienda —añadió, indicando la falsa puerta de carruajes de su casa.

El señor Grindot había recibido hacía cuatro años el gran premio de

arquitectura y acababa de regresar de Roma, tras una estancia allí de tres años por cuenta del Estado. En Italia, el joven artista pensaba en el arte; en París, pensaba en hacer dinero. Sólo el gobierno puede aportar los millones que necesita un arquitecto para edificar su fama; cuando un arquitecto vuelve de Roma, es tan natural que se crea Fontaine o Percier que cualquier arquitecto que tenga ambición tiende al ministerialismo: el becado liberal, convertido en monárquico, buscaba, pues, la protección de personas influyentes. Cuando un gran premio se comporta así, sus colegas lo llaman intrigante. El joven arquitecto podía tirar por dos caminos: servir al perfumista o utilizarlo. Pero el Birotteau teniente de alcalde, el Birotteau futuro dueño de la mitad de los terrenos de La Madeleine, alrededor de la cual acabaría por construirse, antes o después, un barrio elegante, era hombre con quien había que tener consideraciones. Grindot sacrificó, pues, las ganancias presentes a los beneficios futuros. Escuchó pacientemente los planes, las repeticiones, las ideas de uno de esos burgueses que eran el blanco constante de los venablos y las pullas del artista y eterno objeto de su desprecio y se fue en pos del perfumista asintiendo con la cabeza para aceptar sus ideas. Cuando el perfumista le hubo explicado todo por lo menudo, el joven arquitecto intentó resumirle el proyecto al autor de éste.

—Cuenta usted con tres huecos de fachada a la calle más el ciego que da a la escalera y coge el descansillo. Les suma usted los otros dos que están al mismo nivel en la finca de al lado al darle la vuelta a la escalera para que toda la vivienda esté a la misma altura, por el lado de la calle.

—Me ha entendido a la perfección —dijo el perfumista, asombrado.

—Para llevar a cabo su proyecto, hay que darle luces por arriba a la escalera nueva y dejar espacio para una portería debajo del zócalo.

—Un zócalo...

—Sí, es la parte en que se apoyará...

—Lo entiendo, lo entiendo.

—En cuanto a la vivienda, deme carta blanca para hacer la distribución y la decoración. Quiero que sea digna...

— ¡Digna! ¡Ésa es la palabra, caballero!

— ¿Cuánto tiempo me da para cambiar el decorado?

—Veinte días.

— ¿Y qué cantidad está dispuesto a meter en operarios? —dijo Grindot.

—Pero ¿a cuánto pueden subir esas reformas?

—Un arquitecto calcula una edificación nueva céntimo arriba o abajo —

contestó el joven—; pero como no tengo práctica en embaucar a los burgueses (usted perdone, caballero, se me ha escapado la palabra...), debo avisarlo de que resulta imposible calcular los arreglos y las reformas. En ocho días, apenas si me dará tiempo a realizar un presupuesto aproximado. Fíese de mí y tendrá una escalera preciosa con iluminación por arriba y que lucirá un bonito portal que dé a la calle; y debajo del zócalo...

—Otra vez el zócalo...

—No se preocupe; encontraré sitio para una portería pequeña. La vivienda se estudiará y se restaurará con mimo. ¡Sí, señor Birotteau, me importa el arte y no la riqueza! ¿Acaso no debo, ante todo, para triunfar conseguir que se hable de mí? En mi opinión, el mejor sistema es no enredarse en cambalaches con los proveedores y conseguir resultados hermosos que salgan baratos.

—Con semejantes ideas, joven —dijo Birotteau con tono protector—, saldrá adelante.

—Por lo tanto —siguió diciendo Grindot—, trate usted directamente con los albañiles, los pintores, los cerrajeros, los carpinteros y los ebanistas. Yo me encargo de pagarles las facturas. Pero deme dos mil francos de honorarios, será una buena inversión. Déjeme de dueño y señor mañana a mediodía y dígame a qué operarios ha elegido.

— ¿En cuánto pueden ponerse los gastos así por encima? —dijo Birotteau.

—En diez o doce mil francos —dijo Grindot—. Pero ahí no meto los muebles, porque seguramente querrá usted renovar el mobiliario. Deme la dirección de su tapicero y ya me pondré de acuerdo con él para entonar los colores y conseguir un conjunto de buen gusto.

—El señor Braschon, en la calle de Saint-Antoine, está a mis órdenes —dijo el perfumista, adoptando una expresión ducal.

El arquitecto anotó la dirección en uno de esos menudos recuerdos que siempre vienen de manos de una mujer bonita.

—Vamos —dijo Birotteau—, cuenta usted con mi confianza, caballero. Pero espere a que arregle el traspaso de las dos habitaciones de al lado y consiga permiso para hacer un agujero en la pared.

—Avíseme con una notita a última hora de la tarde —dijo el arquitecto—. Tengo que pasarme la noche haciendo los planos, y la verdad es que preferimos trabajar para los burgueses mejor que por amor al arte, es decir, para uno mismo. De todos modos, voy a empezar ya a tomar medidas, la altura, la dimensión de los cuadros, la distancia de las ventanas...

—O cumplimos plazos o de lo dicho no hay nada —siguió diciendo Birotteau.

—A ver qué remedio —dijo el arquitecto—. Los operarios echarán la noche, recurriremos a sistemas para el secado de la pintura, pero no deje que lo hundan los contratistas, pídale siempre el precio por anticipado y compruebe las condiciones.

—París es el único sitio del mundo en donde se puede hacer estos prodigios de varita mágica —dijo Birotteau consintiendo en hacer un ademán asiático digno de Las mil y una noches—. Me hará usted el honor de asistir al baile que voy a dar. No todos los hombres de talento sienten ese desdén con que se agobia al comercio y no cabe duda de que se encontrará en él con un sabio de primera categoría, el señor Vauquelin, del Instituto. Y también al señor de La Billardière, al señor conde de Fontaine, al juez señor Lebas, y al presidente del Tribunal de Comercio; a varios magistrados; al señor conde de Granville, de la corte del rey; y al señor Popinot, del Tribunal de Primera Instancia, y al señor Cardot, su suegro; y, finalmente, quizá también al señor duque de Lenoncourt, primer gentilhombre de cámara del rey. Voy a reunir a unos cuantos amigos tanto... para celebrar la liberación del territorio... como para festejar que... me conceden la orden de la Legión de Honor... —Grindot hizo un ademán peculiar—. Es posible que me haya hecho digno de esa... insignia... y... del favor... de Su Majestad... por haber actuado en el Tribunal de Comercio y haber combatido a favor de los Borbones en las escaleras de Saint-Roch el trece de vendimiario, lugar en donde me hirió Napoleón. Tales títulos...

Constance, con traje de mañana, salió del dormitorio de Césarine, en donde se había vestido; con la primera ojeada cortó en seco la elocuencia de su marido, que intentaba dar con una frase corriente para informar al prójimo modestamente de sus pompas.

—Mira, chatita, éste es del señor de Grindot, un joven distinguido, por lo demás, y que tiene muchísimo talento. Este señor es el arquitecto que nos ha recomendado el señor de La Billardière para dirigir esos trabajillos que vamos a hacer aquí.

El perfumista se ocultó de su mujer para hacerle una seña al arquitecto poniéndose un dedo en los labios al decir trabajillos y el artista lo entendió.

—Constance, el señor va a tomar las medidas y a medir las alturas; deja que lo haga, querida mía —dijo Birotteau, y se escabulló hacia la calle.

—¿Saldrá muy caro? —le preguntó Constance al arquitecto.

—No, señora; unos seis mil francos así por encima...

—¡Por encima! —exclamó la señora Birotteau—. Se lo ruego, caballero, no empiece nada sin un presupuesto y sin haber firmado las condiciones. Ya me conozco cómo se las gastan los señores contratistas: seis mil quiere decir

veinte mil. Por favor, caballero, aunque mi marido sea, desde luego, quien manda en su casa, déjele tiempo para que se lo piense.

—Señora, el señor teniente de alcalde me ha dicho que le entregue la obra terminada dentro de veinte días; y si nos retrasamos, se expondrían ustedes a haberse metido en gastos sin conseguir el resultado que desean.

—Hay gastos y gastos —dijo la hermosa perfumista.

—Vaya, señora, ¿cree acaso que a un arquitecto que quiere erigir monumentos le resulta muy provechoso decorar una vivienda? No me rebajo a esta menudencia más que para hacerle un favor al señor de La Billardière, y si la estoy asustando... —Hizo ademán de retirarse.

—Está bien, está bien, caballero —dijo Constance volviéndose al cuarto de su hija, en donde se abalanzó hacia Césarine para apoyarle la cabeza en el hombro—. ¡Ay, hija mía, tu padre va a la ruina! ¡Ha contratado a un arquitecto con bigote y perilla que habla de erigir monumentos! Va a tirar la casa por la ventana para hacernos un palacio del Louvre. A César nunca se le hace tarde para meterse en locuras: me habló del proyecto anoche y ya lo está llevando a cabo esta mañana.

—Bah, mamá, deja que papá haga lo que le parezca; Dios siempre lo ha amparado —dijo Césarine, dándole un beso a su madre y sentándose al piano para que el arquitecto viera que a la hija de un perfumista no le eran ajenas las bellas artes.

Cuando el arquitecto entró en el dormitorio, le sorprendió la hermosura de Césarine y se quedó casi suspenso. Recién salida de la alcoba en deshablé matutino, Césarine, lozana y sonrosada como sólo una muchacha puede serlo a los dieciocho años, rubia y esbelta, de ojos azules, brindaba a la mirada del artista esa elasticidad que tanto escasea en París, da turgencia a las carnes más delicadas y matiza con una tonalidad que adoran los pintores el azul de las venas, cuya red palpita en las zonas diáfanas del cutis. Aunque vivía en el linfático ambiente de un comercio de París, en donde el aire se renueva con dificultad y entra poco el sol, sus hábitos le aportaban los beneficios de la vida al aire libre que tiene una trasteverina de Roma. Una cabellera abundante, que le nacía igual que a su padre y ella alzaba para mostrar un cuello bien plantado, caía en cascada formando bucles primorosos, con ese mismo mimo de todas las dependientas a quienes el deseo de que se fijen en ellas inspira las minucias más inglesas que darse puedan en el capítulo del acicalamiento. La belleza de aquella preciosa muchacha no era ni la belleza de una lady ni la de las duquesas francesas, sino la rotunda y pelirroja belleza de las flamencas de Rubens. Césarine tenía la nariz respingona de su padre, pero le infundía gracia la delicadeza del modelado, semejante al de esas narices tan francesas que tan bien consigue Largillière. La piel, semejante a un tejido firme y sólido,

anunciaba la vitalidad de una virgen. Tenía la frente hermosa de la madre, pero se la despejaba la serenidad de una muchacha sin preocupaciones. Los ojos azules, anegados en un rico fluido, expresaban la tierna gracia de una rubia dichosa. Aunque la felicidad privaba al rostro de esa poesía que los pintores ponen tanto empeño en dar a sus composiciones, tornándolas hasta cierto punto pensativas en exceso, la inconcreta melancolía física que aqueja a las doncellas que nunca se han apartado del ala materna le proporcionaba a la sazón algo así como una categoría ideal. Pese a que era de formas delicadas, tenía una constitución recia: se le notaba en los pies la ascendencia campesina del padre, pues pecaba de una tara de raza y quizá también de tener rojas las manos, rúbrica de una vida puramente burguesa. Antes o después había de engordar. Al fijarse en algunas jóvenes elegantes, había acabado por captar cómo había que acicalarse, unos cuantos ademanes en el porte de la cabeza, una forma de hablar y de moverse que le permitían representar el papel de dama y hacían perder la cabeza a todos los jóvenes, y a los dependientes, que la encontraban muy distinguida. Popinot se había jurado no tener nunca más mujer que Césarine. Aquella rubia fluida a través de la cual parecía que podía pasar la mirada y estaba dispuesta a deshacerse en llanto si le decían una palabra de reproche, era la única que podía devolverle la sensación de la superioridad masculina. Aquella muchacha encantadora inspiraba amor sin dejarle tiempo a nadie para que se fijara en si tenía ingenio suficiente para que ese amor pudiese ser duradero; pero ¿de qué vale eso que se llama ingenio en París en una clase en donde el principal elemento de la dicha es el sentido común y la virtud? Desde el punto de vista moral, Césarine era su madre un tanto pulida por las superfluidades de la instrucción: le gustaba la música, dibujaba con lápiz negro la Virgen de la Silla y leía las obras de las señoras Cottin y Riccoboni, de Bernardin de Saint-Pierre, de Fénelon y de Racine. Sólo acompañaba a su madre tras el mostrador pocos minutos antes de sentarse a la mesa o para sustituirla en ocasiones poco frecuentes. Sus padres, igual que todos esos advenedizos que tanto empeño ponen en cultivar la ingratitud de sus hijos colocándolos por encima de ellos, se complacían en endiosar a Césarine, quien, por ventura, poseía las virtudes de la burguesía y no abusaba de esa debilidad.

La señora Birotteau iba en pos del arquitecto con cara preocupada e implorante, mirando con terror, y señalándole a su hija, los extraños movimientos del metro, ese bastón de arquitectos y contratistas con el que Grindot tomaba medidas. Le parecía ver en aquella varita mágica algo así como un sortilegio de malísimo augurio; le habría gustado que las paredes fueran menos altas, las habitaciones menos grandes y no se atrevía a hacerle preguntas al joven acerca de los efectos de aquella brujería.

—Tranquilícese, señora, que no me voy a llevar nada —dijo el artista, sonriendo.

Césarine no pudo por menos de reírse.

—Caballero —dijo Constance con voz suplicante y sin fijarse siquiera en el malentendido del arquitecto—, tienda a ahorrar y, más adelante, podremos recompensarle...

Antes de ir a ver al señor Molineux, el dueño del edificio de al lado, César quiso recoger en la notaría de Roguin el contrato privado que Alexandre Crottat tenía que haberle preparado para el traspaso. Al salir, Birotteau vio a Du Tillet en la ventana del despacho de Roguin. Aunque resultase bastante natural, dadas las relaciones de su ex encargado con la mujer del notario, a Birotteau le preocupó, pese a lo confiado que estaba, ese encuentro con Du Tillet cuando estaban en marcha los documentos que tenían que ver con los terrenos. La expresión animada de Du Tillet indicaba que se estaba desarrollando una polémica. «¿Andará metido en el negocio?», se preguntó movido por su prudencia de comerciante. La duda le relampagueó en el pensamiento. Miró hacia atrás, vio a la señora Roguin y la presencia del banquero no le pareció ya tan sospechosa. «¿Y si Constance estuviera en lo cierto? —se dijo—. Pero ¡qué bobo soy por atender a ideas de mujer! Además, hablaré de ello con mi tío esta mañana. De La Cour Batave, en donde vive el señor Molineux, a la calle de Les Bourdonnais no hay más que un paso». Un observador desconfiado, un comerciante que se hubiera topado durante su carrera con unos cuantos bribones, se habría salvado; pero los antecedentes de Birotteau, la incapacidad de su pensamiento, poco apto para remontarse por la cadena de las suposiciones que conducen al hombre superior hasta las causas, todo contribuyó a su pérdida. Halló al dueño de la tienda de paraguas de tiros largos y ya se iba con él a ver al casero cuando Virginie, su cocinera, lo asió por el brazo.

—Señor, la señora no quiere que dé usted un paso más...

— ¡Bueno está! —exclamó Birotteau—. Otra vez con ideas de mujeres.

—... sin tomarse la taza de café que le está esperando.

— ¡Ah, es cierto! Vecino —dijo Birotteau a Cayron—, tengo tantas cosas en la cabeza que no atiendo a lo que me dice el estómago. Tenga la bondad de ir delante; nos encontraremos en la puerta del señor Molineux, a menos que suba usted para explicarle el asunto, y así perdemos menos tiempo.

El señor Molineux era un modesto rentista grotesco, de esos que no existen sino en París, igual que sucede con cierto liquen que no crece sino en Islandia. Esta comparación es tanto más atinada cuanto que aquel hombre pertenecía a una categoría mixta, a un reino entre animal y vegetal que un nuevo Mercier podría constituir con las criptógamas que crecen, florecen o mueren sobre, en o bajo el yeso de las paredes de las diversas casas, raras e insalubres, en donde

esos seres viven de preferencia. A primera vista, esa planta humana, umbelífera si nos fiamos de la gorra azul tubular que la remataba, con tallo que rodeaba un pantalón verde y raíces bulbosas envueltas en zapatillas de orillo, presentaba una fisonomía blanquecina y chata que, desde luego, no parecía tener nada de venenosa. En ese peculiar producto podía reconocerse al accionista por excelencia, que se cree todas las noticias que los periódicos bautizan con su tinta y lo tiene todo dicho cuando dice: «¡Lean ustedes el diario!»; a ese burgués amigo ante todo del orden y siempre moralmente soliviantado contra el poder, al que no obstante obedece siempre; criatura débil en grupo y feroz cuando va sola; insensible como un agente judicial cuando se trata de sus derechos, pero que da pamplina fresca a los pájaros o raspas de pescado al gato, que deja a medias un recibo de alquiler para silbarle a un canario; es desconfiado como un carcelero, pero mete dinero en un mal negocio e intenta luego buscar compensación en una avaricia crasa. Los malos hechos de esa flor híbrida no se desvelaban, efectivamente, más que con el uso; para poder probar su nauseabundo amargor era preciso cocerla en un trato cualquiera en que sus intereses se mezclasen con los de los hombres. Como todos los parisinos, Molineux tenía ansias de dominar, deseaba esa parte de soberanía más o menos considerable que todo el mundo puede ejercer, incluido un portero, sobre un número más o menos grande de víctimas: mujer, hijo, inquilino, empleado, caballo, perro o mono, a quienes devolvemos de rebote las mortificaciones que nos infieren en la esfera superior a la que aspiramos. Aquel viejecillo engorroso no tenía ni mujer ni hijos ni sobrinos; trataba con excesiva rudeza a la asistenta para convertirla en cabeza de turco, ya que la mujer rehuía cualquier contacto cumpliendo religiosamente con sus obligaciones. Veía, pues, frustrados sus tiránicos apetitos; para darles satisfacción, había estudiado pacientemente las leyes que se referían al contrato de alquiler y a la pared medianera; había ahondado en la jurisprudencia por la que se rigen las casas parisinas, en los pormenores infinitamente pequeños de las lindes, servidumbres, impuestos, cargas, limpiezas, colgaduras del día del Corpus, bajantes, iluminación, salientes sobre la vía pública y proximidad de establecimientos insalubres. Sus medios y su actividad, todo su ingenio los dedicaba a mantener su estado de casero en pie de guerra absoluto; lo había convertido en entretenimiento, y el entretenimiento se iba convirtiendo en monomanía. Gustaba de proteger a los ciudadanos de la invasión de la ilegalidad; pero los motivos de queja escaseaban y aquella pasión suya había acabado por incluir a sus inquilinos. Un inquilino se convertía en enemigo, en inferior, en súbdito, en feudatario; creía merecer su respeto y consideraba hombre grosero a quien pasase junto a él en la escalera sin decirle nada. Escribía personalmente los recibos y los enviaba, el día en que vencían, a las doce del mediodía. El contribuyente que se retrasaba recibía una orden de pago con hora fija. Luego venían el embargo,

los gastos, toda la caballería jurídica se ponía en el acto en marcha con la rapidez de eso que el ejecutor judicial llama la mecánica. Molineux no concedía ni prórroga ni aplazamiento; tenía un callo en el corazón en el lugar del alquiler. «Si necesita dinero, se lo presto —le decía a un hombre solvente—. Pero págume la renta porque todo retraso acarrea una pérdida de intereses por la que no nos indemniza la ley». Tras haber estudiado largamente las fantásticas cabriolas de los inquilinos, en las que no había nada normal y se iban sucediendo, derruyendo lo instituido por sus antecesores, ni más ni menos que si de asuntos dinásticos se tratase, se había otorgado una carta magna por su cuenta, pero la respetaba religiosamente. Sucedió así que el buen hombre no hacía reparación alguna: ninguna chimenea humeaba; las escaleras de sus fincas estaban limpias; los techos, blancos; las cornisas, impecables; las tarimas, firmísimas en sus travesaños; la pintura, satisfactoria; la cerrajería no tenía nunca más de tres años; no faltaba ningún cristal; no existían grietas; no veía baldosas rotas más que cuando el inquilino se iba; y para la revisión de la vivienda contaba con un cerrajero y un pintor-cristalero que eran, a lo que decía, personas muy complacientes. Por lo demás, el ocupante era muy dueño de realizar mejoras, pero, si el imprudente remozaba el piso, el viejecillo se pasaba día y noche cavilando cómo echarlo para volver a alquilar la vivienda recién arreglada; lo acechaba, se quedaba a la espera y comenzaba con la serie de sus malas artes. Conocía todas las sutilezas de la legislación parisina sobre arrendamientos. Aficionado a pleitear y a emborronar papel, dosificaba cartas suaves y corteses a sus inquilinos; pero tras su estilo, como tras su aspecto desabrido y obsequioso, se escondía el alma de un Shylock. Siempre pedía seis meses de anticipo, imputables al último plazo del arrendamiento, y un cortejo de ingratos requisitos que se había inventado. Comprobaba si había en la vivienda muebles bastantes para garantizar la renta. Si se presentaba un inquilino nuevo, lo sometía a la vigilancia policíaca de sus informes, pues no admitía algunas profesiones y lo asustaba el mínimo martillo. Luego, cuando había que redactar el contrato, se quedaba con el documento y se pasaba ocho días deletreándolo, temeroso de eso que él llamaba los etcéteras del notario. Dejando aparte sus ideas de casero, Jean-Baptiste Molineux parecía bondadoso y servicial; jugaba al boston sin quejarse si no lo apoyaban bien; se reía de las cosas que hacen reír a los burgueses y hablaba de lo que los burgueses hablan: de los comportamientos arbitrarios de los panaderos que tenían la desfachatez de falsear el peso; de las connivencias de la policía; de los diecisiete heroicos diputados de la izquierda. Leía El sentido común del cura Mestier e iba a misa a falta de poder elegir entre el teísmo y el cristianismo; pero se negaba a respetar el turno del pan bendito y litigaba entonces para sustraerse a las invasoras pretensiones de los clérigos. Aquel infatigable peticionario escribía al respecto cartas a los periódicos que los periódicos no publicaban y dejaban sin respuesta. Se asemejaba, en resumen, a

ese respetable burgués que mete solemnemente en el horno el tronco de dulce en Navidad, busca el haba en la torta del día de Reyes, idea inocentadas el Primero de Abril, recorre los bulevares cuando hace bueno, acude a mirar a los que patinan y se va a las dos de la tarde a la terraza de la plaza de Luis XV los días de fuegos artificiales, con un pan en el bolsillo, para estar en primera fila.

La Cour Batave, en la que vivía aquel viejecillo, es fruto de una de esas peculiares especulaciones que, no bien han concluido, no hay ya forma de explicar. Aquella edificación claustral, con soportales y galerías interiores, construida con piedra de talla y que adorna una fuente al fondo, una fuente falseada que abre las fauces de león no tanto para dar agua cuanto para pedírsela a todos los viandantes, la idearon sin duda para dotar al barrio de Saint-Denis de algo así como una plaza de Le Palais-Royal. Ese insalubre monumento, que elevadas casas entierran por los cuatro costados, no tiene vida y movimiento más que durante el día y está en el centro de oscuros pasadizos que allí se dan cita y unen el barrio de Les Halles con el de Saint-Martin por la famosa calle de Quincampoix, húmedos senderos por los que la gente con prisa se coge reúmas; pero de noche no hay en París lugar más desierto, diríanse las catacumbas del comercio. Hay en ese lugar varias cloacas industriales, muy pocos bátavos y muchos tenderos de ultramarinos. Por descontado, las viviendas de ese emporio del comercio no tienen más vistas que las de ese patio común, al que dan todas las ventanas, de forma tal que la renta es mínima. El señor Molineux vivía en una de las esquinas, en el sexto piso por razones de salud, pues el aire no era puro sino a setenta pies del suelo. Allí, el buen casero disfrutaba del delicioso aspecto de los molinos de Montmartre mientras paseaba por los canalones en los que cultivaba flores pese a las ordenanzas de la policía referidas a los jardines colgantes de esa moderna Babilonia. Contaba su vivienda con cuatro habitaciones y, aparte, su muy querido retrete a la inglesa, que estaba en el piso de arriba; tenía la llave, era suyo, lo había instalado él, estaba en regla en ese aspecto. Al entrar, una desnudez indecente desvelaba en el acto la avaricia de aquel hombre: en el recibidor, seis sillas de paja, una estufa de porcelana y, en las paredes empapeladas en verde botella, cuatro grabados adquiridos en subastas; en el comedor, dos aparadores, dos jaulas llenas de pájaros, una mesa cubierta con un hule, un barómetro, una cristalera que daba a sus jardines colgantes y unas sillas de caoba rellenas de crin; en el salón había unas cortinillas viejas de seda verde y un juego de muebles tapizados en terciopelo de Utrecht verde y con la madera pintada de blanco. En cuanto al dormitorio del solterón, se veían en él muebles del tiempo de Luis XV desfigurados por el prolongado uso y en los que una mujer vestida de blanco habría temido mancharse. Adornaba la chimenea un reloj de sobremesa con dos columnas que sostenían, en medio, una esfera que hacía las veces de pedestal a una Palas que enarbolaba la lanza: un mito. El suelo de baldosas estaba atestado de fuentes llenas de restos para

los gatos, en las que daba miedo meter el pie. Encima de una cómoda de palo de rosa, un retrato al pastel (Molineux de joven). Y, además, libros, mesas en las que se veían infames carpetas verdes; encima de una consola los canarios difuntos, disecados; y, por fin, una cama tan fría que le habría puesto los puntos sobre las íes a una carmelita.

A César Birotteau le agradó sobremanera la exquisita cortesía de Molineux, a quien encontró en bata de muletón gris vigilando la leche puesta en un anafe pequeño de chapa, en una esquina de la chimenea, y el agua de borras de café que hervía en un pucherito de barro marrón y vertía a pequeñas dosis en la cafetera. Para que no se molestara el casero, el dueño de la tienda de paraguas fue a abrirle la puerta a Birotteau. Molineux sentía veneración por los alcaldes y los tenientes de alcalde de la villa de París, a quienes llamaba sus oficiales municipales. Al ver aparecer al magistrado, se puso de pie y de pie se quedó, con la gorra en la mano, hasta que hubo tomado asiento el gran Birotteau.

—No, señor; sí, señor; ay, señor, si yo hubiera sabido que me cabía el honor de albergar en el seno de mis modestos penates a un miembro del cuerpo municipal de París, puede estar seguro de que para mí habría sido un deber ir a su casa, por más que sea su casero o esté a punto de convertirme en tal.

Birotteau hizo un ademán para rogarle que volviera a ponerse la gorra.

—De ninguna manera. No me cubriré hasta que esté usted sentado y cubierto si es que está acatarrado; mi cuarto es un tanto frío, la modestia de mis ingresos no me permite... ¡Salud, señor teniente de alcalde!

Birotteau había estornudado mientras buscaba los contratos. Los presentó, no sin decir, para evitar cualquier demora, que el notario señor Roguin los había redactado corriendo él con el gasto.

—No pongo en duda las luces del señor Roguin, antiguo apellido bien conocido en el ámbito de la notaría parisina; pero tengo mis humildes costumbres, llevo mis negocios personalmente, manía bastante disculpable, y mi notario es...

—Pero si este asunto nuestro es de lo más sencillo —dijo el perfumista, que estaba acostumbrado a las rápidas decisiones de los comerciantes.

— ¡Sencillo! —exclamó Molineux—. Nada es sencillo en temas de alquileres. ¡Ay, usted no es casero, señor mío, y esa suerte que tiene! Si supiera hasta dónde puede llegar la ingratitud de los inquilinos y cuántas precauciones tenemos que tomar. Fíjese, tengo un inquilino que...

Molineux estuvo un cuarto de hora contando cómo el señor Gendrin,

dibujante de profesión, había burlado la vigilancia del portero en la calle de Saint-Honoré. El señor Gendrin había cometido infamias dignas de un Marat, había realizado dibujos obscenos que la policía toleraba porque había connivencia entre la policía y él. Aquel Gendrin, aquel artista tremendamente inmoral, se llevaba a casa a mujeres de mala vida y dejaba la escalera impracticable, gracia muy propia de un hombre que dibujaba caricaturas que se metían con el gobierno. ¿Y por qué esas fechorías? ¡Porque se le pedía la renta el día 15! Gendrin y el señor Molineux iban a entablar pleito porque el artista, aunque no pagaba, pretendía quedarse en el piso vacío. Molineux recibía cartas anónimas en las que Gendrin, sin duda, lo amenazaba con asesinarlo por la noche en los recovecos que conducían a La Cour Batave.

—Hasta el punto, señor mío —siguió diciendo—, de que el señor prefecto de policía, a quien he puesto al tanto de mi apuro... (aproveché la circunstancia para decirle dos palabras acerca de las modificaciones que habría que introducir en las leyes que rigen estos asuntos) me ha autorizado a llevar pistolas para mi seguridad personal.

El viejecillo se levantó para ir a buscar las pistolas.

—Pero de mí no tiene que temer nada semejante —dijo Birotteau, mirando a Cayron, a quien sonrió al tiempo que le lanzaba una mirada que reflejaba un sentimiento de compasión por un hombre así.

Molineux sorprendió esa mirada y se sintió herido al toparse con esa expresión en un oficial municipal cuya obligación era proteger a sus administrados. Se la habría perdonado a cualquier otro, pero no se la perdonó a Birotteau.

—Caballero —añadió, muy seco—, un juez mercantil de los más considerados, un teniente de alcalde, un comerciante honorable no se rebajarían a esas pequeñeces, pues de pequeñeces se trata. Pero en el presente caso, hay que perforar una pared y tiene que autorizarlo su casero, el señor conde de Granville, y hay que estipular unas condiciones para volver a dejar la pared como estaba cuando concluya el arrendamiento; y, por último, las rentas están bajísimas; subirán; la plaza de Vendôme ganará, ya está ganando. Edificarán en la calle de Castiglione. Y esto me crea un compromiso... me crea un compromiso...

—Acabemos —dijo Birotteau pasmado—. ¿Qué quiere? Sé bastante de negocios para intuir que esas razones tuyas callarán ante esa razón superior que es el dinero. Está bien, ¿qué es lo que pide?

—Sólo lo que sea justo, señor teniente de alcalde. ¿Por cuánto tiempo quiere el arrendamiento?

—Por siete años —respondió Birotteau.

—Dentro de siete años, ¡qué no valdrá esa primera planta mía! —prosiguió Molineux—. ¡Qué no darían por dos habitaciones amuebladas en este barrio! ¡A lo mejor más de doscientos francos al mes! Ese arrendamiento me compromete, me compromete. Así que vamos a poner la renta en mil quinientos francos. Con ese precio, accedo a restar esas dos habitaciones de la renta del señor Cayron aquí presente —dijo lanzando una mirada poco clara al comerciante— y se las arriendo por siete años consecutivos. Tirar la pared corre de su cargo, con la condición de que me traiga la aprobación y la renuncia a cualesquiera derechos del señor conde de Granville. Los acontecimientos que tengan que ver con ese derribo serán de su responsabilidad, en lo que a mí respecta no hará falta que vuelva a levantar la pared y me dará ahora mismo una indemnización de quinientos francos: nunca puede preverse quién va a vivir y quién va a morir y no quiero tener que andar persiguiendo a nadie para que haga esa obra.

—Esas condiciones me parecen más o menos justas —dijo Birotteau.

—Además —dijo Molineux—, me tiene que dar hic et nunc setecientos francos a descontar de los seis últimos meses de disfrute del local; el recibo irá en el arrendamiento. Sí, aceptaré pagarés pequeños, en calidad de valor en alquileres para no quedarme sin la garantía, para la fecha que usted guste. Yo en negocios soy de lo más campechano. Estipularemos que mandará tapiar la puerta que da a mi escalera, por la que no tendrá derecho a pasar... a su costa... con materiales de obra. No se preocupe, que no le pediré indemnización por volver a abrir la puerta cuando acabe el alquiler; la considero incluida en los quinientos francos. A mí siempre me verá hacer lo justo, señor Birotteau.

—Los comerciantes no somos tan picajosos —dijo el perfumista—. Con tantas formalidades no habría forma de hacer negocios.

—Huy, en el comercio las cosas son muy diferentes; y sobre todo en el ramo de la perfumería, en donde todo sienta como un guante —dijo el viejecillo son sonrisa agria—. Pero en asuntos de alquileres en París nada carece de importancia. Mire, tengo un inquilino en la calle de Montorgueil...

—Me consternaría, señor mío, que tuviera que retrasar por mí el almuerzo —dijo Birotteau—. Aquí tiene los contratos, retóquelos; estoy de acuerdo con todo lo que me pide. Firmaremos mañana; comprometámonos hoy de palabra, porque mañana mi arquitecto tiene que estar de amo y señor.

—Caballero —añadió Molineux, mirando al dueño de la tienda de paraguas—, está pendiente la renta vencida del señor Cayron que no quiere pagarla; lo añadiremos a los pagarés pequeños para que el arrendamiento vaya de enero a enero. Será más legal.

—Está bien —dijo Birotteau.

—La tasa de cinco céntimos por libra para el portero...

—Pero —dijo Birotteau—, si me quita el uso de la escalera de entrada, no es justo que...

—Ah, es usted un inquilino —dijo con tono perentorio Molineux, inflexible en lo tocante a los principios—; le toca su parte de los impuestos por puertas y ventanas y de los gastos de la finca. Cuando todo queda bien especificado, señor mío, nunca hay ya dificultades. Va a hacer usted muchas ampliaciones. ¿Van bien los negocios?

—Sí —dijo Birotteau—, pero no es ése el motivo. Voy a reunir a unos cuantos amigos tanto para festejar la liberación del territorio como para celebrar que me conceden la orden de la Legión de Honor...

— ¡Ajajá! —dijo Molineux—. Una recompensa muy merecida.

—Sí —dijo Birotteau—, es posible que me haya hecho digno de esa insignia y del favor de Su Majestad por haber actuado en el Tribunal de Comercio y haber combatido a favor de los Borbones en las escaleras de Saint-Roch el trece de vendimiario, lugar en donde me hirió Napoléon. Tales títulos...

—Valen tanto como los de nuestros valientes soldados del antiguo ejército. La cinta es roja porque la empapa la sangre vertida.

Tras estas palabras, tomadas de El Constitucional, Birotteau no pudo por menos de invitar al viejecillo, que se deshizo en agradecimientos y se sintió dispuesto a perdonarle el desdén. El anciano acompañó a su nuevo inquilino hasta el descansillo agobiándolo a zalemas. Cuando Birotteau se vio, en compañía de Cayron, en medio de La Cour Batave, miró a su vecino con expresión zumbona.

— ¡No creía que pudieran existir personas tan lisiadas! —dijo, impidiendo que le saliera de los labios la palabra necias.

— ¡Ay, señor Birotteau —dijo Cayron—, no todo el mundo tiene las prendas de usted!

Birotteau podía sentirse hombre superior en presencia del señor Molineux; la respuesta del dueño de la tienda de paraguas le arrancó una grata sonrisa y se despidió de él con tono regio.

«Ya que estoy en el Mercado de Abastos —se dijo Birotteau—, vamos a mirar lo de las avellanas».

Tras una hora de búsqueda, Birotteau, a quien las dignas vendedoras del mercado enviaron a la calle de Les Lombards, en donde se hacía gasto de

avellanas para las peladillas, se enteró por sus amigos los Matifat de que aquel fruto seco sólo lo tenía al por mayor una tal señora Angélique Madou, que vivía en la calle de Perrin-Gasselin y sólo en su comercio se podían encontrar la auténtica avellana alargada de Provenza y la avellana blanca de los Alpes.

La calle de Perrin-Gasselin es uno de los caminos del laberinto que se incluye de lleno entre el muelle, la calle de Saint-Denis, la calle de La Ferronnerie y la calle de La Monnaie, y es algo así como las entrañas de la ciudad. Pululan allí infinita cantidad de mercancías heterogéneas y mezcladas, hediondas o coquetas, los arenques y la muselina, la seda y las mieles, las mantequillas y los tules; y, ante todo, muchos pequeños comercios, de cuya existencia no tiene París mayor sospecha de la que tienen los hombres de qué se les cuece dentro del páncreas, y cuya sanguijuela era a la sazón un tal Bidault, llamado Gigonnet, un prestamista con descuento que vivía en la calle de Grenétat. Esa zona, en donde antes hubo unas cuadras, acoge ahora toneladas de aceite y los cobertizos albergan miríadas de medias de algodón. Allí están al por mayor los productos que se venden al por menor en los mercados. La señora Madou, ex pescadera que había ido a parar, diez años antes, a los frutos secos al mantener con el anterior dueño de su negocio unas relaciones que habían sustentado durante mucho tiempo los comadros del Mercado de Abastos, era una belleza viril y provocadora que disimulaba en la actualidad un exceso de carnes. Vivía en la planta baja de una ruinosa casa amarilla que unas cruces de hierro sostenían en cada piso. El difunto había conseguido deshacerse de la competencia y convertir su comercio en monopolio; pese a unos cuantos fallos en su educación, su heredera podía, pues, seguir con la rutina, e iba y venía por sus almacenes, que ocupaban cobertizos, cuadras y antiguos talleres en donde combatía con éxito a los insectos. Sin mostrador, sin caja, sin libros, pues no sabía ni leer ni escribir, contestaba a una carta a puñetazos por considerarla un insulto. Por lo demás, era una mujer buena, de color subido, tocada con una bufanda colocada encima del gorro, que se ganaba con su tono de oficleido el aprecio de los carreteros que le traían la mercancía y con quienes tenía grescas que acababan con una botella de vino blanco. No podía haber dificultad alguna con los labriegos que le enviaban sus frutos, trataban en dinero contante y sonante, que era la única forma que tenían de entenderse mutuamente, y la señá Madou iba a verlos con el buen tiempo. Birotteau divisó a aquella comerciante salvaje entre sus sacos de avellanas, castañas y nueces.

—Buenos días, mi querida señora —dijo Birotteau con tono intrascendente.

—Tu querida —dijo ella—. ¡Vaya, muchacho! ¿Será que me conoces porque hemos tenido relaciones agradables? ¿Es que hemos cuidado reyes juntos?

—Soy perfumista y, además, teniente de alcalde del distrito segundo de París; así que como magistrado y como consumidor estoy en mi derecho de que se dirija usted a mí con otra compostura.

—Como me caso cuando me paice a mí —dijo la marimacho—, no hago gasto en el ayuntamiento ni canso a los tenientes de alcalde. Y a mis parroquianos, que me tién adoración, los hablo como me da la gana y si no están a gusto se van a que los engañen a otro lao.

— ¡He aquí los efectos del monopolio! —se dijo Birotteau.

— ¡El Polio! Si ése es mi ahijao. Alguna tontería habrá hecho. ¿Viene usted a quejarse de él, mi respetable magistrado? —preguntó ella suavizando la voz.

—No; ya he tenido el honor de decirle que vengo en calidad de consumidor.

—Bueno, y ¿cómo te llamas, chico? Entoavía no te he visto venir.

—Con esos modales, debe usted de vender muy baratas las avellanas —dijo Birotteau, que dijo su nombre y sus prendas.

— ¡Ah, es usted el famoso Birotteau que tié una mujer tan guapa! ¿Y cuántas benditas avellanas de éstas va usted a querer, amor mío?

—Seis mil al peso.

—Son toas las que tengo —dijo la vendedora, con voz de flauta afónica—. ¡Mi querido señor, no anda usted haciendo el vago, con tanta chica por casar y por perfumar! Que Dios lo bendiga, ya tié usted tarea por delante. ¡No se anda usted con chiquitas, no! Menudo parroquiano que va a ser. Y se le va a quedar grabao en el corazón a la mujer a la que más quiero en este mundo.

— ¿Y quién es?

— ¡Anda, pues esta querida señá Madou!

— ¿A cuánto tiene las avellanas?

—Pa usted, jefe, a veinticinco francos la centena si se queda con todo.

—Veinticinco francos —dijo Birotteau—. ¡Mil quinientos francos! Y a lo mejor necesito cientos de miles al año.

—Pero fíjese qué hermosura de género tengo; cogido sin zapatos —dijo ella, metiendo el brazo rojo en un saco de avellanas—. ¡Y ni una hueca, mi querido señor! Piense que los de ultramarinos venden los mendigos a veinte céntimos la libra; y que en cuatro libras meten más de una libra de avellanas. ¡No voy a perder del precio al que vendo pa darle gusto! ¡Está usted bien, pero entoavía no me gusta tanto como pa eso! ¡Si necesita tantas, podemos entendernos a veinte francos, porque no hay que darle calabazas a un teniente

de alcalde; traería mala suerte a los novios! ¡Palpe, mire qué buen género! ¡Y lo que pesa! No entran cincuenta por libra. ¡Y bien llenas que están, sin gusano!

—Bien está. Mándeme seis mil por dos mil francos y a noventa días a la calle de Le Faubourg du Temple, a mi fábrica, mañana temprano.

—Más prisa que una novia nos daremos. Pues adiós, señor alcalde, y tan amigos. Pero si le diera lo mismo —dijo, yendo en pos de Birotteau por el patio—, preferiría los pagarés a cuarenta días porque le he dejao el género mu barato y no puedo perder también con el descuento. ¡Anda y que no tié Gigonnet el corazón duro! Nos chupa el alma igual que una araña se sorbe una mosca.

—De acuerdo, sí, a cincuenta días. Pero el peso que sea por cien libras para que no entre ninguna vacía. Si no, no hay nada de lo dicho.

—Ay, qué perro viejo está usted hecho y lo que sabe —dijo la señora Madou—. No hay forma de tomarle el pelo. ¡Eso se lo habrán dicho los bribones de la calle de Les Lombards! Los lobos grandes se ponen tós de acuerdo pa comerse a los probes corderos.

El cordero tenía cinco pies de estatura y tres de contorno y parecía un mojón vestido de cotonada de listas y sin cinturón.

El perfumista, absorto en sus arreglos, fue meditando según caminaba por la calle de Saint-Honoré acerca de su duelo con el Aceite de Macassar; discurría las etiquetas y la forma de las botellas; conjeturaba la textura del corcho y el color de los carteles. ¡Y luego dicen que no hay poesía en el comercio! No echó Newton más cuentas para su famoso binomio de las que iba haciendo Birotteau para la Esencia Comágena, pues el Aceite había vuelto a convertirse en Esencia; iba de una expresión a otra sin saber si eran buenas o malas. Se le amontonaban todas las combinaciones en la cabeza y tomaba este trabajo en vacío por la sustanciosa labor del talento. Tan preocupado iba que dejó atrás la calle de Les Bourdonnais y no le quedó más remedio que dar media vuelta al acordarse de su tío.

Claude-Joseph Pillerault, que había tenido una ferretería conocida por La Campana de Oro, tenía una de esas fisonomías agraciadas de por sí: atuendo y costumbres, inteligencia y corazón, lenguaje y pensamiento, todo en él estaba en armonía. Era el único y exclusivo pariente de la señora Birotteau y en ella y en Césarine había centrado todos sus afectos tras haber perdido, en el transcurso de su vida de comerciante, a su mujer y a su hijo y, más adelante, a un hijo adoptivo, que era hijo de su cocinera. Tan crueles pérdidas habían conducido al buen hombre a un estoicismo cristiano, hermosa doctrina que le alegraba la vida y teñía sus días postreros de tonos cálidos y fríos al tiempo,

como esos que doran las puertas de sol invernales. La cara, flaca y chupada, de severo color en que se fundían armoniosamente el ocre y el pardo, brindaba una llamativa analogía con la que los pintores le ponen al Tiempo, pero en más vulgar, pues los hábitos de la vida comercial habían mermado en él ese carácter monumental y adusto que exageran los pintores, los estatuarios y los fundidores de relojes de sobremesa. Pillerault, de estatura mediana, era más que grueso rechoncho; la naturaleza lo había labrado para el trabajo y la longevidad; la anchura de la espalda daba fe de un armazón robusto, pues tenía un temperamento seco y una epidermis poco emotiva, aunque no fuera insensible. La sensibilidad de Pillerault, poco dado a las demostraciones como lo indicaban la actitud sosegada y el rostro inmutable, iba por dentro, sin frases ni énfasis. Resultaban notables los ojos, de pupilas verdes con mezcla de puntitos negros, por su inalterable lucidez. La frente, que surcaban arrugas rectas y había amarilleado el tiempo, era estrecha, prieta, dura, y la cubría el pelo, de un gris plateado, que llevaba corto y parecía afelpado. Los labios finos anunciaban prudencia, no avaricia. La vivacidad de la mirada revelaba una vida refrenada. Por último, la probidad, el sentido del deber y una modestia auténtica formaban una suerte de aureola y prestaban al rostro el realce de una salud vigorosa. Durante sesenta años había llevado la vida dura y sobria de un trabajador encarnizado. Su historia se parecía a la de César, pero sin circunstancias afortunadas. Dependiente hasta los treinta años, tenía invertidos sus fondos en su comercio, mientras que César invertía sus ahorros en rentas; y, por último, había soportado lo peor, le habían requisado los picos y los hierros. En su sistema de trabajar habían influido su forma de ser prudente y reservada, su carácter previsor y sus reflexiones matemáticas. Había cerrado casi todos los negocios con compromisos de palabra y pocas veces se había topado con problemas. Era observador, como son todos cuantos gustan de meditar, y estudiaba a las personas dejando que charlaran; y, luego, rechazaba con frecuencia tratos ventajosos en los que se comprometían sus vecinos, quienes, más adelante, se arrepentían de haberlo hecho y decían que Pillerault olía a los tunantes. Prefería ganancias mínimas y seguras a golpes audaces en que hubiera que arriesgar cantidades grandes. Vendía placas de chimenea, parrillas, morillos muy bastos, calderos de fundición y de hierro y aperos para agricultores. Ese apartado, bastante ingrato, requería un trabajo mecánico excesivo. Las ganancias no estaban a tono con el trabajo; esas mercancías pesadas, difíciles de trasladar y almacenar dejaban pocos beneficios y, en consecuencia, Pillerault había clavado muchos cajones, había embalado y desembalado mucho género y había descargado muchos carruajes. No había dinero ganado ni con más nobleza, ni con más legitimidad ni con más honorabilidad que el suyo. Nunca había exagerado el valor de nada, nunca había corrido tras un negocio. En sus últimos tiempos, se lo veía fumando en pipa en el umbral de la puerta, mirando cómo pasaban los transeúntes y cómo

trabajaban sus dependientes. En 1814, año en el que se retiró, su fortuna consistía, en primer lugar, en setenta mil francos que puso en el libro mayor y le dieron cinco mil francos y unos pocos cientos más de renta; además, contaba con cuarenta mil francos pagaderos en cinco años sin intereses, que era el precio de venta del negocio a uno de sus dependientes. Durante treinta años y vendiendo anualmente cien mil francos ganó el siete por ciento de esa cantidad y vivir se le llevaba la mitad de las ganancias. Tal fue su balance. Los vecinos, como le envidiaban poco esa mediocridad, le alababan la sensatez sin entenderla. Haciendo esquina con la calle de La Monnaie y con la de Saint-Honoré está el Café David en donde algunos negociantes viejos, como Pillerault, iban a tomar café por la noche. A veces se habían gastado allí, acerca de la adopción del hijo de la cocinera, algunas de esas bromas que se le dicen a un hombre respetado, pues el ferretero gozaba de respetuosa consideración, sin haberla buscado, ya que le bastaba con su propio respeto. Por lo tanto, cuando perdió a aquel infeliz joven, más de doscientas personas lo acompañaron en comitiva hasta el cementerio. En esa circunstancia, se comportó de forma heroica. Su dolor, contenido como el de todos los hombres fuertes y ajenos al boato, acrecentó la simpatía que sentían en el barrio por aquel hombre cabal, expresión que se decía de Pillerault con un tono que le daba sentido más amplio y lo ennoblecía. La sobriedad de Claude Pillerault, convertida en hábito, no consiguió conformarse con los placeres de una vida ociosa cuando, al dejar el negocio, inició ese descanso que encoge a tanto burgués parisino; siguió llevando la misma vida y animó la vejez con convicciones políticas que, por qué no decirlo, eran las de la extrema izquierda. Pillerault pertenecía a ese sector obrero que la Revolución integró en la burguesía. El único fallo de su carácter era la importancia que daba a esa conquista: estaba apegadísimo a sus derechos, a la libertad, a los frutos de la Revolución; pensaba que su desahogo económico y su consistencia política los ponían en peligro los jesuitas, cuyo secreto poder divulgaban los liberales, y los amenazaban las ideas que El Constitucional prestaba al hermano del rey. Por lo demás, era consecuente con su vida y con sus ideas; no había nada mezquino en la política que profesaba, no insultaba a sus adversarios, temía a los cortesanos, creía en las virtudes republicanas: imaginaba a Manuel limpio de cualquier exceso, al general Foy como un gran hombre, a Casimir Perier sin ambiciones, a Lafayette como un profeta político, a Courier como un hombre bueno. En resumen, creía en nobles quimeras. A aquel notable anciano le mantenía la vida de familia; iba a casa de los Ragon y a casa de su sobrina, a casa del juez Popinot, a casa de Joseph Lebas y a casa de los Matifat. Con mil quinientos francos tenía cumplidas sus necesidades personales. En cuanto al resto de sus ingresos, los empleaba en buenas obras y en hacerle regalos a su sobrina nieta. Daba una cena a sus amistades cuatro veces al año en Roland, calle de Le Hasard, y las invitaba a un espectáculo. Interpretaba el papel de

esos solterones a cuenta de quien las mujeres casadas libran letras de cambio a la vista para sus caprichos: una jira campestre, la Ópera, las Montagnes-Beaujon. Pillerault se complacía en esas ocasiones en los gustos que daba, disfrutaba con los sentimientos de los demás. Tras vender el negocio, no había querido irse del barrio al que estaba acostumbrado y había cogido, en la calle de Le Bourdonnais, una vivienda pequeña de tres habitaciones, en el cuarto piso de una casa antigua. De la misma forma que el peculiar mobiliario de Molineux reflejaba sus hábitos, la vida pura y sencilla de Pillerault se plasmaba en el arreglo interior de su piso, que se componía de un recibidor, un salón y un dormitorio. Salvo por las dimensiones, era una celda de cartujo. En el recibidor, de baldosas rojas y fregadas, no había más que una ventana con cortinas de percal ribeteadas en rojo y unas sillas de caoba tapizadas de badana roja con clavos dorados; las paredes estaban empapeladas en verde oliva y las adornaban el Juramento de los americanos, el retrato de Bonaparte primer cónsul y la Batalla de Austerlitz. En el salón, que, con toda seguridad, había decorado el tapicero, había un mueble amarillo con rosetones, una alfombra, una chimenea con adornos de bronce, sin dorados, una pantalla de chimenea pintada, una consola con un jarrón dentro de una vitrina y una mesa redonda con tapete y una licorera encima. Estaba todo tan nuevo que revelaba que el anciano ferretero, que no recibía casi nunca, había capitulado ante los usos mundanos. En el dormitorio, sencillo como el de un eclesiástico o un soldado viejo, los dos hombres que mejor aprecian la existencia, llamaba la atención, en la alcoba, un crucifijo con benditera. Aquella profesión de fe de un republicano estoico resultaba hondamente conmovedora. Una mujer mayor venía a limpiarle la casa, pero Pillerault respetaba tanto a las mujeres que no consentía en que le lustrase los zapatos, tarea que corría a cargo del limpiabotas con quien tenía un abono. Vestía con sencillez y siempre igual. Solía llevar una levita y un pantalón de paño azul, un chaleco de ruán, una corbata blanca y zapatos muy cerrados; los días de fiesta, se ponía un frac con botones de metal. Sus costumbres en lo referido a la hora de levantarse, el almuerzo, las salidas, la cena, las veladas y el regreso a casa llevaban el cuño de la puntualidad más rigurosa, pues la regularidad de los hábitos da larga vida y buena salud. Nunca salía a relucir la política entre él y César, los Ragon y el padre Loraux, pues los componentes de aquel círculo se conocían demasiado para atacarse en el ámbito del proselitismo. Se fiaba mucho de Roguin, al igual que su sobrino y los Ragon. El notario de París le parecía siempre un ser digno de veneración, la viva imagen de la probidad. En el negocio de los terrenos, Pillerault había llevado a cabo una conraindagación en que se basaba el atrevimiento con el que César se había opuesto a los presentimientos de su mujer.

El perfumista subió los setenta y ocho peldaños que conducían a la puertecita parda del domicilio de su tío, pensando que el anciano debía de

estar aún hecho un mozo para seguir subiéndolos sin quejarse. Encontró la levita y el pantalón en el perchero colocado fuera; la señora Vaillant los estaba cepillando y frotando mientras aquel filósofo auténtico, arropado en una levita de muletón gris, almorzaba junto al fuego leyendo los debates parlamentarios en *El Constitucional* o *El Diario del Comercio*.

—Tío —dijo César—, ya está ultimado el negocio y van a redactar las escrituras. Pero si tiene usted algún temor o está arrepentido, todavía estamos a tiempo de dejarlo.

— ¿Y por qué lo iba a dejar? El negocio es bueno, pero tardará en dar fruto, como todos los negocios seguros. Tengo los cincuenta mil francos en el banco, ayer cobré los últimos cinco mil francos de la venta del negocio. Y los Ragon meten en esto cuanto tienen.

—Ah, y entonces, ¿cómo viven?

—Bueno, quédate tranquilo, que viven.

—Ya le entiendo, tío —dijo Birotteau, muy conmovido, estrechándole las manos al austero anciano.

— ¿Cómo se va a hacer el negocio? —preguntó con brusquedad Pillerault.

—Tengo tres octavas partes y usted y los Ragon una octava parte; lo pondré a usted en la cuenta acreedora de mis libros hasta que quede decidida la cuestión de las actas notariales.

—Bien. Pero, muchacho, muy rico debes de ser para meter en esto trescientos mil francos. Me parece que arriesgas mucho fuera de tu comercio. ¿No se resentirá? En fin, es cosa tuya. Si tuvieras un revés, la renta está al ochenta por ciento; podría vender dos mil francos de mi deuda pública consolidada. Ándate con ojo, muchacho, que si recurrieras a mí lo que estarías tocando sería el dinero de tu hija.

—Tío, ¡con qué sencillez dice las cosas más hermosas! Me llega al alma.

— ¡De otra forma me estaba llegando al alma a mí el general Foy hace un rato! Bueno, pues adelante: los terrenos no van a salir volando, serán nuestros a medias; aunque hubiera que esperar seis años, siempre tendremos algunos intereses y hay obras que pagan renta, así que no podemos perder nada. Sólo hay una eventualidad, y es imposible; Roguin no se irá con nuestros fondos...

—Pues, sin embargo, eso es lo que mi mujer me decía anoche. Tiene miedo.

— ¿Llevarse Roguin nuestros fondos? —dijo Pillerault riéndose—. ¿Y por qué?

—Dice que se le han subido los sentimientos a la cabeza y que, como todos

los hombres que no consiguen mujeres, está frenético por ellas.

Tras habérsele escapado una sonrisa de incredulidad, Pillerault arrancó un papelito de una cartilla, escribió la cantidad y firmó.

—Toma, aquí tienes un bono de cien mil francos para el banco, mi parte y la de Ragon. Esa pobre gente le ha vendido pese a todo a ese pícaro tuyo de Du Tillet sus quince acciones de las minas de Wortschin para completar la suma. Unas personas tan buenas pasando apuros, se le pone a uno el corazón en un puño. ¡Y tan nobles y tan dignas, la flor y nata de la burguesía de toda la vida! En fin... Su hermano Popinot, el juez, no está enterado de nada, se ocultan de él para no impedirle que se dedique a su beneficencia. ¡Gente que se ha pasado treinta años trabajando, igual que yo!

—Dios quiera que el Aceite Comágeno vaya bien —exclamó Birotteau—; me llevaré una alegría por partida doble. Adiós, tío, cuento con usted para cenar el domingo con Ragon, Roguin y el señor Claparon, porque firmaremos todos pasado mañana; mañana es viernes y no quiero hacer neg...

— ¿Así que caes en supersticiones de ésas?

—Tío, nadie me convencerá nunca de que el día en que los hombres mataron a Dios sea un día feliz. ¿Acaso no se quedan parados todos los negocios el veintiuno de enero?

—Hasta el domingo —dijo bruscamente Pillerault.

«Si no fuera por esas opiniones políticas que tiene —se decía a sí mismo Birotteau según volvía a bajar la escalera—, no sé si habría en este mundo otro hombre como mi tío. ¿Qué más le dará la política? Con lo que bien que estaría si no se acordase de ella. Esa cabezonería suya demuestra que no hay hombre perfecto».

—Ya son las tres —dijo César al volver a casa.

—Señor Birotteau, ¿se queda con estos valores? —le preguntó Célestin, enseñándole el lote del dueño de la tienda de paraguas.

—Sí, a un seis, sin comisión. Mujer, prepáramelo todo para que me arregle que voy a ver al señor Vauquelin, ya sabes para qué. Sobre todo sácame una corbata blanca.

Birotteau dio unas cuantas órdenes a los dependientes, no vio a Popinot, intuyó que su futuro socio se estaba vistiendo, y subió acto seguido a su cuarto, en donde encontró la Virgen de Dresde espléndidamente enmarcada tal y como había mandado.

—Queda bonito —le dijo a su hija.

—Pero, papá, di que es hermosísimo porque si no se van a reír de ti.

—Pero ¿qué hija es esta que riñe a su padre? Bueno, pues para mi gusto, está mejor Hero y Leandro. La Virgen es un tema religioso, que puede ir bien en una capilla, pero ¡ay! Hero y Leandro lo compraría porque el frasco de aceite me dio una idea.

—Papá, no te entiendo.

—Virginie, un coche de punto —gritó César con voz retumbante, cuanto ya estuvo afeitado y el tímido Popinot apareció, arrastrando el pie porque estaba delante Césarine.

El enamorado no se había dado cuenta aún de que para la señorita de la casa su achaque había dejado de existir. Deliciosa prueba de amor que sólo pueden recibir aquéllos a quienes el azar inflige algún defecto físico.

—Señor Birotteau —dijo—, la prensa podrá trabajar mañana.

—Pero ¿qué te sucede, Popinot? —preguntó César al ver a Anselme ruborizado.

—Es la alegría de haber encontrado un local con trastienda, cocina, vivienda en el piso de arriba y almacenes por mil doscientos francos anuales en la calle de Les Cinq-Diamants.

—Hay que conseguir un arriendo por dieciocho años —dijo Birotteau—. Pero vámonos a casa del señor Vauquelin; ya hablaremos por el camino.

César y Popinot subieron al coche de punto ante la mirada de los dependientes, pasmados de verlos con atuendos tan extremados y en aquel carruaje inhabitual, pues no estaban al tanto de que se trataba de las grandes empresas que tenía en la cabeza el dueño de La Reina de las Rosas.

—Vamos, pues, a saber la verdad acerca de las avellanas.

—¿Las avellanas? —preguntó Popinot.

—Estás en mi secreto, Popinot —dijo el perfumista—. Se me ha escapado la palabra avellanas, en eso consiste todo. El aceite de avellana es el único que actúa en el pelo y ninguna casa de perfumería ha caído en la cuenta. Al ver el grabado de Hero y Leandro me dije: «Alguna razón tendrían en la Antigüedad para ponerse tanto aceite en el pelo», porque la gente de la Antigüedad es la gente de la Antigüedad. A pesar de las pretensiones de ahora, coincido con Boileau en lo que se refiere a la gente de la Antigüedad. Y de ahí arranqué para llegar al aceite de avellana gracias a Bianchon, ese joven que estudia medicina y que es pariente tuyo; me dijo que en la Escuela sus compañeros usaban aceite de avellana para que les crecieran más el bigote y las patillas. Sólo nos falta ya la aprobación del ilustre señor Vauquelin. Si contamos con sus luces, no engañaremos al público. Hace un rato fui al mercado, a ver a una vendedora de avellanas, para contar con la materia prima. Dentro de un

momento, estaré en casa de uno de los mayores sabios de Francia para sacarle al asunto la quintaesencia. Los refranes no son bobadas y los extremos se tocan. Fíjate, muchacho, el comercio es el eslabón entre los productos vegetales y la ciencia. Angélique Madou cosecha, el señor Vauquelin extrae una esencia, y nosotros la vendemos. La libra de avellanas vale veinticinco céntimos, el señor Vauquelin centuplicará su valor y nosotros es posible que le hagamos un favor a la humanidad, pues si la vanidad le causa al hombre grandes tormentos, un buen cosmético es, en consecuencia, una obra benéfica.

La religiosa admiración con que Popinot escuchaba al padre de Césarine estimuló la elocuencia de Birotteau, que se permitió las frases más asilvestradas que puedan ocurrírsele a un burgués.

—Pórtate respetuosamente, Anselme —dijo al entrar en la calle en que vivía Vauquelin—; vamos a penetrar en el santuario de la ciencia. Pon la Virgen en evidencia, pero sin afectación, encima de una silla del comedor. Con tal de que no me líe con lo que quiero decir —exclamó candorosamente Birotteau—. Popinot, ese hombre me causa un efecto químico, tiene una voz que me calienta las entrañas y me da incluso algunos retortijones. Es mi bienhechor; y dentro de un momento, Anselme, también lo será tuyo.

Tales palabras dieron frío a Popinot, quien fue andando como si pisara huevos y miró las paredes con cara de preocupación. El señor Vauquelin estaba en su gabinete de trabajo. Le anunciaron a Birotteau. El académico sabía que el perfumista era teniente de alcalde y estaba muy bien visto y lo recibió.

—Así que no se olvida usted de mí en medio de sus grandezas —dijo el científico—; pero entre un químico y un perfumista sólo media la distancia de la mano.

—Ay, señor Vauquelin, entre su genio y la sencillez de una buena persona como yo media la inmensidad. A usted le debo eso que llama mis grandezas y no lo olvidaré ni en este mundo ni en el otro.

—Ah, en el otro, por lo que dicen, seremos todos iguales, los reyes y los zapateros remendones.

—Es decir, los reyes y los zapateros remendones que se hayan portado santamente —dijo Birotteau.

— ¿Es su hijo? —preguntó Vauquelin mirando al joven Popinot, a quien desconcertaba no ver nada extraordinario en un gabinete en el que pensaba que iba a hallar cosas monstruosas, máquinas gigantescas, metales voladores y sustancias animadas.

—No; es un joven al que quiero y acude a implorar de usted una bondad

igual a su talento. ¿No es acaso infinita? —añadió Birotteau con expresión sagaz—. Venimos a hacerle otra consulta, después de dieciséis años, acerca de un asunto de importancia y del que nada sé como perfumista.

—Veamos de qué se trata.

—Sé que dedica sus vigilias al cabello y anda entregado a su análisis. Mientras usted pensaba en él para la fama, yo pensaba en él para el comercio.

—Mi querido señor Birotteau, ¿qué quiere usted de mis análisis del cabello?

Cogió un papelito.

—Voy a leer en la Academia de Ciencias una memoria al respecto. El pelo está formado de una cantidad bastante considerable de mucosidad, de una cantidad pequeña de aceite blanco, de mucho aceite negro-verdoso, de hierro, de unos cuantos átomos de óxido de manganeso, de fosfato, de cal, de una cantidad muy pequeña de carbonato de cal, de silicio y de mucho azufre. Las diversas proporciones de estas materias dan al pelo sus diversos colores. Así, por ejemplo, el pelirrojo tiene mucho más aceite negro-verdoso que los demás.

A César y a Popinot se les habían puesto los ojos de un tamaño cómico.

— ¡Nueve cosas! —exclamó Birotteau—. ¡Cómo! ¿En un cabello hay metales y aceites? Me lo creo porque me lo dice usted, que es un hombre a quien venero. ¡Qué extraordinario! Dios es grande, señor Vauquelin.

—El pelo lo produce un órgano folicular —siguió diciendo el gran químico—, algo así como un bolsillo abierto por los dos extremos; por uno de ellos va unido a nervios y a vasos sanguíneos; del otro sale el cabello. Según algunos de nuestros eruditos colegas, y entre ellos, el señor De Blainville, el pelo podría ser una parte muerta y expulsada de ese bolsillo o cripta que está llena de una materia pulposa.

—Sudor en palitos, como quien dice —exclamó Popinot, a quien el perfumista dio una patadita en el talón.

Vauquelin sonrió ante la ocurrencia de Popinot.

— ¿Tiene recursos, verdad? —dijo entonces César mirando a Popinot—. Pero, señor Vauquelin, si el pelo nace muerto, es imposible hacerlo vivir. ¡Estamos perdidos! El prospecto no viene a cuento. No sabe usted lo raro que es el público, no puede uno decirle que...

—Que lleva estiércol en la cabeza —dijo Popinot, que seguía empeñado a hacer reír a Vauquelin.

—Unas catacumbas aéreas —le contestó el químico, siguiéndole la broma.

—Y yo que ya he comprado las avellanas —exclamó Birotteau, preocupado por la pérdida comercial—. Pero ¿por qué venden...?

—Tranquilícese —dijo Vauquelin, sonriendo—. Ya veo que se trata de algún secreto para evitar que el pelo se caiga o encanezca. Mire, esto es lo que opino sobre este tema después de todos los trabajos que he hecho. —Al llegar a este punto, Popinot enderezó las orejas como una liebre asustada—. En mi opinión, la decoloración de esa sustancia, muerta o viva, se produce cuando se interrumpe la secreción de las materias colorantes, lo que explicaría por qué en los climas fríos, las hermosas pieles de los animales palidecen y se vuelven blancas durante el invierno.

— ¿Cómo? —dijo Popinot.

—Está claro —dijo Vauquelin— que la alteración de la cabellera se debe a los cambios súbitos de temperatura ambiente...

— ¡Ambiente, Popinot! ¡Que no se te olvide, que no se te olvide! —dijo César a voces.

—Sí —dijo Vauquelin—, a la alternancia del frío y el calor o a fenómenos internos que producen ese mismo efecto. Por ejemplo, es probable que las migrañas y las afecciones cefálicas absorban, disipen y desplacen los fluidos generadores. Lo que pase por dentro es cosa de los médicos. Y en cuanto a lo que pasa por fuera, ahí entran los cosméticos de usted.

—Pues debo decir, señor Vauquelin —dijo Birotteau—, que me devuelve la vida. Se me había ocurrido vender aceite de avellana al acordarme de que la gente de la Antigüedad usaba aceite para el pelo y la gente de la Antigüedad es la gente de la Antigüedad, opino igual que Boileau.

—El aceite de oliva vale tanto como el aceite de avellana —dijo Vauquelin, que no estaba escuchando a Birotteau—. Cualquier aceite es bueno para proteger el bulbo de las impresiones que les resultan nocivas a las sustancias en actividad que contiene en disolución, como diríamos si de química se tratase. Es posible que tenga usted razón. Hay en el aceite de avellana, según me ha dicho Dupuytren, un estimulante. Intentaré enterarme de las diferencias entre los aceites de bellota, de colza, de oliva, de nuez, etcétera.

—Así que no me había equivocado —dijo Birotteau triunfante—; coincido con un gran hombre. ¡Macassar se ha hundido! ¡Macassar, señor Vauquelin, es un cosmético que supuestamente da, aunque no lo dan, sino que lo venden y lo venden caro, crecimiento al cabello!

—Mi querido señor Birotteau —dijo Vauquelin—; a Europa no han llegado ni dos onzas de Aceite de Macassar. El Aceite de Macassar no tiene

acción alguna en pelo; pero las malayas lo compran a peso de oro por su influencia en la conservación del cabello sin saber que el aceite de ballena es igual de bueno. No existe poder ni químico ni divino...

—Ah, divino... no diga usted eso, señor Vauquelin.

—Pero, mi querido señor, la primera de las leyes que sigue Dios es la de ser consecuente consigo mismo; sin unidad, no hay poder...

—Ah, visto de ese modo...

—No hay, pues, poder que consiga que a un calvo le crezca el pelo, de la misma forma que no podrá usted nunca teñir sin riesgos los cabellos pelirrojos o blancos; pero, al elogiar el empleo del aceite, no caerá usted ni en error ni en mentira; y creo que quienes lo usen podrán conservar el pelo.

— ¿Cree usted que la Real Academia de Ciencias tendría a bien dar el visto bueno...?

—Ah, es que no se trata ni por asomo de un descubrimiento —dijo Vauquelin—. Por lo demás, los charlatanes han abusado tanto del nombre de la Academia que no iba usted a adelantar gran cosa. Mi conciencia se niega a considerar el aceite de avellana como un prodigio.

— ¿Cuál sería la mejor forma de extraerlo? ¿Cociendo o exprimiendo?

—Exprimiendo entre dos placas calientes, el aceite saldrá más abundante. Pero si se obtiene por presión entre dos placas frías, será de mejor calidad. Hay que aplicarlo —dijo el bondadoso Vauquelin— directamente en la piel y no frotarse el pelo con él, porque en tal caso no surtirá efecto.

—Que no se te olvide eso, Popinot —dijo Birotteau, con un entusiasmo que le encendía el rostro—. Ya ve, señor Vauquelin, aquí tiene a un joven que contará este día entre los más hermosos de su vida. Sabía de usted y lo veneraba sin haberlo visto nunca. Ay, es que en mi casa se habla de usted muchas veces; el nombre que está siempre en los corazones asoma a los labios con frecuencia. Mi mujer, mi hija y yo pedimos a Dios por usted todos los días, como debe hacerse con un benefactor.

—Es demasiado para tan poca cosa —dijo Vauquelin, apurado con el verboso agradecimiento del perfumista.

— ¡Bah, bah, bah! —dijo Birotteau—. No puede impedir que lo queramos, aunque nunca me acepte nada. Es usted como el sol, despide luz y aquéllos a quienes ilumina no pueden devolverle nada.

El científico sonrió y se puso en pie; el perfumista y Popinot se levantaron también.

—Mira, Anselme, mira bien este gabinete. ¿Le permite, señor Vauquelin?

Su tiempo de usted es tan valioso. Quizá este joven no vuelva nunca por aquí.

—Y, dígame, ¿está satisfecho con los negocios? —le preguntó Vauquelin a Birotteau—. En fin de cuentas, los dos somos personas del comercio...

—Bastante, señor Vauquelin —dijo Birotteau, retirándose hacia el comedor, adonde lo siguió Vauquelin—. Pero para lanzar ese aceite con el nombre de Esencia Comágena se necesitan muchos fondos...

—Esencia y comágena son dos palabras horrisonas. Llame a su cosmético Aceite Birotteau. Y si no quiere poner su apellido en evidencia, elija otro. ¡Pero si es la Virgen de Dresde! Ah, señor Birotteau, usted está empeñado en que nos separemos reñidos.

—Señor Vauquelin —dijo el perfumista cogiéndole las manos al químico —, esta rareza no tiene precio más que por la persistencia que puse en buscarla. Ha habido que poner manga por hombro toda Alemania para encontrarla en papel de la China y antes de la letra. Sabía que la quería usted, pero que sus ocupaciones no le permitían conseguirla y me convertí en su corredor. Acepte, pues, no un grabado sin valor, sino unos desvelos, una diligencia, unos pasos y unas gestiones que dan fe de una devoción absoluta. Me habría gustado que deseara usted algunas sustancias que hubiera sido preciso ir a buscar a lo hondo de los precipicios para venir a decirle: «¡Aquí están!». No me la rechace. Tenemos tantas probabilidades de que nos olviden. Permítame que le ponga ante los ojos a mí, a mi mujer, a mi hija y al yerno que tendré, a todos nosotros. Y usted se dirá, mirando la Virgen: hay unas cuantas personas buenas que se acuerdan de mí.

—Acepto —dijo Vauquelin.

Popinot y Birotteau se secaron los ojos, pues hasta ese punto los emocionó el acento de bondad que puso el académico en aquella palabra.

— ¿Querría usted llevar su bondad al colmo? —dijo el perfumista.

— ¿Y cómo? —preguntó Vauquelin.

—Voy a reunir a unos cuantos amigos —alzó los talones del suelo, aunque adoptando una expresión humilde—, tanto para festejar la liberación del territorio como para celebrar que me conceden la orden de la Legión de Honor...

— ¡Vaya! —dijo Vauquelin asombrado.

—Es posible que me haya hecho digno de esa insignia y del favor de Su Majestad por haber actuado en el Tribunal de Comercio y haber combatido a favor de los Borbones en las escaleras de Saint-Roch el trece de vendimiario, lugar en donde me hirió Napoléon. Mi mujer da un baile dentro de veinte días, el domingo. ¡Venga usted, señor Vauquelin! Háganos el honor de cenar con

nosotros esa noche. Para mí será como si me impusieran la cruz dos veces. Se lo recordaré antes por escrito.

—Sí, iré —dijo Vauquelin.

—Tengo el corazón henchido de placer —exclamó el perfumista ya en la calle—. Vendrá a mi casa. Me temo que se me ha olvidado lo que ha dicho del pelo. ¿Te acuerdas tú, Popinot?

—Sí, señor Birotteau, y dentro de veinte años me seguiré acordando.

— ¡Qué gran hombre es! ¡Qué mirada y qué penetración! —dijo Birotteau—. ¡Ah, no se ha andado por las ramas! A la primera, nos ha leído el pensamiento y nos ha proporcionado los medios de acabar con el Aceite de Macassar. ¡Ah, no existe nada que pueda hacer que vuelva a crecer el pelo! ¡Macassar, eres un embustero! Popinot, tenemos a mano una fortuna. Así que mañana a las siete estaremos en la fábrica; llegarán las avellanas y haremos aceite. Porque, por mucho que Vauquelin diga que cualquier aceite vale, estaríamos perdidos si el público se enterase. Si no entrase en nuestro aceite algo de avellana y algo de perfume, ¿con qué pretexto íbamos a venderlo a tres o cuatro francos las cuatro onzas?

—Lo van a condecorar —dijo Popinot—. Qué gloria para...

—Para el comercio, ¿verdad, hijo mío?

Los dependientes notaron la expresión de triunfo de César Birotteau, seguro de conseguir una fortuna, y se hicieron señas entre sí, pues el viaje en coche de punto y el atuendo del cajero y del dueño les habían hecho suponer las novelas más extrañas. La mutua satisfacción de César y de Anselme, que desvelaban las miradas diplomáticas que intercambiaban y las miradas de reojo, rebosantes de esperanza, que Popinot lanzó a Césarine por dos veces, anunciaban algún acontecimiento de importancia y ratificaban a los dependientes en sus conjeturas. En aquella vida atareada y casi enclaustrada, los incidentes mínimos adquirían el interés que despierta en un preso lo que ocurre en su cárcel. La actitud de la señora de la casa, que respondía a las miradas olímpicas de su marido con expresión de duda, indicaba una empresa nueva, pues, en circunstancias normales, la señora habría estado contenta, ya que los éxitos de la venta al por menor la alegraban. De forma desusada, los ingresos del día ascendían a mil francos, pues habían venido a pagar unas cuantas cuentas atrasadas.

El comedor y la cocina, que tomaba la luz de un patinillo y separaba del comedor un pasillo en donde venía a dar la escalera que había en un rincón de la trastienda, estaban en el entresuelo, en donde había estado antaño la vivienda de César y de Constance; por ello, el comedor en donde había transcurrido la luna de miel parecía un saloncito. Durante la cena, Raguet, el

mozo de confianza, se quedaba al cuidado de la tienda; pero, en los postres, los dependientes volvían a bajar a la tienda y dejaban a César, a su mujer y a su hija que acabasen de cenar al amor de la chimenea. Aquella costumbre venía de los Ragon, que no habían prescindido de los antiguos usos y costumbres del comercio, que establecían entre ellos y los dependientes la tremenda distancia que existía en épocas anteriores entre los maestros y los aprendices. Césarine o Constance le preparaban entonces al perfumista la taza de café que se tomaba sentado en una poltrona junto al fuego. César aprovechaba esa hora para poner a su mujer al tanto de los menudos acontecimientos del día; refería lo que había visto por París, lo que sucedía en el Faubourg du Temple, las dificultades de fabricación.

—Mujer —dijo cuando hubieron bajado los dependientes—, éste ha sido desde luego uno de los días más importantes de nuestra vida. Las avellanas compradas, la prensa hidráulica lista para funcionar mañana, el asunto de los terrenos ultimado. Anda, guarda este bono de Banca —dijo, entregándole el talón de Pillerault—. Decidido el remozamiento del piso, el piso de mayor tamaño. ¡Por cierto, he visto en La Cour Batave a un hombre de lo más singular!

Y explicó cómo era el señor Molineux.

—Ya veo —le contestó su mujer, interrumpiéndole en medio de una parrafada— que te has endeudado por valor de doscientos mil francos.

—Es cierto, mujer —dijo el perfumista, con fingida humildad—. ¿Cómo lo pagaremos, vive Dios? Pues no hay que tener en cuenta para nada los terrenos de La Madeleine que han de convertirse algún día en el mejor barrio de París.

—Algún día, César.

—Por desgracia —dijo él, siguiendo con la broma—, las tres octavas partes que me corresponden no valdrán un millón hasta dentro de seis años. ¿Y cómo pagar doscientos mil francos? —prosiguió César con ademán de espanto—. Pues bien, sea como fuere, los pagaremos con esto —dijo, sacándose del bolsillo una avellana que había cogido en la tienda de la señora Madou y se había guardado celosamente.

Les enseñó la avellana, cogiéndola con dos dedos, a Césarine y a Constance. Su mujer no dijo nada, pero Césarine, intrigada, dijo a su padre mientras le servía el café:

—Pero, papá, ¿estás de guasa?

El perfumista había sorprendido no menos que sus dependientes las miradas que había lanzado Popinot a Césarine durante la cena, y quiso salir de dudas.

—Bueno, chiquita, pues esta avellana va a traer grandes cambios en casa. A partir de esta noche, seremos uno menos bajo este techo.

Césarine miró a su padre con cara de decir: ¿Y a mí qué más me da?

—Popinot se marcha.

Aunque César era muy mal observador y había preparado la última frase tanto para tenderle una trampa a su hija cuanto para llegar a su fundación de la casa A. POPINOT y COMPAÑÍA, su paternal ternura le permitió adivinar los confusos sentimientos que le brotaron a su hija del corazón, le florecieron en rosas rojas en las mejillas y en la frente y le tiñeron los ojos, que bajó. César pensó entonces en que Césarine y Popinot se habrían dicho algo. Pero nada de eso había ocurrido: aquellos dos niños se comprendían, como todos los enamorados tímidos, sin haberse dicho una palabra.

Hay moralistas que opinan que el amor es la pasión más involuntaria, más desinteresada y menos calculadora de todas, si exceptuamos el amor materno. Hay en esa opinión un error burdo. Aunque la mayoría de los hombres ignoran las razones que mueven a amar, no por ello cualquier simpatía física o espiritual deja de basarse en cálculos que hacen el pensamiento, el sentimiento o la brutalidad. El amor es una pasión esencialmente egoísta. Quien dice egoísmo, dice cálculo elaborado. Así, a toda inteligencia que sólo considere los resultados, puede parecerle, a primera vista, inverosímil o singular que una joven hermosa como Césarine se hubiera enamorado de un pobre chiquillo cojo y pelirrojo. No obstante, ese fenómeno se halla en armonía con la aritmética de los sentimientos burgueses. Explicarlo equivaldrá a dar cuenta de esos matrimonios que siempre se consideran con constante sorpresa y acontecen entre mujeres altas y hermosas y hombrecillos y entre criaturas menudas y feas y reales mozos. A todo hombre que padezca un defecto de constitución cualquiera, pies deformes, cojera, gibosidades varias, fealdad excesiva, manchas de vino por las mejillas, hojas de parra, la dolencia de Roguin, y otras monstruosidades independientes de la voluntad de los fundadores, no le quedan sino dos partidos a los que acogerse: o volverse temible o de una bondad exquisita; no le es dado andar flotando entre los términos medios que son habituales en la mayoría de los hombres. En el primer caso, existen talento, genialidad o fuerza: un hombre no inspira terror más que por el poder del mal, ni respeto más que por la genialidad, ni temor más que si tiene un gran ingenio. En el segundo caso, consigue que lo adoren, se presta admirablemente a las tiranías femeninas y sabe amar mejor de lo que aman las personas de irreprochable corporalidad. A Anselme lo habían criado personas virtuosas, los Ragon, espejo de la más honrada burguesía, y su tío, el juez Popinot; y tanto su candor cuanto sus sentimientos religiosos lo habían movido a compensar su leve defecto corporal con la perfección de la forma de ser. Impresionados con esa predisposición que tanto atractivo da a la juventud,

Constance y César habían elogiado con frecuencia a Anselme delante de Césarine. Aunque mezquinos en otros aspectos, los dos tenderos tenían grandeza de alma y entendían bien los asuntos del corazón. Tales elogios hallaron eco en una joven que, pese a su inocencia, leyó en la mirada tan pura de Anselme un sentimiento apasionado, que es algo que siempre halaga fueren cuales fueren la edad, la categoría y el porte del enamorado. El joven Popinot tenía por fuerza muchas más razones que un hombre apuesto para amar a una mujer. Si tenía una mujer hermosa, estaría loco por ella hasta el último día de su vida, el amor que por ella sintiera le infundiría ambición, se mataría por hacer feliz a su mujer, la dejaría ser ama y señora en el hogar y se prestaría gustoso a que lo dominara. Así pensaba Césarine, sin pretenderlo y quizá no de forma tan cruda; divisaba a vista de pájaro las cosechas del amor y razonaba por comparación: tenía ante los ojos la dicha de su madre y ella no deseaba otra clase de vida; su instinto le hacía considerar a Anselme como a otro César, perfeccionado por la educación, que también la había perfeccionado a ella; soñaba con que Popinot fuera teniente de alcalde y le complacía imaginarse postulando algún día en la parroquia como lo hacía su madre en Saint-Roch. Había acabado por no fijarse en las diferencias entre la pierna izquierda y la pierna derecha de Popinot y habría sido capaz de decir: «¿Cojea?». Le gustaban aquellas pupilas tan límpidas y se había deleitado viendo el efecto que producían sus miradas en aquellos ojos, que relucían en el acto con púdico ardor y se desviaban melancólicamente. El primer pasante de Roguin, Alexandre Crottat, dotado de esa precoz experiencia que se adquiere con el hábito de los negocios, tenía una expresión a medias cínica y a medias bonachona que sublevaba a Césarine, ya sublevada de antemano con las vulgaridades que decía. El silencio de Popinot desvelaba una forma de pensar afable; a Césarine le agradaba la sonrisa medio melancólica que le arrancaban las trivialidades adocenadas; las sandeces que lo hacían sonreír siempre la repugnaban a ella hasta cierto punto; y ambos sonreían o se entristecían al tiempo. Aquella superioridad no era óbice para que Anselme se afanase en el trabajo, y tan infatigable ardor gustaba a Césarine, pues intuía que los demás dependientes decían: «Césarine se casará con el primer pasante del señor Roguin», pero Anselme, pobre, claudicante y pelirrojo, no desesperaba en el empeño de conseguir su mano. Una esperanza grande es prueba de un gran amor.

— ¿Adónde va? —preguntó Césarine a su padre, intentando adoptar una expresión de indiferencia.

—Se establece por su cuenta en la calle de Les Cinq-Diamants. Y, a fe mía, que sea lo que Dios quiera —dijo Birotteau, cuya exclamación no entendieron ni su mujer ni su hija.

Cuando Birotteau se topaba con una dificultad de orden moral, hacía como

los insectos ante un obstáculo: se lanzaba hacia la derecha o hacia la izquierda; cambió, pues, de conversación, prometiéndose hablar con su mujer acerca de Césarine.

—Le he contado tus temores y las cosas que piensas de Roguin a tu tío, y se ha echado a reír —le dijo a Constance.

—No debes decirle nunca a nadie lo que hablamos entre nosotros —exclamó Constance—. A lo mejor ese pobre Roguin es el hombre más honrado de la tierra; tiene cincuenta y ocho años y seguramente no piensa ya en...

Se detuvo en seco al ver que Césarine estaba muy atenta, y se la indicó a César con una ojeada.

—Así que he hecho bien en ultimar el negocio —dijo Birotteau.

—Tú mandas —respondió su mujer.

César le tomó las manos y le dio un beso en la frente. Aquella respuesta era siempre un consentimiento tácito a los proyectos de su marido.

—Vamos —exclamó el perfumista bajando a la tienda y dirigiéndose a sus dependientes—, cerraremos a las diez. ¡Señores, tienen que echarme una manita! ¡Hay que trasladar durante la noche todos los muebles del primero al segundo! Hace falta, como suele decirse, tirar la casa por la ventana para dejarle mañana a mi arquitecto libertad total de movimientos.

—Popinot ha salido sin permiso —dijo César al no verlo. «¡Anda, pero si no duerme aquí, se me había olvidado! Habrá ido —pensó— o a poner por escrito las ideas del señor Vauquelin o a alquilar la tienda».

—Ya estamos al tanto de los motivos de esta mudanza —dijo Célestin, hablando en nombre de los otros dos dependientes y de Raguet, que estaban en grupo detrás de él—. ¿Nos es lícito darle la enhorabuena al señor por ese honor que revierte en toda la tienda?... Popinot nos ha dicho que al señor...

—Pues sí, hijos míos, ¡qué le vamos a hacer! Me han condecorado. Así que no sólo por la liberación del territorio, sino también para celebrar que me conceden la orden de la Legión de Honor, vamos a reunir a nuestros amigos. Es posible que me haya hecho digno de esa insignia y del favor de Su Majestad por haber actuado en el Tribunal de Comercio y haber combatido por la causa monárquica, que defendí, cuando tenía vuestra edad, en las escaleras de Saint-Roch el trece de vendimiario. ¡Y debo decir que me hirió Napoleón, también conocido como el Emperador! Y en el muslo, además. Y la señora Ragon me curó. ¡Sed valientes y hallaréis recompensa! Ved, hijos míos, cómo una desgracia nunca es inútil.

—Ya no volverá a haber combates callejeros —dijo Célestin.

—Esperémoslo —dijo César, a quien dio pie el comentario para endilgarles un sermón a sus dependientes; y lo cerró con una invitación.

La perspectiva de un baile dio tales bríos a los tres dependientes, a Raguet y a Virginie que les aportó la destreza de los equilibristas. Iban y venían todos por las escaleras sin romper nada ni tirar nada. A las dos de la mañana había concluido la mudanza. César y su mujer durmieron en el segundo piso. La habitación de Popinot pasó a ser la de Célestin y el segundo encargado. El tercer piso se convirtió en guardamuebles provisional.

Poseído de ese fuego magnético, fruto de la abundancia del fluido nervioso, que les convierte en hoguera el diafragma a las personas ambiciosas o enamoradas a las que inmutan grandes proyectos, Popinot, tan manso y apacible, había estado, tras levantarse de la mesa, piafando en la tienda como un caballo de raza antes de la carrera.

—Pero ¿qué te sucede? —le dijo Célestin.

— ¡Qué día, chico! ¡Me establezco por mi cuenta! —le dijo Popinot al oído—. Y al señor Birotteau lo han condecorado.

—Qué suerte tienes; el dueño te echa una mano —exclamó Célestin.

Popinot no contestó nada y se esfumó como si lo empujara un viento fortísimo, el viento del éxito.

—Bueno, eso de que tiene suerte... —le dijo al compañero que tenía al lado, y estaba comprobando unas etiquetas, un dependiente que se dedicaba a agrupar los guantes por docenas—. El patrón se ha fijado en los ojos que le pone Popinot a la señorita Césarine y, como el patrón es muy agudo, se quita de encima a Anselme, porque sería difícil decirle que no por la familia de la que viene. Y Célestin se toma esa argucia por generosidad.

Anselme Popinot iba calle de Saint-Honoré abajo y corría por la calle de Les Deux-Écus para echar mano de un joven a quien su sexto sentido comercial le indicaba como principal instrumento de su suerte. El juez Popinot había hecho un favor al representante de comercio más hábil de París, a ese mismo cuya triunfante labia y cuyo empuje le hicieron merecer más adelante que lo apodaran el ilustre. Dedicado en especial a la sombrerería y a los artículos de bazar, más conocidos por artículos de París, aquel rey de los viajantes se llamaba aún sin más Gaudissart. A los veintidós años, destacaba ya por su magnetismo comercial. Menudo de cuerpo, por entonces, de mirada alegre y rostro expresivo, memoria incansable y habilidad para captar a primera vista los gustos de todos y cada uno, merecía ser lo que fue a partir de entonces, el rey de los representantes de comercio, el hombre francés por excelencia. Pocos días antes, Popinot había coincidido con Gaudissart, quien le había dicho que estaba a punto de irse fuera; la esperanza de hallarlo aún en

París acababa, pues, de enviar al enamorado a la calle de Les Deux-Écus, en donde se enteró de que el viajero había reservado plaza en la silla de posta. Para despedirse de su querida capital, Gaudissart había ido a ver un estreno reciente en el teatro de Le Vaudeville: Popinot resolvió esperarlo. Encomendar la difusión del aceite de avellana a aquel valioso ejecutor de los inventos mercantiles, al que mimaban ya las casas más pudientes, ¿no era acaso tomar una letra de cambio a cuenta de la fortuna? Popinot tenía cogido a Gaudissart. El viajante, tan entendido en el arte de liar a las personas más díscolas, a los comerciantes modestos de provincias, se había dejado liar en la primera conspiración que se tramó en contra de los Borbones, pasados ya los Cien Días. Gaudissart, a quien le resultaba indispensable el aire libre, se vio en la cárcel agobiado por el peso de una acusación capital. El juez Popinot, a cuyo cargo corría la instrucción de la causa, lo declaró inocente al admitir que sólo su necia imprudencia lo había llevado a implicarse en aquel asunto. Con un juez deseoso de complacer al poder establecido o rabiosamente monárquico, el desdichado viajante habría acabado en el patíbulo. Gaudissart, convencido de que le debía la vida al juez de instrucción, sentía honda desesperación por no poder devolver a su salvador sino un estéril agradecimiento. Como no procedía darle las gracias a un juez por haber hecho justicia, fue a casa de los Ragon a declararles fiel vasallaje a los Popinot. Mientras esperaba, Popinot fue, como es lógico, a echarle otra mirada a su local de la calle de Les Cinq-Diamants, y a pedir la dirección del casero para hablar con él del arrendamiento. Vagando por el dédalo oscuro del Mercado de Abastos y pensando en un sistema para preparar un éxito rápido, Popinot se topó, en la calle de Aubry-le-Boucher, con una ocasión única y de buen augurio con la que pensaba deleitar a César al día siguiente. De guardia a la puerta del Hotel del Comercio, al final de la calle de Les Deux-Écus, a eso de las doce de la noche, oyó Popinot en lontananza, por la calle de Grenelle, la canción final del vodevil con acompañamiento de bastón significativamente arrastrado por los adoquines.

—Señor Gaudissart —dijo Anselme saliendo del portal y apareciendo de pronto—, ¿me concede dos palabras?

—Y once si quiere —dijo el viajante alzando el bastón con contera de plomo contra el agresor.

—Soy Popinot —dijo el pobre Anselme.

—Con eso basta —dijo Gaudissart al reconocerlo—. ¿Qué necesita? ¿Dinero? Se me ha ido de permiso, pero ya encontraremos algo. ¿Mi brazo para un duelo? Soy todo suyo, de pies a cabeza.

Y cantó:

¡Aquí está, aquí está

el soldado francés de verdad!

—Venga a hablar conmigo diez minutos, pero no en su cuarto, porque alguien podría oírnos. Vamos al Quai de l'Horloge; a estas horas no habrá nadie —dijo Popinot—. Se trata de algo de la mayor importancia.

— ¡Así que la cosa está que arde! Vamos allá.

Diez minutos después, Gaudissart, dueño ya de los secretos de Popinot, se había percatado de su importancia.

— ¡Aquí, pues, perfumistas, barberos, detallistas! —exclamó Gaudissart, remedando a Lafon en el papel del Cid—. Voy a engatusar a todos los tenderos de Francia y de Navarra. ¡Ah, se me ha ocurrido una idea! Me iba a marchar, pero me quedo, y voy a aceptar representaciones de los perfumeros de París.

— ¿Y eso por qué?

— ¡Para estrangular a sus rivales, inocente! Si los represento yo, puedo purgar con aceite sus pérfidos cosméticos si sólo hablo de los de usted y sólo me dedico a ellos. ¡Estupendo truco de viajante! ¡Ajajá! Somos el cuerpo diplomático del comercio. ¡Espléndido! En cuanto a sus prospectos, déjelos de mi cuenta. Soy amigo de la infancia de Andoche Finot, el hijo del sombrerero de la calle de Le Coq, el viejo que me metió a representante por cuenta del ramo de la sombrerería. Andoche, que es de espíritu agudo, pues se quedó con la agudeza de todas las cabezas que cubrió su padre, anda metido en literatura y lleva la crónica de los teatros pequeños en el Correo del Espectáculo. Su padre, que es perro viejo y cargado de razones para que le desagrade la agudeza de espíritu, no cree en el ingenio: es imposible demostrarle que el espíritu agudo se puede vender, que se puede hacer fortuna con la agudeza de espíritu. En cuestiones de espíritu, sólo quiere oír hablar del espíritu de vino de treinta y seis grados. Finot padre tiene sitiado por hambre a Finot hijo. Andoche, hombre muy capaz, y por lo demás amigo mío porque no trato con tontos más que en el comercio; Finot hace lemas para El Fiel Pastor y se los pagan, mientras que los periódicos, para los que trabaja como un galeote, le hacen tragar sapos y culebras. ¡Lo envidiosos que son en esos sitios! Pasa igual que con los artículos de París. Finot tenía una comedia estupenda digna de mademoiselle Mars, la más célebre entre las célebres. ¡Ay, cuánto me gusta! Bueno, pues para que se la representaran no le ha quedado más remedio que llevarla a La Gaîté. Andoche entiende del arte del prospecto, se mete de lleno en las intenciones del comerciante, es un muchacho sencillo y nos apañará el prospecto gratis. Ya lo invitaremos a un tazón de ponche y a unas pastas, porque, Popinot, nada de bromas, viajaré sin comisiones y sin gastos, sus competidores pagarán el pato. Que quede claro, para mí que esto salga bien es cuestión de honor. ¡El premio que quiero es ir de paje del novio en su boda! ¡Iré a Italia, a Alemania, a Inglaterra! ¡Me llevo carteles en todas las

lenguas, los mando colocar por todas partes, en los pueblos, a la puerta de las iglesias, en todos los sitios buenos que me sé en las ciudades de provincias! Ese aceite lucirá, se prenderá, estará en todas las cabezas. ¡Ah, su boda no será una boda a la aguada, sino al óleo! Conseguirá usted a su Césarine o dejarán de llamarme EL ILUSTRE, que es como me llama Finot padre por haber hecho que se impusieran sus sombreros grises. Vendiendo ese aceite de usted, sigo en lo mío, en la zona de la cabeza humana: el aceite y los sombreros tienen fama de conservar la cabellera pública.

Popinot se fue a casa de su tía, donde iba a dormir, con una fiebre tal, fruto del éxito previsto, que las calles le parecían arroyos de aceite. Durmió poco, soñó que le crecía el pelo tremendamente y vio a dos ángeles que, igual que en los melodramas, desenrollaban un rubro en que ponía: «Aceite Cesáreo». Se despertó acordándose de lo que había soñado y decidió darle ese nombre al aceite de avellana, teniendo esa fantasía del sueño por orden celestial.

César y Popinot estuvieron en los talleres del Faubourg du Temple mucho antes de que llegasen las avellanas; mientras esperaban a los mozos de la señora Madou, Popinot refirió con acento triunfal su tratado de alianza con Gaudissart.

— ¡Contamos con el ilustre Gaudissart, somos millonarios! —exclamó el perfumista tendiéndole la mano a su cajero, con la misma expresión que debió de adoptar Luis XIV al recibir al mariscal De Villars cuando regresó de Denain.

—Tenemos mucho más —dijo el venturoso dependiente sacándose del bolsillo una botella chata y estriada con forma de calabaza—. He encontrado diez mil frascos del mismo modelo, ya fabricados y listos para usar, a veinte céntimos y pago aplazado a seis meses.

—Anselme —dijo Birotteau, contemplando la prodigiosa forma del frasco —, ayer —y puso una entonación grave—, en las Tullerías, sí, ayer mismo, dijiste: «Triunfaré». Y hoy te digo yo: «¡Triunfarás!». ¡Veinte céntimos! ¡Pago aplazado a seis meses! ¡Una forma original! ¡Macassar está con un pie en el aire! ¡Menuda estocada al Aceite de Macassar! ¡Qué bien he hecho en apoderarme de las únicas avellanas que hay en París! Pero ¿dónde has encontrado estos frascos?

—Estaba esperando que fuera hora de hablar con Gaudissart y andaba dando una vuelta...

—Como yo en otros tiempos —exclamó Birotteau.

—Al ir calle de Aubry-le-Boucher abajo veo en una vidriería al por mayor, un comerciante de vidrio curvado y de jaulas que tiene unos almacenes gigantescos, pues veo este frasco... ¡Ay, se me metió por los ojos, como si

fuera una luz repentina! Y una voz me gritó: «¡Eso es lo que andabas necesitando!».

— ¡Nacido para el comercio! Tendrá a mi hija —borbolló César.

—Entro y veo miles de frascos así metidos en cajones.

— ¿Y preguntas por ellos?

— ¿No pensaré que soy tan moscatel? —exclamó quejumbrosamente Anselme.

—Nacido para el comercio —repitió Birotteau.

—Pido unas jaulas para poner Jesusitos de cera. Y mientras regateo las jaulas, critico la forma de los frascos y llevo al vendedor a una confesión general. Admite, pasando de unas cosas a otras, que Faille y Bouchot, que se han malogrado recientemente, iban a lanzar un cosmético y querían frascos con una forma rara; como no se fiaba de ellos, les pidió la mitad del pago a tocateja. Faille y Bouchot, con la esperanza de salir adelante, sueltan el dinero; se declara la quiebra mientras estaban fabricando los frascos; los síndicos, al exigirles el pago, acababan de transigir y de dejarle los frascos y el dinero cobrado ya como indemnización por la fabricación de un producto considerado ridículo y sin salida posible. Los frascos cuestan cuarenta céntimos y los daría encantado por veinte, porque Dios sabe cuánto tiempo iba a poder tener en el almacén un diseño que no está en venta. «¿Le interesaría comprometerse a entregarnos diez mil a veinte céntimos? Puedo quitarle de encima esos frascos, trabajo con el señor Birotteau». E incito a mi hombre, y lo llevo por donde quiero, y lo domino, y le caliento los cascos y ya lo tenemos.

—Veinte céntimos —dijo Birotteau—. ¿Sabes que podemos poner el aceite a tres francos y ganar un franco y medio dejándoles un margen de un franco a los detallistas?

—El Aceite Cesáreo —exclamó Popinot.

— ¿El Aceite Cesáreo? ¡Ajajá, conque el señor enamorado quiere halagar al padre y a la hija! ¡Bien, pues adelante con el Aceite Cesáreo! Los césares eran dueños del mundo. ¡Menudas cabelleras debían de tener!

—César era calvo.

— ¡Llegará el momento en que digan que eso fue porque no usó nuestro aceite! El Aceite Cesáreo a tres francos. El Aceite de Macassar cuesta el doble. Y contamos con Gaudissart. Dentro de este año ganamos cien mil francos, porque cuantas cabezas se respeten nos tributarán doce frascos al año, dieciocho francos. Pongamos diez mil cabezas. Ciento ochenta mil francos. Somos millonarios.

Llegó la entrega de avellanas y Raguet, los operarios, Popinot y César cascaron una cantidad suficiente. Antes de las cuatro de la tarde tenían unas cuantas libras de aceite. Popinot fue a presentarle el producto a Vauquelin, quien le regaló una fórmula para mezclar la esencia de avellana con otros cuerpos oleaginosos más baratos y aromatizarla. Popinot comenzó en el acto las gestiones para conseguir una patente de invención y mejora. El abnegado Gaudissart prestó el dinero para las tasas fiscales a Popinot, que albergaba la ambición de pagar la mitad que le correspondía de los gastos de inicio del negocio.

La prosperidad trae consigo una embriaguez a la que no pueden resistirse nunca los hombres inferiores. Aquella exaltación tuvo unas consecuencias fáciles de prever. Llegó Grindot y presentó un croquis en color de una deliciosa vista interior de la futura vivienda ya amueblada. Birotteau quedó seducido y accedió a todo. Acto seguido, los albañiles empezaron a picar arrancando gemidos a la casa y a Constance. El señor Lourdois, el pintor de fincas, un contratista acaudalado que se comprometía a no descuidar detalle, hablaba de dorados en el salón. Al oír palabra tal, Constance intervino.

—Señor Lourdois —dijo—, usted tiene treinta mil libras de renta, vive en una casa de su propiedad y puede hacer cuanto le plaza, pero nosotros...

—Señora, el comercio debe descollar y no consentir en que lo aplaste la aristocracia. Fíjese en que el señor Birotteau está ya en el gobierno y en posición destacada...

—Sí, pero todavía no ha salido de la tienda —dijo Constance delante de los dependientes y de las cinco personas que la estaban oyendo—. Eso no se nos puede olvidar ni a mí, ni a él, ni a sus amigos, ni a sus enemigos.

Birotteau se puso de puntillas y se dejó caer sobre los talones varias veces seguidas, con las manos a la espalda.

—Tiene razón mi mujer —dijo—. Seremos modestos en la prosperidad. Por lo demás, mientras un hombre está en el comercio, debe ser prudente en los gastos y comedido en el lujo; la ley le impone esa obligación. No debe caer en gastos excesivos. Si ampliar el local y decorarlo me lleva a extralimitarme, sería imprudente por mi parte que lo hiciera y usted mismo me lo censuraría, Lourdois. El barrio me mira y la gente que triunfa tiene envidiosos y celosos. No tardará usted en enterarse, joven —le dijo a Grindot—; si nos calumnian, al menos no les demos la menor oportunidad de maledicencia.

—Ni la calumnia ni la maledicencia pueden afectarlo —dijo Lourdois—. Está usted en una posición fuera de la norma y es tan ducho en el comercio que sabe pensarse lo que emprende. Es usted un vivo.

—Verdad es que tengo cierta experiencia en negocios. ¿Sabe a qué se debe

esta ampliación? Y por qué pido una garantía tan alta para que se cumplan los plazos...

—No.

—Pues es que mi mujer y yo vamos a reunir a unos cuantos amigos tanto para festejar la liberación del territorio como para celebrar que me conceden la orden de la Legión de Honor...

— ¡Cómo es eso! —dijo Lourdois—. ¿Le han concedido a usted la cruz?

—Sí. Es posible que me haya hecho digno de esa insignia y del favor de Su Majestad por haber actuado en el Tribunal de Comercio y haber combatido a favor de los Borbones en las escaleras de Saint-Roch el trece de vendimiario, lugar en donde me hirió Napoleón. Venga usted con su mujer y su hija.

—Encantado del honor que tiene usted a bien hacerme —dijo el liberal Lourdois—. Pero ¡qué pícaro es usted, mi buen Birotteau! Quiere tener la seguridad de que cumpliré los plazos prometidos y por eso me invita. Pues sepa que recurriré a mis operarios más hábiles y encenderemos unos fuegos tremendos para secar la pintura; tenemos procedimientos desecantes porque no es cosa de bailar entre la niebla que suelta la escayola. Barnizaremos para que no haya olores.

\*\*

Tres días después los comerciantes del barrio estaban fuera de sí tras enterarse de que Birotteau se disponía a dar un baile. Todos y cada uno podían, por lo demás, ver los puntales exteriores que requería el cambio acelerado de la escalera y las tuberías cuadradas de madera por las que caían los escombros a los volquetes estacionados. Los presurosos operarios que trabajaban a la luz de antorchas, pues hubo operarios de día y operarios de noche, movían a detenerse a ociosos y curiosos en plena calle; y los comerciantes se basaban en tales preparativos para pronosticar desmedidos lujos.

El domingo fijado para cerrar el negocio, los señores Ragon y el tío Pillerault llegaron a eso de las cuatro, antes de vísperas. Por culpa de los derribos, decía César, no pudo invitar ese día más que a Charles Claparon, a Crottat y a Roguin. El notario trajo el Diario de Debates en donde el señor de La Billardière había mandado insertar el siguiente artículo:

Nos llegan noticias de que la liberación del territorio se festejará con entusiasmo en toda Francia, pero en París los miembros del cuerpo municipal han notado que había llegado el momento de devolver a la capital ese esplendor que, por respeto a las conveniencias, había remitido durante la ocupación extranjera. Todos los alcaldes y los tenientes de alcalde tienen, en consecuencia, intención de dar un baile: el invierno promete, pues, ser de gran

brillantez, ya que este movimiento nacional hará escuela. De entre todas las fiestas que se preparan, da mucho que hablar el baile del señor Birotteau, nombrado caballero de la Legión de Honor y bien conocido por su abnegada entrega a la causa monárquica. El señor Birotteau, herido durante los acontecimientos de Saint-Roch, el 13 de vendimiario, y uno de los jueces más apreciados del Tribunal de Comercio, es merecedor por partida doble de esa distinción.

—Qué bien se escribe hoy en día —exclamó César—. Hablan de nosotros en el periódico —le dijo a Pillerrault.

—Bueno ¿y qué? —le respondió su tío, que sentía especial inquina por el Diario de Debates.

—A lo mejor ese artículo nos hace vender la Pomada de las Sultanas y el Agua Carminativa —dijo por lo bajo la mujer de César a la señora Ragon, sin contagiarse de la embriaguez de su marido.

La señora Ragon, una mujerona flaca y arrugada de nariz delgada y labios finos, tenía una engañosa apariencia de marquesa del Antiguo Régimen. Le ablandaba el contorno de los ojos un cerco bastante grande como el de las ancianas que han pasado muchas penas. Infundía respeto el porte severo y digno, aunque afable. Había, por lo demás en ella, ese algo peculiar que impresiona sin mover a risa y quedaba explícito en el atuendo y los modales: llevaba mitones y se apoyaba al andar, hiciera el tiempo que hiciera, en una de esas sombrillas con puño de bastón como la que usaba en el Trianon la reina María Antonieta; el vestido, para el que prefería ese marrón claro al que se llama de hoja seca, se abría en las mangas con esos pliegues inimitables cuyo secreto se han llevado consigo las matronas de la buena sociedad de antaño. No había prescindido de la mantilla negra con encajes del mismo color y anchas mallas cuadradas; en las cofias, de forma pasada de moda, lucía adornos que recordaban los recortes de las tallas caladas de los marcos antiguos. Tomaba rapé con exquisita pulcritud y esos ademanes que pueden recordar los jóvenes que tuvieron la dicha de ver cómo sus tías abuelas o sus abuelas dejaban solemnemente una cajita de oro encima de una mesa próxima, al tiempo que se sacudían las briznas de tabaco de la pañoleta.

El buen señor Ragon era un hombre menudo, de cinco pies como mucho y rostro de cascanueces en el que sólo se veían dos ojos, dos pómulos picudos, una nariz y una barbilla; estaba desdentado y se comía la mitad de las palabras de una charla pluvial; era galante y presumido y sonreía siempre con esa sonrisa con la que recibía en tiempos pasados a las damas que casualidades diversas llevaban hasta la puerta de su tienda. El empolvado del cabello le dibujaba en la calva una media luna nevada y bien rastrillada, con dos aletas a ambos lados, que separaba una colilla atada con un lazo. Vestía levita azul

barbo, chaleco blanco, calzón y medias de seda, zapatos con hebillas de oro y guantes de seda negra. El rasgo más llamativo de su forma de ser consistía en ir por la calle con el sombrero en la mano. Parecía un mensajero de la Cámara de los Pares, un ujier del gabinete del rey, una de esas personas que se hallan cerca de cualquier poder de forma tal que les alcanza el reflejo sin dejar por ello de ser muy poca cosa.

—Bueno, Birotteau, muchacho —dijo con tono magistral—, ¿te arrepientes de habernos hecho caso en tiempos pasados? ¿Acaso hemos dudado alguna vez del agradecimiento de nuestros amadísimos soberanos?

—Qué contenta debe de estar usted, hijita —le dijo la señora Ragon a la señora Birotteau.

—Desde luego que sí —contestó la guapa perfumista, a quien embelesaban siempre aquella sombrilla, aquellas cofias de lazos, aquellas mangas pegadas y aquella gran pañoleta a la Julie que llevaba la señora Ragon.

—Césarine es deliciosa. Venga aquí, preciosa niña —dijo la señora Ragon con voz de cabeza y acento protector.

— ¿Cerraremos los negocios antes de cenar? —preguntó el tío Pillerault.

—Estamos esperando al señor Claparon —dijo Roguin—. Se estaba vistiendo cuando lo dejé.

—Señor Roguin —dijo César—, ¿le habrá avisado usted de que cenábamos en un entresuelo de lo más pobretón?

—Hace dieciséis años le parecía una maravilla —refunfuñó Constance por lo bajo.

—Entre escombros y rodeados de operarios.

—Bah, va usted a conocer a alguien muy campechano y fácil de conformar —dijo Roguin.

—He apostado a Raguet delante de la tienda. Por la puerta no se puede entrar ya; habrá visto que lo han tirado todo —dijo César al notario.

— ¿Por qué no ha venido con ustedes su sobrino? —preguntó Pillerault a la señora Ragon.

— ¿Vamos a verlo hoy? —dijo Césarine.

—No, corazoncito —dijo la señora Ragon—. El querido muchacho se está matando a trabajar. Esa calle sin aire y sin sol, esa apestosa calle de Les Cinq-Diamants me da miedo. El arroyo está siempre azul, verde o negro. Temo que se muera en ese sitio. ¡Pero cuando a los jóvenes se les mete algo en la cabeza! —le dijo a Césarine con un ademán que cambiaba la palabra «cabeza» por la

palabra «corazón».

— ¿El arrendamiento es, pues, cosa hecha? —preguntó César.

—Desde ayer y ante notario —añadió Ragon—. Lo ha conseguido por dieciocho años, pero le piden seis meses por adelantado.

— ¿Y qué, señor Ragon, está usted satisfecho de mí? —le preguntó el perfumista—. El secreto de ese descubrimiento que le he dado... en fin...

—Nos lo sabemos a usted de memoria, César —dijo el menudo señor Ragon cogiéndole las manos a César y oprimiéndoselas con devota amistad.

A Roguin no dejaba de preocuparlo la aparición de Claparon, cuyos hábitos y comportamiento podían espantar a unos burgueses virtuosos: le pareció, pues, necesario, preparar los ánimos.

—Van a conocer ustedes —les dijo a Ragon, a Pillerault y a las señoras— a una persona excéntrica que oculta sus dotes tras una falta de elegancia terrible, pues, procediendo de una posición muy inferior, ha salido a flote merced a sus ideas. No cabe duda de que a fuerza de tratarse con banqueros adquirirá buenos modales. Entra dentro de lo posible encontrárselo por los bulevares o en un café, empinando el codo, desaliñado, jugando al billar y da la impresión de ser un completo majadero... Pues no: está investigando y pensando en poner manga por hombro la industria con ideas nuevas.

—Lo entiendo —dijo Birotteau—. A mí las mejores ideas se me han ocurrido paseando sin rumbo, ¿verdad que sí, cervatilla mía?

—Claparon —siguió diciendo Roguin— recupera, pues, de noche el tiempo que pasa por el día buscando y ajustando negocios. Todas las personas de mucho talento llevan una vida peculiar e inexplicable. Y con ese comportamiento tan deshilvanado llega a la meta fijada: al final ha conseguido que cedan todos los propietarios que nos interesaban; no querían, desconfiaban de algo. Los ha liado, los ha rendido por aburrimiento, ha ido a verlos a diario y el caso es que el terreno ya es nuestro.

Un curioso brum, brum propio de los bebedores de vasitos de aguardiente y licores fuertes anunció al personaje más curioso de esta historia y árbitro visible del porvenir de César. El perfumista se abalanzó hacia la escalera estrecha y oscura, tanto para decirle a Raguet que cerrase la tienda cuanto para disculparse con Claparon por recibirlo en el comedor.

— ¡No se preocupe! Pero si se está estupendamente aquí para trapac... para echar cuentas de los negocios, quiero decir.

Pese a la hábil preparación de Roguin, a los señores Ragon, aquellos burgueses de buen tono, al detallista Pillerault y a Césarine y a su madre los impresionó al principio de forma bastante desagradable el supuesto banquero

de altos vuelos.

Aquel ex viajante de comercio, aunque contaba unos veintiocho años, no tenía ya ni un pelo en la cabeza y llevaba una peluca de tirabuzones. Un peinado así requiere lozanía virginal, transparencia láctea, los encantos femeninos más adorables; resaltaba, pues, de forma repugnante un rostro granujiento, de un pardo rojizo, acalorado como el de un conductor de diligencia, y cuyas prematuras arrugas manifestaban con las muescas de sus surcos hondos y chatos una vida libertina de cuyos percances daban fe además el mal estado de los dientes y las espinillas que salpicaban la piel áspera. Claparon parecía un cómico de provincias que se sabe todos los papeles y participa en la parada, en cuyas mejillas no se mantiene ya el colorete, exhausto, con los labios pastosos y la lengua siempre ágil, incluso en la borrachera, de mirada impúdica y, como remate, de ademanes comprometedores. Aquella cara que encendía la alegre lumbre del ponche desmentía la seriedad de los negocios. Había necesitado, por lo tanto, Claparon prolongados análisis de mímica antes de conseguir fabricarse un porte que entonase con su postiza importancia. Du Tillet había asistido al acicalamiento de Claparon como el director de un espectáculo al que preocupa el debut de artista principal, pues temía que las costumbres groseras de aquella vida despreocupada acabasen por salirle a flote al banquero. «Habla lo menos que puedas —le dijo—. Un banquero nunca se pone a charlar: actúa, piensa, medita, escucha y sopesa. Así que para parecer un banquero de verdad no digas nada o di cosas insignificantes. Apaga esa mirada de granuja o ponla seria aunque eso la haga parecer necia. En política, debes estar a favor del gobierno; y no entres más que en generalidades tales como: el presupuesto está muy cargado. No hay transacciones posibles entre los partidos. Los liberales constituyen un peligro. Los Borbones deben evitar cualquier conflicto. El liberalismo es la capa tras la que se ocultan intereses coaligados. Los Borbones nos están preparando una era de prosperidad; si no nos gustan, apoyémoslos al menos. Bastantes experimentos políticos ha hecho ya Francia, etcétera. No te repantigues en todas las mesas; piensa que tienes que mostrar la dignidad de un millonario. No sorbas el tabaco como un inválido; juguetea con la tabaquera, mira mucho hacia abajo o hacia el techo antes de contestar; en fin, adopta una expresión profunda. Y sobre todo quítate esa dichosa manía de tocarlo todo. En sociedad, un banquero debe parecer harto de tocar lo que sea. Porque no debes olvidar que te pasas las noches en vela, que las cifras te embrutecen. ¡Hay que juntar tantos elementos para lanzar un negocio! ¡Hay que estudiarlo tanto todo! Sobre todo, maldice mucho de los negocios. Los negocios son agobiantes, abrumadores, difíciles, espinosos. No salgas de ahí y no te metas en detalles. Ni se te ocurra cantar en la mesa esas canciones cómicas de Béranger que sabes y no bebas demasiado. Si te emborrachas, te has jugado tu futuro. Roguin te estará vigilando; vas a estar entre gente con

moralidad, entre burgueses virtuosos; no los asustes soltando algunas de tus sentencias de taberna».

Aquel sermón produjo en las ideas de Claparon un efecto semejante al que le producía físicamente la ropa nueva. Aquel alegre despreocupado, amigo de todo el mundo, acostumbrado a prendas desaliñadas, cómodas y con las que el cuerpo se sentía tan a gusto como la cabeza con la forma de expresarse, preso en la ropa nueva que el sastre le había entregado tarde y llevaba de prueba, tieso como un poste, pendiente de cómo se movía y de qué decía, retirando la mano que había adelantado imprudentemente hacia una frasca o una botella, de la misma forma que se interrumpía en medio de una frase, llamó, pues, la atención del observador Pillerault por aquel desajuste cómico. El rostro rojo y la peluca de pícaros tirabuzones desmentían al atuendo, de la misma forma que lo que pensaba iba en contra de lo que decía. Pero aquellos buenos burgueses acabaron por tomar tan continuos desafinamientos por desvelos.

—Tiene tantos negocios —decía Roguin.

—Pues qué poca educación le dan los negocios —dijo la señora Ragon a Césarine.

El señor Roguin la oyó y se llevó un dedo a los labios.

—Es rico, hábil y de extremada probidad —dijo inclinándose hacia la señora Ragon.

—Se le pueden perdonar algunas cosas a cambio de esas virtudes —dijo Pillerault a Ragon.

—Leamos las actas antes de cenar —dijo Roguin—. Estamos solos.

La señora Ragon, Césarine y Constance dejaron que los contratantes, Pillerault, Ragon, César, Roguin y Claparon, atendieran a la lectura que hizo Alexandre Crottat. César firmó a favor de un cliente de Roguin una obligación de cuarenta mil francos de hipoteca sobre los terrenos y las fábricas del Faubourg du Temple; le dio a Roguin el bono bancario de Pillerault y entregó sin recibo los veinte mil francos de efectos de su cartera y los ciento cuarenta mil francos de pagarés a orden de Claparon.

—No tengo que darle recibo —dijo Claparon—; trata usted por su cuenta con la notaría del señor Roguin igual que nosotros por la nuestra. A quienes nos venden se les pagará en la notaría esa cantidad en metálico y a lo único a lo que me comprometo es a que reciba usted el complemento de su parte con los ciento cuarenta mil francos de pagarés.

—Es justo —dijo Pillerault.

—Bien, caballeros, volvamos a llamar a las señoras, porque sin ellas se queda uno frío —dijo Claparon mirando a Roguin como para asegurarse de

que la broma no era demasiado picante.

— ¡Señoras! Ay, la señorita será seguramente su hija —dijo Claparon muy erguido y mirando a Birotteau—. Pues anda y que no es usted mañoso. No tiene ni comparación con ninguna de las rosas que ha destilado usted y a lo mejor es porque se dedica a destilar rosas por lo que...

—A fe mía que debo decir que tengo hambre —dijo Roguin interrumpiéndolo.

—Pues cenemos —dijo Birotteau.

—Vamos a cenar ante notario —dijo Claparon esponjándose.

—Lleva usted muchos negocios —dijo Pillerault sentándose junto a Claparon de forma intencionada.

—Demasiados, los llevo por gruesas —respondió el banquero—. Pero son agobiantes, espinosos. Están los canales. ¡Ay, los canales! ¡No puede usted imaginarse lo atareados que nos tienen los canales! Y es comprensible. El gobierno quiere canales. Sabrá que el canal es una necesidad que se hace sentir en general en los departamentos y que afecta a todo el comercio. Los ríos, dijo Pascal, son caminos que marchan. Así que se precisan operaciones marchantes. Y para las operaciones marchantes hacen falta mercados, que dependen de las terrazas y los terraplenes, porque hay terraplenes y trincheras y todo eso tiene que ver con las clases humildes, y de ahí la deuda que, en definitiva, revierte en los humildes. Voltaire dijo: «¡Canales, canards, canallas!». Pero el gobierno tiene a sus ingenieros, que lo ilustran; resulta difícil hacer que se trague nada a menos que uno se ponga de acuerdo con ellos, porque la Cámara... ¡Ay, caballero, la Cámara nos da un trabajo! No quiere enterarse de la cuestión política que está tras la cuestión financiera. Hay mala fe por ambas partes. ¿Querrá usted creer una cosa? Los Keller, ¿ya sabe?, pues François Keller es orador y se mete con el gobierno por cuestiones de fondos, por cuestiones de canales. Y en cuanto vuelve a su casa el buen mozo ése se encuentra con nosotros y con nuestras propuestas que son a favor y hay que arreglarse con ese gobierno al que hace un rato se atacaba con insolencia. Los intereses del orador y los del banquero tropiezan entre sí, estamos entre dos fuegos. Comprenderá ahora cómo se vuelven espinosos los negocios, hay que complacer a tanta gente: los encargados, las cámaras, las antecámaras, los ministros...

— ¿Los ministros? —preguntó Pillerault, que quería a toda costa tener bien calado a aquel cosocio.

—Sí, señor; los ministros.

—Ah, pues van a tener razón los periódicos —dijo Pillerault.

—Ya está mi tío con la política —dijo Birotteau—. El señor Claparon se lo pone a pedir de boca.

—Menudos bromistas de los demonios están hechos también los periódicos —dijo Claparon—. Caballero, los periódicos nos lo embrollan todo: a veces nos resultan útiles: pero me hacen pasar muy malas noches; preferiría pasarlas de otra forma. En fin, que me estoy quedando sin ojos de tanto leer y echar cuentas.

—Volvamos a los ministros —dijo Pillerault, que esperaba alguna revelación.

—Los ministros tienen exigencias puramente gubernamentales. Pero ¿qué es esta ambrosía que estoy comiendo? —dijo Claparon, interrumpiéndose—. Esta salsa es de las que sólo se comen en las casas burguesas, y no hay figonero que...

Ante esa palabra, las flores de la cofia de la señora Ragon dieron un brinco de carnero y Claparon cayó en la cuenta de que la palabra era indecente y quiso recoger velas.

—En las altas esferas de la Banca llamamos figoneros a quienes regentan los cabarets elegantes: Véry, Les Frères Provençaux. Bien, pues ni esos infames figoneros ni nuestros diestros cocineros nos dan salsas untuosas. Unos cocinan agua clara con ácido de limón y los otros son como químicos.

La cena transcurrió de cabo a rabo entre andanadas de Pillerault, que quería sondear a aquel hombre y sólo daba con el vacío. Lo consideró hombre peligroso.

—Todo va bien —le dijo Roguin al oído a Charles Claparon.

—Ay, esta noche acabaré por desnudarme —respondió Claparon, que se estaba asfixiando.

—Señor Claparon —le dijo Birotteau—, si nos vemos obligados esa noche a usar el comedor como salón es porque dentro de dieciocho días vamos a reunir a unos cuantos amigos tanto para festejar la liberación del territorio...

—Muy bien, señor mío. Yo también soy hombre del gobierno. Por las opiniones que profeso, pertenezco al statu quo del gran hombre que rige los destinos de la casa de Aubsburgo. ¡Qué individuo! Conservar para conseguir y, sobre todo, conseguir para conservar... Eso es lo que pienso en realidad y mis opiniones tienen el honor de ser las mismas que las del príncipe de Metternich.

—Como para celebrar que me conceden la orden de la Legión de Honor —prosiguió César.

—Sí, sí, lo sé. ¿Quién me lo habrá dicho? ¿Los Keller o Nucingen?

Roguin, sorprendido ante aplomo tal, hizo un mohín admirativo.

— ¡Ah no, ha sido en la Cámara!

— ¿En la Cámara? ¿El señor de La Billardière?

—El mismo.

—Es un hombre encantador —dijo César a su tío.

—Suelta frases y más frases —dijo Pillerault—; frases en que uno se ahoga.

—Es posible que me haya hecho digno de ese honor... —añadió Birotteau.

—Por sus obras de perfumería. Los Borbones saben recompensar todos los méritos. ¡Ah, quedémonos con esos generosos príncipes legítimos a quienes deberemos inaudita prosperidad! Pues pueden creerme si les digo que la Restauración se da cuenta de que tiene que lidiar con el Imperio. ¡Realizará conquistas en plena paz, y ya verán qué conquistas!

—Caballero, ¿nos hará sin duda el honor de asistir a nuestro baile? —dijo la señora Birotteau.

—Por pasar una velada con usted, señora, dejaría de ganar millones.

—Está visto que es demasiado charlatán —le dijo César a su tío.

Mientras la gloria y prez de la perfumería, ya en el ocaso, se disponía a lanzar los últimos resplandores, un astro se estaba alzando tímidamente en el firmamento del comercio. El joven Popinot estaba, a esa misma hora, colocando los cimientos de su fortuna en la calle de Les Cinq-Diamants. La calle de Les Cinq-Diamants, callejuela estrecha por la que apenas si pueden pasar los carruajes cargados, desemboca por un extremo en la calle de Les Lombards y, por el otro, en la de Aubry-le-Boucher, enfrente de la calle de Quincampoix, calle célebre del París antiguo, ciudad que tanto recurre para nombrar sus vías a la historia de Francia. A pesar del ya mencionado inconveniente, tantas droguerías reunidas hacen de la calle lugar propicio y, en este aspecto, la elección de Popinot no resultaba mala. La finca, la segunda por la parte de la calle de Les Lombards, era tan oscura que a veces había que encender la luz en pleno día. El principiante había tomado posesión la víspera a última hora de la tarde del lugar más sombrío y repulsivo que darse pueda. Su antecesor, que vendía melaza y azúcar sin refinar, había dejado los estigmas de su comercio en las paredes, el patio y los almacenes. Imagine el lector un local espacioso y desahogado con gruesas puertas de guarniciones de hierro y pintadas de verde dragón, con largas franjas aparentes de hierro adornadas con clavos cuyas cabezas parecían setas; contaba con rejillas de alambre trenzado abultadas en la parte de abajo, como las de las panaderías antiguas; y, por último, tenía baldosas de piedra grandes y la mayoría rotas y

paredes amarillas y desnudas como las de una sala de guardia. Venían, luego, una trastienda y una cocina que recibían luz del patio y, por fin, otro local en ángulo recto que debía de haber sido cuadra en tiempos pasados. Por una escalera interior que salía de la trastienda se subía a dos habitaciones que daban a la calle y en donde Popinot tenía pensado poner la caja, su despacho y los libros. Encima de los locales había tres habitaciones estrechas adosadas al muro medianero y con vistas al patio, en donde se proponía vivir. Tres habitaciones destartaladas sin más perspectiva que el patio irregular, oscuro y rodeado de tapias, que, debido a la humedad, parecían, incluso con el tiempo más seco, recién enjalbegadas; un patio entre cuyos adoquines había una mugre negra y maloliente que había dejado allí el almacenamiento de las melazas y del azúcar sin refinar. Sólo en una de esas habitaciones había chimenea y estaban todas sin empapelar y embaldosadas con losetas. Gaudissart y Popinot, con la ayuda de un empapelador que había encontrado el viajante, llevaban desde por la mañana colocando con sus propias manos un papel de sesenta céntimos en aquella espantosa habitación a la que el operario había dado una mano de cola. Una cama de colegial con bastidor de madera roja, una pésima mesilla de noche, una cómoda antigua, una mesa, dos sillones y seis sillas, regalo del juez Popinot a su sobrino, componían el mobiliario. Gaudissart había colocado encima de la chimenea un panel con un espejo infame comprado de segunda mano. A eso de las ocho de la noche, sentados ante la chimenea en la que lucía el fuego de un haz de leña, los dos amigos se disponían a hincarle el diente a las sobras del almuerzo.

— ¡Malhaya la pierna de cordero fría! No es adecuada para celebrar una instalación —voceó Gaudissart.

—Pero —dijo Popinot, enseñando la única moneda de veinte francos que reservaba para pagar el prospecto— a mí...

—A mí... —dijo Gaudissart colocándose delante de un ojo una moneda de cuarenta francos.

Retumbó entonces un aldabonazo en el patio dominical, normalmente solitario y lleno de ecos, pues el domingo es el día en que los industriales echan una cana al aire y abandonan sus laboratorios.

—Ése es el leal de la calle de La Poterie —siguió diciendo el ilustre Gaudissart—. ¡Yo no digo a mí, sino aquí!

Efectivamente, un mozo tras el que iban dos pinches trajo en tres banastas una cena que engalanaban seis botellas de vino escogidas con gran discernimiento.

—Pero ¿cómo nos las vamos a apañar para comernos tantas cosas? —dijo Popinot.

—Y el hombre de letras —exclamó Gaudissart—, Finot, que sabe de las pompas y las vanidades, está al llegar, cándido niño, provisto de un prospecto que tira de espaldas. Bonita expresión, ¿verdad? Los prospectos están sedientos siempre. Cuando se quieren flores, hay que regar las semillas. Hale, esclavos —les dijo a los pinches haciendo como si se envolviera en una túnica—, aquí tenéis el oro.

Y les dio cuarenta céntimos con ademán digno de Napoleón, su ídolo.

—Gracias, señor Gaudissart —contestaron los pinches más contentos con la broma que con el dinero.

—Y en cuanto a ti, hijo mío —le dijo al mozo, que se quedaba para servir la cena—: existe una portera que reside en las profundidades de un antro en donde a veces guisa, como antaño hacía la colada Nausicaa, por puro afán de solazarse. Ve hasta ella, recurre con tus súplicas a su candor, haz que se interese, oh joven, por el calentamiento de estos platos. Dile que la bendecirá y, sobre todo, que la respetará, que la respetará muchísimo, Félix Gaudissart, hijo de Jean-François Gaudissart, nieto de los Gaudissart, viles proletarios de mucha raigambre, sus antepasados. ¡Ve, y apáñate para que todo esté bueno o te planto un do mayor en pleno rabel!

Sonó otro aldabonazo.

—Aquí viene el ingenioso Andoche —dijo Gaudissart.

Se presentó de repente un muchacho grueso y bastante mofletudo de estatura media y que parecía, de pies a cabeza, hijo de sombrerero, carirredondo, y cuya inteligencia quedaba sepultada tras una envarada expresión. El rostro melancólico como el de un hombre atosigado de miseria cobró un aspecto risueño cuando vio la mesa puesta y las botellas de significativos tocados. Al oír la exclamación de Gaudissart le lanzaron chispas las pálidas pupilas azules; y la cabeza grande, en que iba enterrada una cara calmuca, le osciló de derecha a izquierda; saludó a Popinot de forma peculiar, sin servilismo ni respeto, como hombre que no se siente en su lugar y no hace concesión alguna. Empezaba por entonces a admitir para su coleteo que no tenía ningún talento literario; pensaba quedarse en el gremio de la literatura como explotador, subido en el hombro de personas de ingenio, para hacer en él negocios en vez de hacer obras mal pagadas. Estaba en el momento en que, tras haber apurado la humildad de las gestiones y la humillación de los intentos, iba a revolverse, como las personas de grandes alcances financieros, y mostrarse impertinente por principio. Pero necesitaba una provisión de fondos inicial. Gaudissart se la había mostrado al alcance de la mano con el lanzamiento del aceite Popinot.

—Tratará en nombre de Popinot con los periódicos, pero no lo time porque

si lo hace tendremos un duelo a muerte. ¡Dele lo que le tiene que dar por el dinero que reciba!

Popinot miró al autor con expresión preocupada. Las personas que son comerciantes de verdad contemplan a un autor con un sentimiento en el que entran terror, lástima y curiosidad. Aunque Popinot había recibido una buena educación, los hábitos de su familia, sus ideas, los desvelos embrutecedores para atender una tienda y una caja le habían modificado la inteligencia, doblegándola a los usos y costumbres de la profesión que desempeñaba, fenómeno que puede observarse fijándose en las metamorfosis que han experimentado, al cabo de diez años, cien compañeros que hayan salido más o menos semejantes del colegio o el internado. Andoche aceptó ese sobrecojimiento como muestra de profunda admiración.

—Bien, pues liquidemos a fondo el prospecto antes de la cena y así podremos beber sin escrúpulos —dijo Gaudissart—. Después de cenar se lee mal. También la lengua tiene que hacer la digestión.

—Caballero —dijo Popinot—, un prospecto es en ocasiones toda una fortuna.

—Y, para los plebeyos como yo —dijo Andoche—, la fortuna no es sino un prospecto.

—Ah, qué bonito —dijo Gaudissart—. Este bromista de Andoche tiene más talento que los Cuarenta.

—Y que cien —dijo Popinot, pasmado de esa idea.

El impaciente Gaudissart tomó el manuscrito y leyó en voz alta y enfática: ¡ACEITE CEFÁLICO!

—Preferiría Aceite Cesáreo —dijo Popinot.

—Amigo mío —dijo Gaudissart—, tú no conoces a la gente de provincias: existe una operación quirúrgica con un nombre muy parecido y son tan tontos que se pensarían que este aceite tuyo vale para hacer más llevaderos los partos: y para hacer que de ahí vuelvan a subir hasta la altura del pelo haría falta tirar demasiado.

—Sin pretender defender la palabra que he escogido —dijo el autor—, quiero comentarle que Aceite Cefálico quiere decir aceite para la cabeza y resume las ideas de usted.

—Véamoslo —dijo Popinot impaciente.

He aquí el prospecto tal y como se recibe aún en la actualidad, por miles de ejemplares, en los comercios. (Aquí lo tenemos en otro documento justificativo).

## MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN

DE 1824

### ACEITE CEFÁLICO

#### CON PATENTES DE INVENCIÓN Y MEJORA

No existe cosmético capaz de hacer crecer el cabello, de igual forma que no existe preparación química alguna que lo tiña sin peligro para la sede de la inteligencia. La ciencia ha determinado recientemente que el cabello era una sustancia muerta y que no hay agente que pueda impedir que se caiga o encanezca. Para prevenir la xerasia y la calvicie basta con proteger el bulbo del que brota de toda influencia atmosférica exterior y con hacer que la cabeza conserve la temperatura que le es propia. El ACEITE CEFÁLICO, basado en esos principios que establece la Academia de Ciencias, produce ese importante resultado al que se atenían los Antiguos, los romanos, los griegos y las naciones del norte que valoraban en muy mucho su cabellera. Eruditas investigaciones han demostrado que los nobles, a los que distinguía antaño la longitud de las melenas, no recurrían a otro medio que éste; pero el sistema, hábilmente rescatado por A. Popinot, el inventor del ACEITE CEFÁLICO, había caído en el olvido.

Conservar, en vez de intentar provocar una estimulación imposible o perjudicial para la dermis en que anidan los bulbos, tal es pues el propósito del ACEITE CEFÁLICO. Ya que efectivamente este aceite que combate la exfoliación de la caspa, que exhala un suave aroma y que, mediante las sustancias que lo componen, entre las que se cuenta, como ingrediente principal, el aceite de avellana, impide cualquier acción del ambiente exterior en la cabeza, previniendo así los catarros, el romadizo y todas las afecciones dolorosas del encéfalo, conservándole la temperatura interior. De forma tal, los bulbos que contienen los líquidos generadores del cabello nunca padecen ni del frío ni del calor. El cabello, ese espléndido producto por el que hombres y mujeres sienten tan gran aprecio, conserva entonces, hasta que es ya muy entrada en años la persona que utiliza el ACEITE CEFÁLICO, ese brillo, esa tersura, ese lustre que tanto encanto prestan a la cabeza de los niños.

El MODO DE EMPLEO va con cada frasco y le hace las veces de envoltura.

#### MODO DE EMPLEO

##### DEL ACEITE CEFÁLICO

No es de utilidad alguna untarse con él el cabello: no sólo se trata de un prejuicio ridículo, sino también de un hábito molesto, puesto que el cosmético va dejando sus huellas por doquier. Basta con empapar todas las mañanas una

esponjita fina en el aceite, separar el cabello con el peine y humedecer la raíz del cabello, de raya en raya, de forma tal que la piel reciba una fina capa tras la previa higiene del cuero cabelludo mediante el uso del cepillo y del peine.

El aceite se vende en frasco, que lleva la firma del inventor para evitar las imitaciones, y al precio de TRES FRANCOS en A. POPINOT, calle de Les Trois-Diamants, barrio de Les Lombards, París.

### SE RUEGA ESCRIBIR A PORTES PAGADOS

Nota: La Casa A. Popinot expende igualmente los aceites habituales en droguería, tales como nerolí, aceite de áspid, aceite de almendras dulces, aceite de cacao, aceite de café, aceite de ricino y otros.

—Mi querido amigo —dijo el ilustre Gaudissart a Finot—, está divinamente escrito. ¡Diantre, qué forma de meterse en la ciencia elevada! Nada de rodeos, derecho al grano. ¡Mi más sincera enhorabuena! Eso sí que es literatura útil.

—Qué estupendo prospecto —dijo Popinot entusiasmado.

—Un prospecto cuya primera frase liquida al Macassar —dijo Gaudissart poniéndose en pie con expresión magistral para articular las siguientes palabras, que desgranó rítmicamente con ademanes parlamentarios—: «¡No-se-hace-crecer-el-cabello! ¡No-se-lo-tiñe-sin-peligro!». ¡Ajajá! En eso reside el éxito. La ciencia moderna coincide con los hábitos de los Antiguos. Es posible tratar con los viejos y con los jóvenes. ¿Que nos las tenemos que haber con un anciano? «¡Pues sí, caballero, los Antiguos, tanto los griegos como los romanos, estaban en lo cierto y no eran tan tontos como nos quieren hacer creer!». ¿Que tenemos que vérnoslas con un joven? «Mi querido muchacho, otro descubrimiento debido al progreso de las luces. Vamos avanzando. ¡Qué no podrá esperarse del vapor, del telégrafo y de todo lo demás! ¡Este aceite es fruto de un informe del señor Vauquelin!». ¿Y si imprimiéramos un párrafo de la memoria del señor Vauquelin a la Academia de Ciencias, para que ratifique nuestras aseveraciones, eh? ¡Espléndido! ¡Venga, Finot, a la mesa! ¡Masquemos las verduras y apuremos las copas de champaña por el éxito de nuestro joven amigo!

—Pensé —dijo el autor modestamente— que ya estaba pasada la época de los prospectos frívolos y dicharacheros y que estamos entrando en el período de la ciencia. Se precisan una apariencia doctoral y un tono de autoridad para imponerse al público.

—Quemaremos este aceite; se me van solos los pies, y la lengua también. Sé las comisiones de todos los productos para el pelo y ninguno da más de un treinta por ciento; hay que soltar un margen de un cuarenta por ciento y respondo de cien mil botellas en seis meses. Arremeteré contra los boticarios,

los tenderos de ultramarinos y los peluqueros y si les descontamos un cuarenta por ciento todos liarán a sus parroquianos.

Los tres jóvenes comían como leones, bebían como suizos y se embriagaban con el futuro éxito del Aceite Cefálico. Cuando estaban en plenas carcajadas homéricas, oyeron, pese a los brindis y a los recíprocos votos de dicha, el aldabonazo que retumbó.

— ¡Es mi tío! Es capaz de venir a verme —dijo Popinot.

— ¿Un tío? —dijo Finot—. Y no tenemos más vasos.

—El tío de mi amigo Popinot es juez de instrucción —le dijo Gaudissart a Finot—. Nada de bromas con él, me salvó la vida. Ah, cuando está uno en el trance en que estuve yo, frente al patíbulo o en eso de: «¡Zas, fuera melenas!» —dijo fingiendo con un ademán la fatal cuchilla—, no se olvida uno nunca del virtuoso magistrado a quien le debes no haberte quedado sin el canalillo por el que pasa el vino de Champaña. No te olvidas de él ni borracho perdido. A saber, Finot, si no necesitará algún día del señor Popinot. ¡Diantre! Hay que hacer un buen recibimiento, y de los que entran seis en una libra.

Efectivamente, el virtuoso juez de instrucción estaba preguntando a la portera por su sobrino. Al reconocer la voz, Anselme bajó con un candelabro en la mano para iluminarle el camino.

—Buenas noches, señores —dijo el magistrado.

El ilustre Gaudissart hizo una profunda reverencia. Finot examinó al juez con mirada ebria y le pareció bastante simple.

—No hay aquí lujos, hijo mío —dijo el juez muy serio mirando la habitación—, pero para llegar a ser algo grande hay que empezar por no ser nada.

—Qué hombre tan profundo —dijo Gaudissart a Finot.

—Un pensamiento de articulista —dijo el periodista.

— ¡Ah, es usted, caballero! —dijo el juez al reconocer al viajante—. ¿Y qué hace aquí?

—Señor juez, quiero contribuir con todos mis modestos recursos a la fortuna de su querido sobrino. Acabamos de estar cavilando acerca del prospecto de su aceite; y este señor es el autor de dicho folleto, que nos parece uno de los más hermosos fragmentos de la literatura para pelucas.

El juez miró a Finot.

—Señor juez —dijo Gaudissart—; éste es Andoche Finot, uno de los jóvenes más distinguidos del mundo de la literatura, que habla en los

periódicos del gobierno de los temas de razón de Estado y de los teatros de poco aforo, un ministro en camino de convertirse en autor.

Finot le tiraba a Gaudissart de las bascas de la levita.

—Bien, hijos míos —dijo el juez, a quien esas palabras aclararon el aspecto de la mesa en donde se veían los restos de una cena muy disculpable—. Muchacho —añadió el juez, hablando con Popinot—. Vístete porque vamos esta noche a casa del señor Birotteau, a quien debo una visita. Firmaréis el acta de socios, que he examinado muy atentamente. Como el aceite se va a fabricar en los terrenos del Faubourg du Temple, creo que debe arrendarte el taller y puede nombrar representantes; cuando las cosas están bien en regla, se evitan discusiones. Estas paredes me parece que tienen humedad, Anselme, cuelga esteras de paja en donde tengas puesta la cama.

—Permítame, señor juez de instrucción —dijo Gaudissart con la melosidad de un cortesano—; hemos empapelado hoy nosotros en persona y... todavía no está seco.

— ¡Estupenda forma de ahorrar! —dijo el juez.

—Atienda —le dijo Gaudissart al oído a Finot—, mi amigo Popinot es un joven virtuoso y se va a casa de su tío; vámonos nosotros a rematar la velada a casa de nuestras primas...

El periodista enseñó el forro del bolsillo del chaleco. Popinot vio el gesto y le entregó discretamente veinte francos al autor del prospecto. El juez tenía un coche de punto al final de la calle y se llevó a su sobrino a casa de Birotteau. Pillerault, los señores Ragon y Roguin estaban echando una partida de boston y Césarine bordaba una pañoleta cuando aparecieron el juez Popinot y Anselme. Roguin, que se sentaba frente a la señora Ragon junto a la que estaba Césarine, notó la complacencia de la joven cuando vio entrar a Anselme y, con un ademán, se la señaló, roja como una granada, a su primer pasante.

— ¿Así que hoy va a ser el día de las actas? —dijo el perfumista cuando, tras los saludos, el juez le dijo el motivo de la visita.

César, Anselme y el juez fueron al segundo piso, al dormitorio provisional del perfumista, para discutir el arrendamiento y el acta de asociación que había redactado el magistrado. Se realizó el arriendo por dieciocho años para que coincidiera con el de la calle de Les Cinq-Diamants, circunstancia mínima, pero que, más adelante, favoreció los intereses de Birotteau. Cuando César y el juez regresaron al entresuelo, el magistrado, pasmado al verlo todo manga por hombro y de la presencia de operarios en domingo en casa de un hombre tan piadoso como el perfumista, le preguntó por los motivos. Ahí era donde lo estaba esperando el perfumista.

—Aunque no sea usted de hábitos mundanos, señor juez, no le parecerá mal que festejemos la liberación del territorio. Y no se queda ahí la cosa. Si voy a reunir a unos cuantos amigos es también para celebrar que me conceden la orden de la Legión de Honor...

— ¡Ah! —dijo el juez, que no estaba condecorado.

—Es posible que me haya hecho digno de esa insignia y del favor de Su Majestad por haber actuado en un tribunal... aunque sólo fuera el de comercio. Y por haber combatido a favor de los Borbones en las escaleras...

—Sí —dijo el juez.

—De Saint-Roch el trece de vendimiario, lugar en donde me hirió Napoleón.

—Con mucho gusto —dijo el juez—. Si mi mujer no está enferma, vendrá conmigo.

—Xandrot —le dijo Roguin al salir por la puerta a su primer pasante—. Ni se te ocurra casarte con Césarine. Dentro de seis semanas verás que te he dado un buen consejo.

— ¿Por qué? —preguntó Crottat.

—Mi querido amigo, Birotteau va a gastarse cien mil francos en ese baile que va a dar y, pese a mis consejos, compromete su fortuna en el negocio de los terrenos. Dentro de seis semanas, esa gente no tendrá pan que llevarse a la boca. Cásate con la señorita Lourdois, la hija del pintor de fincas, tiene trescientos mil francos de dote. Te he preparado esa salida por si venían mal dadas. Con que me des cien mil francos, por la notaría, puede ser tuya mañana.

Esas esplendideces del baile que preparaba el perfumista y los periódicos anunciaban a Europa, las anunciaban de forma bien diferente en el comercio los rumores a los que daban pábulo las obras de día y de noche. Decíase aquí que César había alquilado tres fincas, allá que mandaba dorar los salones, acullá que en la cena se servirían platos inventados para esa circunstancia; en otros lugares se decía que no se invitaría a los negociantes, pues la fiesta se daba para la gente del gobierno; y en otros más, censuraban severamente al perfumista por su ambición, se burlaban de sus pretensiones políticas y se negaba que lo hubieran herido. El baile engendraba alguna intriga que otra en el distrito segundo de la capital; los amigos estaban en paz, pero las exigencias de los simples conocidos eran tremendas. Todo favor hace que acudan cortesanos. Muchos hubo a quienes conseguir que los invitaran costó más de una diligencia. Los Birotteau quedaron alarmadísimos ante la cantidad de amigos que no sabían que tenían. Aquel afán tan diligente alarmaba a la señora Birotteau, quien tenía cada día una expresión más adusta a medida que se

acercaba la solemnidad. Ante todo, le confesaba a César que no sería capaz de saber qué cara debía poner; la espantaban los incontables detalles de una fiesta así: ¿de dónde sacar la cubertería, la cristalería, los refrescos, la vajilla, el servicio? ¿Y quién iba a vigilarlo todo? Rogaba a Birotteau que se colocase en la puerta del piso y no dejase entrar sino a los invitados; había oído referir cosas extrañas acerca de gente que se presentaba en bailes de la burguesía alegando amigos cuyo nombre no eran capaces de dar. Cuando, diez días antes, Braschon, Grindot, Lourdois y Chaffaux, el contratista de obras, hubieron asegurado que la vivienda estaría lista para el famoso domingo 17 de diciembre, hubo, en el modesto saloncito del entresuelo, un cómico encuentro, por la noche, después de cenar, entre César, su mujer y su hija, para confeccionar la lista de invitados y enviar las invitaciones, que el impresor había entregado por la mañana, en bonita letra inglesa y papel de color de rosa, respetuosas con los términos que dispone el código de la urbanidad pueril y honrada.

— ¡Ojo, que no hay que olvidarse de nadie! —dijo Birotteau.

—Si se nos olvida alguien —dijo Constance—, ese alguien no se olvidará de sí mismo. La señora Derville, que nunca había venido a vernos, se presentó ayer por la noche dándose una importancia... como si valiera por cuatro...

—Era muy guapa —dijo Césarine—. Me gustó.

—Sí, pues antes de casarse era aún menos que yo —dijo Constance—. Era lencera en la calle de Montmartre, más de una camisa le ha hecho a tu padre.

—Bien, empecemos la lista —dijo Birotteau— con los más encopetados. Escribe, Césarine: señor duque y señora duquesa de Lenoncourt...

—Por Dios, César —dijo Constance—, no le mandes invitación a nadie a quien conozcas sólo como proveedor. ¿Se te ocurriría invitar a la princesa de Blamont-Chauvry, que es aún más pariente de tu madrina que en paz descansa, la marquesa de Uxelles, que el duque de Lenoncourt? ¿Se te ocurriría invitar a los dos señores de Vandenesse, al señor de Marsay, al señor de Ronquerolles, al señor de Aiglemont, es decir, a tus parroquianos? Estás loco; las grandezas te hacen perder el seso.

—Sí, pero ¿y el señor conde de Fontaine y su familia, eh? Ése venía a La Reina de las Rosas, con el apodo de GRAND-JACQUES, y con él venían EL MOZO, que era el señor marqués de Montauran, y el señor de La Billardière, que se llamaba EL NANTÉS, antes de aquel asunto tan grande del trece de vendimiario. ¡Anda y que no me estrecharon veces la mano entonces! ¡Valor, mi querido Birotteau! ¡Dé la vida por la causa justa, lo mismo que nosotros! Somos ex camaradas de conspiración.

—Ponlo —dijo Constance—. Si vienen el señor de La Billardière y su hijo

con alguien tendrán que hablar.

—Escribe, Césarine —dijo Birotteau—. Primero: el señor prefecto del departamento de Sena: vendrá o no vendrá, pero es quien manda en el cuerpo municipal y a cada cual lo que se merece. El señor de La Billardière y su hijo, Maire. Pon al final la cantidad de invitados. Mi colega el señor Granet, el teniente de alcalde, y su mujer; es feísima, pero qué se le va a hacer, es inevitable. El señor Curel, el orfebre, coronel de la Guardia Nacional, su mujer y sus dos hijas. Hasta aquí lo que llamo yo las autoridades. ¡Ahora los peces gordos! Los señores condes de Fontaine y su hija, la señorita Émilie de Fontaine.

—Una impertinente que me hace salir de la tienda para hablar con ella por la ventanilla de su coche haga el tiempo que haga —dijo la mujer de César—. Si viene, será para reírse de nosotros.

—En tal caso, a lo mejor viene —dijo César, que quería gente a toda costa—. Sigue, Césarine. El señor conde de Granville, que es mi casero, y la condesa; y la mejor cabeza de todo el Tribunal de Apelación, conocido por Derville. ¡Ah, por cierto, el señor de La Billardière ha arreglado que me condecere como caballero mañana el señor conde de Lacépède en persona! Conviene que le cuele una invitación al baile y a la cena al Gran Canciller... El señor Vauquelin: pon baile y cena, Césarine. Y, para que no se nos olvide nadie, todos los Chiffreville y los Protez. El señor Popinot, juez del tribunal de Sena, y señora. El señor Thirion, ujier de gabinete del rey, y señora, amigos de los Ragon, cuya hija va a casarse, a lo que dicen, con uno de los hijos que tuvo el señor Camusot en su primer matrimonio.

—César, que no se te olvide el muchacho ese, Horace Bianchon, el sobrino del señor Popinot, que es primo de Anselme —dijo Constance.

— ¡Ah, caramba! Sí, Césarine ha puesto un cuatro detrás de los Popinot. El señor Rabourdin, uno de los jefes de servicio de la división del señor de La Billardière, y señora. El señor Cochin, de ese mismo ministerio, y su mujer y su hijo, los comanditarios de los Matifat; y, ya puestos, el señor Matifat y señora, y su hija.

—Los Matifat —dijo Césarine— han hecho gestiones para que se invitara a los señores Colleville, a los señores Thuillier, amigos suyos, y a los Saillard.

—Ya veremos —dijo César—. Nuestro agente de cambio, el señor Jules Desmarests, y señora.

— ¡Ésa será la más guapa del baile! —dijo Césarine—. Ay, me gusta más que cualquiera de las otras.

—Derville y su mujer.

—Pon también a los señores Coquelin, los sucesores de mi tío Pillerault —dijo Constance—. Están tan convencidos de que van a venir que la señora, pobrecita, se está haciendo un vestido de baile suntuoso en mi modista: fondo de satén blanco y vestido de tul bordado con flores de achicoria. Si se descuida, elige un vestido de lamé como si fuera a la corte. Si no los invitamos, ahí tendríamos unos enemigos encarnizados.

—Ponlos, Césarine, que hay que honrar al comercio, que es lo nuestro... Los señores Roguin.

—Mamá, la señora Roguin va a ponerse el collar de brillantes, y todos los brillantes que tiene, y el vestido de encaje de Malinas.

—El señor Lebas y señora —dijo César—. Y también el señor presidente del Tribunal de Comercio, su mujer y sus dos hijas. Se me habían olvidado en el capítulo de las autoridades... Los señores Lourdois y su hija. El señor Claparon, el banquero. El señor Du Tillet; el señor Grindot; el señor Molineux; Pillerault y su casero, los señores Camusot, los acaudalados comerciantes en sedas, con todos sus hijos, el de la Escuela Politécnica y el abogado.

—Lo van a hacer juez por su matrimonio con la señorita Thirion, pero en provincias —dijo Césarine.

—El señor Cardot, el suegro de Camusot, y todos los hijos. ¡Anda! Y los Guillaume, de la calle de Le Colombier, los suegros de Lebas, dos ancianos que se quedarán sentados sin bailar. Alexandre Crottat. Célestin...

—Papá, que no se le olviden el señor Andoche Finot y el señor Gaudissart, dos jóvenes que le son de mucha utilidad a Anselme.

—¿Gaudissart? Ése tuvo que ver con la justicia. Pero da igual, se va fuera dentro de unos días a representar nuestro Aceite. ¡Ponlo! En cuanto a maese Andoche Finot, ¿qué tiene que ver con nosotros?

—Anselme dice que llegará a ser una personalidad y que tiene más ingenio que Voltaire.

—¿Un autor? Todos unos ateos.

—Póngalo, papa, que no hay tantos que puedan sacar a bailar. Y además ese prospecto tan estupendo del aceite es suyo.

—Cree en nuestro aceite —dijo César—. Ponlo, hijita.

—Pongo también a mis protegidos —dijo Césarine.

—Pon al señor Mitral, mi agente judicial; y al señor Haudry, nuestro médico; por cumplir, porque no vendrá.

—Vendrá a echar la partida —dijo Césarine.

—Ah, César, espero que invitarás a la cena al padre Loraux.

—Ya le he escrito —dijo César.

—Huy, que no se nos olvide la cuñada de los Lebas, la señora Augustine de Sommervieux —dijo Césarine—. ¡Pobrecilla! Con lo malita que está; nos ha dicho Lebas que se está muriendo de pena.

—Eso es lo que pasa por casarse con artistas —exclamó el perfumista—. Mira a tu madre cómo se queda dormida —le dijo por lo bajo a su hija—. Eh, señora Birotteau, muy buenas noches tenga usted. ¿Qué? —dijo César a Césarine—. ¿Qué pasa con el vestido de tu madre?

—Todo estará a punto, papá. Mamá cree que sólo le están haciendo un vestido de crespón de China como el mío. La modista está segura de que no necesita probárselo.

— ¿Cuántas personas? —dijo César viendo que su mujer alzaba los párpados.

—Ciento nueve con los dependientes —dijo Césarine.

— ¿Y dónde vamos a meter a tanta gente? —dijo la señora Birotteau—. Pero, en fin, después de ese domingo vendrá un lunes —añadió ingenuamente.

No hay nada que pueda hacerse con sencillez en casa de quienes suben de un escalón social al siguiente. Ni la señora Birotteau, ni César, ni nadie podía entrar bajo pretexto alguno en el primer piso. César le había prometido a Raguet, el mozo de almacén, un traje nuevo para el día del baile si montaba guardia y si cumplía bien con la consigna que se le había encomendado. Birotteau, igual que el emperador Napoleón en Compiègne, cuando mandó remozar el palacio para su boda con María Luisa de Austria, quería no ver nada en particular y disfrutar de la sorpresa. Aquellos dos antiguos adversarios volvían a coincidir una vez más sin saberlo, no en un campo de batalla sino en el terreno de la vanidad burguesa. El señor Grindot iba a tener, pues, que coger de la mano a César y enseñarle el piso como un cicerone enseña una galería a un curioso. Todos en la casa, por lo demás, se habían inventado su particular sorpresa. Césarine, aquella niña adorable, se había gastado todo su pequeño tesoro, cien luses, en comprarle libros a su padre. El señor Grindot le había revelado un mañana que iba a haber dos cuerpos de estanterías en el cuarto de su padre, decorado como gabinete, una sorpresa del arquitecto. Césarine se había dejado todos sus ahorros de muchacha en el mostrador de un librero para regalarle a su padre Bossuet, Racine, Voltaire, Jean-Jacques Rousseau, Montesquieu, Molière, Buffon, Fénelon, Déléille, Bernardin de Saint-Pierre, La Fontaine, Corneille, Pascal, La Harpe, en resumen, esa biblioteca vulgar que

hay en todas partes y que su padre no leería nunca. La cuenta del encuadernador iba a ser tremenda. El impuntual y célebre encuadernador Thouvenin, un artista, había prometido entregar los libros a las doce del mañana del día 16. Césarine le había contado su apuro al tío Pillerault y el tío iba a hacerse cargo de la cuenta. La sorpresa de César para su mujer era un vestido de terciopelo color cereza guarnecido de encajes, que acababa de mencionarle a su hija y cómplice. La sorpresa de la señora Birotteau al reciente caballero consistía en un par de hebillas de oro y un alfiler de corbata con un solitario. Y, finalmente, toda la familia tenía la sorpresa del piso, tras la que vendría, durante la siguiente quincena, la gran sorpresa de las cuentas que habría que pagar.

César sopesó muy mucho qué invitaciones debían entregarse en persona y cuáles debía llevar Raguet por la noche. Tomó un coche de punto y metió dentro a su mujer afeada con un sombrero de plumas y luciendo el último chal que le había regalado, ese de casimir que llevaba quince años queriendo. Los perfumistas, de tiros largos, hicieron veintidós visitas en una mañana.

César le había ahorrado a su mujer las dificultades que suponía preparar burguesamente en el hogar las diversas viandas que requería la esplendidez de la fiesta. Se había pactado un tratado diplomático entre el ilustre Chevet y Birotteau. Chevet proporcionaba una soberbia cubertería cuyo alquiler rentaba tanto como una tierra; ponía la cena, el vino y las personas del servicio a las órdenes de un maître d'hôtel de apariencia decorosa, todos ellos responsables de sus actos y comportamiento. Chevet pedía la cocina y el comedor del entresuelo para instalar allí el cuartel general; no podía bajar la guardia, pues tenía que servir una cena para veinte personas a las seis y, a la una de la madrugada, un suntuoso ambigú. Birotteau se había puesto de acuerdo con el Café de Foy para los helados de fruta, servidos en lindas tazas, con cucharillas de plata sobredorada y bandejas de plata. Tanrade, otra celebridad, proporcionaba los refrescos.

—No te preocupes —le dijo César a su mujer, al verla, la antevíspera, intranquila en exceso—. Chevet, Tanrade y el Café de Foy estarán en el entresuelo, Virginie hará guardia en el segundo y la tienda estará bien cerrada. Y lo único que tendremos que hacer será instalarnos bien instalados en el primero.

El 16 a las dos, el señor de La Billardière vino a buscar a César para conducirlo a la Cancillería de la Legión de Honor, en donde lo iba a condecorar el señor conde de Lacépède, junto con otros diez caballeros. El alcalde se encontró al perfumista con los ojos llenos de lágrimas: Constance acababa de darle la sorpresa de las hebillas de oro y el solitario.

—Qué dulce es que lo quieran a uno así —dijo mientras subía al coche de

punto en presencia de sus dependientes, agrupados, de Césarine y de Constance.

Todos contemplaban a César con calzón de seda negra, medias de seda y el frac nuevo, azul barbo, sobre el que resplandecería la cinta que, según Molineux, estaba empapada de sangre. Cuando volvió César a cenar estaba pálido de alegría y se miraba la cruz en todos los espejos, pues, en aquella primera embriaguez, no se contentó con la cinta y fanfarroneaba sin falsa modestia.

—Mujer —dijo—, el Gran Canciller es un hombre encantador. Bastó una palabra del señor de La Billardière para que aceptase mi invitación. Viene con el señor Vauquelin. El señor de Lacépède es un gran hombre, sí, tanto como el señor Vauquelin. Ha escrito cuarenta volúmenes. Y no en vano es un autor par de Francia. Que no se nos olvide decirle: «Excelentísimo señor» y «Señor conde».

—Pero come —le dijo su mujer—. Este padre tuyo es peor que un niño —dijo Constance a Césarine.

—Qué bien te queda en el ojal —dijo Césarine—. Te presentarán armas. Saldremos juntos.

—Me presentarán armas en cualquier sitio en que haya centinelas.

En ese momento, bajó Grindot con Braschon. Después de cenar, los señores y la señorita podían disfrutar con la vista de los aposentos; el primer oficial de Braschon estaba acabando de clavar unas cuantas páteras y había tres hombres encendiendo las velas.

—Se necesitan ciento veinte velas —dijo Braschon.

—Una cuenta de doscientos francos en Trudon —dijo la señora Birotteau, cuyas quejas detuvo una mirada del caballero Birotteau.

—Su fiesta va a ser magnífica, señor caballero —dijo Braschon.

Birotteau se dijo para sus adentros: «¡Ya empiezan los cobistas! El padre Loraux me ha recomendado mucho que no caiga en sus trampas y siga siendo modesto. No olvidaré mis orígenes».

César no cayó en la cuenta de qué quería decir el rico tapicero de la calle de Saint-Antoine. Braschon intentó once veces en vano que los invitasen a él, a su mujer, a su hija, a su suegra y a su tía. Braschon se convirtió en enemigo de Birotteau. Al llegar al umbral de la puerta, ya había dejado de llamarlo señor caballero.

Empezó el ensayo general. César, su mujer y Césarine salieron de la tienda y entraron en su casa por el portal. Habían hecho nueva la puerta de la calle,

en estilo majestuoso y con dos hojas divididas en entrepaños iguales y cuadrados, en cuyo centro había un adorno arquitectónico de hierro colado y pintado. Aquella puerta, que tan corriente se ha hecho luego en París, era a la sazón una gran novedad. Al fondo del portal, se veía la escalera dividida en dos rampas estrechas entre las que se hallaba ese zócalo que tanto preocupaba a Birotteau y formaba algo así como una caja en la que se podía instalar a una anciana. Iluminaba ese portal, pavimentado de mármol blanco y negro y pintado en imitación de mármol, una lámpara antigua de cuatro brazos. El arquitecto había aunado riqueza y sencillez. Una estrecha alfombra roja hacía resaltar la blancura de los peldaños de piedra caliza pulimentada con piedra pómez. El primer rellano servía de entrada al entresuelo. La puerta de los aposentos era parecida a la de la calle, pero de marquetería.

— ¡Qué donaire encantador! —dijo Césarine—. Y, sin embargo, no hay nada que llame la atención en particular.

—Precisamente, señorita. El encanto viene de las proporciones exactas entre los estilóbatos, los plintos, las cornisas y los adornos; además no he puesto ningún dorado, los colores son sobrios y no aparecen tonos vivos.

—Es toda una ciencia —dijo Césarine.

Entraron todos entonces en un recibidor de buen gusto, con suelo de tarima, espacioso y decorado con sencillez. Venía luego un salón en blanco y rojo con tres balcones a la calle, cornisas de elegantes perfiles y pinturas refinadas, en el que no había salidas de tono. Los adornos de la repisa de la chimenea de mármol blanco con columnas estaban escogidos allí con gusto, no había allí nada ridículo y entonaba con los demás detalles. Reinaba, en fin, en esta habitación esa grata armonía que sólo los artistas pueden crear manteniendo hasta en los mínimos accesorios una norma de decoración de la que no tienen conciencia los burgueses, pero que los sorprende. Una araña de veinticuatro velas hacía centellear las drapeadas telas de seda roja, la tarima era una provocación que obligó a Césarine a ponerse a bailar. Un saloncito verde y blanco daba paso al gabinete de César.

—He puesto aquí una cama —dijo Grandot abriendo las puertas de una alcoba hábilmente disimulada entre las dos estanterías—. Usted o la señora pueden estar enfermos y así cada cual tiene su cuarto.

— ¿Y estas estanterías repletas de libros encuadernados? ¡Ay, esta mujer mía, esta mujer mía! —dijo César.

—No; ésta es la sorpresa de Césarine.

—Disculpe usted la emoción de un padre —dijo César al arquitecto mientras besaba a su hija.

—Adelante, adelante, señor Birotteau, se lo ruego —dijo Grindot—. Está usted en su casa.

En el gabinete dominaban los colores pardos, que animaban los ornamentos verdes, pues las más hábiles transiciones de la armonía vinculaban entre sí todas las estancias de la vivienda y así era como el tono que servía de color de fondo a una habitación servía para adornar la siguiente y viceversa. El grabado de Hero y Leandro destacaba en uno de los entrepaños del gabinete de César.

—Ya tendrás que pagar todo esto —dijo César muy alegre.

—Esta hermosa estampa se la regala Anselme —dijo Césarine.

También Anselme se había permitido una sorpresa.

—Pobre niño, ha hecho lo mismo que yo con el señor Vauquelin.

El dormitorio de la señora Birotteau venía a continuación. Había desplegado allí el arquitecto magnificencias capaces de complacer a aquella buena gente a la que quería embaucar, pues había cumplido su palabra al planear aquella restauración. El cuarto estaba entelado en seda azul con adornos blancos y el mobiliario tapizado en casimir blanco con adornos azules. Encima de la chimenea de mármol blanco, el reloj de sobremesa era una reproducción de la Venus arrodillada encima de un hermoso bloque de mármol; compartía aquella habitación con el cuarto de Césarine una bonita moqueta de dibujos turcos; este dormitorio iba entelado en seda persiana y era muy coquetón: había en él un piano, un precioso armario de luna, una camita casta de sencillas cortinas y todos esos muebles menudos de los que gustan las jovencitas. El comedor estaba detrás de la habitación de Birotteau y de la de su mujer; se entraba en él por la escalera y era del estilo que se denomina Luis XVI, con el reloj de sobremesa de Boulle, aparadores de cobre y nácar y paredes con clavos de cobre dorado. Era indescriptible la alegría de aquellas tres personas, sobre todo cuando, al volver al dormitorio, la señora Birotteau se encontró encima de la cama con el vestido de terciopelo cereza guarnecido de encajes que le regalaba su marido y Victorine había traído, andando de puntillas.

—Caballero, este piso lo honrará a usted mucho —le dijo Constance a Grindot—. Mañana por la noche vendrán ciento y pico personas y cosechará los elogios de todas ellas.

—Lo recomendaré a usted —dijo César—. Va a conocer a la cabeza del comercio y en una sola velada se hará usted más célebre que si hubiera levantado cien casas.

Constance, emocionada, no se acordaba ya del gasto ni de criticar a su

marido. He aquí los motivos. Por la mañana, al traer Hero y Leandro, Anselme Popinot, a quien Constance tenía por de suma inteligencia y grandes recursos, le había asegurado el éxito del Aceite Cefálico en el que se hallaba trabajando con un encarnizamiento fuera de serie. El enamorado había prometido que, pese a lo crecido de la cantidad que sumasen los caprichos de Birotteau, dentro de seis meses esos gastos los habrían compensado la parte que tenía en los beneficios que iba a dar el aceite. Tras haberse pasado diecinueve años temblando, era tan grato ceder un único día al gozo que Constance prometió a su hija no envenenarle a su marido la dicha con comentario alguno y consentir ella por completo en ser dichosa. Cuando, a eso de las once, se retiró el señor Grindot, se arrojó, pues, en brazos de su marido y derramó algunas lágrimas de contento al tiempo que decía: «¡Ay, César, qué insensata me vuelves y qué dichosa me haces!».

—Lo que hace falta es que dure —dijo César sonriente.

—Durará, ya se me han pasado los temores —dijo la señora Birotteau.

— ¡Menos mal que al fin me aprecias en lo que valgo! —dijo el perfumista.

Las personas con grandeza suficiente para reconocer sus debilidades habrán de admitir que una pobre huérfana que, dieciocho años antes, era encargada del comercio El Marinerito de la isla de Saint-Louis y un pobre campesino llegado de Turena a París, bastón en mano y a pie, con zapatos de puntera de hierro, tenían que sentirse halagados y felices por el hecho de dar una fiesta así y con tan loables motivos.

—Dios mío, daría de mil amores cien francos por que llegase una visita —dijo César.

—Aquí está el padre Loraux —dijo Virginie.

Apareció el padre Loraux. El sacerdote era a la sazón párroco adjunto de Saint-Sulpice. Nunca pudo verse mejor la fortaleza del alma que en aquel santo sacerdote cuyo trato dejó hondas huellas en la memoria de cuantos lo conocieron. Aquel rostro hosco, feo hasta tal punto que espantaba la confianza, lo había tornado sublime el ejercicio de las virtudes católicas; irradiaba de él un anticipo del esplendor celestial. El candor que le corría por la sangre le unificaba los rasgos poco agraciados y el fuego de la caridad le purificaba las poco correctas facciones mediante un fenómeno opuesto al que, en Claparon, lo había rebajado todo al rango animal, degradándolo. Por las arrugas le retozaban las gracias de esas tres hermosas virtudes humanas: la Esperanza, la Fe y la Caridad. Era de palabra suave, lenta y penetrante. Vestía como los sacerdotes de París, se permitía la levita de color pardo. Ninguna ambición había hallado cabida en aquel corazón puro que los ángeles tuvieron

que llevar ante Dios en su estado de primitiva inocencia. Fue menester la suave violencia de la hija de Luis XVI para que el padre Loraux aceptase una parroquia en París, y tuvo que ser una de las más modestas. Contempló con mirada inquieta toda aquella opulencia, sonrió a los tres tenderos, encantados de la vida, y movió la cabeza cana.

—Hijos míos —les dijo—, no es misión mía acudir a fiestas, sino consolar a los afligidos. Vengo a darle las gracias al señor César y a daros a todos la enhorabuena. No hay sino una fiesta para la que quiera venir a esta casa, para la boda de esta encantadora niña.

Tras un cuarto de hora, el sacerdote se retiró sin que ni el perfumista ni su mujer se atrevieran a enseñarle la vivienda. Aquella aparición trascendente arrojó unas cuantas gotas de agua fría en la bullente alegría de César. Los tres se fueron a la cama, cada cual entre sus lujos, y tomaron posesión de los bonitos y apetecibles muebles que habían deseado. Césarine desnudó a su madre ante el espejo de un tocador de mármol blanco. César se había concedido unas cuantas comodidades superfluas que quiso utilizar en el acto. Todos se quedaron dormidos imaginando por adelantado los goces del día siguiente. Después de haber ido a misa y haber leído las vísperas, Césarine y su madre se vistieron, a eso de las cuatro, no sin haber entregado el entresuelo al brazo secular de los empleados de Chevet. Nunca le había sentado mejor un vestido a la mujer de César que aquel de terciopelo de color cereza guarnecido de encajes y con manga corta y sobremanga; aquella tela suntuosa y aquel color espléndido le realzaban los hermosos brazos, aún lozanos y jóvenes, el pecho de cegadora blancura, el cuello y los hombros tan bien dibujados. La candorosa satisfacción que siente toda mujer al verse en total plenitud prestó no se sabe qué dulzura al perfil griego de la perfumista, cuya belleza se mostró con toda su exquisitez de camafeo. Césarine, vestida de crespón blanco, iba coronada de rosas blancas y llevaba una rosa en un costado; un echarpe le cubría castamente los hombros y el escote. A Popinot lo volvió loco.

—Esta gente nos apabulla —dijo la señora Roguin a su marido mientras recorrían la vivienda.

A la notaria la ponía rabiosa no ser tan guapa como la mujer de César, pues toda mujer sabe siempre en su fuero interno a qué atenerse en cuanto a la superioridad o la inferioridad de una rival.

—Bah, poco les va a durar y no tardarás en salpicar en coche a esa pobre mujer cuando te la encuentres a pie por la calle y arruinada —le dijo Roguin a su mujer por lo bajo.

Vauquelin fue de una gentileza extremada. Llegó con el señor de Lacépède, colega suyo del Instituto, que había ido a recogerlo en coche. Al ver a la esplendorosa perfumista, los dos eruditos se dieron al piropo científico.

—Posee usted, señora, para no dejar de ser tan joven y hermosa un secreto que la ciencia ignora —dijo el químico.

—Está usted hasta cierto punto en su casa, señor académico —dijo Birotteau—. Sí, señor conde —añadió volviéndose hacia el Gran Canciller de la Legión de Honor—, le debo mi fortuna al señor Vauquelin. Tengo el honor de presentar a Su Excelencia al señor presidente del Tribunal de Comercio. Éste es el señor conde de Lacépède, par de Francia, uno de los grandes hombres de Francia; ha escrito cuarenta volúmenes —dijo a Joseph Lebas, que acompañaba al presidente del Tribunal.

Los comensales llegaron puntuales. La cena fue como son las cenas de los comerciantes, sobremanera alegre, rebotante de campechanía, y aderezada con esas bromas bastas que siempre hacen reír. Fueron muy valoradas la exquisitez de las viandas y la excelencia de los vinos. Cuando la concurrencia regresó al salón para tomar el café, eran las nueve y media. Algunos coches de punto habían traído a unas cuantas jóvenes impacientes por bailar. Una hora después, el salón estaba lleno; y el baile tenía un toque ramplón. El señor de Lacépède y el señor Vauquelin se fueron, para mayor desesperación de Birotteau, que fue en pos de ellos hasta la escalera, suplicándoles que se quedaran, aunque en vano. Consiguió retener al señor Popinot, el juez, y al señor de La Billardière. Dejando de lado a las tres mujeres representantes de la Aristocracia, las Finanzas y la Administración: la señorita de Fontaine, la señora Desmarests y la señora Roubourdin, cuya radiante belleza y cuyo atuendo y modales destacaban en aquella reunión, a las demás mujeres se las veía engalanadas de forma torpe y rotunda, con ese algo opulento que presta a la masa burguesa un aspecto vulgar que la levedad y el encanto de aquellas tres mujeres acentuaba de forma cruel.

Allí estaba al completo la burguesía de la calle de Saint-Denis, majestuosa, exhibiendo toda la plenitud de sus derechos de bufona necesidad. Era, por descontado, esa burguesía que viste a sus niños de lancero o de guardia nacional, que compra Victorias y Conquistas y El soldado labriego, admira El cortejo del pobre, se alegra el día en que le toca guardia, va los domingos a una casa de campo propia, se cuida de tener aspecto distinguido, sueña con honores municipales; esa burguesía que tiene envidia de todo y, no obstante, es buena, servicial, abnegada, sensible, compasiva, participa en suscripciones para los hijos del general Foy y para los griegos, cuyas piraterías desconoce, y para el Campo de Asilo cuando ya ha dejado de existir, que se engaña con sus virtudes y a la que agravia por sus defectos una sociedad que vale menos que ella, pues tiene corazón precisamente porque es ignorante de las conveniencias; esa virtuosa burguesía que cría muchachas cándidas, hechas al trabajo, llenas de cualidades que el contacto de las clases superiores merma no bien surge, muchachas sin ingenio entre las que, sin duda, le habría gustado

escoger a su mujer el burgués Chrysale; una burguesía, en fin, que representaban admirablemente los Matifat, los drogueros de la calle de Les Lombards cuya casa llevaba sesenta años siendo proveedora de La Reina de las Rosas.

La señora Matifat, que había pretendido tener aspecto digno, bailaba tocada con un turbante y ataviada con un pesado vestido punzó de tisú de oro, atuendo que armonizaba con la expresión altanera, la nariz romana y el esplendor de una tez carmesí. Aquella Catalina II de mostrador eclipsaba al señor Matifat, tan arrogante en las revistas de la Guardia Nacional en las que se le veía a cincuenta pasos la tripa rolliza sobre la que relucía la leontina con todos sus dijes. Grueso y bajo, iba pertrechado con antiparras y el cuello de la camisa le llegaba a la altura del cerebelo; llamaba la atención por la voz de barítono y la riqueza del vocabulario. Nunca decía Corneille, sino ¡el sublime Corneille!, Racine era ¡el dulce Racine!, ¡Voltaire, ay, Voltaire, el segundo en todos los géneros! Rousseau era de espíritu quisquilloso y hombre arrogante que acabó por ahorcarse. Contaba con muy poca gracia anécdotas de Piron, a quien la burguesía parisina tiene por persona prodigiosa. Matifat, que sentía pasión por los actores, tenía cierta tendencia a la obscenidad, pues imitando en eso al abuelo Cardot, el antecesor de Camusot, y al opulento Camusot, mantenía a una querida. A veces, la señora Matifat, al verlo a punto de contar una anécdota, le decía: «Chatito, cuidado con lo que nos dices». Solía llamarlo con el familiar apelativo de «chatito». Aquella voluminosa reina de la droguería consiguió que perdiera la señorita de Fontaine su aristocrática compostura; la altanera joven no pudo por menos de sonreír al oír cómo le decía a Matifat: «¡No te lances así sobre los helados, chatito! No queda nada fino».

Cuesta más explicar la diferencia entre la buena sociedad y la burguesía de lo que le cuesta a la burguesía borrar esa diferencia. Aquellas mujeres, incómodas con esos atavíos, sabían que iban endomingadas y mostraban un ingenuo regocijo que daba fe de que el baile era algo muy poco frecuente en sus atareadas vidas; mientras que las tres mujeres que eran sendas manifestaciones de una esfera social diferente e iban en aquellos momentos igual que irían al día siguiente, no parecía que se hubieran acicalado ex profeso, no se recreaban en verse con los inusuales lujos de sus atuendos, no les preocupaba la impresión que causaban, todo había concluido cuando, ante el espejo, habían dado el último toque a la obra de su vestido de baile; no se les veía en los rostros nada exagerado, bailaban con la gracia y la despreocupación que unos ignotos genios concedieron a algunas estatuas de la Antigüedad. Las otras, por el contrario, marcadas con el sello del trabajo, seguían teniendo las mismas actitudes vulgares y se divertían demasiado; miraban con desconsiderada curiosidad, no mantenían el tono de voz en ese leve murmullo que presta a las conversaciones de un baile esa chispa

inimitable; no contaban, sobre todo, con la impertinente seriedad que lleva en sí el germen del epigrama ni con aquel reposado comportamiento en que se reconocen mutuamente las personas acostumbradas a conservar un gran imperio sobre sí mismas. Por ello la señora Roubourdin, la señora Desmarets y la señorita de Fontaine, que se habían prometido a sí mismas infinitos goces en aquel baile de perfumista, descollaban entre la burguesía por su encanto indolente, el gusto exquisito de sus vestidos y sus modales, de la misma forma que tres primeros bailarines de la Ópera destacan de la caballería pesada de los comparsas. Las demás las miraban con ojos pasmados y envidiosos. La señora Roguin, Constance y Césarine eran algo así como un nexo que mediaba entre las comerciantes y los tres tipos de aristocracia femenina. Como sucede en todos los bailes, llegó un momento de gran animación en que los torrentes de luz, el regocijo, la música y el baile trajeron consigo una embriaguez que hizo que esos matices se esfumasen en el crescendo del tutti. El baile estaba a punto de convertirse en ruidoso y la señorita de Fontaine quiso retirarse; pero cuando buscó el brazo del venerable chuán, acudieron Birotteau, su mujer y su hija para impedir la deserción de cuanta aristocracia quedaba en su reunión.

—Se nota en esta casa un aroma de buen gusto que ciertamente me asombra —dijo la impertinente joven al perfumista—, le felicito por ello.

A Birotteau se le habían subido tanto a la cabeza las enhorabuenas públicas que no la entendió; pero su mujer se ruborizó y no supo qué contestar.

—Es ésta una fiesta nacional que lo honra —le decía Camusot.

—Pocas veces he visto un baile tan espléndido —decía el señor de La Billardière, a quien no le costaba nada una mentira oficiosa.

Birotteau se tomaba todos los cumplidos en serio.

— ¡Qué espectáculo tan encantador! ¡Y qué estupenda orquesta! ¿Nos dará usted bailes con frecuencia? —le decía la señora Lebas.

— ¡Qué piso tan delicioso! ¿Lo ha puesto usted a gusto suyo? —le decía la señora Desmarets.

Birotteau se atrevió a caer en un embuste dejándole creer que era él quien había tomado todas las decisiones. Césarine, invitada a todas las contradanzas, pudo percatarse de cuán delicado era Anselme.

—Si sólo atendiese a lo que deseo —le dijo al oído al levantarse de la mesa —, le rogaría que me concediera el favor de una contradanza; pero esa dicha mía le saldría demasiado cara a nuestro mutuo amor propio.

Césarine, a quien le parecía que los hombres caminaban con muy poco donaire cuando se erguían por igual en las dos piernas, quiso abrir el baile con Popinot. Popinot, a quien había dado ánimos su tía, que le había dicho que se

atreviera, se atrevió a hablar de amor a aquella encantadora muchacha durante la contradanza, pero dando esos rodeos de los enamorados tímidos.

—Mi fortuna depende de usted, señorita.

— ¿Y cómo es eso?

—No hay sino una esperanza que pueda conducirme a ella.

—Espere.

— ¿Sabe de verdad todo lo que me acaba de decir con una sola palabra? — añadió Popinot.

—Espere la fortuna —dijo Césarine con maliciosa sonrisa.

— ¡Gaudissart! ¡Gaudissart! —le dijo, tras la contradanza, Popinot a su amigo estrechándole el brazo con fuerza hercúlea—. O triunfas o me levanto la tapa de los sesos. Triunfar equivale a casarme con Césarine, me lo ha dicho. ¡Y mira qué hermosa es!

—Sí, tiene muy buen cuerpo —dijo Gaudissart— y es rica. La freiremos en el aceite.

No dejó de fijarse la señora Birotteau en lo bien que se llevaban la señorita Lourdois y Alexandre Crottat, el ya nombrado sucesor de Roguin, y le causó no poco renunciar a convertir a su hija en mujer de un notario de París. El tío Pillerault, que había saludado al menudo Molineux, fue a sentarse en un sillón junto a la biblioteca y miró a los jugadores, escuchó las conversaciones y acudió de vez en cuando hasta la puerta para ver las agitadas cestas de flores que formaban las cabezas de las bailarinas de molinete. Mostraba el porte de un auténtico filósofo. Los hombres tenían un aspecto espantoso, con la excepción de Du Tillet, que contaba ya con modales mundanos, de La Billardière hijo, joven fashionable en ciernes, del señor Jules Desmarets y de las personalidades oficiales. Pero de entre todas las siluetas más o menos cómicas que prestaban su peculiar carácter a aquella reunión, había una especialmente desvaída, como una moneda de cinco francos de la República, pero que era curiosa por su atuendo. Ya habrá adivinado el lector que se trataba del tiranuelo de La Cour Batave, ataviado con ropa blanca fina, que se había puesto amarilla dentro del armario, y luciendo una chorrera de encajes superpuestos que sujetaba un camafeo azulenco prendido en ella; llevaba calzón corto de seda negra que revelaba en qué husos tenía el casero el atrevimiento de asentarse. César le enseñó triunfalmente las cuatro habitaciones que había sacado el arquitecto del primer piso de la finca.

— ¡Vaya, vaya! Es cosa suya, señor mío —dijo Molineux—, este primer piso, así aviado, valdrá más de mil escudos.

Birotteau respondió con una broma, pero se le clavó como un alfilerazo el

tono con el que el viejecillo pronunció la frase.

«No tardaré en recuperar mi piso primero. Este hombre va a la ruina»: tal era el sentido de la palabra valdrá que soltó Molineux como un zarpazo.

La cara paliducha y la mirada asesina del casero llamaron la atención a Du Tillet, que se había fijado con gran interés, en primer lugar, en la leontina de la que colgaba una libra de dijes sonoros y del frac verde, con mezcla de blanco, y cuello curiosamente alzado que daban al anciano la apariencia de una serpiente de cascabel. Acudió, pues, el banquero a interrogar a aquel endeble usurero para saber qué era lo que lo tenía tan contento.

—Aquí, caballero —dijo Molineux, pisando con un pie en el saloncito—, estoy en las propiedades del señor conde de Granville; pero aquí —dijo señalándose el otro pie—, estoy en las mías, pues soy el dueño de esta finca.

A Molineux le agradaba tanto ponerse a disposición de quien lo escuchara que, encantado con la expresión atenta de Du Tillet, trazó su retrato, contó sus hábitos, las insolencias de maese Gendrin y sus arreglos con el perfumista, sin los cuales no podría haberse celebrado el baile.

—Ah, el señor César le pagó la renta —dijo Du Tillet—. Nada más contrario a sus costumbres.

—Ah, se lo pedí yo. ¡Soy tan bondadoso con mis inquilinos!

«Si Birotteau quiebra —se dijo Du Tillet—, no cabe duda de que este pícaro de poca monta será un síndico excelente. Qué escrupulosidad más valiosa; debe de dedicarse, cuando está solo en casa, a matar moscas, igual que Domiciano».

Se fue Du Tillet a la mesa de juego, en donde estaba ya, por orden suya, Claparon: había pensado que a luz de la pantalla de una lámpara de mesa de juego su fingido banquero se libraría de que alguien lo examinara. Tan bien se comportaron mutuamente como dos extraños que ni el hombre más suspicaz podría haber descubierto nada que revelase su complicidad. Gaudissart, que estaba al tanto de la suerte de Claparon, no se atrevió a dirigirle la palabra cuando el potentado viajante le lanzó esa mirada de fría solemnidad del advenedizo que no quiere que lo salude un colega. El baile se apagó, como el resplandor de un cohete, a las cinco de la mañana. A esa hora, de los ciento y pico carruajes que habían llenado la calle de Saint-Honoré, sólo quedaban unos cuarenta. Estaban, por entonces, bailando la panadera y esos cotillones que más adelante destronó el galop inglés. Du Tillet, Roguin, Cardot hijo, el conde de Granville, Jules Desmarests jugaban a la berlanga. Du Tillet llevaba ganados tres mil francos. Quebraron albos, la luz de las velas palideció y los jugadores presenciaron la última contradanza. En las casas burguesas, ese supremo disfrute no deja de llevar consigo unas cuantas barbaridades. Las

personalidades que imponen ya se han marchado; la embriaguez del movimiento, la comunicativa calidez del aire, las esencias que se ocultan en las bebidas más inocentes les reblandecen los callos a las señoras mayores que, por ser amables, participan en las cuadrillas y se prestan a pasajeras locuras; los hombres están acalorados, los rizos deshechos les caen por las mejillas y les dan expresiones grotescas que mueven a risa; las muchachas se vuelven livianas, algunos peinados han perdido parte de las flores. ¡Aparece el Momo burgués con sus chanzas! Estallan las carcajadas, todo el mundo bromea, pensando que al día siguiente el trabajo volverá por sus fueros. Matifat bailaba tocado con un sombrero de señora; Célestin hacía imitaciones. Algunas señoras daban palmadas excesivas cuando así lo disponía la correspondiente figura de aquella interminable contradanza.

— ¡Cómo se divierten! —decía Birotteau, encantado.

—Con tal de que no rompan nada —le dijo Constance a su tío.

—Ha dado usted el baile más estupendo que haya visto; y he visto muchos —dijo Du Tillet a su ex jefe al despedirse.

En la obra de las ocho sinfonías de Beethoven hay una fantasía, grande como un poema, que predomina en el movimiento final de la sinfonía en do menor. Cuando, tras los lentos preparativos del sublime mago, a quien tan bien comprende Habeneck, un ademán del entusiasmado director de orquesta alza el rico telón de este decorado convocando con la batuta el deslumbrante tema hacia el que han ido convergiendo todas las potencias de la música, los poetas cuyos corazones palpitan en circunstancia tal entenderán que el baile de Birotteau estaba produciendo en su vida el mismo efecto que produce en las almas ese fecundo tema al que debe quizá la sinfonía en do la supremacía que tiene sobre sus brillantes hermanas. Un hada radiante se abalanza alzando la varita. Oímos el roce de las cortinas de seda púrpura que unos ángeles alzan. Unas puertas de oro, esculpidas como las de los baptisterios florentinos, giran sobre los goznes de diamante. La mirada se sumerge en espléndidos panoramas, abarca una continuidad de palacios maravillosos desde donde salen, deslizándose, seres de naturaleza superior. Humea el incienso de las prosperidades, llamea el altar de la dicha, corre un aire perfumado. Seres de sonrisa divina, ataviados con túnicas blancas ribeteadas de azul, pasan, ingrátidos, ante nuestros ojos dejándonos ver rostros de sobrehumana belleza, formas de infinita exquisitez. ¡Revolotean los amores derramando las llamas de sus antorchas! Nos sentimos amados, somos felices con una dicha que respiramos sin comprenderla al sumergirnos en las olas de esa armonía que fluye y escancia a todos y cada uno la ambrosía que ha elegido. Llega directa al corazón y alcanza nuestras más secretas esperanzas que se hacen realidad durante un momento. El mago, tras habernos paseado por el cielo, vuelve a sumirnos, con la honda y misteriosa transición de los contrabajos, en el

pantano de las frías realidades, para sacarnos de él cuando notamos ya sed de sus divinas melodías y el alma nos dice a gritos: «¡Más!». La historia psíquica del punto más brillante de ese hermoso final es la misma de las emociones que prodigó aquella fiesta a Constance y a César. Collinet les había compuesto con su flautín el movimiento final de su sinfonía del comercio.

Cansados, pero felices, los tres Birotteau se quedaron dormidos, ya de mañana, entre los zumbidos de esa fiesta que, en obras, reparaciones, muebles, consumiciones, vestidos y libros reembolsados a Césarine, subía, sin que César lo sospechara, a sesenta mil francos. Eso costaba la fatal cinta roja que el rey había colocado en el ojal de un perfumista. Si le sucedía una desgracia a César Birotteau, bastaba esa desmesurada cantidad para hacerlo reo del tribunal correccional. Si un negociante realiza gastos que se consideren excesivos se le declara en quiebra fraudulenta. Y es quizá más tremendo comparecer ante la sala sexta por sandias bagatelas que ante el Tribunal de lo Criminal por un gigantesco fraude. Ante algunas personas vale más pasar por criminal que por necio.

## II

### **César tiene que habérselas con la desgracia**

Ocho días después de esta fiesta, última pavesa del fuego de paja de una prosperidad de dieciocho años a punto de extinguirse, César miraba a los transeúntes a través de los escaparates de la tienda mientras pensaba en la amplitud de sus negocios, que le parecía carga pesada. Hasta entonces todo le había resultado sencillo en la vida: fabricaba y vendía o compraba para volver a vender. En la actualidad, el negocio de los terrenos, sus intereses en la Casa A. POPINOT Y COMPAÑÍA, el reembolso de los ciento sesenta mil francos puestos en la plaza y que iba a precisar bien el recurso a pagarés, cosa que desagradaría a su mujer, bien un éxito inaudito de la empresa de Popinot, tamaña multiplicidad de ideas tenía asustado al infeliz; notaba que sujetaba más ovillos de hilo de los que le cabían en la mano. ¿Cómo llevaría Anselme el timón de su barca? Birotteau trataba a Popinot lo mismo que un profesor de retórica trata a un alumno, desconfiaba de sus recursos y lamentaba no estar detrás de él. La patada que le había dado en casa de Vauquelin aclaró los temores que inspiraba el joven negociante al perfumista. Birotteau se guardaba muy mucho de que lo calasen su mujer, su hija o su encargado; pero andaba como un simple barquero del Sena a quien, por azar, un ministro hubiera puesto al mando de una fragata. Todos aquellos pensamientos le formaban en la inteligencia, poco apta para meditar, algo así como una niebla; y se quedaba

a pie firme, intentando ver las cosas con claridad. En aquel momento apareció en la calle una cara que le inspiraba una violenta antipatía: la de su segundo casero, el viejecillo Molineux. ¿Quién no ha tenido sueños de éstos, repletos de acontecimientos que equivalen a una vida entera, en los que aparece reiteradamente un ser fantástico a cuyo cargo corren cometidos funestos y es el traidor de la obra? Le parecía a Birotteau que el cometido que el azar había encomendado a Molineux en su vida era un papel análogo. Aquella cara había hecho visajes diabólicos en medio de la fiesta contemplando los lujos con mirada rencorosa. Al volver a verla, César recordó tanto más las impresiones que le había causado aquel rácano de poca monta (rácano era palabra que solía emplear mucho) cuanto que Molineux, por habersele aparecido de repente cuando estaba ensimismado, le inspiró renovada repulsión.

—Caballero —dijo el hombrecillo con aquella voz suya tan espantosamente anodina—, nos dimos tanta prisa en concluir manga por hombro los tratos que se le olvidó ponerle el visto bueno al documento de nuestro contrato privado.

Birotteau tomó el contrato de arrendamiento para remediar el olvido. Entró el arquitecto, saludó al perfumista y dio diplomáticas vueltas a su alrededor.

—Señor Birotteau —le dijo por fin al oído—, ya sabe lo difícil que es empezar en una profesión; y ya que está usted satisfecho de mí, no sabe cuánto le agradecería que me pagase mis honorarios.

Birotteau, que se había quedado sin fondos al haber dispuesto de su cartera y del dinero líquido que tenía, le dijo a Célestin que hiciera una letra a tres meses por valor de dos mil francos y que preparase un recibo.

—He tenido mucha suerte con que se hiciera usted cargo del vencimiento de la renta de su vecino —dijo Molineux con expresión solapadamente zumbona—. El portero ha ido esta mañana a avisarme de que el juez de paz estaba colocando precintos porque ha desaparecido maese Cayron.

«Con tal de que no me quede sin los cinco mil francos», pensó Birotteau.

—Parecía que le iban muy bien los negocios —dijo Lourdois, que acababa de entrar para entregarle su cuenta al perfumista.

—Un comerciante sólo está libre de reveses cuando se retira —dijo Molineux doblando su documento con minuciosa exactitud.

El arquitecto examinó a aquel viejecillo con ese placer que siente todo artista al ver una caricatura que ratifica la opinión que le merecen los burgueses.

—Cuando tiene alguien metida la cabeza debajo de un paraguas, suele uno pensar que está a cubierto si llueve —dijo el arquitecto.

Molineux se fijó mucho más, al mirar al arquitecto, en los bigotes que en la cara; y lo despreció tanto como lo despreciaba a él el señor Grindot. Se quedó para darle un zarpazo luego, al salir. A fuerza de vivir con sus gatos, Molineux tenía tanto en los modales como en los ojos algo de la raza felina.

En aquel momento entraron Ragon y Pillerault.

—Hemos estado hablando de nuestro negocio con el juez —le dijo Ragon a César al oído—: Dice que, en una operación como ésta, necesitaríamos tener un recibo de los vendedores y extender las escrituras para que todos seamos en realidad propietarios indivisos...

—Ah, están ustedes en el negocio de La Madeleine —dijo Lourdois—. Se habla de él. ¡Habrá muchas casas por construir!

El pintor, que venía para cobrar cuanto antes, pensó que le interesaba no meter prisa al perfumista.

—Le he traído la cuenta porque estamos a finales de año —le dijo por lo bajo a César—, pero no necesito nada.

—Pero ¿qué te pasa César? —dijo Pillerault al notar la sorpresa de su sobrino, quien, pasmado al ver la cuenta, no contestaba ni a Ragon ni a Lourdois.

—Ah, una pequeñez; me quedé con cinco mil francos en pagarés de mi vecino, el dueño de la tienda de paraguas, que ha quebrado. Como me haya dado valores que no sirvan para nada, me habrá tomado el pelo como a un pánfilo.

—Y eso que hace mucho que se lo dije —exclamó Ragon—: Quien se está ahogando se agarrará a la pierna de su padre para salvarse y lo ahogará consigo. ¡Tengo vistas tantas quiebras! Al principio del desastre, nadie es por fuerza un bribón, pero acaba siéndolo por necesidad.

—Es cierto —dijo Pillerault.

—Ay, si llego alguna vez a la Cámara de Diputados o si tengo alguna influencia en el gobierno... —dijo Birotteau poniéndose de puntillas y dejándose caer sobre los talones.

— ¿Qué haría? —preguntó Lourdois—. Porque usted es un sabio.

Molineux, a quien interesaba cualquier conversación de Derecho, se quedó en la tienda; y, como la atención de los demás estimula la propia, Pillerault y Ragon, que ya sabían las opiniones de César, lo escucharon, no obstante, con la misma seriedad que los tres extraños.

—Me gustaría —dijo el perfumista— que existiera un tribunal de jueces inamovibles con un ministerio público que juzgase al delincuente. Tras la

instrucción, en la que un juez se haría cargo en el acto de las actuales funciones de los agentes, los síndicos y el juez delegado, se declararía al negociante en quiebra rehabilitable o en bancarrota. En el caso de quiebra rehabilitable, tendría la obligación de pagarlo todo y se le encomendaría, en tal caso, la custodia de sus bienes y de los de su mujer, pues sus derechos, sus herencias, todo pertenecería a los acreedores, y lo gestionaría por cuenta de ellos y bajo vigilancia; seguiría con sus negocios, vamos, pero tendría que firmar como: «mengano, en quiebra» hasta que hubiera liquidado todas sus deudas. En caso de bancarrota, lo condenarían, como antaño, a la picota en la sala de la Bolsa y quedaría expuesto durante dos horas llevando el gorro verde en la cabeza. Sus bienes, los de su mujer y sus derechos pasarían a ser de los acreedores y lo desterrarían del reino.

—El comercio sería algo más seguro —dijo Lourdois—, y todo el mundo se lo pensaría dos veces antes de meterse en operaciones.

—Las leyes actuales no se cumplen —dijo César irritado—. De cada cien negociantes, hay más de cincuenta que están por debajo de sus negocios en un setenta y cinco por ciento o que venden las mercancías un veinticinco por ciento por debajo del precio de inventario y, de esa forma, arruinan el comercio.

—El señor tiene razón —dijo Molineux—; las leyes actuales dejan una holgura excesiva. Son menester o la renuncia total o la infamia.

— ¡Diantre! —dijo César—. Al paso que vamos, un negociante acabará por ser un ladrón patentado. Le basta con su firma para meter la mano en la caja de todo el mundo.

—No tiene usted nada de tierno, señor Birotteau —dijo Lourdois.

—Tiene razón —dijo el anciano Ragon.

—Todos los que estén en quiebra son sospechosos —dijo César, a quien exasperaba aquella pérdida moderada, que le había sonado como le suena al ciervo en los oídos el primer toque de trompa.

En aquel preciso momento, el maître d'hôtel trajo la cuenta de Chevet. Llegaron luego un aprendiz de Félix, el pastelero; un mozo del Café de Foy; y el clarinete de Collinet, con las facturas de sus respectivas casas.

—El cuarto de hora de Rabelais —dijo Ragon sonriente.

—A fe mía que dio usted una fiesta espléndida —dijo Lourdois.

—Estoy ocupado —dijo César a todos los mozos, que dejaron las facturas.

—Señor Grindot —dijo Lourdois al ver que el arquitecto doblaba un pagaré que había firmado Birotteau—, tendrá usted que comprobar y pagar mi

cuenta; basta con que la coteje; todos los precios los ajustó usted en nombre del señor Birotteau.

Pillerault miró a Lourdois y a Grindot.

—Precios ajustados entre el arquitecto y el contratista —le dijo por lo bajo el tío al sobrino—; te han robado.

Grindot se fue; Molineux salió tras él y se le acercó con expresión misteriosa.

—Caballero —le dijo—, me oyó usted, pero no me entendió: le deseo que tenga paraguas.

El miedo embargó a Grindot. Cuanto más ilegal es un beneficio, más apego se le tiene. Así es el corazón humano. Era cierto que el artista había estudiado la vivienda amorosamente, le había entregado toda su ciencia y todo su tiempo, el trabajo que le había dedicado valía diez mil francos y se había dado cuenta de que el amor propio lo había estafado; a los contratistas, pues, les costó poco seducirlo. El irresistible argumento y la amenaza, bien entendida, de perjudicarlo calumniándolo tuvieron menos poder que el comentario de Lourdois acerca del negocio de los terrenos de La Madeleine: Birotteau no tenía intención de edificar en ellos ni una casa, sólo estaba especulando con el precio de los terrenos. A los arquitectos y a los contratistas les sucede igual que a un autor con los actores: dependen unos de otros. Birotteau encargó a Grindot que estableciera los precios, y él se puso del lado de los del oficio y en contra de los burgueses. En consecuencia, tres contratistas poderosos, como Lourdois, Chaffaroux y Thorein, el carpintero, declararon que era uno de esos muchachos estupendos con los que da gusto trabajar. Grindot intuía que las cuentas de las que le correspondía parte se pagarían como sus honorarios, con letras, y el viejecillo acababa de hacerle dudar del pago. Grindot iba a ser despiadado, como lo son los artistas, las personas más crueles con los burgueses. A finales de diciembre, César tenía cuentas por valor de sesenta mil francos. Félix, el Café de Foy, Tanrade y los acreedores por cantidades pequeñas, a quienes hay que pagar al contado, habían ido ya tres veces a cobrar al local del perfumista. En el comercio, esas nimiedades perjudican más que una desgracia; la anuncian. Las pérdidas conocidas están claras; pero el pánico no conoce límites. Birotteau se encontró con la caja vacía. El miedo se apoderó entonces del perfumista, a quien nunca le había sucedido nada así en toda su vida comercial. Como todas las personas que nunca han tenido que luchar mucho tiempo contra la miseria y son débiles, esa circunstancia, corriente en la vida de la mayoría de los pequeños comerciantes de París, le trastornó a César la cabeza.

El perfumista ordenó a Célestin que enviase las cuentas a casa de sus parroquianos; pero antes de obedecer, el encargado pidió que le repitiera

aquella orden inaudita. Los clientes, noble expresión que usaban entonces todos los detallistas para los parroquianos y que César usaba en contra de la opinión de su mujer, que había acabado por decirle: «¡Llámalos como quieras mientras paguen!», los clientes, pues, eran personas ricas con las que nunca había pérdidas; pagaban como querían, y con frecuencia debían a César cincuenta o sesenta mil francos. El dependiente cogió el libro de las facturas y empezó a copiar las más abultadas. César temía a su mujer. Para que no le notase el abatimiento que la causaba el simún de la desdicha, decidió salir.

—Buenos días, señor Birotteau —dijo Grindot, que entró con la expresión desahogada que adoptan los artistas para hablar de esos intereses a los que aseguran ser por completo ajenos—. Con el papel que me dio no consigo dinero y no me queda más remedio que pedirle que me lo cambie por un pago al contado; no sabe cuánto me desconsuela esta gestión, pero no sé tratar con usureros y no querría traficar con su firma; sé lo bastante de comercio para darme cuenta de que sería envilecerla. Entra, pues, dentro de sus intereses...

—Caballero —dijo Birotteau estupefacto—, más bajo, por favor. Me sorprende usted mucho.

Entró Lourdois.

—Lourdois —dijo Birotteau, sonriente—, ¿entiende usted...?

Pero se interrumpió. El infeliz iba a rogar a Lourdois que se hiciera cargo del pagaré de Grindot, burlándose del arquitecto con la buena fe del negociante seguro de sí mismo; pero vio que Lourdois tenía la frente nublada y su imprudencia lo hizo estremecerse. Aquella broma inocente era el asesinato de un crédito puesto en entredicho. En un caso así, un negociante rico se queda con su pagaré y no se lo ofrece a nadie. Birotteau notaba el pensamiento alterado como si estuviera mirando el fondo de un abismo cortado a pico.

—Mi querido señor Birotteau —dijo Lourdois, llevándose al fondo de la tienda—; ya está mi cuenta cotejada, en regla y comprobada y le ruego que me tenga preparado mañana el dinero. Caso a mi hija con ese joven, con Crottat, y necesita dinero. Con los notarios no hay quien negocie. Y, además, mi firma nunca la ha visto nadie.

—Mande a cobrar pasado mañana —dijo, muy digno, Birotteau, que contaba con que le pagasen sus propias cuentas—. Y también usted, caballero —le dijo al arquitecto.

— ¿Y por qué no ahora mismo? —preguntó el arquitecto.

—Tengo que hacer frente a la paga de mis operarios del Faubourg du Temple —dijo César, que no había mentido en la vida.

Cogió el sombrero para salir con ellos. Pero el albañil, Thorein y Chaffaroux lo detuvieron cuando estaba cerrando la puerta.

—Señor Birotteau —dijo Chaffaroux—, andamos muy necesitados de dinero.

—Y yo no tengo las minas del Perú —dijo César, perdiendo la paciencia. Y se alejó cien pasos de ellos con rapidez.

«Aquí está pasando algo. ¡Maldito baile! Todo el mundo se cree que tengo millones. Eso no quita para que la cara de Lourdois no fuera normal —pensó—. Aquí hay gato encerrado».

Iba andando sin rumbo por la calle de Saint-Honoré; se notaba como en disolución y se tropezó con Alexandre en una esquina, igual que un ariete o de la misma forma en que un matemático ensimismado en la solución de un problema hubiera tropezado con otro.

—Ah, señor Birotteau —dijo el futuro notario—, una pregunta. ¿Le ha dado el señor Roguin los cuatrocientos mil francos de usted al señor Claparon?

—Estaba usted delante. El señor Claparon no me dio ningún recibo... Mis valores había que... negociarlos... Roguin ha tenido que entregarle... mis doscientos cuarenta mil francos... Quedamos en que se extenderían las escrituras de venta definitivas... El señor juez Popinot dice que... El recibo... Pero... ¿Por qué me hace esa pregunta?

— ¿Que por qué le hago esa pregunta? Para saber si sus doscientos cuarenta mil francos los tiene Claparon o Roguin. Roguin tenía amistad con usted desde hacía tanto tiempo que habría podido, por delicadeza, entregárselos a Claparon y se habría usted librado de una buena. Pero qué tonto soy... se los ha llevado, con el dinero del señor Claparon que afortunadamente no había enviado aún más que cien mil francos. Roguin está desaparecido; le di cien mil francos por la notaría, de los que no tengo recibo; se los di con toda confianza igual que le daría a usted la bolsa. Esos vendedores suyos no han recibido ni un céntimo, acabo de verlos. El dinero del préstamo que pedía usted sobre sus terrenos no existía ni para usted ni para quien lo prestaba. Roguin se lo zampó, lo mismo que sus otros cien mil francos... que ya no tenía desde hace mucho... Así que los últimos cien mil francos que le dio usted también los tiene él, me acuerdo de que fui al banco a cobrarlos.

A César se le dilataron de tal forma las pupilas que no vio ya sino una llama roja.

—Los cien mil francos suyos del banco, los cien mil francos míos por la notaría, los cien mil francos del señor Claparon: trescientos mil francos que se

han esfumado, y eso sin contar con los robos que se irán descubriendo — siguió diciendo el joven notario—. Se teme por la vida de la señora Roguin; Du Tillet se ha pasado la noche velándola. Du Tillet sí que se ha librado de una buena. Roguin se pasó un mes agobiándolo para meterlo en el asunto de los terrenos. Menos mal que tenía todos sus fondos invertidos en una especulación con la Casa Nucingen. ¡Roguin le ha escrito a su mujer una carta espantosa! Acabo de leerla. Llevaba cinco años enredando con los fondos de sus clientes. ¿Y por qué? Por una querida: la Guapa Holandesa. La dejó quince días antes de la jugada que acaba de hacer. Una manirrota, que estaba sin un céntimo; le han vendido los muebles. Había firmado pagarés. Para librarse de las diligencias judiciales buscó refugio en una casa de la plaza de Le-Palais-Royal en donde la asesinó ayer por la noche un capitán. No ha tardado en castigarla Dios, porque desde luego ella fue quien se zampó la fortuna de Roguin. Para algunas mujeres es que no hay nada sagrado. ¡Zamparse una notaría! A la señora Roguin no le quedará ningún dinero más que si ejercita su hipoteca legal; todos los bienes del muy bribón tienen cargas que superan ese valor. ¡Venden el cargo por trescientos mil francos! Y yo que creía que hacía un buen negocio y he empezado por pagar cien mil francos más por la notaría, y no tengo recibo; el cargo y la garantía se irán en hechos del cargo; si menciono mis cien mil francos, los acreedores pensarán que estaba conchabado con Roguin; y, cuando estás empezando, tienes que cuidar la reputación. No sacará usted ni el treinta por ciento. ¡A mi edad, tener que pasar por un trago así! ¡Un hombre de cincuenta y nueve años que paga a una mujer! ¡Ese granuja viejo! Hace veinte días que me dijo que no me casara con Césarine porque pronto estaría usted sin pan que llevarse a la boca. ¡Qué monstruo!

Alexandre podría haber seguido hablando mucho rato. Birotteau se había quedado de pie, petrificado. Cuantas frases le decían eran otros tantos garrotazos. No oía ya sino un tañido de campanas tocando a muerto, de la misma forma que había empezado por no ver sino un fuego de incendio. A Alexandre Crottat, que tenía al digno perfumista por persona fuerte y capaz, lo dejó espantado aquella palidez y aquella inmovilidad. El sucesor de Roguin no sabía que el notario se llevaba algo más que la fortuna de César. La idea de un suicidio inmediato le pasó por la cabeza a aquel comerciante tan hondamente religioso. El suicidio es, en un caso así, una forma de huir de mil muertes; parece lógico no aceptar más que una. Alexandre Crottat dio el brazo a César e intentó que caminase; fue imposible, se le doblaban las piernas como si estuviera ebrio.

— ¿Qué le sucede? —dijo Crottat—. ¡Mi buen señor César, un poco de valor! ¡No se va a morir nadie de esto! Además, va a recuperar cuarenta mil francos. El prestador no tenía esa cantidad y no se entregó. Hay base para litigar por la rescisión del contrato.

—Mi baile, mi cruz, doscientos mil francos de letras en la plaza, nada en caja. Los Ragon, Pillerault... ¡Y mi mujer que se lo había maliciado!

Un chaparrón de palabras confusas, que despertaban multitud de ideas agobiantes y de inauditos sufrimientos, cayó como una granizada segando todas las flores del parterre de La Reina de las Rosas.

—Me gustaría que me cortasen la cabeza —dijo al fin César—. Me abulta tanto que me molesta y no me vale para nada...

— ¡Mi pobre Birotteau! —dijo Alexandre—. Pero ¿entonces es que está usted en peligro?

— ¡En peligro!

—Pues bien, valor. Luche.

— ¡Luche! —repitió el perfumista.

—Du Tillet fue encargado de usted. Tiene muy buena cabeza. Lo ayudará.

— ¿Du Tillet?

—Vamos. Venga usted.

— ¡Dios mío! No querría regresar a mi casa en este estado —dijo Birotteau—. A usted que es amigo mío, si es que existen amigos, a usted por quien me interesé y que ha cenado en mi casa, se lo pido por mi mujer, deme un paseo en coche de punto. ¡Xandrot, hágame compañía!

Al notario en funciones le costó mucho trabajo meter en un coche a aquella maquinaria inerte que se llamaba César.

—Xandrot —dijo el perfumista con voz que alteraban las lágrimas, pues en aquel momento comenzaron a brotarle las lágrimas de los ojos y aflojaron un tanto el círculo de hierro que le ceñía la cabeza—, vamos a pasar por mi casa y dígame algo de mi parte a Célestin. Amigo mío, dígame que va en ello mi vida y la de mi mujer. Que bajo ningún pretexto nadie comente la desaparición de Roguin. Diga que baje Césarine y ruéguele que impida que le hablen de este asunto a su madre. Debemos desconfiar de los mejores amigos, de Pillerault, de los Ragon, de todo el mundo.

El cambio de tono de voz de Birotteau impresionó a Crottat, quien comprendió la importancia de aquella recomendación. La calle de Saint-Honoré llevaba a casa del magistrado; cumplió, pues, los deseos del perfumista, a quien Célestin y Césarine, alarmados, vieron sin voz, pálido y como atontado en lo hondo del coche.

—Guárdenme el secreto de este asunto —dijo el perfumista.

— ¡Vaya! —se dijo Xandrot—. ¡Ya vuelve en sí! Lo creía perdido.

Alexandre Crottat y el magistrado estuvieron conferenciando largo rato: enviaron a buscar al presidente de la Cámara de notarios; a todas partes se llevaron a César como si fuera un paquete; no se movía ni decía palabra. A eso de las siete de la tarde, Alexandre Crottat llevó al perfumista de vuelta a su casa. La idea de presentarse ante Constance devolvió bríos a César. El joven notario tuvo la caridad de adelantarse para avisar a la señora Birotteau de que su marido acababa de sufrir algo así como una congestión.

—Anda confuso de ideas —dijo haciendo ese ademán que describe una cabeza embrollada—. A lo mejor había que sangrarlo o que ponerle sanguijuelas.

—Tenía que pasar —dijo Constance, a mil leguas de suponer un desastre—. No se tomó el medicamento preventivo a principios del invierno y lleva dos meses trabajando como un galeote, como si no tuviera ya asegurado el pan.

Su mujer y su hija rogaron a César que se metiera en cama y mandaron a buscar al anciano doctor Haudry, el médico de Birotteau. El anciano Haudry era de la escuela de Molière, ante todo médico practicante y amigo de las antiguas fórmulas de botica; administraba drogas a sus pacientes ni más ni menos que un medicastro, por más que lo llamasen mucho a consulta. Llegó, examinó la facies de César y ordenó que se le aplicasen en el acto sinapismos en la planta de los pies: vislumbraba los síntomas de una congestión cerebral.

— ¿Qué ha podido causarle algo así? —dijo Constance.

—Es que está el tiempo muy húmedo —respondió el doctor, a quien se acercó Césarine para darle un recado.

Con frecuencia se ven los médicos en la obligación de decir a sabiendas simplezas para salvar el honor o la vida de las personas sanas que rodean al enfermo. El anciano doctor había visto tantas cosas que entendió las palabras a medias de Césarine, quien se fue detrás de él a la escalera para pedirle una pauta.

—Tranquilidad y silencio. Luego nos atreveremos a administrarle unos tónicos, cuando se le despeje la cabeza.

La mujer de César pasó dos días junto a la cabecera de su marido y le pareció, con frecuencia, que deliraba. Acostado en el precioso dormitorio azul de su mujer, decía cosas incomprensibles para Constance al ver los cortinones, los muebles y sus onerosos esplendores.

—Está loco —le dijo a Césarine en un momento en que César se había incorporado para sentarse y citaba con voz solemne retazos de los artículos del Código de Comercio.

— ¡Si se estima que los gastos han sido excesivos!... ¡Que quiten los cortinones!

Transcurridos tres días terribles durante los que la razón de César peligró, la robusta complexión del campesino de Turena salió adelante; la cabeza se despejó y el señor Haudry dispuso que tomase cordiales y una alimentación que le diera energías; y, tras una taza de café administrada a tiempo, el negociante se levantó. Constance, rendida, ocupó el lugar de su marido.

—Pobre mujer —dijo César cuando la vio dormida.

— ¡Vamos, papá, valor! Es usted un hombre superior y saldrá adelante. No será nada. Anselme lo ayudará.

Césarine dijo con voz dulce esas palabras inconcretas que la ternura hace aún más dulces y devuelven el valor a los más abatidos, de la misma forma que las canciones de una madre adormecen el dolor de un niño que padece los tormentos de la dentición.

—Sí, hija mía, lucharé; pero ni una palabra a nadie en el mundo, ni a Popinot, que nos quiere, ni a tu tío Pillerault. En primer lugar voy a escribir a mi hermano; creo que es canónigo, vicario de una catedral, no tiene gastos y debe de tener dinero. Si ha ahorrado mil escudos al año desde hace veinte años, debe de tener cien mil francos. En provincias, los sacerdotes tienen crédito.

Césarine, con las prisas de traerle a su padre una mesita y recado de escribir, le dio lo que quedaba de las invitaciones del baile, impresas en papel rosa.

— ¡Quema todo eso! —gritó el negociante—. ¡Sólo el diablo pudo haberme inspirado la idea de dar ese baile! Si me hundo, pareceré un pillo. Vamos, dejémonos de frases.

#### CARTA DE CÉSAR A FRANÇOIS BIROTTEAU

Mi querido hermano,

Me hallo en una crisis comercial tan difícil que te suplico que me envíes todo el dinero del que puedas disponer, aun cuando tuvieras que pedirlo prestado.

Tuyo,

CÉSAR

Tu sobrina Césarine, que está viendo cómo escribo esta carta mientras mi pobre mujer duerme, se pone bajo tu protección y te envía su tierno afecto.

La postdata se añadió a ruegos de Césarine, que llevó la carta a Raguet.

—Padre —dijo al subir—, está aquí el señor Lebas que quiere hablar con usted.

—El señor Lebas —exclamó César asustado como si su desastre lo hubiera convertido en un criminal—. ¡Un juez!

—Mi querido señor Birotteau, siento por usted tantísimo interés —dijo el acaudalado pañero según entraba— y nos conocemos desde hace tanto, porque a los dos la primera vez nos eligieron como jueces al mismo tiempo, que no puedo por menos de decirle que un tal Bidault, a quien llaman Gigonnet, un usurero, tiene pagarés de usted que la Casa Claparon le ha endosado sin garantía. Esas dos palabras no sólo son una afrenta sino, además, la muerte del crédito de usted.

—El señor Claparon quiere hablar con el señor —dijo Célestin, apareciendo—. ¿Debo decirle que suba?

—Vamos a saber el motivo de este insulto —dijo Lebas.

—Caballero —dijo el perfumista a Claparon al verlo entrar—, éste es el señor Lebas, juez en el Tribunal de Comercio y amigo mío...

—Ah, este caballero es el señor Lebas —dijo Claparon, interrumpiéndolo—. Estoy encantado de la circunstancia, señor Lebas del tribunal; hay tantos Lebas, por no mencionar la leva-dura...

—Ha visto —siguió diciendo Birotteau, interrumpiendo al charlatán— los pagarés que le entregué a usted y que, por lo que me dijo, no entrarían en circulación. Y los ha visto con estas palabras: sin garantía.

—Bueno, pues es cierto que no van a estar en circulación —dijo Claparon—. Están en manos de un hombre con el que hago muchos negocios, maese Bidault. Y por eso he puesto: sin garantía. Si esos pagarés hubieran tenido que circular, los habría emitido usted directamente a orden de él. Señor mío, el juez va a entender mi situación. ¿Qué representan esos efectos? El coste de una finca. ¿Y quién los abona? Birotteau. ¿Por qué pretende usted que garantice con mi firma a Birotteau? Tenemos que abonar, cada uno por nuestro lado, nuestra parte de ese coste. Ahora bien, ¿no basta con ser solidarios ante nuestros vendedores? Yo tengo una norma comercial inflexible: ni doy mi garantía sin necesidad ni doy recibo de una cantidad por recibir. Lo doy todo por supuesto. Quien firma, paga. No quiero quedar expuesto a pagar tres veces.

— ¡Tres veces! —dijo César.

—Sí, señor mío —siguió diciendo Claparon—. Si ya he garantizado a Birotteau ante nuestros vendedores, ¿por qué se lo voy a garantizar otra vez al banquero? Nos hallamos en unas circunstancias duras. Roguin se me ha

llevado cien mil francos. Así que la mitad de los terrenos me cuesta ya quinientos mil francos en vez de cuatrocientos mil. Roguin se lleva doscientos cuarenta mil francos de Birotteau. ¿Qué haría usted en mi lugar, señor Lebas? Métase en mi pellejo. No tengo el honor de que usted me conozca, de la misma forma que yo no conozco al señor Birotteau. Fíjese bien. Hacemos juntos un negocio a medias. Aporta usted todo el dinero de la parte que le corresponde y yo pago la mía con mis valores; se los ofrezco y usted tiene la excesiva complacencia de convertirlos en dinero. Se entera de que Claparon, banquero, rico, considerado, doy por buenos todos los méritos que se le ocurran, de que el virtuoso Claparon está metido en una quiebra en la que hay que reembolsar seis millones. ¿Pondrá usted en ese preciso momento su firma para garantizar la mía? ¡Loco estaría usted! Pues bien, señor Lebas, Birotteau está en ese mismo caso en que he supuesto a Claparon. ¿No se da cuenta de que, en tal circunstancia, podría tener que pagar a los compradores como solidario, que podría verme además obligado a reembolsar la parte de Birotteau hasta cubrir la suma de sus pagarés, si los había garantizado, y sin tener...?

— ¿A quién? —preguntó el perfumista, interrumpiéndolo.

—Y sin tener su mitad de los terrenos —siguió Claparon sin tener en cuenta la interrupción—, porque no disfrutaría de preferencia alguna. ¡Tendría, pues, que volverla a comprar! Así que puedo tener que pagar tres veces.

— ¿Reembolsar a quién? —seguía preguntando Birotteau.

—Pues al segundo tenedor, si endosaba los efectos y a usted le ocurría una desgracia.

—Yo no fallaré, caballero —dijo Birotteau.

—Bien —dijo Claparon—. Ha sido usted juez y es un comerciante diestro y sabe que hay que tenerlo todo previsto, así que no se asombre si cumplo con mi oficio.

—El señor Claparon tiene razón —dijo Joseph Lebas.

—Tengo razón —siguió diciendo Claparon—, razón comercialmente hablando. Pero este asunto es de terrenos. Ahora bien, ¿qué tengo que recibir yo? Dinero, pues habrá que darles dinero a nuestros vendedores. Dejemos de lado los doscientos cuarenta mil francos que estoy seguro de que el señor Birotteau encontrará —dijo Claparon, mirando a Lebas—. Venía a pedirle la bagatela de veinticinco mil francos —dijo, mirando a Birotteau.

— ¡Veinticinco mil francos! —exclamó César, notando que por las venas le corría hielo en vez de sangre—. Pero, caballero, ¿a santo de qué?

—Caramba, mi querido señor, las ventas hay que realizarlas ante notario.

Ahora bien, en lo que al precio se refiere, podemos entendernos entre nosotros. ¡Pero con el fisco, no hay ni que pensar en eso! El fisco no se anda con palabras vanas, te fía lo que tardas en meterte la mano en el bolsillo y esta semana tenemos que largarle cuarenta mil francos de tasas. Estaba lejos de esperarme reproche alguno al venir a esta casa, pues, pensando que esos veinticinco mil francos podrían causarle un trastorno, tenía que comunicarle que, por la mayor de las casualidades, lo he salvado...

— ¿Qué? —dijo Birotteau profiriendo ese grito de desesperación ante el que ningún hombre puede engañarse.

— ¡Una miseria! Los veinticinco mil francos de efectos sobre varios que me entregó Roguin para que los negociara los he puesto en el activo de usted de escrituras y gastos, cuya cuenta ya le enviaré. Hay que deducir esa mínima gestión, me deberá usted la diferencia: alrededor de seis o siete mil francos.

—Todo esto me parece de lo más justo —dijo Lebas—. Si yo estuviera en el lugar de este señor, que me da la impresión de que enfoca perfectamente los negocios, haría lo mismo con un desconocido.

—El señor Birotteau no se va a morir por tan poco —dijo Claparon—; se necesita más de un golpe para matar a un lobo viejo; y he visto lobos con balas en la cabeza del tamaño de... pardiez... pues del tamaño de lobos.

— ¿Quién podía prever perfidia como la de Roguin? —dijo Lebas, a quien asustaba tanto el silencio de César cuanto una especulación tan extraordinaria y ajena al ramo de la perfumería.

—A punto estuve de darle al señor Birotteau un recibo por cuatrocientos mil francos —dijo Claparon— y apañado hubiera ido. La víspera le había entregado cien mil francos a Roguin. Me salvó nuestra mutua confianza. Que estuvieran los fondos en la notaría o que estuvieran en mi casa hasta el día de las escrituras definitivas nos parecía a todos que daba lo mismo.

—Habría valido más que cada cual dejara el dinero en su banco hasta el momento de pagar —dijo Lebas.

—Roguin para mí era el banco —dijo César—. Pero él tiene parte en el negocio —añadió mirando a Claparon.

—Sí, por una cuarta parte y con un compromiso de palabra —respondió Claparon—. Además de la estupidez de dejar que se llevase mi dinero, se podría cometer una aún mayor, y sería darle dinero a él. Si me manda mis cien mil francos y otros doscientos mil, que son su parte, entonces ya veremos. Pero no hay cuidado de que me los mande para un negocio que requiere cinco años a fuego lento antes de que esté lista la primera sopa. Si no se ha llevado, como dicen, más que trescientos mil francos, para vivir decentemente en el

extranjero necesita no menos de mil quinientos francos de renta.

— ¡Qué sinvergüenza!

—Es que ha llegado a eso por una pasión —dijo Claparon—. ¿Qué anciano puede responder de que no va dejar que lo domine y lo arrastre su último capricho? Ninguno de nosotros, y eso que somos sensatos, sabemos cómo va a acabar. El último amor, vaya, es el más violento. Fíjense en Cardot, en Camusot, en Matifat... todos tienen queridas. ¿Y no tenemos acaso nosotros la culpa de que nos la haya jugado? ¿Cómo no desconfiamos de un notario que participaba en una especulación? Cualquier notario, cualquier agente de cambio, cualquier corredor de Bolsa que se meta en negocios resulta sospechoso. La quiebra de ellos es fraudulenta y acabarían en el Tribunal de lo Criminal, así que prefieren un tribunal extranjero. Nunca más tendré tratos con esa escuela. Y resulta que somos tan débiles que permitimos que condenen en rebeldía a la gente en cuya casa hemos cenado, que nos ha invitado a espléndidos bailes, a la gente de la buena sociedad, vamos. Nadie se queja, y es un error.

—Un craso error —dijo Birotteau—; la ley de quiebras y bancarrotas está por rehacer.

—Si me necesita —dijo Lebas a Birotteau—, me tiene a su disposición.

—Este señor no necesita a nadie —dijo el incansable charlatán cuyas compuertas había abierto Du Tillet tras haber llenado de agua la presa (Claparon repetía una lección que Du Tillet le había apuntado con gran habilidad)—. Su asunto está claro: la quiebra de Roguin dará un dividendo de un cincuenta por ciento, por lo que me ha dicho ese joven, Crottat. Además del dividendo, el señor Birotteau recupera los cuarenta mil francos de los que no disponía el prestador; y además puede pedir otro préstamo sobre sus propiedades. Ahora bien, hasta dentro de cuatro meses no tenemos que entregar doscientos mil francos a los vendedores. De aquí a entonces, el señor Birotteau cubrirá sus pagarés, pues con algo más que con lo que se ha llevado Roguin debe de contar para pagarlos. Pero incluso aunque el señor Birotteau se viera un poco apurado... pues podrá salir del paso con unas cuantas transacciones.

Al perfumista le habían vuelto los ánimos al oír cómo analizaba Claparon su caso y lo resumía, trazándole, como quien dice, una línea de conducta. Recuperó pues una compostura firme y decidida y se hizo una idea muy halagüeña de las capacidades del ex viajante. A Du Tillet le había parecido oportuno que Claparon lo hiciera pasar por víctima de Roguin. Le entregó cien mil francos a Claparon para que se los diera a Roguin, quien se los devolvió. Como Claparon estaba preocupado, interpretaba su papel con naturalidad y contaba a quien quisiera atender que Roguin le había costado cien mil francos.

Du Tillet opinaba que Claparon no era aún lo bastante ducho; le parecía que le quedaban todavía demasiados principios de honor y conciencia para confiarle todo su plan; y, por lo demás, sabía que no sería capaz de adivinarlo.

—Si nuestro mejor amigo no fuera nuestro mejor burlado, no podríamos burlar a nadie más —le dijo a Claparon el día en que, al hacerle su alcahuete comercial ciertos reproches, lo destruyó como se destruye una herramienta que ya no vale.

El señor Lebas y Claparon se fueron juntos.

«Puedo salir de ésta —se dijo Birotteau—. El pasivo en pagarés que tengo que cubrir es de doscientos treinta y cinco mil francos, a saber, setenta y cinco mil francos por mi casa y ciento setenta y cinco mil por los terrenos. Ahora bien, para atender a esos pagos, cuento con el dividendo Roguin, que quizá sea de cien mil francos; puedo anular el préstamo sobre mis terrenos, en total, ciento cuarenta. Lo que necesito es ganar cien mil francos con el Aceite Cefálico y aguantar, con unos cuantos pagarés de servicios o con un crédito de un banco, hasta que me resarza de la pérdida y los terrenos lleguen a tener plusvalía».

En cuanto un hombre, en medio de una desdicha, consigue fabricarse una novela esperanzada mediante una secuencia de razonamientos más o menos acertados, con los que rellena la almohada para poder descansar en ella la cabeza, con frecuencia está salvado. Muchas personas toman por energía la confianza que presta la ilusión. Es posible que la esperanza constituya la mitad del coraje; también la religión católica la considera una virtud. ¿No ha sostenido acaso la esperanza a muchos débiles proporcionándoles tiempo para aguardar los azares de la vida? Resuelto a ir a ver al tío de su mujer para exponerle la situación en que se hallaba antes de buscar ayuda en otra parte, no pudo Birotteau ir calle de Saint-Honoré abajo, hasta la calle de Les Bourdonnais, sin notar una angustia desconocida y que lo alteró tanto que pensó que tenía trastornada la salud. Le ardían las entrañas. Efectivamente, las personas cuyas sensaciones afectan al diafragma notan molestias así, de la misma forma que aquéllas a quienes afectan a la cabeza sufren dolores cerebrales. En las grandes crisis, la parte física nota padecimientos en la zona en que el temperamento ha situado en cada individuo la sede de la vida: a los débiles les da diarrea; Napoleón se queda dormido. Antes de lanzarse al asalto de una confianza, superando todas las barreras del orgullo, a las personas de honor no les queda más remedio que haber notado en el corazón más de una vez la espuela de la necesidad, esa amazona inflexible. Precisó, pues, Birotteau que ésta lo espolease durante dos días antes de acudir a casa de su tío. E, incluso, no acabó de decidirse sino por razones de familia: en cualquier caso, tenía que explicar la situación al estricto ferretero. Sin embargo, al llegar ante la puerta, notó ese íntimo desfallecimiento que todo niño ha sentido al

entrar en casa del dentista; pero esa falta de coraje se refería a toda la vida, en general, y no a un dolor pasajero. Birotteau subió despacio. Halló al anciano leyendo El Constitucional al amor del fuego, ante el velador en que estaba su frugal almuerzo: un panecillo, mantequilla, queso de Brie y una taza de café.

—He aquí a un auténtico sabio —dijo Birotteau, envidiando a su tío.

— ¿Y bien? —dijo Pillerault, quitándose los lentes—. Me enteré ayer en el Café David del asunto de Roguin y del asesinato de la Guapa Holandesa, su querida. Espero que tras avisarte nosotros, que queríamos ser propietarios reales, fuiste a que te diera un recibo Claparon.

—Ay, tío, en ésas andamos. Ha puesto el dedo en la llaga. No.

— ¡Ah, demontre! Estás arruinado —dijo Pillerault soltando el periódico, que recogió Birotteau, aunque se tratase de El Constitucional.

Tanto inmutaron a Pillerault sus pensamientos que la cara de medalla, de severa expresión, se le oscureció como el metal cuando lo golpea el volante. Se quedó estático y miró la pared de enfrente sin verla, a través de los cristales de la ventana, mientras escuchaba la larga perorata de Birotteau. Estaba claro que oía y calibraba, que pesaba los pros y los contras con la inflexibilidad de un Minos que cruzó la Estigia del comercio al dejar el Quai des Morfondus para irse a vivir a su exiguo tercer piso.

— ¿Y bien, tío? —dijo Birotteau, que esperaba una respuesta tras haber concluido con un ruego para que vendiera valores por valor de sesenta mil francos.

—Y bien, pobre sobrino mío: no puedo. Estás excesivamente implicado. Los Ragon y yo perderemos respectivamente cincuenta mil francos. Esa buena gente vendió por consejo mío las acciones de las minas de Wortschin; me siento obligado, en caso de que pierdan el dinero, no a devolverles el capital, sino a echarles una mano, y a echar una mano a mi sobrina y a Césarine. Es posible que necesitéis todos pan para llevaros a la boca; en mi casa lo encontraréis.

— ¿Pan, tío?

—Pues sí, pan. Has de ver las cosas como son: no saldrás de ésta. De los cinco mil seiscientos francos de renta que tengo, podría prescindir de cuatro mil para repartirlos entre vosotros y los Ragon. Llegada tu desgracia, conozco a Constance, trabajará como una desesperada y renunciará a todo. ¡Y tú también César!

—No todo está perdido, tío.

—No lo veo yo así.

—Le demostraré lo contrario.

—Nada me agrada más.

Birotteau salió de casa de Pillerault sin contestar. Había acudido en busca de consuelo y de ánimos y recibía otro golpe, menos fuerte que el primero, a decir verdad, pero, en vez de herirlo en la cabeza, lo hirió en el corazón: el corazón era cuanto le daba vida a aquel pobre hombre. Tras haber bajado unos cuantos peldaños, regresó.

—Señor mío —dijo con tono frío—, Constance no sabe nada. Al menos guárdeme el secreto. Y ruegue a los Ragon que no vengan a mi casa a quitarme el sosiego que necesito para luchar contra la adversidad.

Pillerault consintió con un ademán.

—Valor, César —añadió—; te noto enfadado conmigo, pero, más adelante, me harás justicia, cuando pienses en tu mujer y en tu hija.

Desalentado por la opinión de su tío, a quien consideraba especialmente lúcido, César cayó, desde la altura de su esperanza, a los cenagosos pantanos de la incertidumbre. Cuando, en esas terribles crisis comerciales, un hombre no tiene un espíritu templado como el de Pillerault se convierte en juguete de los acontecimientos: va en pos ora de las ideas ajenas, ora de las suyas, igual que un viajero corre tras los fuegos fatuos. Deja que lo arrastre el torbellino, en vez de tirarse al suelo sin mirarlo cuando pasa o de incorporarse para correr en la misma dirección escapando de él. En medio de su dolor, Birotteau se acordó del pleito relacionado con su préstamo. Fue a la calle de Vivienne, a casa de Derville, su procurador, para iniciar cuanto antes el procedimiento en el caso de que el procurador viera alguna probabilidad de conseguir que se declarase nulo el contrato. El perfumista encontró a Derville envuelto en una bata de mulatón blanco, al amor del fuego, tranquilo y ponderado como todos los procuradores, muy hechos a las confidencias más tremendas. Birotteau se fijó por vez primera en esa necesaria frialdad que deja helado al hombre vehemente y herido, a quien abrasa la fiebre del interés en peligro y padece un doloroso ataque contra su vida, su honor, su mujer y sus hijos, como le sucedía a Birotteau mientras refería sus desdichas.

—Si está demostrado —le dijo Derville, tras haberlo escuchado— que el prestador no tenía ya en la notaría de Roguin la cantidad que Roguin hacía que le prestase, como no hubo entrega de metálico, hay pie para la rescisión: el prestador podrá recurrir a la garantía, igual que usted para sus cien mil francos. Respondo entonces del pleito tanto como es posible responder, pues no hay pleito ganado de antemano.

La opinión de un jurisconsulto tan ducho devolvió algunos ánimos al perfumista, quien rogó a Derville que obtuviera una sentencia antes de pasados

quince días. El procurador respondió que quizá hubiera antes de tres meses una sentencia que anulase el contrato.

— ¡Dentro de tres meses! —dijo el perfumista, que creía haber dado con recursos.

—Pero, incluso aunque consigamos entrar pronto en el registro, no está en nuestra mano obligar a su adversario a que vaya a nuestro paso: aprovechará los plazos del procedimiento; y los abogados no siempre están a mano. ¿Quién sabe si la parte adversa no dejará que la condenen por defecto? ¡No podemos movernos a nuestro gusto, mi querido amigo! —dijo Derville, sonriente.

—Pero en el Tribunal de Comercio... —dijo Birotteau.

—Ah —dijo el procurador—, los jueces mercantiles y los jueces de primera instancia son dos clases de jueces. ¡Ustedes liquidan los casos! En el Palacio de Justicia, guardamos las formas. Y las formas amparan el derecho. ¿Le gustaría a usted una sentencia a quemarropa que le hiciera perder sus cuarenta mil francos? Pues su adversario, que verá esa cantidad comprometida, se defenderá. Los plazos son, en asuntos jurídicos, como los caballos de Frisia.

—Tiene razón —dijo Birotteau.

Se despidió de Derville y se fue con el corazón apesadumbrado.

—Todos tienen razón. ¡Dinero, dinero! —iba voceando el perfumista por la calle, hablando consigo mismo, como hacen todas las personas atareadas de este turbulento hervidero de París, que un poeta contemporáneo llama la cuba.

Al verlo entrar, uno de los dependientes, el que iba acá y allá a presentar las cuentas, le dijo que, como se acercaba el día de Año Nuevo, todo el mundo se quedaba con la factura y no cogía el recibo.

—Pero ¿es que no hay dinero en ninguna parte? —dijo el perfumista en voz alta en plena tienda.

Se mordió los labios; todos los dependientes habían vuelto la cabeza para mirarlo.

Así pasaron cinco días, cinco días durante los cuales Braschon, Lourdois, Thorein, Grindot, Chaffaroux, todos los acreedores que no habían cobrado, pasaron por esas camaleónicas fases por las que pasa todo acreedor antes de llegar del apacible estado fruto de la confianza a los sanguinolentos colores de la Belona del comercio. En París, el tiempo que tarda en llegar la etapa astringente de la desconfianza es tan breve cuanto prolongado es el que determina el movimiento expansivo de la confianza. Una vez que ha entrado en el sistema restrictivo de los temores y las precauciones comerciales, el acreedor llega a cobardías siniestras que lo ponen a un nivel más bajo que el

deudor. De la melosa urbanidad, los acreedores pasaron al rojo de la impaciencia, a los sombríos chisporroteos del descontento, a los chasquidos del despecho, al frío azul de la decisión inflexible y a la negra insolencia de la citación ya preparada. Braschon, el acaudalado tapicero del Faubourg Saint-Antoine que no recibió invitación para el baile, dio el toque de carga, como acreedor herido en su amor propio: quería cobrar antes de veinticuatro horas; exigía garantías y no depósitos de muebles, sino una hipoteca, posterior a los cuarenta mil francos sobre los terrenos del Faubourg du Temple. Pese al arrebató con que reclamaban, aquellas personas dejaron aún algunos intervalos de descanso, durante los que César pudo respirar. En vez de vencer esos primeros apretones de una situación difícil con una decisión resuelta, César empleó su inteligencia en evitar que se enterase de ellos su mujer, que era la única persona que podía aconsejarle. Montaba guardia en el umbral de su puerta y las inmediaciones de su tienda. Había contado a Célestin el secreto de su momentáneo apuro, y Célestin miraba a su jefe con ojos tan curiosos como asombrados; César se le iba quedando pequeño, como se quedan pequeños, en los desastres, los hombres acostumbrados al éxito cuya fuerza reside por completo en las adquisiciones que aporta la rutina a las inteligencias medianas. Aunque sin la enérgica capacidad que se precisaba para defenderse a la vez en tantos puntos amenazados, César tuvo, no obstante, valor para considerar en qué postura se hallaba. A finales del mes de diciembre y el 15 de enero, necesitaba, tanto para la marcha de la casa cuanto para los vencimientos, los alquileres y las obligaciones al contado, una cantidad de sesenta mil francos, de los cuales treinta mil eran para el 30 de diciembre; todos los recursos con los que contaba le aportaban apenas veinte mil. Le faltaban, pues, diez mil francos. Nada le pareció desesperado, pues no veía ya sino el momento presente, lo mismo que los aventureros, que viven al día. Decidió, pues, probar, antes de que se hiciera público el rumor del apuro en que estaba, lo que le parecía un golpe maestro: recurrir al célebre François Keller, banquero, orador y filántropo, conocido por sus obras benéficas y su deseo de ser útil al comercio parisino, con vistas a seguir siendo siempre en la Cámara uno de los diputados de París. El banquero era liberal; y el perfumista, monárquico, pero el perfumista se lo pensó con el corazón y la diferencia de opiniones le pareció un motivo más para que el banquero accediera a abrirle una cuenta. En el caso de que se precisaran valores, no dudaba de la devoción de Popinot, a quien pensaba pedirle letras por unos treinta mil francos, que lo ayudarían a ganar el pleito, que era la garantía que alegaba ante los acreedores más nerviosos. El expresivo perfumista, que solía contar en el lecho conyugal a su querida Constance las mínimas emociones de la existencia, hallaba ánimos en ello y buscaba las luces de la contradicción, no podía ahora comentar la situación con su encargado, ni con su tío, ni con su mujer. Los pensamientos le pesaban el doble. Pero aquel generoso mártir prefería sufrir a atizar aquella hoguera en

el alma de su mujer; quería contarle el peligro cuando ya hubiera pasado. Quizá no se atrevía a aquella espantosa confidencia. El temor que le inspiraba su mujer le infundía valor. Iba todas las mañanas a misa a Saint-Roch y tenía a Dios por confidente.

«Si al volver de Saint-Roch a casa no me encuentro con ningún soldado, conseguiré lo que he pedido. Será la respuesta de Dios», se decía tras haber rogado a Dios que lo ayudara.

Y se alegraba de no encontrarse con ningún soldado. Tenía, no obstante, el corazón demasiado abrumado y necesitó otro corazón ante el que gemir. Reveló a Césarine, en quien había confiado ya cuando llegó la noticia fatal, todo el secreto. Hubo entre ellos miradas de reojo, miradas rebosantes de desesperación y esperanzas sofocadas, invocaciones lanzadas con mutuo fervor, preguntas y respuestas en estado simpático, destellos que iban de un alma a otra. Birotteau se mostraba alegre y jovial ante su mujer. Si Constance preguntaba algo, ¡ah, todo iba bien! ¡Popinot, de quien César ni se acordaba, iba camino del éxito! ¡La gente se quitaba el Aceite de las manos! Las letras de Claparon se pagarían, no había nada que temer. Aquella alegría fingida daba miedo. Cuando su mujer se quedaba dormida en la suntuosa cama, Birotteau se sentaba y se enfrascaba en la consideración de su desdicha. Entonces llegaba, a veces, Césarine en camión, con un chal por los blancos hombros y descalza.

—Papá, te he oído, estás llorando —decía, llorando también ella.

Birotteau se quedó en tal estado de embotamiento tras haber escrito la carta en la que pedía una cita al gran François Keller que su hija lo llevó a dar una vuelta por París. Sólo entonces vio en las calles unos enormes carteles rojos y le entraron por los ojos las siguientes palabras: ACEITE CEFÁLICO.

Mientras ocurrían aquellas catástrofes crepusculares en La Reina de las Rosas, la Casa A. Popinot se alzaba, radiante, entre las llamas orientales del éxito. Con Gaudissart y Finot de asesores, Anselme había lanzado el aceite con osadía. Desde hacía tres días se habían colocado tres mil carteles en los lugares más frecuentados de París. Nadie podía evitar darse de bruces con el Aceite Cefálico y leer una frase concisa que se le había ocurrido a Finot acerca de la imposibilidad de hacer crecer el pelo y de los peligros de teñirlo, junto con la alusión a la Memoria de la Academia de Ciencias, obra de Vauquelin: un auténtico certificado de vida para el cabello muerto que se les prometía a quienes usaran el Aceite Cefálico. Todos los peluqueros de París, los barberos, los perfumistas habían adornado sus puertas con unos marcos dorados en los que había un vistoso impreso en papel de vitela en cuyo encabezado destacaba el grabado de Hero y Leandro en tamaño reducido con un epígrafe que aseguraba: «Los pretéritos pueblos de la Antigüedad usaban para conservar el

cabello el Aceite Cefálico».

«¡Ha inventado los marcos permanentes, el anuncio perpetuo!», se dijo Birotteau, que se quedó estupefacto mirando el escaparate de La Campana de Plata.

—Pero ¿no has visto en tu tienda —le dijo su hija— un cuadro que Anselme vino a traer en persona al mismo tiempo que le dejaba a Célestin en depósito trescientas botellas de aceite?

—No —dijo César.

—Célestin ya ha vendido cincuenta a gente que ha entrado en la tienda y sesenta a parroquianos.

— ¡Ah! —dijo César.

El perfumista, aturdido por las mil campanas que la miseria hace repicar en los oídos de sus víctimas, vivía con agitación vertiginosa; la víspera, Popinot lo había estado esperando una hora y se había ido, tras haber charlado con Constance y con Césarine, quienes le dijeron que César estaba absorto en su importante negocio.

— ¡Ah sí! El asunto de los terrenos.

Por ventura, Popinot, que hacía un mes que no salía de la calle de Les Cinq-Diamants, se pasaba las noches en blanco y trabajaba los domingos en la fábrica, no había visto ni a los Ragon, ni a Pillerault, ni a su tío el juez. ¡El pobre chiquillo sólo dormía dos horas! Sólo tenía dos empleados y, al paso que iban las cosas, pronto iba a necesitar cuatro. En el comercio, la ocasión lo es todo. Quien no se sube a lomos del éxito sujetándose a las crines pierde la oportunidad de hacer fortuna. Popinot se decía que lo recibirían muy bien cuando, transcurridos seis meses, dijera a sus tíos: «¡Estoy salvado y tengo la fortuna asegurada!», que lo recibiría muy bien Birotteau cuando le llevase los treinta o cuarenta mil francos que correspondían a su parte, transcurridos seis meses. Nada sabía, pues, de la huida de Roguin ni de los desastres y del apuro de César, y no pudo, pues, decirle ninguna palabra indiscreta a la señora Birotteau. Popinot le prometió a Finot quinientos francos por cada periódico importante. ¡Y había diez! Trescientos francos por cada periódico de segunda fila. ¡Y había otros diez! Si hablaban tres veces al mes del Aceite Cefálico, Finot vislumbró en esos ocho mil francos tres mil francos para él, la primera apuesta que podía colocar en el amplio y gigantesco tapete verde de la especulación. Se abalanzó, pues, como un león sobre sus amigos y conocidos; vivía por entonces en las salas de redacción; por la mañana, se colaba en los dormitorios de todos los redactores; y por la noche paseaba los foyers de todos los teatros. «Que no se te olvide mi aceite, mi querido amigo. No tengo ningún interés personal, cuestión de compañerismo, ya sabes, Gaudissart, que sabe

vivir tan bien...». Tales eran la primera y la última frase de cuanto decía. Puso sitio a la parte de abajo de todas las columnas finales de los periódicos, en donde hizo artículos dejando que los cobrasen los redactores. Astuto como un figurante que quiere llegar a actor, avisado y ágil como un chico de los recados que gana sesenta francos al mes, escribió cartas capciosas, halagó todos los amores propios, hizo repugnantes favores a los redactores jefes para conseguir que escribieran artículos. Dinero, cenas, bajezas, a todo recurrió su entusiasta actividad. Corrompió con entradas para los espectáculos a los trabajadores que, a eso de las doce de la noche, rematan las columnas de los periódicos sacando algunos artículos de los sucesos de poca monta, que siempre están a mano, esas reservas de los periódicos. Finot se hallaba, cuando eso sucedía, en la imprenta, trabajando, como si tuviera que revisar un artículo. Como era amigo de todo el mundo, hizo que el Aceite Cefálico pasara por delante de la Pomada de Regnaud y de la Mixtura Brasileña, de cuantos inventos fueron los primeros en tener el talento de comprender la influencia del periodismo y el golpe de émbolo que la reiteración de un artículo da al público. En aquellos candorosos tiempos, muchos periodistas eran como los bueyes, desconocían la fuerza que tenían. Hablaban de actrices, de Florine, de Tullia, de Mariette, etc. Lo regían todo, pero no cosechaban nada. Las pretensiones de Andoche no tenían que ver ni con una actriz para quien hubiera que conseguir aplausos, ni con una obra cuyo estreno hubiera que lograr, ni con que le admitiesen sus vodeviles, ni con artículos que quisiera cobrar; antes bien, ofrecía dinero en el momento oportuno, un almuerzo que venía a cuento; no hubo, pues, un periódico que no mencionase el Aceite Cefálico y su coincidencia con los análisis de Vauquelin y que no se burlase de quienes creen que se puede hacer crecer el pelo y que no proclamase los peligros de teñirlo.

Aquellos artículos le alegraban el corazón a Gaudissart, quien se armaba de los periódicos para dar al traste con los prejuicios y llevaba a cabo en provincias eso que, a partir de entonces, han llamado los especuladores, inspirándose en él, la carga a galope tendido. En aquellos tiempos, los periódicos parisinos mandaban en aquellos infelices departamentos de la geografía francesa que carecían aún de órganos. Eran, pues, comarcas en que se leían a fondo los periódicos, desde el nombre hasta el pie de imprenta, línea en que era posible que se ocultasen los sarcasmos de las opiniones perseguidas. Gaudissart, apoyándose en la prensa, consiguió deslumbrantes éxitos en las primeras ciudades en donde soltó la lengua. Todos los tenderos de provincias querían impresos enmarcados y con el grabado de Hero y Leandro. Finot encauzó hacia el Aceite de Macassar esa ingeniosa gracia que tanto hacía reír en *Les Funambules* cuando Pierrot coge una escoba vieja de crin, a la que no le quedan ya sino los agujeros, le echa Aceite de Macassar y la vuelve forestalmente frondosa. Aquella escena irónica provocaba una risa

universal. Más adelante, Finot contaba alegremente que, sin aquellos mil escudos, se habría muerto de miseria y de dolor. Para él, mil escudos eran una fortuna. Durante aquella campaña, fue el primero en intuir el poder de los anuncios, que tanto usó y de forma tan diestra. Tres meses después, era redactor jefe de un periódico pequeño que acabó por comprar y fue la base de su fortuna. De la misma forma que la carga a galope tendido, por los departamentos y las fronteras, del ilustre Gaudissart, ese Murat de los viajeros, hizo que triunfase comercialmente la Casa A. Popinot, así también triunfó en la opinión gracias al famélico asalto dado a los periódicos y cuyo fruto fue aquélla vehemente publicidad que también obtuvieron la Mixtura Brasileña y la Pomada de Regnaud. Al principio, aquel asalto a la opinión pública dio el fruto de tres triunfos y tres fortunas y trajo consigo la invasión de los miles de ambiciones que, a partir de entonces, descendieron, en prietos batallones, a la palestra de los diarios, en donde crearon los anuncios de pago, que fueron una tremenda revolución. En el momento al que nos referimos, la Casa A. Popinot y Compañía se pavoneaba en todas las paredes y todos los escaparates. Incapaz de calibrar el alcance de una publicidad así, Birotteau se limitó a decir a Césarine: «¡Este muchacho sigue mis huellas!», sin percatarse de la diferencia de época, sin apreciar el poder de los nuevos sistemas de acción, cuya velocidad y amplitud abarcaban con mucha mayor rapidez que antaño el mundo del comercio. Birotteau llevaba sin pisar la fábrica desde el día del baile, nada sabía del movimiento y la actividad que en ella desarrollaba Popinot. Anselme había conservado a todos los operarios de Birotteau y dormía allí; veía a Césarine sentada en todos los cajones, incluida en todos los albaranes, impresa en todas las facturas. Se decía: «¡Será mi mujer!» cuando, en mangas de camisa y remangado hasta los codos, clavaba ferozmente la tapa de un cajón porque sus empleados habían ido a algún recado.

Al día siguiente, tras haberse pasado toda la noche planeando cuanto quería decir y no decir a uno de los grandes hombres de la gran Banca, César llegó a la calle de Le Houssaye y no dejó de sentir terribles palpitations al entrar en el palacete del banquero liberal, que pertenecía a ese grupo al que acusaban, no sin justificadas razones, de aspirar al derrocamiento de los Borbones. El perfumista, como todos los pequeños comerciantes de París, desconocía los hábitos y a los hombres de la gran Banca. En París, entre la gran Banca y el comercio, existen casas de segundo orden, útiles intermediarias para la Banca que halla en ellas una garantía añadida. Constance y Birotteau, que nunca se habían arriesgado más allá de sus medios, cuya caja nunca había estado sin recursos y guardaban sus efectos en cartera, jamás habían recurrido a esas casas de segundo orden, razón de más para que nada supieran de ellos en las elevadas esferas de la Banca. Quizá sea un fallo no haberse hecho con un crédito, incluso aunque no se necesite: a este respecto, las opiniones son variadas. En cualquier caso, Birotteau lamentaba mucho no

tener una firma conocida. Pero, como teniente de alcalde y como político, creyó que le bastaría con dar su nombre para que lo recibieran; no estaba al tanto de la afluencia casi palaciega que caracterizaba a las audiencias de aquel banquero. Cuando lo introdujeron en el salón que precedía al despacho de aquel hombre famoso por tantos motivos, Birotteau se halló entre una muchedumbre de diputados, escritores, periodistas, agentes de cambio, acaudalados comerciantes, hombres de negocios, ingenieros, y, sobre todo, de personas habituales en la casa que cruzaban por entre los grupos y llamaban de forma convenida a la puerta del despacho, en donde tenían el privilegio de entrar. «¿Quién soy yo en medio de esta maquinaria?», se dijo Birotteau, al que aturdió por completo el barullo de aquella forja intelectual en donde se prevenía el pan de cada día de la oposición y se ensayaban los papeles de la ingente tragicomedia que interpretaba la izquierda. Oía cómo discutían a su derecha el asunto del préstamo para rematar las principales vías de canales que proponía la Dirección de Caminos, Canales y Puertos. ¡Y se trataba de millones! A su izquierda, unos periodistas que andaban vapuleando el amor propio del banquero, hablaban de la sesión de la víspera y de la improvisación del jefe supremo. Durante las dos horas que estuvo esperando, Birotteau divisó tres veces al banquero y político que salía a despedir a personajes muy importantes dando tres pasos fuera del despacho. Con el último, el general Foy, François Keller llegó hasta el vestíbulo.

«¡Estoy perdido!», se dijo Birotteau. Y se le encogió el corazón.

Mientras el banquero regresaba a su despacho, el tropel de cortesanos, amigos e interesados lo asaltaba como perros que acosan a una linda perrita. Algunos chuchos atrevidos se le colaban, a su pesar, en el santuario. Las entrevistas duraban cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora. Algunos se iban contritos, otros mostraban expresión satisfecha o se daban aires de importancia. Pasaba el tiempo, Birotteau miraba ansiosamente el reloj. Nadie hacía el menor caso de aquel dolor oculto que gemía en un sillón dorado junto a la chimenea, a la puerta de aquel despacho en donde moraba la panacea universal: ¡el crédito! César pensaba dolorosamente que había habido tiempo en que fue rey en su casa de la misma forma que aquel hombre lo era todas las mañanas y se daba cuenta de lo hondo que era el abismo en que había caído. ¡Amargo pensamiento! ¿Cuántas lágrimas tuvo que tragarse durante el tiempo que pasó en aquel lugar? Cuántas veces rogó a Dios Birotteau que aquel hombre se le mostrase favorable, pues, tras una vistosa fachada de campechanía popular, le notaba una insolencia, una colérica tiranía, un brutal deseo de mandar que espantaba a aquella alma mansa. Por fin, cuando no quedaron ya sino diez o doce personas, Birotteau tomó la decisión de ponerse de pie cuando chirriase la puerta exterior del despacho y colocarse delante del gran orador diciéndole: «¡Soy Birotteau!». Aquel granadero que fue el primero en abalanzarse dentro del reducto del Moscova no tuvo más valor que el que

mostró el perfumista para realizar esta maniobra.

«En fin de cuentas, soy teniente de alcalde», se dijo, poniéndose de pie para dar su nombre.

François Keller mostró expresión de agrado y dejó claro que quería ser amable. Miró la cinta roja del perfumista, retrocedió, abrió la puerta del despacho, le indicó el camino y se quedó un rato hablando con dos personas que se abalanzaron desde la escalera como una violenta tromba.

—Decazes quiere hablar con usted —dijo una de las dos.

— ¡Se trata de acabar con el pabellón Marsan! ¡El rey ve las cosas con claridad y se aproxima a nosotros! —exclamó la otra.

—Iremos juntos a la Cámara —dijo el banquero adoptando la compostura de la rana que quería imitar al buey.

«¿Cómo puede ocuparse de sus asuntos?», se preguntó Birotteau trastornado.

El sol de la superioridad centelleaba y deslumbraba al perfumista de la misma forma que la luz ciega a los insectos que requieren una claridad suave o la semioscuridad de una noche hermosa. Encima de una mesa enorme, vislumbraba los presupuestos, los mil impresos de la Cámara, los tomos del Monitor abiertos, consultados y señalados para echarle en cara a un ministro anteriores palabras suyas, ya olvidadas, y hacerle cantar la palinodia mientras aplaudía una muchedumbre sandia incapaz de comprender que lo que va sucediendo lo cambia todo. Encima de otra mesa, se amontonaban carpetas, memorias, proyectos, las mil informaciones que se refieren a un hombre de cuya caja todas las industrias incipientes intentaban sacar dinero. El lujo regio de aquel despacho repleto de cuadros, de esculturas, de obras de arte; la atiborrada repisa de la chimenea; la acumulación de intereses nacionales o extranjeros amontonados como fardos, todo impresionaba a Birotteau, lo hacía encogerse, aumentaba su miedo y le helaba la sangre. Encima del escritorio de François Keller yacían fajos de efectos, de letras de cambio y de circulares comerciales. Keller se sentó y empezó a firmar velozmente las cartas que no requerían que las revisara.

—Caballero, ¿a qué debo el honor de su visita? —preguntó.

Al oír aquellas palabras, que decía, sólo para él, la voz que hablaba a Europa, mientras aquella mano ávida corría sobre el papel, el pobre perfumista sintió como un hierro al rojo en el vientre. Adoptó esa expresión amable que veía el banquero desde hacía diez años a todos cuantos querían liarlo en algún asunto que sólo para ellos tenía importancia y los convertía ya en presa suya. François Keller lanzó, pues, a César una mirada que le atravesó la cabeza, una

mirada napoleónica. Imitar la mirada de Napoleón era una benigna forma de hacer el ridículo que se permitían a la sazón algunos advenedizos que ni siquiera fueron calderilla para su emperador. Aquella mirada cayó sobre Birotteau, hombre de derechas, sectario del poder, elemento de elección monárquica, igual que el cuño de un aduanero sella una mercancía.

—No quiero, señor Keller, abusar de su tiempo y seré breve. Vengo para un asunto puramente comercial, a pedirle si puede concederme un crédito de su Banca. He sido juez en el Tribunal de Comercio y soy persona conocida en los ámbitos bancarios y ya comprende que si hubiera tenido una cartera bien provista me bastaría con dirigirme a esos lugares en los que tiene usted gobierno. Tuve el honor de actuar en el Tribunal de Comercio con el señor barón Thibon, jefe del comité de descuentos, y estoy convencido de que no me lo negaría. Pero nunca he recurrido a mi crédito ni a mi firma; mi firma está virgen y usted sabe con cuántas dificultades se topa, en tal caso, una negociación. —Keller cabeceó y Birotteau tomó el movimiento por un gesto de impaciencia—. Voy al grano —añadió—. Me he metido en un negocio de terrenos ajeno a mi actividad comercial.

François Keller, que seguía firmando y leyendo, como si no atendiera a lo que decía César, volvió la cabeza y le hizo una seña de conformidad que dio ánimos a Birotteau, quien pensó que su asunto iba por buen camino y respiró.

—Siga, lo estoy escuchando —dijo Keller muy campechano.

—He comprado la mitad de los terrenos que hay alrededor de La Madeleine.

—Sí, he oído hablar en casa de Nucingen de ese negocio gigantesco que ha puesto en marcha la Casa Claparon.

—Pues un crédito de cien mil francos, con la garantía de participación a medias en ese negocio —siguió diciendo el perfumista— o la de mis propiedades comerciales, bastaría para permitirme llegar hasta el momento en que empiece a dar beneficios, dentro de poco, un producto de pura perfumería. Si fuera necesario, lo cubriría con los efectos de una nueva casa, la Casa Popinot, una casa joven que...

A Keller no pareció interesarle demasiado la Casa Popinot y Birotteau comprendió que se estaba encauzando por un camino inadecuado. Se interrumpió y, luego, asustado del silencio, añadió:

—En cuanto a los intereses...

— ¡Sí, sí! —dijo el banquero—. La cosa es posible, no dude de que deseo serle grato. Estoy ocupadísimo, llevo a costas las finanzas europeas, y la Cámara no me deja un momento libre, así que no le sorprenderá que le diga

que dejo que mi oficina examine gran cantidad de asuntos. Vaya a ver a mi hermano Adolphe, en el piso de abajo; explíquele cuáles son sus garantías, y si él aprueba la operación, tendrá usted que volver mañana o pasado con él a la hora en que miro a fondo los negocios, a las cinco de la mañana. Nos alegraremos y nos ufanaremos de haber gozado de su confianza; es usted uno de esos monárquicos consecuentes de los que puede ser uno adversario político, pero cuya estima siempre resulta halagadora...

—Caballero —dijo el perfumista, al que exaltó esa frase de orador de tribuna—, soy tan digno del honor que me hace como del insigne favor de Su Majestad... Lo merecí por haber actuado en el Tribunal de Comercio y por haber combatido...

—Sí —dijo el banquero—; goza usted de una reputación que equivale a un pasaporte, señor Birotteau. Los negocios que usted proponga deben de ser todos factibles; puede contar con nuestra ayuda.

Una mujer, la señora Keller, una de las dos hijas del conde de Gondreville, par de Francia, abrió una puerta en la que Birotteau no se había fijado.

—Espero poder verte antes de que vayas a la Cámara, amigo mío —dijo.

—Son las dos —exclamó el banquero—. Ya ha empezado la batalla. Ha de disculparme, caballero, se trata de derribar un ministerio... Vea a mi hermano.

Acompañó al perfumista hasta la puerta del salón y le dijo a uno de sus empleados:

—Lleve al señor al despacho del señor Adolphe.

A través del laberinto de escaleras por el que lo guiaba un hombre con librea hacia un despacho menos suntuoso que el del dueño de la casa, pero más útil, el perfumista, a horcajadas en un quizá, la más dulce montura de la esperanza, se iba acariciando la barbilla dando por de muy buen augurio los halagos del hombre famoso. Lamentaba que un enemigo de los Borbones fuera tan fino, tan capaz, tan gran orador.

Rebosante de esas ilusiones, entró en un despacho desnudo y frío, que amueblaban dos secreteres de persiana y unos sillones deleznable y guarnecían unas cortinas muy descuidadas y una delgada alfombra. Aquel despacho era al otro lo que la cocina al comedor, la fábrica a la tienda. Allí se destripaban los negocios de Banca y comercio, se analizaban las empresas y se arrebatában las cantidades que la Banca deducía de todos los beneficios de las industrias que se estimaban de provecho. Allí se organizaban los golpes audaces con que los Keller destacaban en el alto comercio, allí creaban para sí durante unos pocos días un monopolio explotado sin tardanza. Allí se estudiaban los fallos de la legislación y se estipulaba sin avergonzarse eso que

la Bolsa llama la parte del tragón, las comisiones que se cobran por un mínimo servicio, como por ejemplo prestarle a una empresa el apoyo del propio nombre y avalarla. Allí se urdían esos engaños con ribetes de legalidad que consisten en comanditar sin compromiso empresas dudosas para esperar su éxito y asesinarlas para apoderarse de ellas solicitando la devolución de los capitales en momentos críticos, espantosa maniobra en la que tantos accionistas se vieron envueltos.

Los dos hermanos se habían repartido los papeles. Arriba, François, hombre brillante y político, que se comportaba como un monarca, repartía gracias y promesas, quedaba bien con todo el mundo. Con él, todo resultaba fácil; entablaba con nobleza los asuntos, embriagaba a los recién llegados y a los especuladores recientes con el vino de su favor y su estimulante verbo, desarrollándoles las propias ideas. Abajo, Adolphe alegaba las preocupaciones políticas de su hermano para disculparlo y pasaba hábilmente el rastrillo por el tapete; era el hermano comprometido, el hombre difícil. Para llegar, pues, a un acuerdo con aquella casa pérfida se precisaban dos palabras. Con frecuencia, el amable «sí» del despacho suntuoso se convertía en un seco «no» en el despacho de Adolphe. Aquella maniobra suspensiva permitía reflexionar y servía con frecuencia para entretener a torpes competidores. El hermano del banquero estaba hablando en ese momento con el famoso Palma, el íntimo consejero de la Casa Keller, que se retiró al presentarse el perfumista. Tras las explicaciones de Birotteau, Adolphe, el más sutil de ambos hermanos, un auténtico buitre de mirada aguda, labios delgados, cutis agrio, lanzó a Birotteau, por encima de las gafas y agachando la cabeza, una mirada que debemos llamar la mirada del banquero y es en parte de ave carroñera y en parte de procurador: es ávida e indiferente, clara y oscura, resplandeciente y sombría.

—Tenga la bondad de hacerme llegar las escrituras en las que se basa el negocio de La Madeleine —dijo— porque ahí reside la garantía de la cuenta. Hay que examinarlas antes de abrísela a usted y hablar de los intereses. Si se trata de un buen negocio, podremos, para no imponerle cargas, contentarnos con parte de los beneficios en vez de con un descuento.

«Vamos —se dijo Birotteau, según volvía a su casa—, ya veo por dónde van los tiros. Lo mismo que el castor al que persiguen, debo librarme de parte del pellejo. Más vale dejar que lo esquilen a uno que morirse».

Aquel día subió a su casa muy risueño y la alegría que se le veía era auténtica.

—Estoy salvado —le dijo a Césarine—. Me van a conceder un crédito los Keller.

Hasta el 29 de diciembre no pudo verse de nuevo Birotteau en el despacho

de Adolphe Keller. La primera vez que volvió el perfumista, Adolphe había ido a visitar una finca a seis leguas de París, que quería comprar el gran orador. La segunda, ambos Keller estaban con un asunto que iba a durar toda la mañana: se trataba de la licitación de un préstamo que se sometía a las Cámaras; rogaban al señor Birotteau que volviera el viernes siguiente. Aquellos plazos destrozaban al perfumista. Pero por fin amaneció el viernes y Birotteau se vio en el despacho, sentado a un lado de la chimenea, en la claridad que entraba por la ventana, mientras Adolphe Keller se sentaba en el otro.

—Bien está, caballero —le dijo el banquero señalándole las actas—. Pero ¿qué ha pagado usted del precio de los terrenos?

—Ciento cuarenta mil francos.

— ¿En metálico?

—En efectos.

— ¿Pagados?

—Por vencer.

—Pero si ha pagado de más los terrenos, tomando en consideración su valor actual, ¿dónde quedaría nuestra garantía? Sólo podría basarse en la favorable opinión que inspira o en la consideración de la que goza. Los negocios no pueden fundamentarse en sentimientos. Si hubiera pagado doscientos mil francos, suponiendo que hubiera dado cien mil francos de más para quedarse con los terrenos, sí contaríamos entonces con una garantía de cien mil francos para responder del descuento de cien mil francos. Eso equivaldría para nosotros a ser propietarios de su parte pagándola en su lugar; en tal caso, hay que saber si es un buen negocio. En vez de esperar cinco años para duplicar la inversión, vale más sacarle partido en el banco. ¡Pasan tantas cosas! Usted quiere una circulación de fondos para cubrir unos pagarés que están por vencer. ¡Peligrosa maniobra! Para saltar vale más retroceder. No nos interesa el negocio.

Aquella frase inmutó a Birotteau como si el verdugo le hubiera marcado el hombro con el hierro al rojo y perdió la cabeza.

—Veamos —dijo Adolphe—; mi hermano se toma por usted un grandísimo interés y me ha hablado de su asunto. Examinemos sus negocios —añadió lanzándole al perfumista una mirada de cortesana a quien le meten prisa para que pague lo que debe.

Birotteau se convirtió en Molineux, de quien se había burlado, sintiéndose tan superior. El banquero lo fue engatusando, complaciéndose en devanar el ovillo de los pensamientos de aquel pobre hombre, pues era tan ducho en

hacerle un interrogatorio a un negociante como el juez Popinot en hacer cantar a un criminal. César habló de sus empresas: sacó a relucir la Pomada Doble de las Sultanas, el Agua Carminativa, el caso Roguin, el pleito relacionado con el préstamo hipotecario del que nada había cobrado. Al ver la expresión sonriente y absorta de Keller y cómo asentía con la cabeza, se decía: «¡Me está atendiendo! ¡Le parezco interesante! ¡Conseguiré el crédito!». Adolphe Keller se estaba riendo de Birotteau lo mismo que el perfumista se había reído de Molineux. Se dejaba llevar por esa locuacidad propia de las personas que dejan que las enajene la desdicha. César puso al descubierto al auténtico Birotteau: dio su talla real al proponer como garantía el Aceite Cefálico y la Casa Popinot, su última baza. El infeliz, en alas de una falsa esperanza, permitió que lo sondease y examinase Adolphe Keller, que reconoció en el perfumista a un patán monárquico a punto de quebrar. Satisfechísimo de presenciar la quiebra de un teniente de alcalde de su distrito, de un hombre recién condecorado, de un hombre afecto al poder, Adolphe dijo entonces con toda claridad a Birotteau que no podía ni abrirle una cuenta ni decirle nada favorable de él a su hermano François, el gran orador. Si François caía en la estúpida generosidad de socorrer a las personas de opiniones contrarias y enemigas políticas suyas, él, Adolphe, se opondría con todo su poder a que se comportase como un incauto y le impediría que tendiera la mano a un antiguo adversario de Napoleón, a un herido de Saint-Roch. Birotteau, exasperado, quiso decir algo acerca de la gula de la gran Banca, de su inhumanidad, de su falsa filantropía, pero notó un dolor tan fuerte que apenas si pudo balbucir unas cuantas frases relacionadas con la institución de la Banca en Francia, de la que se nutrían los Keller.

—Pero la Banca nunca descontará un efecto que rechace un simple banquero —dijo Adolphe Keller.

—La Banca —dijo Birotteau— siempre me ha parecido que no cumple con su cometido cuando se congratula, al presentar la cuenta de sus beneficios, por no haber perdido sino cien o doscientos mil francos con el comercio parisino, pues ella es quien lo tutela.

Adolphe dio en sonreír mientras se levantaba con ademán de hombre hastiado.

—Si la Banca se metiera a comanditar a las personas que pasan apuros en la plaza más timadora y escurridiza del mundo financiero, tendría que declararse en quiebra al cabo de un año. Bastante le cuesta ya defenderse de la circulación y de los valores falsos. ¿Adónde iríamos a parar si tuviera que estudiar los negocios de quienes pretenden que los ayude?

«¿De dónde voy a sacar diez mil francos que me hacen falta para mañana, que es sábado TREINTA?», se decía Birotteau mientras cruzaba el patio.

Quiere la costumbre que se pague el 30 cuando el 31 es festivo. Al llegar a la puerta de carruajes con los ojos llenos de lágrimas, el perfumista apenas si vio un soberbio caballo inglés sudoroso que detuvo en seco en la entrada uno de los más primorosos birlochos que por entonces rodaban por el empedrado de París. Bien le habría gustado que lo atropellase aquel birlocho: habría muerto en accidente y el desorden de sus negocios se habría atribuido a esa circunstancia. No reconoció a Du Tillet, quien, espigado y con elegante traje de mañana, le echó las riendas al criado y una manta por el lomo sudoroso al pura sangre.

— ¿Cómo usted por aquí? —dijo Du Tillet a su ex patrón.

Du Tillet lo sabía muy bien, pues los Keller habían pedido informes a Claparon, quien, citando a Du Tillet, había dejado por los suelos la antigua reputación del perfumista. Aunque se las tragó de golpe, las lágrimas del pobre negociante hablaban muy a las claras.

— ¿Acaso ha venido usted a pedir algún favor a estos moros —dijo Du Tillet—, a estos degolladores del comercio que han hecho tan espantosas jugadas: subir los añiles después de haberlos acaparado y bajar el arroz para obligar a quienes lo tienen a venderlo a precio de saldo y así quedarse con todo y controlar el mercado, una gente que no tiene ni religión ni ética ni alma? ¿Es que no sabe de lo que son capaces? Le abren a uno un crédito cuando tiene un negocio bueno y se lo cierran en cuanto ya está metido en los engranajes del asunto y lo obligan a dejárselo por cuatro cuartos. Bonitas cosas podrían decirle de ellos en El Havre, en Burdeos y Marsella. ¡La política les vale para tapar muchas vergüenzas, le digo! Así que yo los exploto sin ningún escrúpulo. ¡Vamos a dar un paseo, mi querido Birotteau! ¡Joseph! Pasee al caballo, está demasiado acalorado y mil escudos son un capital.

Y tomó el camino del bulevar.

—Veamos, mi querido jefe, porque usted fue mi jefe, ¿necesita dinero? Los muy miserables le habrán pedido garantías. Yo lo conozco y me basta con sus efectos de comercio para ofrecerle dinero. Me he ganado honradamente mi fortuna con inauditas penalidades. ¡Esa fortuna me fui a buscarla a Alemania! Ahora puedo decírselo: compré los recibos de las deudas del rey con un sesenta por ciento de descuento, así que el aval de usted me resultó muy útil y yo soy persona agradecida. Si necesita diez mil francos, puede contar con ellos.

— ¡Cómo, Du Tillet! ¿Es eso cierto? —exclamó César—. ¿No se está burlando de mí? Sí, estoy algo apurado, pero es sólo por una temporada...

—Lo sé, el caso Roguin —respondió Du Tillet—. A mí me afecta en diez mil francos, que el muy pillo me pidió prestados para irse. Pero la señora

Roguin me los devolverá de lo que recupere. Le he aconsejado a esa infeliz mujer que no cometa la tontería de entregar su fortuna para pagar las deudas contraídas por una mujer de vida alegre. Podría ser de recibo si lo pagase todo, pero ¿cómo favorecer a algunos acreedores en detrimento de otros? Usted no es un Roguin, lo conozco —añadió Du Tillet—, se levantaría la tapa de los sesos antes de hacerme perder ni un céntimo. Venga, ya hemos llegado a La Chaussée-d'Antin. Suba a casa.

El advenedizo se dio el gusto de que su ex patrón tuviera que cruzar la vivienda, en vez de llevarlo a las oficinas, y lo acompañó despacio para que viera bien un bonito y opulento comedor que adornaban cuadros comprados en Alemania y dos salones de una elegancia y un lujo que Birotteau no había admirado hasta entonces sino en casa del duque de Lenoncourt. Quedaron deslumbrados los ojos del burgués ante los dorados, las obras de arte, las caprichosas bagatelas, los jarrones de precio, mil detalles que hacían palidecer sobremanera el lujo de los aposentos de Constance. Y, como sabía cuánto costaba su locura, se decía: «¿De dónde habrá podido sacar tantos millones?». Entró en un dormitorio en comparación con el cual el de su mujer le pareció lo que el tercer piso de un comparsa es al palacete de una primera figura del Teatro de la Ópera. Realzaban el techo, todo él de satén violeta, unos plegados de satén blanco. Una alfombra de pie de cama de armiño destacaba sobre los tonos violeta de otra alfombra levantina. Los muebles y los complementos tenían formas nuevas y de extravagante rebuscamiento. El perfumista se detuvo ante un delicioso reloj de sobremesa con el Amor y Psique, que acababan de fabricar para un conocido banquero. Du Tillet había conseguido de él el único ejemplar existente aparte del de su colega. Por fin, el ex patrón y el ex encargado llegaron a un despacho de petimetre, elegante, coquetón, que más evocaba el amor que las finanzas. Eran sin duda regalo de la señora Roguin, en reconocimiento por la buena atención prestada a su fortuna, aquella plegadera de oro labrado, aquellos sujetapapeles de malaquita cincelados, todas las costosas chucherías de desenfrenado lujo. La alfombra, uno de los más suntuosos productos de Bélgica, asombraba tanto la mirada como sorprendía los pies con el mullido grosor de la lana alta. Du Tillet hizo tomar asiento a un lado de la chimenea al pobre perfumista, deslumbrado y confuso.

— ¿Quiere almorzar conmigo?

Tocó la campanilla y acudió un ayuda de cámara mejor vestido que Birotteau.

—Dígale al señor Legras que suba y vaya luego a decirle a Joseph que vuelva aquí; lo encontrará en la puerta de la Casa Keller. Y entre para ver a Adophe Keller y decirle que en vez de ir a verlo lo estaré esperando hasta la hora de ir a la Bolsa. ¡Diga que me sirvan, y ahora mismo!

Tales frases dejaron estupefacto al perfumista.

«¡Manda a ese temible Adolphe Keller que venga, lo silba como a un perro! ¡Él, Du Tillet!».

Un tigre de dos palmos de alto acudió, abrió una mesa de tablero tan delgado como Birotteau nunca había visto y colocó encima un paté de foie-gras, una botella de vino de Burdeos y todas esas exquisiteces que no aparecían por casa de Birotteau más que dos veces al trimestre, en los días señalados. Du Tillet estaba disfrutando. El odio que sentía por el único hombre que tenía derecho a despreciarlo florecía con tal ardor que Birotteau le hizo sentir la honda emoción que causaría el espectáculo de un cordero que se estuviera defendiendo de un tigre. Le cruzó por el corazón una idea generosa: se preguntó si no estaría ya vengado; oscilaba entre los consejos de la clemencia despabilada y los del odio adormecido.

«Puedo liquidar comercialmente a este hombre —pensaba—; tengo sobre él poder de vida y muerte; y sobre su mujer, que me desdeñó; y sobre su hija, cuya mano me pareció durante una temporada toda una fortuna. Tengo su dinero; ¿por qué no contentarnos, pues, con dejar que este infeliz nade atado a la punta de la sogá que sujeto yo?».

La gente honrada carece de tacto; no tiene medida alguna en el bien porque para ella en nada hay circunloquios ni pensamientos disimulados. Se consumó la desgracia de Birotteau porque irritó a la fiera y le acertó en pleno corazón sin saberlo, volviéndolo implacable con una palabra, con un elogio, con una expresión virtuosa, con la propia campechanía de su probidad. Cuando llegó el cajero, Du Tillet le señaló a César.

—Señor Legras, tráigame diez mil francos y un efecto por esa cantidad, a orden mía y pagadero a noventa días por este señor que es el señor Birotteau, ya sabe.

Du Tillet sirvió paté y le llenó una copa de vino de Burdeos al perfumista, quien, viéndose salvado, caía en risas convulsas, se acariciaba la leontina y no se metía bocado en la boca más que cuando su ex encargado le decía: «¿No come?». Dejaba clara así Birotteau la hondura del abismo en donde lo había sumido la mano de Du Tillet, de donde lo sacaba y en donde podía volver a hundirlo. Cuando regresó el cajero y, tras haber firmado el efecto, César sintió dentro del bolsillo los diez billetes de banco, ya no pudo contenerse. Momentos antes, su barrio y el banco iban a enterarse de que no pagaba e iba a tener que confesar a su mujer que estaba arruinado. ¡Ahora estaba todo solucionado! La dicha del alivio era de no menor intensidad que el martirio de la derrota. Al pobre hombre se le humedecieron, a su pesar, los ojos.

— ¿Qué le sucede, mi querido jefe? —dijo Du Tillet—. ¿Acaso no haría

usted el día de mañana por mí lo que hago hoy por usted? ¿No es algo de lo más sencillo?

—Du Tillet —dijo con tono enfático y trascendente el infeliz, poniéndose de pie y asiéndole la mano a su ex encargado—, te devuelvo todo mi aprecio.

—Pero ¿es que lo había perdido? —dijo Du Tillet, sintiéndose tan violentamente vulnerado dentro del propio ámbito de su prosperidad que se ruborizó.

—Perdido... no exactamente —dijo el perfumista, anonadado por aquel desliz—; me habían dicho algunas cosas acerca de tus relaciones con la señora Roguin. ¡Demontre! Quitarle la mujer a otro...

«Estás como un cencerro, muchacho», pensó Du Tillet, recurriendo a una expresión de su primer oficio. Y, al decirse esta frase, volvía a su proyecto de tirar por tierra esa virtud, de pisotearla, de conseguir que en la plaza de París despreciaran a aquel hombre virtuoso y honrado que lo había pillado metiéndole la mano en el bolsillo. Cualesquiera odios, políticos o privados, de mujer a mujer, de hombre a hombre, no tienen más motivo que una sorpresa así. Nadie se odia por compromisos de intereses, por una herida, ni siquiera por una bofetada; todo tiene remedio. Pero que lo hayan sorprendido a uno en flagrante delito de cobardía... el duelo consecuente entre el criminal y el testigo del crimen no concluye más que con la muerte de uno de los dos.

—Bah, la señora Roguin —dijo zumbón Du Tillet—. Pero ¿no es más bien para un joven como una pluma en la gorra? Ya le entiendo, mi querido jefe: le habrán dicho que me había prestado dinero. Pues fue al contrario: le recompuse su fortuna, que los asuntos del marido tenían muy comprometida. Los orígenes de mi fortuna son inmaculados, ya acabo de decírselo. Bien sabe usted que no tenía nada. Los jóvenes se hallan a veces en apuros espantosos. Y es fácil ceder en el seno de la miseria. Pero cuando has recurrido, como la República, a préstamos forzados, pues los devuelves y entonces eras ya más probo que la mismísima Francia.

—Exactamente... —dijo Birotteau—. Hijo mío... Dios... fue Voltaire, ¿verdad?, quien dijo:

Dio por virtud a los hombres el arrepentimiento.

—Siempre y cuando —añadió Du Tillet, a quien había vuelto a herir mortalmente aquella cita—, siempre y cuando nadie se lleve la riqueza del vecino de forma cobarde y baja, como si, por ejemplo, quebrase usted antes de tres meses y me quedase sin mis diez mil francos...

— ¡Yo quebrar! —dijo Birotteau, que se había bebido tres copas de vino y estaba borracho de gozo—. ¡Sabido es lo que opino yo de la quiebra! La

quiebra es la muerte de un comerciante. ¡Me moriría!

—A su salud —dijo Du Tillet.

—Por tu posteridad —respondió el perfumista—. ¿Por qué no te surtes en nuestro comercio?

—La verdad —dijo Du Tillet—, confieso que le tengo miedo a la señora. ¡Me causa siempre una impresión! Y debo decir que si no fuera usted mi jefe...

— ¡Ah, no eres el primero a quien le parece guapa, y muchos la han deseado! ¡Pero me quiere! Bueno, Du Tillet —añadió Birotteau—, pues no haga usted las cosas a medias, amigo mío.

— ¿Cómo?

Birotteau explicó el negocio de los terrenos a Du Tillet, quien abrió ojos como platos y le elogió la agudeza y la previsión al perfumista y encareció el negocio.

—Pues me satisface mucho tu aprobación. ¡Tiene usted fama de tener una de las cabezas mejor puestas de la Banca, Du Tillet! Querido muchacho, podría conseguirme un crédito de la Banca francesa mientras espero lo que me vaya a producir el Aceite Cefálico.

—Puedo ponerlo en contacto con la Casa Nucingen —contestó Du Tillet, prometiéndose a sí mismo que su víctima bailararía todas las figuras de la contradanza de la bancarrota.

Ferdinand se sentó ante el escritorio para escribir la siguiente nota:

AL SEÑOR BARÓN DE NUCINGEN

En París

Mi querido barón:

El portador de esta carta es el señor César Birotteau, teniente de alcalde del distrito segundo y uno de los industriales más nombrados del ramo parisino de la perfumería. Desea entrar en tratos con usted. Puede con total confianza acceder a cuanto le pida; lo que haga usted en su provecho, lo hace en el mío.

Su amigo,

F. DU TILLET

Du Tillet no le puso punto a la i de su apellido. Era aquel deliberado error una señal convenida con las personas con quienes hacía negocios. Cuando eso sucedía, las más vehementes, calurosas y favorables recomendaciones no querían decir nada. Poderosas consideraciones lo habían obligado a escribir

una carta así, en la que los puntos de admiración eran como súplicas, en la que Du Tillet se postraba de rodillas; no había podido negarse a escribirla y había que darla por no escrita. Si la i no llevaba punto, las promesas de su amigo al solicitante eran viento. A mucha gente de mundo, y no de la menos importante, engañan así, como si de niños se tratara, los negociantes, los banqueros y los abogados, que tienen todos dos firmas, una muerta y otra viva. Hasta los más sutiles pican. Para caer en la cuenta de esa astucia, hay que haber probado el efecto doble de una carta calurosa y otra fría.

— ¡Me salva usted, Du Tillet! —dijo César tras leer la carta.

—Nada, nada, vaya a pedir dinero —dijo Du Tillet—. En cuanto Nucingen lea mi nota, le dará cuanto le pida. Por desdicha, tengo mis fondos invertidos durante unos días pues, si así no fuera, no le diría que fuese a ver al príncipe de la gran Banca, pues los Keller no son sino unos pigmeos junto al barón de Nucingen. Con esta carta mía, estará usted en condiciones el quince de enero y después ya veremos. Nucingen y yo tenemos muchísima amistad y por un millón no iba a dejar de hacerme un favor.

«Es como un aval», se dijo para su capote Birotteau. Y se fue rebosante de agradecimiento hacia Du Tillet. «Está visto —se decía—, que una buena acción nunca está de más».

Y filosofaba interminablemente. Había, no obstante, un pensamiento que le amargaba la dicha. Durante unos cuantos días había podido impedir que su mujer metiera las narices en los libros. Había cargado a Célestin con el peso de hacer caja, echándole una mano. Podía parecer lógico que quisiera que su mujer y su hija disfrutasen de la espléndida vivienda que para ellas había dispuesto y amueblado; pero, tras agotar esas menudas dichas, la señora Birotteau habría preferido morir que renunciar a comprobar personalmente los detalles de su comercio y a no llevar, como decía ella, la sartén por el mango. Birotteau se había quedado ya sin recursos; había echado mano a todos los artificios para hurtarle a su mujer el conocimiento de los síntomas de su apurada situación. Constance había reprobado sobremanera el envío de las cuentas, había reñido a los empleados y había acusado a Célestin de querer arruinar la casa, creyendo que había sido sólo idea de Célestin. Y él había dejado que lo riñera porque así se lo había ordenado Birotteau. Desde el punto de vista de los dependientes, la señora mangoneaba al perfumista, pues, en lo tocante a quien manda de verdad en un matrimonio resulta posible engañar al público, pero no a la gente de la casa. Birotteau tenía que confesarle a su mujer la situación en que estaba, pues la cuenta con Du Tillet iba a requerir una explicación. Cuando regresó, Birotteau no pudo por menos de estremecerse cuando vio a Constance en su acostumbrado mostrador, comprobando el libro de vencimientos y haciendo caja sin duda.

— ¿Con qué piensas pagar mañana? —le preguntó por lo bajo cuando él se sentó a su lado.

—Con dinero —respondió, sacando los billetes de banco e indicando con el ademán a Célestin que los cogiera.

—Pero ¿de dónde ha salido?

—Ya te lo diré esta noche. Célestin, anote, para finales de marzo, un pagaré de diez mil francos a orden de Du Tillet.

—Du Tillet —repitió Constance, sobrecogida de terror.

—Voy a ir a ver a Popinot —dijo César—. Está muy feo por mi parte no haber ido aún a hacerle una visita. ¿Se vende su aceite?

—A las trescientas botellas que nos dio ya les hemos dado salida.

—Birotteau, no te vayas que tengo que hablar contigo —le dijo Constance agarrándolo por el brazo y tirando de él hasta su cuarto con una precipitación que en cualquier otra circunstancia habría dado risa—. ¿Du Tillet —dijo cuando estuvo a solas con su marido y tras haberse asegurado de que sólo estaba presente Césarine—, Du Tillet que nos robó mil escudos?... Tienes negocios con Du Tillet, un monstruo... que quería seducirme —le dijo al oído.

—Locuras de juventud —dijo Birotteau haciendo, de pronto, gala de independencia de pensamiento.

—Óyeme bien, Birotteau, estás perdiendo el juicio. Has dejado de ir por la fábrica. ¡Pasa algo, lo noto! ¡Vas a decírmelo, quiero saberlo todo!

—Bien está —dijo Birotteau—, a punto hemos estado de arruinarnos; incluso lo estábamos aún esta mañana, pero todo se ha arreglado.

Y refirió la espantosa historia de aquellos quince días.

—Así que por eso estuviste malo —exclamó Constance.

—Sí, mamá —exclamó Césarine—. Mi padre ha sido muy valiente, ¿sabes? Lo único que deseo es que alguien me quiera como te quiere él a ti. Sólo pensaba en tu dolor.

—Se ha cumplido mi sueño —dijo la pobre mujer, dejándose caer en el confidente que estaba junto al fuego, pálida, descompuesta, espantada—. Lo había previsto todo. Te lo dije aquella noche nefasta, en nuestro dormitorio de antes, que mandaste tirar; sólo nos quedarán los ojos para llorar. Mi pobre Césarine... yo...

—Ya estamos —exclamó Birotteau—. ¿No pensarás quitarme el valor que necesito?

—Perdóname, amigo mío —dijo Constance tomando la mano de César y estrechándola con una ternura que al pobre hombre le llegó al alma—. No tengo razón. Ha llegado la desgracia, seré muda y resignada y estaré colmada de fuerza. No, nunca oirás ni una queja. —Se arrojó en brazos de César y dijo llorando—: Valor, amigo mío, valor. Seré valiente por dos si es menester.

—Mi Aceite, mujer mía, mi Aceite nos salvará.

— ¡Que Dios nos proteja! —dijo Constance.

— ¿Es que acaso Anselme no va a socorrer a mi padre? —dijo Césarine.

—Voy a verlo —exclamó César, conmovidísimo por el tono de su mujer, a quien no conocía del todo ni siquiera después de diecinueve años—. Constance, no tengas ya ningún temor. Mira, lee la carta de Du Tillet al señor de Nucingen; tenemos la seguridad de un crédito. De aquí a entonces habré ganado el pleito. Además —añadió, diciendo una mentira necesaria—, contamos con nuestro tío Pillerault; de lo único que se trata es de tener valor.

—Si sólo se tratara de eso —dijo Constance sonriente.

Birotteau, aliviado de un tremendo peso, echó a andar como un hombre a quien han puesto en libertad, aunque notaba por dentro ese indefinible agotamiento que viene tras los combates morales excesivos en que consumimos más fluido nervioso y más voluntad de los que producimos probablemente a diario y, por así decirlo, adelantamos a cuenta del capital de la existencia. A Birotteau ya se le habían echado unos cuantos años encima.

La Casa A. Popinot, de la calle de Les Cinq-Diamants, había cambiado mucho en dos meses. Habían vuelto a pintar la tienda. Habían estarcido los casilleros, que estaban repletos de botellas y alegraban la vista de todo comerciante que reconozca los síntomas de la prosperidad. El papel de embalar estorbaba el paso por el suelo de la tienda. Había tonelillos de diversos aceites cuya representación le había conseguido a Popinot el abnegado Gaudissart. Los libros, la contabilidad y la caja estaban encima de la tienda y la trastienda. Una cocinera vieja llevaba la casa para los tres empleados y Popinot. Veíase a Popinot, metido en un rincón de la tienda y tras un mostrador acristalado, con delantal de sarga, manguitos de tela verde y la pluma detrás de la oreja, cuando no estaba hundido en un montón de papeles, como en el momento en que llegó Birotteau y lo halló abriendo la correspondencia que rebosaba de letras a plazo y de cartas de pedidos. Al oír las siguientes palabras, que dijo su ex patrón: «¿Qué hay, muchacho?», alzó la cabeza, cerró la garita con llave y acudió con cara alegre y la punta de la nariz encarnada. No había fuego en la tienda, cuya puerta tenían abierta.

—Temía que no viniera usted nunca —contestó Popinot con expresión respetuosa.

Los dependientes se acercaron para ver al gran hombre del ramo de la perfumería, al teniente de alcalde condecorado, al socio de su patrón. Aquellos mudos homenajes halagaron al perfumista. Birotteau, tan pequeño antes en casa de los Keller, sintió la necesidad de imitarlos: se acarició la barbilla y dio unos vanidosos botes con los talones diciendo las acostumbradas trivialidades:

— ¿Qué, mi buen amigo, madrugamos? —preguntó.

—No, porque no siempre nos acostamos —dijo Popinot—; hay que aferrarse bien al éxito.

—Bueno, pues ¿qué había dicho yo? Mi Aceite es una fortuna.

—Sí, señor Birotteau, pero también la hechura tiene algo que ver: le he engarzado muy bien su diamante.

—Por cierto —dijo el perfumista—, ¿en qué punto andamos? ¿Hay beneficios?

—Al cabo de un mes —exclamó Popinot—. ¿Cómo se le ocurre? El amigo Gaudissart sólo lleva por ahí veinticinco días y ha tomado una silla de posta sin decírmelo. ¡Ay, qué abnegado es! ¡Cuánto le debemos a mi tío! Los periódicos —le dijo por lo bajo a Birotteau— nos saldrán por doce mil francos.

— ¡Los periódicos! —exclamó el teniente de alcalde.

— ¿Así que no los ha leído usted?

—No.

—Pues entonces no está enterado de nada —dijo Popinot—. ¡Veinte mil francos en carteles, marcos e impresos! ¡Hemos comprado cien mil botellas! ¡Ay, todo son sacrificios en estos momentos! Producimos a gran escala. Si se hubiera usted dado una vuelta por el Faubourg, en donde tantas noches me he pasado, habría podido ver un cascanueces pequeño que he inventado yo y no es para hacerle ascos. En estos cinco últimos días me he embolsado tres mil francos sólo en comisiones de los aceites de droguería.

— ¡Qué buena cabeza! —dijo Birotteau, poniéndole la mano en el pelo al joven y revolviéndoselo como si Popinot fuera un chiquillo—. ¡Si ya lo decía yo!

Entraron varias personas.

—Hasta el domingo. Cenamos en casa de tu tía Ragon —dijo Birotteau, que dejó a Popinot con sus negocios al darse cuenta de que la carne fresca que había venido a olfatear no estaba aún cortada.

«¡Qué cosa más extraordinaria! A un dependiente le bastan veinticuatro

horas para convertirse en un comerciante —pensaba Birotteau, que no salía ni del asombro de ver a Popinot tan feliz y tan seguro de sí mismo, ni tampoco del otro asombro de ver el lujo de Du Tillet—. Pues no ha puesto Anselme cara de ofendido cuando le he pasado la mano por la cabeza, como si fuera ya François Keller».

A Birotteau no se le había ocurrido que los dependientes estaban mirando y que el dueño tiene que velar en su casa por la propia dignidad. Tanto en este caso como con Du Tillet el buen hombre había cometido una tontería por bondad de corazón y por no contener un sentimiento sincero expresado de forma burguesa. César habría herido a cualquiera, incluso a alguien que no hubiera sido Anselme.

Aquella cena dominical en casa de los Ragon iba a ser la última alegría de los felices diecinueve años de matrimonio de Birotteau; fue, por lo demás, una alegría completa. Ragon vivía en la calle de Le-Petit-Bourbon-Saint-Sulpice, en el segundo piso de un edificio antiguo de decoroso aspecto, en una casa con paneles pintados en los que bailaban pastoras con crinolinas y pastaban los corderos de aquel siglo XVIII de cuya burguesía circunspecta y formal, de cómicas costumbres, respetuosa con la nobleza, devota del soberano y de la Iglesia, eran representantes admirables los Ragon. Los muebles, los relojes, la ropa de cama y mesa, la vajilla, todo tenía un aspecto patriarcal y formas tan pasadas de moda que, por eso mismo, resultaban nuevas. En el salón, tapizado de damasco antiguo y adornado con cortinas de brocatel, veíanse duquesas; primorosos secreteres; un estupendo Popinot, magistrado municipal de Sancerre, retratado por Latour; el padre de la señora Ragon, tan excelente persona en pintura, que sonreía como un advenedizo en su mejor momento. Cuando estaba en casa la señora Ragon, su complemento era un perrillo inglés de la misma raza que los de Carlos II, que hacía un efecto espléndido encima del sofá rococó, pequeño y duro, que, por descontado, nunca había interpretado el papel del sofá de Crébillon. De todas las virtudes de los Ragon, las más de considerar eran la conservación de los vinos viejos que habían alcanzado ya perfecta sencillez y la posesión de unos cuantos licores de la señora Anfoux que personas lo bastante tozudas para amar (sin esperanzas, a lo que decían) a la hermosa señora Ragon le habían traído de las Islas. ¡Eran, en consecuencia, muy apreciadas las cenas íntimas que daban! Una cocinera vieja, Jeannette, servía a ambos ancianos con ciega abnegación. ¡Habría sido capaz de robar fruta para hacerles mermelada! En vez de llevar su dinero a la Caja de Ahorros, lo invertía con mucha formalidad en lotería con la esperanza de entregar un día el premio gordo a sus señores. Los domingos en que sus señores recibían, pese a contar sesenta años, estaba en la cocina para vigilar los guisos y junto a la mesa para servirla con una agilidad que habría dado que envidiar a mademoiselle Mars en su papel de Susana en Las bodas de Figaro.

Los invitados eran el juez Popinot, el tío Pillerault, Anselme, los tres Birotteau, los tres Matifat y el padre Loraux. La señora Matifat, no ha mucho tocada con un turbante para el baile, acudió con un vestido de terciopelo azul, medias gruesas de algodón y zapatos de piel de cabra, guantes de gamuza con ribetes de felpa verde y un sombrero de forro rosa y adornado con orejas de oso. Estas diez personas habían llegado ya todas a las cinco de la tarde. El anciano matrimonio Ragon rogaba a sus invitados que fueran puntuales. Cuando alguien invitaba a la respetable pareja, tenía buen cuidado de que la cena se sirviera a esa hora, pues aquellos estómagos de setenta años no se plegaban a los nuevos hábitos que eran ahora de buen tono.

Césarine sabía que la señora Ragon la sentaría al lado de Anselme: todas las mujeres, incluso las beatas y las necias, son duchas en amores. La hija del perfumista se había arreglado, pues, para hacerle perder la cabeza a Popinot. Constance, que había renunciado no sin dolor al notario, que desempeñaba en su imaginación el papel de un príncipe heredero, ayudó a ese engalanamiento no sin amargas reflexiones. Aquella previsora madre tiró un poco hacia abajo de la púdica pañoleta de gasa para dejarle a Césarine un tanto al aire los hombros y permitir que se le viera el nacimiento del cuello, que era de extremada elegancia. El cuerpo del vestido, a la griega, cruzado de izquierda a derecha y con cinco pliegues, podía abrirse un poco y mostrar deliciosas redondeces. El vestido de merino gris plomo con volantes ribeteados de verde marcaba sin disimulos un talle que nunca pareció más delgado y flexible. Lucía en las orejas pendientes de oro repujado. El pelo, recogido a lo chino, permitía que la mirada abarcara la suavísima lozanía de una piel que matizaban las venas y en donde la más inmaculada vida florecía en las zonas mates. En resumidas cuentas, Césarine estaba tan coquetonamente hermosa que la señora Matifat no pudo por menos de comentarlo, sin darse cuenta de que la madre y la hija habían comprendido la necesidad de hechizar al joven Popinot.

Ni Birotteau, ni su mujer, ni la señora Matifat, nadie estorbó la dulce conversación que los dos chiquillos, inflamados de amor, mantuvieron en voz baja en el hueco de una ventana en donde el frío desplegaba sus cierzos fenestrales. Por lo demás, la conversación de los mayores se animó cuando el juez Popinot dijo algo acerca de la huida de Roguin, comentando que era el segundo notario que delinquía, y que antaño no se daba nunca un crimen así. La señora Ragon, al oír la palabra «Roguin», le dio con el pie a su hermano. Pillerault tapó con la suya la voz del juez, y ambos le señalaban a la señora Birotteau.

—Lo sé todo —dijo Constance a sus amigos con voz a un tiempo dulce y desconsolada.

—Bueno —le dijo la señora Matifat a Birotteau, que agachaba

humildemente la cabeza—, ¿y cuánto se le ha llevado a usted? Si hubiera que dar crédito a los chismes, estaría usted por lo visto en la ruina.

—Tenía doscientos mil francos míos. Y en cuanto a los cuarenta mil que supuestamente hizo que me prestase uno de sus clientes, cuyo dinero se había gastado él, estamos en pleito.

—Podrá usted ver su celebración esta semana —dijo Popinot—. Pensé que no le importaría que pusiera al señor presidente al tanto de su situación; y ha ordenado que se le presenten los papeles de Roguin a la Sala del Consejo para que investigue desde cuándo se habían desviado los fondos del prestador y se examinen las pruebas del hecho que alega Derville, que actúa en persona para ahorrarle a usted gastos.

— ¿Ganaremos? —preguntó la señora Birotteau.

—No lo sé —contestó Popinot—. Aunque soy de la Sala que entiende del asunto, me abstendría de participar en las deliberaciones aun cuando me convocasen.

—Pero ¿pueden acaso haber dudas en un pleito tan sencillo? —dijo Pillerault—. ¿Es que no debe mencionarse en el acta la entrega del efectivo y no tienen los notarios que declarar que han presenciado cómo el prestador se lo entregaba al prestatario? Si Roguin estuviera en manos de la justicia, lo condenarían a galeras.

—En mi opinión —respondió el juez—, el prestador debe recurrir contra Roguin basándose en el precio de la notaría y en la fianza; pero ocasiones ha habido en que, en asuntos aún más claros, en el Tribunal de Apelación los consejeros se encontraron seis contra seis.

— ¿Cómo es esto, señorita? ¿El señor Roguin ha huido? —dijo Popinot, que al fin se enteró de lo que estaban diciendo—. El señor César no me dijo nada. ¡A mí, que derramaría mi sangre por él!

Césarine entendió que en aquel «por él» entraba toda la familia, pues aunque la inocente joven no hubiera interpretado el tono, no podía engañarse acerca de la mirada que la envolvió en una llama púrpura.

—Ya lo sabía yo, y se lo dije; pero se lo ocultó todo a mi madre y sólo me lo contó a mí.

— ¿Le habló usted de mí en semejante circunstancia? —preguntó Popinot—. Usted lee en mi corazón, pero ¿lee todo lo que hay en él?

—Es posible.

—Cuánto me alegra —dijo Popinot—. Si tuviera a bien quitarme todo temor, dentro de un año seré tan rico que su padre no me dará ya tan mala

acogida cuando le hable de nuestra boda. No voy a dormir ya sino cinco horas por noche...

—No se perjudique —dijo Césarine con inimitable acento, lanzando a Popinot una mirada en que se le leía el pensamiento entero.

—Mujer —dijo César cuando se levantaron de la mesa—, creo que estos chicos se quieren.

—Pues mejor —dijo Constance con voz grave—; en tal caso mi hija sería la mujer de un hombre con buena cabeza y repleto de energía. El talento es la mejor dote de un prometido.

Se apresuró a salir del salón para irse al dormitorio de la señora Ragon. César había dicho durante la cena unas cuantas frases que revelaban ignorancia tal que habían hecho sonreír a Pillerault y al juez y le recordaron a la desdichada mujer con cuán poca fuerza contaba su infeliz marido para luchar contra la desdicha. Constance tenía el corazón apesadumbrado, desconfiaba por instinto de Du Tillet, pues todas las madres saben lo de Timeo Danaos et dona ferentes aunque no sepan latín. Lloró en brazos de su hija y de la señora Ragon sin querer confesar el motivo de su pena... Son los nervios, dijo. El resto de la velada lo dedicaron los viejos a las cartas y los jóvenes a esos deliciosos juegos de salón a los que se les da el nombre de inocentes porque sirven de tapadera a esas inocentes malicias de los amores burgueses. Los Matifat participaron en los juegos de salón.

—César —dijo Constance según volvían—, ve el mismo día tres a ver al señor barón de Nucingen para tener garantizados con tiempo de sobra los vencimientos del día quince. Si sucediera algún contratiempo, ¿ibas a encontrar soluciones de la noche a la mañana?

—Iré, mujer mía —contestó César, que les oprimió la mano a su mujer y a su hija y añadió—: ¡Mis cervatillas blancas queridas, qué triste regalo de Año Nuevo os he hecho!

En la oscuridad del coche de punto, las dos mujeres, que no podían ver al perfumista, notaron que les caían en las manos unas lágrimas tibias.

—No pierdas la esperanza, amigo mío —dijo Constance.

—Todo irá bien, papá. El señor Anselme Popinot me ha dicho que derramaría su sangre por ti.

—Por mí —siguió diciendo César— y por la familia, ¿verdad?

Y lo decía poniendo expresión alegre.

Césarine le estrechó la mano a su padre para informarlo de que Anselme y ella eran novios.

Los tres primeros días del año llegaron a casa de Birotteau doscientas tarjetas. Esa afluencia de amistades fingidas, esos testimonios de aprecio les resultan espantosos a las personas que ven cómo las arrastra la corriente de la desdicha. Birotteau se presentó tres veces en vano en el palacete del barón de Nucingen, el célebre banquero. El comienzo del año y sus correspondientes fiestas justificaban con bastante lógica la ausencia del financiero. La última de aquellas veces, el perfumista llegó hasta el despacho del banquero, en donde su encargado, un alemán, le dijo que el señor de Nucingen había vuelto a las cinco de la mañana de un baile que daban los Keller y no podía estar visible a las nueve y media. Birotteau supo interesar en sus asuntos al encargado, con el que estuvo charlando media hora. En el transcurso del día, aquel ministro de la Casa Nucingen le escribió para decirle que el barón lo recibiría al día siguiente, que era 12, a mediodía. Aunque cada hora traía consigo una gota de ajeno, el día transcurrió con espantosa rapidez. El perfumista cogió un coche de punto e hizo que lo dejase a un paso del hotel, cuyo patio estaba atascado de coches. A aquel infeliz hombre honrado se le oprimió con fuerza el corazón al ver todos los esplendores de aquella famosa casa.

«Y sin embargo se declaró en quiebra dos veces», se dijo mientras subía la espléndida escalera adornada con flores y cruzaba las suntuosas estancias que habían dado fama a la baronesa Delphine de Nucingen. La baronesa tenía la pretensión de rivalizar con las casas más opulentas del Faubourg Saint-Germain en donde aún no la recibían. El barón estaba almorzando con su mujer. Pese a la gran cantidad de personas que lo esperaban en sus oficinas, dijo que los amigos de Du Tillet podían entrar a la hora que fuera. Birotteau se estremeció de esperanza al ver el cambio que produjo la frase del barón en el rostro, insolente al principio, del ayuda de cámara.

—Tiscúlpame, queguita —dijo el barón a su mujer, levantándose y saludando a Birotteau con una leve inclinación de cabeza—, pego el señog es un puen monáquico y un amigo te Tu Tillet. Atemás, el señog es teniente te alcalte tel tistrito tegcego y ta unos pailles te una mahnificencia asiática; estoy segugo te que tentgás mucho gusto en conoceglo.

—Pues me sentiría muy halagada de ir a tomar ejemplo a casa de la señora Birotteau, porque Ferdinand... («Anda —pensó el perfumista—, si lo llama Ferdinand a secas») nos habló de ese baile con una admiración tanto más elocuente cuanto que él no admira nada. Ferdinand es un crítico severo, así que todo debió de ser perfecto. ¿Piensa usted dar otro baile pronto? —preguntó la baronesa con la más amable de las expresiones.

—Señora, entre la gente humilde como nosotros no menudean las diversiones —respondió el perfumista, no sabiendo si era burla o trivial cumplido.

—El señog Ggintot diguiguíó el guemozamiento de su fifienta —dijo el barón.

— ¡Ah, Grindot! Ese encanto de arquitecto que ha vuelto de Roma —dijo Delphine de Nucingen—. Estoy loca por él, me hace unos dibujos deliciosos en mi álbum.

Ningún conspirador a quien atormentasen los sayones en Venecia se sintió nunca tan contragusto con la bota del suplicio como Birotteau en su pellejo. A todas las palabras les encontraba tono de mofa.

—Tampién nosotgos ogganizamos algún pailecito —dijo el barón lanzándole una mirada inquisitiva al perfumista—. Ya fe que toto el munto se empagca en cosas de ésas.

— ¿Le apetece al señor Birotteau almorzar con nosotros sin cumplidos? — dijo Delphine indicando la mesa suntuosamente servida.

—Señora baronesa, he venido por negocios y estoy...

—Sí —dijo el barón—. ¿Nos pegmite, señoga, que haplemos de negocios?

Delphine hizo un leve ademán de conformidad, al tiempo que decía al barón:

— ¿Va usted a comprar artículos de perfumería?

El barón se encogió de hombros y se volvió hacia el desesperado César.

—Tu Tillet se toma el mayog integués en ustet —dijo.

Y el pobre negociante pensó: «Por fin vamos al grano».

—Con esta cagta suya, tiene ustet un cgédito en mi casa que no tiene más límites que los de mi pgopia fogtuna...

El bálsamo hilarante que había en el agua que ofreció en el desierto el ángel a Agar debía de parecerse al rocío que aquellas palabras inteligibles a medias le hicieron correr por las venas al perfumista. El avisgado barón, para tener ocasión de echarse atrás en palabras bien dadas y mal oídas, había conservado la horrible pronunciación de los judíos alemanes que se jactan de hablar la lengua de Francia.

—Y tentgá ustet una cuenta coguiente. Esto es lo que famos a haceg —dijo con campechanía alsaciana el buen, venerable y gran financiero.

A Birotteau no le cupo ya duda alguna. Era comerciante y sabía que quienes no están dispuestos a hacer un favor no entran nunca en los detalles prácticos.

—Sapgá ustet te sopga que tanto a los gigantes como a los pequeños, el

panco les pite tges figmas. Hagá ustet pues tiez pagagués a ogten te nuestgo amigo Tu Tillet y los enfiagé sin tagtanza al panco con mi figma; a las cuatgo te la tagte tentgá ustet el impogte te los pagagués que haya suscgito pog la mañana, y a la tasa tel panco. No quiego ni comisión ni tescuento, nata, pogque tentgé el gusto te complacegle... Pego sí pongo una contición —dijo Nucingen rozándose la nariz con el índice de la mano izquierda con un gesto de inimitable sutileza.

—Señor barón, le digo que sí de antemano —dijo Birotteau, que pensó en alguna deducción sobre sus beneficios.

—Una contición a la que conceto la mayog impogtancia, pogque quiego que la señoga te Nucingen tome ehemplo, como ya ha ticho ella, te la señoga Pigotteau.

— ¡Señor barón, no se burle de mí, se lo ruego!

—Señog Pigotteau —dijo el financiero, muy serio—, en eso quetamos: nos infitagá ustet al pgóximo paile que té. Mi mujeg se muegue te envitia y quiegue veg esos aposentos suyos te los que le ha haplato tan pien toto el munto.

— ¡Señor barón!

—Ah, si no se afiene a ello no habgá cuenta. Sé que está ustet muy pien fisto. Sí, sé que asistió al paile el pgefecto del depagamento de Sena que no se guesignaba a no ig.

— ¡Señor barón!

—Y tampién estapa La Pillagdiègue, un hentilhombge de cáмага, un puen chuán, como ustet, a quien higuiegon en Saint-Goch.

—El trece de vendimiario, señor barón.

—Y tampién asistiegon el señog de Lacépète y el señog Fauquelin, te la Acatemia...

— ¡Señor barón!

— ¡Faya! No sea tan motesto, señog teniente te alcalte, ya me he entegado te que el guey ha ticho que el paile te ustet...

— ¿El rey? —preguntó Birotteau, que se quedó con las ganas de saber más.

Entró en la estancia con toda confianza un joven, cuyo paso, que reconoció desde lejos, hizo a la hermosa Delphine de Nucingen ruborizarse intensamente.

—Puenos tías, mi queguido Te Magsay —dijo el barón de Nucingen—.

Sustitúyame. Me han ticho que hay una pagpaguitat de guente en mis oficinas. ¡Y sé pog qué! ¡Las minas de Wogtschin están tanto dos capitales de guenta! ¡Sí, acegté en las cuentas! Tiene cien mil lipras más de guenta, señoga te Nucingen. Potgá compgagse cintugones y otgos capgichos paga estag guapa, como si necesitase ustet algo paga estaglo.

— ¡Santo Dios! ¡Los Ragon han vendido sus acciones! —exclamó Birotteau.

— ¿Y quiénes son esos señores? —preguntó, sonriendo, el joven elegante.

—Pueno —dijo el señor de Nucingen mirando hacia atrás, porque ya estaba llegando a la puerta—, pues me paguece que esas pegsonas... Te Magsay, éste es el señog Pigotteau, su pegfumista de ustet, que ta pailles de una magnificencia asiática y que el guey ha contecogato...

De Marsay se puso el monóculo y dijo:

—Ah, es verdad, ya me había parecido una cara conocida. ¿Así que piensa usted aromatizar sus asuntos con unos cuantos cosméticos virtuosos, aceitarlos bien?

—Ay, esos Gagon —siguió diciendo el barón, mientras hacía una mueca de hombre contrariado— tenían una cuenta en mi panco, los fafogecí con una fогtuna y no supiegon espegagla un tía más.

— ¡Señor barón! —exclamó Birotteau.

El infeliz no veía nada claro su asunto y, sin despedirse ni de la baronesa ni de De Marsay, echó a correr tras el banquero. El señor de Nucingen estaba en el primer peldaño de la escalera y el perfumista lo alcanzó al llegar abajo, cuando estaba entrando en sus oficinas. Al abrir la puerta, el señor de Nucingen vio un ademán desesperado de aquella pobre criatura, que notaba que se estaba hundiendo en un abismo, y le dijo:

— ¡Pien, pues estamos de acuegdo! Fea a Tu Tillet y aguéglo toto con él.

Pensó Birotteau que De Marsay podía tener influencia en el barón; volvió a subir la escalera con la rapidez de una golondrina y se coló en el comedor, en donde la baronesa y De Marsay debían de estar aún. Vio, efectivamente, que el café estaba servido, pero la baronesa y el joven elegante habían desaparecido. El ayuda de cámara sonrió al ver el asombro del perfumista, que bajó las escaleras despacio. César fue en el acto a ver a Du Tillet, y le dijeron que estaba en el campo, en casa de la señora Roguin. El perfumista tomó un birlocho y pagó para que lo llevasen tan deprisa como por la silla de posta a Nogent-sur-Marne. En Nogent-sur-Marne, el portero informó al perfumista de que los señores se habían vuelto a París. Birotteau regresó exhausto. Cuando refirió el periplo a su mujer y a su hija, lo dejó estupefacto que su Constance,

que habitualmente se encaramaba como un pájaro de mal agüero en la mínima inclemencia comercial, le tributaba los consuelos más dulces y le aseguraba que todo iría bien.

Al día siguiente, Birotteau ya estaba a las siete de la mañana en la calle de Du Tillet, haciendo guardia mientras amanecía. Rogó al portero de Du Tillet, metiéndole diez francos en la mano, que lo pusiera en contacto con el ayuda de cámara de Du Tillet. César consiguió el privilegio de hablar con el ayuda de cámara de Du Tillet y le pidió que lo condujera ante Du Tillet en cuanto Du Tillet estuviera visible; y le metió dos monedas de oro en la mano al ayuda de cámara de Du Tillet. Esos pequeños sacrificios y esas grandes humillaciones, comunes a los cortesanos y los solicitantes, le permitieron lograr sus fines. A las ocho y media, en el preciso momento en que su ex encargado se estaba poniendo una bata y quitándose de encima las ideas confusas del despertar, y bostezaba y se desperezaba, pidiendo disculpas a su ex jefe, Birotteau se halló ante el tigre sediento de venganza que pretendía considerar como su único amigo.

— ¡Por mí no se preocupe! —dijo Birotteau.

— ¿Qué es lo que desea, mi buen César? —dijo Du Tillet.

César facilitó, no sin que le palpitase terriblemente el corazón, la respuesta y las exigencias del barón de Nucingen mientras Du Tillet no le hacía caso y lo oía buscando el fuelle y riñendo al ayuda de cámara por la torpeza con la que encendía el fuego.

El ayuda de cámara estaba escuchando; César no se daba cuenta, pero por fin se fijó; se calló, confuso, y siguió hablando cuando Du Tillet lo espoleó.

—Adelante, adelante, lo estoy escuchando —dijo el banquero, distraído.

El infeliz tenía la camisa empapada. El sudor se le quedó frío cuando Du Tillet le clavó la mirada, le dejó ver las pupilas de plata que jaspeaban unos cuantos hilos de oro y le atravesó el corazón con un resplandor diabólico.

—Mi querido patrón, el banco no ha aceptado unos efectos de comercio suyos que la Casa Claparon endosó a Gigonnet sin garantía. ¿Tengo yo acaso la culpa de eso? ¿Cómo es posible que usted, que ha sido juez del Tribunal de Comercio, haga pifias así? Soy, ante todo, un banquero. Le daré dinero mío, pero no puedo exponer mi firma y arriesgarme a que no la acepten en el banco. No existo sino por el crédito. Estamos todos igual. ¿Quiere dinero?

— ¿Puede darme todo cuanto necesito?

— ¡Depende de la cantidad que me pida!

—Treinta mil francos.

— ¡Cuántos tubos de chimenea se me caen encima! —dijo Du Tillet, soltando una carcajada.

Al oír esa risa, el perfumista, a quien engañaba el lujo de Du Tillet, quiso interpretarla como la risa de un hombre para quien tal suma era cosa de nada y respiró aliviado. Du Tillet tocó la campanilla.

—Que suba mi cajero.

—No ha llegado, señor —contestó el ayuda de cámara.

— ¡Estos bribones me toman el pelo! Son las ocho y media. A esta hora ya deben de haberse hecho negocios por valor de un millón.

Cinco minutos después subió el señor Legras.

— ¿Cuánto tenemos en caja?

—Sólo veinte mil francos. El señor dio orden de comprar treinta mil francos de renta al contado, pagaderos el día quince.

—Es cierto; todavía no me he despertado del todo.

El cajero miró a Birotteau con expresión turbia y salió.

—Si proscribieran de la tierra a la verdad —dijo Du Tillet—, lo último que tuviera que decir, se lo diría a un cajero. ¿No tiene usted cierta parte en el negocio de ese muchacho que acaba de establecerse por su cuenta, Popinot? —preguntó tras una horrible pausa durante la cual el sudor le asomó a la frente al perfumista.

—Sí —dijo candorosamente Birotteau—. ¿Cree usted que podría adelantarme una cantidad grande sobre su firma?

—Tráigame letras tuyas por valor de cincuenta mil francos y haré que se las acepte a un interés sensato un tal Gobseck que es muy llevadero cuanto tiene muchos fondos por colocar; y los tiene.

Birotteau regresó a su casa consternado y sin percatarse de que los banqueros se lo enviaban de uno a otro como hacen las raquetas con el volante; pero Constance ya había intuido que no había posibilidad de crédito alguno. Si ya se habían negado a concederlo tres banqueros, todos debían de tener en entredicho a un hombre tan conocido como el teniente de alcalde y, en consecuencia, era inútil recurrir a la Banca francesa.

—Intenta renovar los vencimientos —dijo Constance— y ve a ver al señor Claparon, que es socio tuyo; y a todas las personas a quienes entregaste efectos para el quince; propón que te los renueven. Siempre estaremos a tiempo de pedir adelantos con descuentos recurriendo a papel de Popinot.

—Mañana es trece —dijo Popinot con expresión abatida.

Ateniéndonos a lo que decía su folleto, tenía ese temperamento sanguíneo en el que las emociones o el pensamiento consumen mucha energía y requiere necesariamente el sueño para reparar el desgaste. Césarine llevó a su padre al salón e interpretó, para su recreo, El sueño de Rousseau, una pieza preciosa de Herold; y Constance hacía labor junto a él. El infeliz recostó la cabeza en una otomana y cuantas veces alzaba la vista hacia su mujer, le veía una dulce sonrisa en los labios. Y así se quedó dormido.

— ¡Pobrecillo! —dijo Constance—. ¡Qué suplicios se ha preparado! Con tal de que los pueda resistir.

—Pero ¿qué te pasa, mamá? —preguntó Césarine al ver a su madre hecha un mar de lágrimas.

—Hija querida, veo que se avecina una quiebra. Si tu padre tiene que declararse en quiebra, no debemos pedirle compasión a nadie. Hijita, prepárate a no ser sino una simple dependienta. Si veo que lo aceptas con valor, tendré fuerzas para empezar la vida de nuevo. Conozco a tu padre, no dejará de pagar ni un céntimo; cederé mis derechos y venderemos cuanto tenemos. Tú, hijita, lleva mañana tus joyas y tu ropa a casa de tu tío Pillerault, porque no tienes obligación de nada.

Embargó a Césarine, al oír esas palabras dichas con religiosa sencillez, un terror sin límites. E hizo el proyecto de ir a ver a Anselme; pero su delicadeza se lo impidió.

Al día siguiente, a las nueve, Birotteau estaba en la calle de Provence; y era presa de una ansiedad mucho mayor que aquéllas por las que ya había tenido que pasar. Pedir un crédito es, en el comercio, un hecho de lo más natural. Cuando se inicia un negocio, es preciso, a diario, dar con capitales; pero pedir renovaciones de plazo es, en la jurisprudencia del comercio, lo que el Tribunal Correccional al Tribunal de lo Criminal, un primer paso hacia la quiebra, de la misma forma que el delito desemboca en el crimen. Queda en manos ajenas el secreto de la impotencia y el apuro en que uno se halla. Un negociante se entrega atado de pies y manos a otros negociantes. Y no es la caridad virtud que practique la Bolsa.

El perfumista, que iba en otro tiempo por París con la mirada alta y resplandeciente de confianza, debilitado ahora por la incertidumbre vacilaba en ir a ver al banquero Claparon. Empezaba a darse cuenta de que, en los banqueros, el corazón no es sino una víscera. Claparon, con su zafio regocijo, le parecía tan brutal, y le había visto tal carencia de buen tono, que lo atemorizaba hablar con él.

«Está más cerca de pueblo. ¡A lo mejor tiene más alma!». Ésa fue la primera frase acusadora que le dictó la rabia de hallarse en aquella situación.

Buscó César la última dosis de coraje en lo hondo del alma y subió por la escalera de un mezquino y exiguo entresuelo en cuyas ventanas había visto de refilón unas cortinas verdes que el sol había puesto amarillas. Leyó en la puerta la palabra «Oficina», grabada en negro en un óvalo de cobre; llamó y no respondió nadie; entró. El local, mucho más que modesto, olía a miseria, a avaricia o a desidia. No apareció ningún empleado tras las rejas de latón, colocadas a la altura de la cintura sobre un zócalo de pino sin pintar y que encerraban unas mesas y unos pupitres de madera ennegrecida. Abarrotaban aquella oficina desierta escritorios en los que la tinta criaba moho y las plumas estaban despeinadas como chiquillos y enroscadas en forma de soles; de propina, los cubrían carpetas, papeles e impresos que, sin duda, no valían para nada. El suelo de tarima, en la zona de paso, parecía el de la sala de visitas de un internado, tan raído, sucio y húmedo estaba. La segunda habitación, cuya puerta lucía la palabra CAJA, cohonestaba con las tétricas guasas de la oficina de la entrada. En una esquina, había una jaula grande de roble con rejilla de alambre de cobre y gatera basculante, en la que estaba un gigantesco baúl de hierro, que sólo valía ya sin duda para que retozasen las ratas. En aquella jaula, cuya puerta estaba abierta, había también un escritorio irreal y el correspondiente sillón, infame, lleno de agujeros, verde, con el asiento destripado, del que asomaba la crin en mil pícaros tirabuzones, como si fuera la peluca del dueño. El principal ornato de la habitación aquélla, que estaba claro que había sido antaño el salón de la vivienda, antes de que lo convirtieran en oficina bancaria, era una mesa redonda con un tapete de paño verde, a cuyo alrededor había unas sillas viejas de marroquín negro con clavos que habían perdido el dorado. En la chimenea, bastante airosa, no se veían ninguno de esos mordiscos negros que deja el fuego; la placa estaba limpia; y el espejo, que mostraba las ofensas de las moscas, tenía un aspecto ruin, a juego con un reloj de sobremesa de caoba que procedía de la venta de algún notario viejo y hastiaba la vista, que ya habían entristecido previamente dos candelabros sin velas y una capa de polvo pegajoso. El papel de la pared, gris ratón con filos de color de rosa, anunciaba, por sus tonos fuliginosos, la malsana permanencia en aquel lugar de unos cuantos fumadores. Nada podía haber tenido mayor parecido que todo aquello con ese adocenado salón que los periódicos llaman «Despacho de redacción». Birotteau, temiendo ser indiscreto, dio tres escuetos golpes en la puerta que estaba frente por frente de la de entrada.

— ¡Adelante! —gritó Claparon con un timbre que reveló la distancia que tenía que recorrer la voz y lo vacía que estaba la habitación, en la que el perfumista oía chisporrotear un buen fuego, pero en donde no se hallaba el banquero.

Le hacía las veces la habitación aquélla, efectivamente, de gabinete privado. Entre la fastuosa audiencia de Keller y la singular despreocupación de

aquel supuesto capitoste de la industria había la misma diferencia que entre Versalles y el vigham de un jefe hurón. El perfumista, que ya había visto los fastos de la Banca, iba a ver ahora sus travesuras.

Claparon, tendido en una suerte de cuchitril alargado que se abría tras el gabinete y en donde los hábitos de una vida despreocupada habían sumido, menoscabado, mezclado, rasgado, engrasado y destrozado unos muebles casi elegantes cuando eran aún primicias, se cerró la bata mugrienta al ver a Birotteau, dejó la pipa y corrió con tanta premura las cortinas de la cama que consiguió que el candoroso perfumista sospechase de sus costumbres.

—Siéntese, caballero —dijo el simulacro de banquero.

Claparon, sin peluca y con la cabeza envuelta en un fular torcido, le pareció a Birotteau tanto más repulsivo cuanto que la bata, al entreabrirse, dejaba asomar algo así como un pelele de punto blanco que un prolongadísimo uso había vuelto pardo.

— ¿Quiere almorzar conmigo? —dijo Claparon, que se acordaba del baile del perfumista y pretendía no sólo tomarse la revancha sino además darle el pego al perfumista con aquella invitación.

Efectivamente, una mesa redonda, de la que habían apartado los papeles de prisa y corriendo, revelaba una agraciada acompañante al exhibir un paté, unas ostras, vino blanco y esos vulgares riñones salteados en vino de Champaña cuya salsa se había coagulado. Ante el hogar con fuego de hulla, se estaba dorando una tortilla de trufas. Y, por último, dos cubiertos y las respectivas servilletas, con las manchas de la cena de la víspera, habrían desengañado a la inocencia más pura. Como hombre que se cree hábil, Claparon insistió pese a las negativas de Birotteau.

—Iba a venir alguien, pero ese alguien se disculpó por no cumplir el compromiso —exclamó el taimado viajante de forma tal que lo pudiera oír la persona que se hubiera enterrado bajo las mantas.

—Caballero —dijo Birotteau—, sólo vengo para un asunto de negocios y no lo entretendré mucho.

—Estoy agobiado —dijo Claparon, indicando un escritorio de persiana y unas mesas atiborradas de papeles—; no me dejan ni un mal momento. Sólo recibo los sábados, pero para usted, mi querido señor, siempre está uno. No consigo ya dar con un momento para amar o para pasear sin rumbo. Les pierdo el tacto a los negocios, que para recuperar la frescura requieren una ociosidad sabiamente calculada. Ya no se me ve por los bulevares ocupado en no hacer nada. Bah, los negocios me aburren, no quiero volver a oír hablar de negocios, ya tengo bastante dinero y nunca tendré bastante felicidad. A fe mía que quiero viajar y ver Italia. ¡Ay, querida Italia! Hermosa incluso en sus infortunios,

tierra adorable en donde conoceré seguramente a una italiana indolente y majestuosa. ¡Siempre me han gustado las italianas! ¿Ha tenido alguna vez a alguna italiana para usted? No. Pues venga conmigo a Italia. Veremos Venecia, morada de los dux y caída por desventura en las palurdas manos de Austria, en donde se desconocen las artes. Bah, dejemos en paz los negocios, los canales, los préstamos y los gobiernos. Soy espléndido cuando tengo el bolsillo bien repleto. ¡Vamos a viajar, diantre!

—Sólo una palabra, caballero, y me marchó —dijo Birotteau—. Le ha endosado mis efectos al señor Bidault.

— ¿Se refiere usted a Gigonnet? Al buenazo de Gigonnet, un hombre tan elástico... como una liga.

—Sí —siguió diciendo César—. Querría... y en esto cuento con su honor y su delicadeza...

Claparon hizo una venia.

—Querría poder renovar...

—Imposible —contestó tajantemente el banquero—. No estoy solo en este asunto. Formamos un consejo, una auténtica Cámara, pero en la que nos llevamos a freír un riñón. Ay, demonios, deliberamos. Los terrenos de La Madeleine son peccata minuta, tenemos otras operaciones en marcha. Mire, mi querido señor, si no nos hubiéramos metido en los Campos Elíseos, por los alrededores de la Bolsa que están terminando, en el barrio de Saint-Lazare y en Tivoli, no seguíamos hombrges te negocios como dice el gordo de Nucingen. ¿Qué es, bien pensado, La Madeleine? La cenicienta de los negocios. ¡Pfff! Nosotros no nos andamos con chiquitas, mi buen amigo —dijo dándole una palmada en el vientre a Birotteau y cogiéndolo por la cintura—. Venga, almorcemos y hablaremos mientras tanto —añadió Claparon, para suavizar la negativa.

—Acepto —dijo Birotteau.

«Peor para el otro comensal», pensó el perfumista, planeando emborrachar a Claparon para enterarse de quiénes eran sus auténticos socios en un asunto que empezaba a parecerle tenebroso.

—Muy bien. ¡Victoire! —gritó el banquero.

Acudió a sus voces una auténtica Léonarde aviada como una pescadera.

—Diga a mis empleados que no estoy para nadie, ni siquiera para Nucingen, los Keller, Gibonnet y los demás.

—Sólo ha venido el señor Lempereur.

—Pues que reciba él a la gente fina —dijo Claparon—. La morralla no

pasará de la habitación de la entrada. Pensarán que estoy planeando... abrir una botella de Champaña.

Emborrachar a un ex viajante de comercio es empresa imposible. Cuando César intentó confesar a su socio, fue por haber tomado su locuacidad de mal gusto por síntomas de embriaguez.

—Ese infame Roguin sigue con ustedes —dijo Birotteau—. ¿No deberían escribirle para que le echase una mano a un amigo a quien ha dejado en situación comprometida, a un hombre con el que cenaba todos los domingos y es conocido suyo desde hace veinte años?

— ¿Roguin?... ¡Un necio! Su parte es nuestra. No se amohíne, mi buen amigo, todo irá bien. ¡Pague el quince, y en la primera ocasión ya veremos si coopero! Y cuando digo que ya veremos si coopero (¡y permítame que sea ahora su copero!) es porque con los fondos no tengo nada que ver. Y si usted no me pagase no me vería enfurruñado, sólo estoy en el negocio por una comisión sobre las compras y por un derecho sobre las realizaciones, y a cambio de eso manejo a los propietarios... ¿Me entiende? Tiene usted unos socios muy sólidos, así que no tengo temor alguno, mi querido señor. ¡Hoy en día los negocios se dividen! ¡Exige un concierto de tantas capacidades un negocio! ¡Entre en los negocios con nosotros! No se ande con minucias de tarros de pomada y peines. ¡Malo, malo! Esquilme al público, entre en la especulación.

— ¿La especulación? —preguntó el perfumista—. ¿Y qué comercio es ése?

—Es el comercio abstracto —siguió diciendo Claparon—, un comercio que seguirá aún sin salir a la luz durante unos diez años, por lo que dice el gran Nucingen, ese Napoléon de las finanzas, y con el que un hombre abarca los totales de las cantidades y se lleva lo más sustancioso de las ganancias antes de que haya ganancias, una idea gigantesca, una forma de aprovecharse de la esperanza. ¡Una nueva Cábalá, en resumidas cuentas! Todavía no somos sino diez o doce cabezas privilegiadas las que nos hemos iniciado en los arcanos cabalísticos de esas estupendas combinaciones.

César abría los ojos y los oídos intentando entender aquella fraseología heterogénea.

—Fíjese —dijo Claparon tras hacer una pausa—. Golpes como éstos requieren determinados hombres. Está el hombre con ideas que no tiene un céntimo, como todos los hombres con ideas. A ése se le llena la cabeza y se le vacía el bolsillo como si tal cosa. ¡Imagínese un cerdo vagando por un bosque de trufas! Lo sigue una buena pieza, el hombre de dinero, que anda esperando el gruñido entusiasmado del hallazgo. Cuando el hombre de ideas encuentra

un buen negocio, el hombre de dinero le da una palmadita en el hombro y le dice: «Vamos, vamos. Se está metiendo en la boca del lobo, mi buen amigo, no da usted la talla. Aquí tiene mil francos y déjeme que este asunto lo organice yo». Bien. El banquero llama entonces a los industriales: «¡Amigos míos, manos a la obra!». ¡Folletos! ¡Camelos! Cogen cuernos de caza y vocean con acompañamiento de música de trompas: «¡Cien mil francos por veinticinco céntimos! O veinticinco céntimos por cien mil francos. Minas de oro, minas de carbón». En fin, toda la fachenda del comercio. Se compra la opinión de los hombres de ciencia o de los artistas, desfila la parada, entra el público y no lamenta lo que le ha costado la entrada y nosotros nos quedamos con la recaudación. Al cerdo lo meten en la pocilga con unas patatas y los demás se rebozan en billetes de banco. Así son las cosas, mi querido señor. Métase en negocios. ¿Qué quiere ser? ¿Cerdo, borrego, payaso o millonario? Piense en esto: le he dado la doctrina del préstamo de nuestros días. Venga a verme y verá a un buen chico siempre de humor jovial. ¡La jovialidad francesa, que es seria y frívola a la vez, no les resulta perjudicial a los negocios, antes bien! ¡Unos hombres que brindan juntos están hechos para entenderse! ¡Vamos! ¿Otra copa de vino de Champaña? ¡Venga, que es de los buenos! Me lo manda un señor del mismísimo Épernay, que vendió mucho y a buen precio por mediación mía (he sido viajante de vinos). Es agradecido y se acuerda de mí en mi prosperidad, cosa infrecuente.

Birotteau, a quien sorprendía la frivolidad y la despreocupación de aquel hombre a quien todo el mundo creía de pasmosa profundidad de pensamiento y gran capacidad, no se atrevía ya a preguntarle nada. Pero, entre la confusa excitación en que lo había puesto el vino de Champaña, recordó un nombre que había dicho Du Tillet e inquirió quién era y dónde vivía un banquero llamado señor Gobseck.

— ¿En ésas está usted, mi querido señor? —dijo Claparon—. Gobseck es tan banquero como médico el verdugo de París. Lo primero que dice es: cincuenta por ciento. Es de la escuela de Harpagon; pondrá a su disposición canarios, boas disecadas, pieles en verano y nanquín en invierno. ¿Y qué valores le iba usted a presentar? Para que le admitiera el papel sin respaldo tendría que entregarle a su mujer, a su hija, el paraguas, todo, hasta la sombrerera y los chanclos (lo suyo es el chanclo de bisagra), badil, tenazas, y hasta la leña que tiene en el sótano. ¿Gobseck, Gobseck? ¡Menuda solución! ¿Quién le ha aconsejado esa guillotina financiera?

—El señor Du Tillet.

— ¡Qué granuja! Muy propio de él. Hace tiempo fuimos amigos. Pero estamos tan peleados que ni nos saludamos. Puede creer que tengo buenas razones para que me repugne. Me permitió leer lo que lleva en el fondo de su alma de cieno; y me hizo sentirme muy violento durante el precioso baile que

nos dio usted. ¡No lo puedo soportar, con esos aires de fatuidad porque tiene a una notaria! Yo tendré marquesas cuando quiera. Y él no tendrá nunca mi consideración. ¡Ah, mi consideración es una princesa que nunca lo estorbará en la cama! Pero usted, compadre, es un bromista de tomo y lomo, oiga: nos da un bailongo y dos meses después viene a pedir unas renovaciones. ¡Lo lejos que podría usted llegar! Vamos a hacer negocios juntos. Tiene una reputación que me vendrá muy bien. ¡Ay, Du Tillet nació para entender a Gobseck! Du Tillet acabará mal en la plaza. Si, como se rumorea, es el ojeador del viejo ese, de Gobseck, no puede llegar lejos. Gobseck está en un rincón de su tela, agazapado como una araña vieja que ha dado la vuelta al mundo. Antes o después, fiu, el usurero se echará al colete a su hombre, igual que yo esta copa de vino. ¡Mejor! Du Tillet me hizo una jugada... ah, una jugada como para ahorcarlo.

\*\*

Tras hora y media dedicada a parloteos sin pies ni cabeza, Birotteau hizo intención de marcharse, al ver que el ex viajante estaba dispuesto a contarle la aventura de un representante del pueblo, en Marsella, enamorado de una actriz que representaba el papel de la HERMOSA ARSÈNE y a quien silbaban los monárquicos del patio de butacas.

—Se levanta —decía Claparon—, se pone de pie en su palco y con su acento cerrado dice: «¡A ver esos que silban... si es mujer no vale un pitoche, si es hombre nos veremos las caras, y si no es ninguna de las dos cosas, que el trueno de Dios se lo lleve!». ¿Y sabe cómo acabó la cosa?

—Adiós, caballero —dijo Birotteau.

—Tendrá usted que venir a verme —le dijo entonces Claparon—. La primera remesa de pagarés Cayron nos ha vuelto protestada y los endosaba yo. He pagado. Y lo voy a mandar llamar, porque ante todo están los negocios.

A Birotteau le hirió el corazón con la misma hondura aquella fría y gestera afabilidad que la dureza de Keller y la sorna alemana de Nucingen. El honrado perfumista sintió que le habían marchitado el alma las familiaridades de aquel hombre y sus grotescas confidencias que espoleaba el vino de Champaña y le pareció que salía de una casa de mala nota financiera. Bajó la escalera y salió a la calle, sin saber adónde iba. Siguió por los bulevares, llegó a la calle de Saint-Denis, se acordó de Molineux y encaminó sus pasos hacia La Cour Batave. Subió la escalera sucia y tortuosa que no ha mucho había subido triunfante y ufano. Recordó la agria mezquindad de Molineux y se estremeció al pensar en tener que suplicarle. El casero estaba al amor del fuego, como la primera vez que el perfumista había ido a verlo, pero haciendo la digestión del almuerzo. Birotteau le pidió lo que tenía que pedirle.

— ¿Renovar un efecto de mil doscientos francos? —dijo Molineux mostrando una burlona incredulidad—. No es posible que esté usted en ésas, caballero. Si no tiene usted mil doscientos francos el día quince para abonar mi pagaré, ¿me va a devolver el recibo del alquiler sin pagármelo? Ah, pues es algo que me contrariaría mucho, porque en cuestiones de dinero no tengo la menor cortesía. Vivo de mis alquileres. Sin ellos, ¿cómo iba a pagar lo que debo yo? A un comerciante no puede parecerle mal esta salutífera norma. El dinero no conoce a nadie; el dinero no tiene oídos; el dinero no tiene corazón. El invierno está siendo frío y la leña ha subido. Si no paga usted el quince, el dieciséis a mediodía le llegará un simpático mandamiento. Bah, ese buen Mitral, que es su agente judicial, lo es también mío y le hará llegar el mandamiento en sobre cerrado y con todas las consideraciones debidas a un hombre de su posición.

—Caballero, nunca he recibido ninguna citación que me afectara personalmente —dijo Birotteau.

—Alguna vez tenía que ser la primera —dijo Molineux.

Consternado con la rotunda ferocidad del viejecillo, el perfumista quedó desalentadísimo, pues oía cómo le sonaba en los oídos el toque de difuntos de la quiebra. Todos y cada uno de los toques espabilaba el recuerdo de cuantas palabras le había inspirado su implacable jurisprudencia en lo referido a quienes quebraban. Sus opiniones descollaban en trazos de fuego en la blanda sustancia del cerebro.

—Por cierto —dijo Molineux—, se le olvidó poner en sus efectos valor recibido en alquileres, que es algo que puede asegurarme mi ventaja.

—Mi posición me impide hacer nada que pueda perjudicar a mis acreedores —dijo el perfumista, aturdido al ver cómo se abría el precipicio.

—Bien, caballero, muy bien. Creí que en cuestión de alquileres, ya lo había aprendido todo con los señores inquilinos. Pero usted me está enseñando que no hay que aceptar nunca un pago en efectos. Ah, pues pienso ir a juicio, porque la respuesta que me ha dado dice a las claras que no hará usted honor a su firma. Y el asunto interesa a todos los caseros de París.

Birotteau salió de allí asqueado de la vida. Es propio de las almas tiernas y flojas desanimarse al primer rechazo, de la misma forma que un primer éxito les da aliento. César perdió ya la esperanza en todo cuanto no fuera la abnegación del joven Popinot, de quien se acordó lógicamente al verse en el mercado de Les Innocents.

«Pobre muchacho. ¿Quién me iba a decir todo esto cuando le di el empujón hace seis semanas en las Tullerías?».

Eran alrededor de las cuatro, la hora en que los magistrados salen del Palacio de Justicia. Por casualidad, el juez había ido a ver a su sobrino. Aquel juez, una de las cabezas más perspicaces en cuestiones de moral, tenía una doble vista que le permitía ver las intenciones ocultas, advertir el sentido de las acciones humanas más indiferentes, los gérmenes de un crimen, las raíces de un delito; miró a Birotteau sin que Birotteau lo advirtiera. El perfumista, a quien había contrariado encontrarse con el tío en casa del sobrino, le pareció molesto, preocupado, pensativo. El muchacho, que seguía atareado y con la pluma detrás de la oreja, estuvo como siempre a los pies del padre de Césarine. Las triviales frases que dijo César a su socio le parecieron al juez tapadera de alguna petición importante. En vez de irse, el astuto magistrado se quedó junto a su sobrino mal que le pesara a su sobrino, pues había calculado que el perfumista intentaría quitárselo de encima retirándose él. Cuando se marchó Birotteau, el juez se fue, pero se fijó en que Birotteau andaba dando vueltas por la parte de la calle de Les Cinq-Diamants que lleva a la calle de Aubry-le-Boucher. Aquella circunstancia mínima dio que sospechar al juez Popinot acerca de las intenciones de César. Se metió entonces en la calle de Les Lombards y, cuando vio que el perfumista volvía a entrar en casa de Anselme, se apresuró a regresar.

—Mi querido Popinot —le había dicho César a su socio—, vengo a pedirte un favor.

— ¿Qué hay que hacer? —preguntó Popinot con generoso entusiasmo.

— ¡Ay, me salvas la vida! —exclamó el buen hombre, dichoso con aquella calidez de corazón que refulgía en medio de los hielos entre los que llevaba veinticinco días viajando—. Me haría falta que me dices cincuenta mil francos a cuenta de mi parte de beneficios y ya llegaríamos a un acuerdo para el pago.

Popinot miró fijamente a César. César bajó la vista. En ese momento, volvió a presentarse el juez.

—Hijo mío... ¡Ay, usted perdone, señor Birotteau! Hijo mío, se me había olvidado decirte...

Y con imperioso ademán de magistrado, el juez se llevó a su sobrino a la calle y lo obligó, aunque sólo llevaba la chaqueta e iba con la cabeza al aire, a escucharlo mientras caminaban hacia la calle de Les Lombards.

—Querido sobrino, podría suceder que tu ex jefe estuviera metido en unos asuntos tan apurados que no le quedase más remedio que acabar declarándose en quiebra. Antes de llegar a eso, los hombres que tienen en su haber cuarenta años de probidad, los hombres más virtuosos, en su ansia por no perder la honra, hacen como los jugadores más empecinados, son capaces de todo:

venden a sus mujeres, trafican con sus hijas, comprometen a sus mejores amigos, empeñan lo que no les pertenece; se dan al juego, se vuelven comediantes y embusteros, saben llorar. En resumen, que he visto las cosas más extraordinarias. Tú mismo fuiste testigo de la campechanería de Roguin, que parecía que no había roto un plato en la vida. No es que le aplique estas crudas conclusiones al señor Birotteau, lo tengo por honrado, pero si te pide que hagas algo que vaya en contra de las leyes del comercio, como suscribir pagarés ficticios o meterte en un sistema de circulación de valores que, en opinión mía, es como el inicio de una estafa pues son como la moneda falsa del papel, prométeme que no firmarás nada sin consultarme. Piensa que, si estás enamorado de su hija, no debes arruinar tu porvenir en el propio beneficio de tu pasión. Si el señor Birotteau ha de caer, ¿para qué vais a caer los dos? ¿No supone eso acaso quedaros ambos sin todas las oportunidades de tu casa de comercio, que habrá de servirle de refugio?

—Gracias, tío, a buen entendedor pocas palabras bastan —dijo Popinot, que se explicaba ya la bochornosa exclamación de su jefe.

El vendedor de aceites finos y otros géneros volvió a su oscuro local con expresión preocupada. Birotteau notó el cambio.

—Hágame el honor de subir a mi cuarto; estaremos mejor que aquí. Aunque los dependientes están muy ocupados, podrían oírnos.

Birotteau fue en pos de Popinot, presa de la ansiedad que siente el condenado cuando no sabe si le admitirán o le rechazarán el recurso de casación.

—Mi querido bienhechor —dijo Anselme—, no dude de mi devoción por usted, que es ciega. Permítame sólo preguntarle si esa cantidad lo salva por completo o si se limita a aplazar alguna catástrofe y, en tal caso, ¿para qué arrastrarme a ella? Necesita pagarés a noventa días. Bien, pues dentro de tres meses, sé muy bien que no podré pagarlos.

Birotteau, pálido y solemne, se puso de pie y miró a Popinot.

Popinot, espantado, exclamó:

—Los haré si usted quiere.

— ¡Ingrato! —dijo el perfumista, que recurrió a las pocas fuerzas que le quedaban para tirarle a la cara esa palabra a Anselme como si fuera una marca de infamia.

Birotteau fue hacia la puerta y salió. Popinot, recobrado de la impresión que la terrible palabra le había causado, se abalanzó a la escalera y fue corriendo por la calle, pero no pudo encontrar al perfumista. El enamorado de Césarine siguió oyendo la terrible sentencia, tuvo constantemente ante la vista

el rostro descompuesto del pobre César; vivió, en resumen, como Hamlet, con un espantoso espectro junto a él.

Birotteau estuvo dando vueltas por las calles del barrio como un hombre borracho. Acabó, sin embargo, por llegar al muelle y lo fue siguiendo hasta llegar a Sèvres, en donde pasó la noche en una hospedería, con el juicio trastornado por el dolor. Y su mujer, asustada, no se atrevió a mandarlo buscar por ningún lado. En circunstancias tales, dar la alarma imprudentemente puede resultar nefasto. La sensata Constance inmoló su preocupación a la reputación comercial; se pasó la noche esperando, mezclando oraciones e inquietudes. ¿Había muerto César? ¿Había ido a hacer algún recado fuera de París, siguiendo la pista de una última esperanza? A la mañana siguiente se comportó como si supiera las razones de esa ausencia; pero mandó llamar a su tío y le pidió que fuera a la morgue cuando vio que a las cinco de la tarde Birotteau no había vuelto. Durante todo aquel tiempo, la valerosa mujer estuvo tras el mostrador, y su hija bordaba a su lado. Ambas, con expresión contenida, ni triste ni alegre, atendían al público. Cuando volvió Pillerault, lo acompañaba César. Al regresar de la Bolsa, se lo había encontrado en la plaza de Le Palais-Royal, sin saber si irse o no a jugar a un garito. Estaban a catorce. César no pudo comer durante la cena. Tenía el estómago tan violentamente encogido que no admitía los alimentos. La velada volvió a ser tremenda. El negociante padeció por centésima vez una de esas espantosas alternancias de esperanza y desesperación que, al elevar hasta el alma la gama completa de las sensaciones jubilosas y arrojarla luego a la más extremosa sensación de dolor, desgastan esas naturalezas débiles. Derville, el procurador de Birotteau, llegó y se abalanzó dentro del lujoso salón en donde la mujer de César recurría a todo su poder para sujetar a su pobre marido, que quería irse a dormir al quinto piso para, a lo que decía, «no ver los monumentos de mi insensatez».

—Hemos ganado el pleito —dijo Derville.

Al oír esas palabras, se le relajó a César el crispado rostro; pero su alegría asustó al tío Pillerault y a Derville. Las mujeres se fueron, espantadas, a llorar al cuarto de Césarine.

—Entonces puedo pedir préstamos —exclamó el perfumista.

—Sería una imprudencia —dijo Derville—, porque han recurrido y el Tribunal de Casación puede modificar el veredicto. Pero dentro de un mes ya tendremos sentencia firme.

— ¡Un mes!

César cayó en un amodorramiento del que nadie intentó sacarlo. Aquella suerte de catalepsia al revés, durante la que el cuerpo vivía y sufría mientras las funciones de la inteligencia estaban en suspenso, aquel respiro que el azar

les concedía, Constance, Césarine, Pillerault y Derville lo consideraron, y con razón, un favor divino. Birotteau pudo así soportar las dolorosas emociones de la noche. Estaba en una poltrona junto a la chimenea; del otro lado estaba su mujer, que lo miraba atentamente con una dulce sonrisa en los labios, una de esas sonrisas que demuestran que las mujeres se hallan más cerca que los hombres de la forma de ser de los ángeles, porque saben mezclar una ternura infinita con la compasión más absoluta, lo cual es un secreto que sólo pertenece a los ángeles que se vislumbran en algunos sueños que la providencia esparce muy de vez en cuando por la vida humana. Césarine, sentada en un taburete bajo, se hallaba a los pies de su madre y rozaba a veces con el pelo las manos de su padre al hacerle una caricia con la que intentaba transmitir esos pensamientos que en crisis como aquélla resultan importunos para dichos.

Sentado en su sillón igual que el canciller De L'Hospital en el suyo en el peristilo de la Cámara de Diputados, Pillerault, aquel filósofo dispuesto a todo, dejaba que se le trasluciera en el rostro esa misma inteligencia que llevan grabada en la frente las esfinges egipcias y conversaba en voz baja con Derville. Constance había querido consultar al procurador, de cuya discreción no podía dudarse. Como tenía el estado de cuentas en la cabeza, le expuso por lo bajo la situación a Derville. Tras conferenciar durante una hora más o menos ante los ojos del aturdido perfumista, el procurador movió la cabeza mirando a Birotteau.

—Señora —dijo con la espantosa sangre fría de los hombres de negocios—, hay que declarar la quiebra. Incluso suponiendo que, recurriendo a algún artificio, consiguieran pagar mañana, tendrán que liquidar al menos trescientos mil francos antes de poder pedir un préstamo sobre la totalidad de los terrenos. Frente a un pasivo de quinientos mil francos, cuentan ustedes con un activo considerable y muy productivo, pero que no se puede realizar, y sucumbirán a plazo fijo. Opino que vale más tirarse por la ventana que rodar por las escaleras.

—Yo también lo opino, hijita —dijo Pillerault.

La mujer de César y Pillerault acompañaron hasta la puerta a Derville.

—Pobre padre mío —dijo Césarine, que se levantó despacio para darle a César un beso en la frente—. ¿Anselme no ha podido hacer nada? —preguntó cuando regresaron su madre y su tío.

— ¡Ingrato! —exclamó César, a quien esa palabra hirió en el único lugar vivo del recuerdo, igual que la tecla de un piano cuyo martillo golpea la cuerda.

Desde el momento en que le arrojó César esa palabra como un anatema,

Popinot no había tenido ni un momento de sueño ni un instante de tranquilidad. El desdichado joven maldecía a su tío y fue a verlo. Para conseguir la capitulación de aquella veterana experiencia jurídica, desplegó la elocuencia del amor, con la esperanza de seducir al hombre sobre quien las palabras humanas resbalan como el agua sobre un hule: un juez.

—En términos de comercio —le dijo—, el uso autoriza que el socio gerente pague determinada cantidad al socio comanditario como anticipo de beneficios. Y nuestra sociedad dará beneficios. Después de haber revisado a fondo el negocio, me siento con solidez suficiente para pagar cuarenta mil francos en tres meses. La probidad del señor César permite creer que esos cuarenta mil francos los usará para liquidar sus pagarés. Y de esa forma, los acreedores, si se llega a la quiebra, no podrán hacernos ningún reproche. Además, tío, prefiero perder cuarenta mil francos que perder a Césarine. Mientras estoy hablando con usted, seguramente ya está enterada de mi negativa y tendrá mala opinión de mí. ¡Prometí derramar mi sangre por mi bienhechor! Estoy en el mismo caso que el marinero joven que tiene que hundirse asiéndole la mano al capitán, que el soldado que debe perecer con su general.

—Buen corazón y mal negociante: no bajas nada en mi estima —dijo el juez estrechando la mano a su sobrino—. He estado pensando mucho en todo eso —añadió—; sé que estás locamente enamorado de Césarine y creo que puedes dar satisfacción a las leyes del corazón y a las del comercio.

— ¡Ay, tío! Si ha encontrado una solución, me salva el honor.

—Adelántale a Birotteau cincuenta mil francos con un pacto de retracto referido a sus intereses en vuestro Aceite, que ahora es como una propiedad. Ya te redactaré el documento.

Anselme besó a su tío, volvió a su casa, emitió efectos por valor de cincuenta mil francos y fue corriendo desde la calle de Les Cinq-Diamants a la plaza de Vendôme, por lo que, en el preciso instante en que Césarine, su madre y su tío estaban contemplando al perfumista, sorprendidos por el acento sepulcral con que había pronunciado la palabra «¡Ingrato!» en respuesta a la pregunta de su hija, se abrió la puerta del salón y apareció Popinot.

—Mi jefe querido y amadísimo, aquí traigo lo que me había pedido —dijo enjugándose la frente cubierta de sudor. Y le alargó los pagarés—. Sí, he estado estudiando a fondo mi posición y no debe tener temor alguno, podré pagar. Salve usted su honor.

—Tenía total seguridad en él —exclamó Césarine tomándole la mano a Popinot y estrechándola con fuerza convulsa.

La mujer de César besó a Popinot y el perfumista se irguió como un justo

que oyera la trompeta del Juicio Final. ¡Era como si saliera de la tumba! Luego tendió la mano con un ademán frenético para coger los cincuenta papeles timbrados.

—Un momento —dijo el terrible tío Pillerault, arrebatándole a Popinot los pagarés—. ¡Un momento!

Las cuatro personas que componían esta familia, César y su mujer, Césarine y Popinot, aturdidos por la acción del tío y por su tono, lo miraron aterrados mientras rasgaba los pagarés y los arrojaba al fuego, en donde se consumieron sin que ninguno de ellos pudiera agarrarlos al pasar.

— ¡Tío!

— ¡Tío!

— ¡Tío!

— ¡Señor!

Fueron cuatro voces, cuatro corazones en uno, una sobrecogedora unanimidad. El tío Pillerault cogió por el cuello al muchacho, lo estrechó en sus brazos y lo besó en la frente.

—Te mereces que te adoren cuantos tengan un corazón en el pecho —le dijo—. Si estuvieras enamorado de una hija mía, aunque tuviera ella un millón y tú sólo tuvieras esto —e indicó las cenizas negras de los efectos—, si ella te quisiera estaríais casados dentro de quince días. Tu jefe —dijo, señalando a César— está loco. Sobrino —siguió diciendo el severo Pillerault, dirigiéndose al perfumista—, sobrino, ¡se acabaron las ilusiones! Los negocios se hacen con escudos, no con sentimientos. Esto es sublime, pero inútil. Me he pasado dos horas en la Bolsa, no tienes ni dos ochavos de crédito, todo el mundo hablaba de tu desastre, de que te habían negado las renovaciones, de los intentos que habías hecho con varios banqueros, de cómo te habían rechazado, de tus desatinos, de que habías subido seis pisos para ir a ver a un casero que charla por los codos para que te renovase mil doscientos francos, del baile que diste para disimular tu situación apurada. Hay quien llega incluso a decir que no tenías ningún dinero en la notaría de Roguin. Según vuestros enemigos, Roguin es un pretexto. Un amigo mío, a quien le encargué que se enterase de todo, vino a confirmarme mis sospechas. Todo el mundo se malicia que Popinot emitirá unos efectos. Le diste una posición ex profeso para convertirlo en una plancha de imprimir billetes. En resumen, que todas las calumnias y las maledicencias de que se hace acreedor un hombre que quiere subir un peldaño en la escala social andan dando vueltas a estas horas por el mundo del comercio. Andarás cargado en vano durante ocho días con los cincuenta pagarés de Popinot por todos los mostradores, soportarás humillantes negativas y nadie te los aceptará: no hay nada que demuestre la cantidad por la

que los emites y todos esperan que sacrifiques a este pobre muchacho para salvarte tú. ¡Habrías dejado a la Casa Popinot sin crédito sin sacar nada en limpio! ¿Sabes cuánto te daría el descontador más arriesgado por esos cincuenta mil francos? Veinte mil, veinte mil, ¿me oyes? En el comercio, hay momentos en que hay que poder aguantar tres días a la vista de todos sin comer, como si se tuviera una indigestión, y al cuarto día te admiten en la despensa del crédito. Pero el caso es que tú no puedes aguantar esos tres días. Mi pobre sobrino, ten valor. Tienes que declararte en quiebra. Aquí está Popinot y aquí estoy yo; nos pondremos a trabajar los dos juntos, en cuanto se vayan a la cama los dependientes, para ahorrarte esas angustias.

—Tío —dijo el perfumista, juntando las manos.

—César, ¿quieres acabar en una quiebra deshonrosa en que no haya activo? Tus intereses en la Casa Popinot te dejan a salvo el honor.

César, al iluminarlo este fatal y definitivo rayo de luz, vio por fin la espantosa verdad en toda su amplitud y volvió a desplomarse en la poltrona; y desde ella, cayó de rodillas. Se le extravió la razón y volvió a ser como un niño. Su mujer, creyendo que se moría, se arrodilló para incorporarlo. Pero se sumó a él cuando lo vio juntar las manos, alzar los ojos y decir con resignada solemnidad, en presencia de su tío, de su hija y de Popinot, la sublime oración de los católicos:

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, vénganos el tu reino. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLE HOY. Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Amén.

Le asomaron las lágrimas a los ojos al estoico Pillerault. Césarine, acongojada y hecha un mar de lágrimas, recostaba la cabeza en el hombro de Popinot, pálido y tieso como una estatua.

—Vamos abajo —dijo el ex negociante al joven, tomándolo del brazo.

A las once y media dejaron a César atendido por su mujer y su hija. En aquel momento, Célestin, el encargado, que durante aquella secreta tormenta había estado a cargo del comercio, subió a la vivienda y entró en el salón. Al oír sus pasos, Césarine corrió a abrirle para que no viera la postración del dueño.

—Entre las cartas de esta noche —dijo Célestin—, había una que venía de Tours y llevaba la dirección mal puesta. Por eso tardó más en llegar. Me pareció que era del hermano del señor y no la he abierto.

—Padre —gritó Césarine—. Una carta de mi tío de Tours.

— ¡Ah, estoy salvado! —dijo César—. ¡Hermano mío, hermano mío! —dijo besando la carta.

## RESPUESTA DE FRANÇOIS A CÉSAR BIROTTEAU

Tours, a 17 de los corrientes

Mi queridísimo hermano:

Tu carta me ha afligido mucho; por eso, tras haberla leído, fui a ofrecerle a Dios el santo sacrificio de la misa y la dije por ti, pidiendo, por la sangre que su Hijo, nuestro divino Redentor, vertió por nosotros, que mirase tus penas con ojos misericordiosos. En el momento en que rezaba la oración Pro meo fratre Cæsare, se me llenaron los ojos de lágrimas al acordarme de ti, de quien, por desgracia, estoy separado en estos días en que debes de precisar del apoyo de la ayuda fraterna. Pero pensé que seguramente el digno y respetable señor Pillerault me sustituiría. Mi querido César, que no se te olvide, en medio de tus penas, que esta vida es una vida de pruebas y pasajera y que un día recibiremos el premio de haber padecido por el santo nombre de Dios y nuestra santa madre Iglesia y por haber respetado los mandatos del Evangelio y haber sido virtuosos: si fuera de otro modo, las cosas de este mundo no tendrían ni pies ni cabeza. Te repito estos preceptos aunque sé cuán piadoso y bueno eres porque puede suceder que las personas que, como tú, se ven arrojadas a las tormentas del siglo y lanzadas al peligroso mar de los intereses humanos, caigan en blasfemias, en medio de las adversidades, por algún arrebatado de dolor. No maldigas ni a los hombres que te hieran ni a Dios que pone amarguras en la vida de la forma que a él le place. No mires al suelo, antes bien, alza siempre los ojos al cielo: de él le llega el consuelo al débil, en él están las riquezas del pobre y en él están los espantos del rico...

—Pero Birotteau —dijo su mujer—, sáltate eso y mira a ver si nos manda algo.

—Volveremos a leer esta carta con frecuencia —siguió el comerciante, secándose las lágrimas y entreabriendo la carta, de la que cayó un libramiento del tesoro público—. Tenía seguridad en él, pobre hermano mío —dijo Birotteau cogiendo el libramiento.

Y siguió leyendo con voz entrecortada por el llanto:

... Fui a ver a la señora De Listomère y, sin decirle el motivo de mi petición, le rogué que me prestase todo aquello de cuanto pudiera disponer a mi favor, para incrementar el fruto de mis ahorros, Merced a su generosidad he podido reunir la cantidad de mil francos y te envió un libramiento del recaudador general del Tesoro en Tours.

— ¡Pues sí que estamos aviados! —dijo Constance, mirando a Césarine.

Prescindiendo de algunas cosas superfluas, podré devolverle en tres años a la señora De Listomère los cuatrocientos francos que me ha prestado, así que no te preocupes, mi querido César. Te mando cuanto tengo en el mundo y deseo que esta cantidad pueda ayudarte a poner fin con felicidad a tus apuros comerciales que es muy probable que no sean sino transitorios. Sé bien tu delicadeza y quiero anticiparme a tus objeciones. Ni se te ocurra pagarme interés alguno por esta cantidad ni devolvérmela llegado el día de una prosperidad que no ha de tardar en amanecer para ti si Dios se digna atender las plegarias que a diario he de dirigirle. A tenor de la última carta que de ti me llegó hace dos años, te creía rico y pensé que podía disponer de mis ahorros en beneficio de los pobres, pero ahora te pertenece cuanto tengo. Cuando en tu derrotero hayas superado este pasajero temporal, quédate con esa cantidad para mi sobrina Césarine, para que, cuando ponga casa, pueda emplearla en alguna bagatela que le recuerde a este viejo tío suyo que alzaré siempre las manos al cielo para pedirle a Dios que reparta bendiciones sobre ella y sobre cuantos seres le sean queridos. Y, para terminar, mi querido César, recuerda que soy un pobre sacerdote que va por donde Dios quiere, igual que las alondras de los campos, siguiendo mi camino sin ruido e intentando obedecer a los mandamientos de nuestro divino Salvador por lo que, en consecuencia, bien poca cosa necesito. No tengas, pues, el mínimo escrúpulo en la difícil circunstancia en que te hallas y piensa en mí como en alguien que te quiere con ternura. Nuestro buen padre Chapeloud, a quien no he contado la situación que te aqueja y sabe que te estoy escribiendo, me encarga que te envíe todo lo mejor para todas las personas de tu familia y desea que continúe tu prosperidad. Adiós, queridísimo hermano, hago votos para que, en la circunstancia en que te hallas, te conceda Dios la gracia de conservaros la salud a ti, a tu mujer y a tu hija, y os deseo a todos paciencia y valor en la adversidad.

FRANÇOIS BIROTTEAU,  
sacerdote, vicario de la iglesia catedral  
y parroquial de Saint-Gatien de Tours

— ¡Mil francos! —exclamó la señora Birotteau furiosa.

—Guárdalos —dijo muy serio César—. Es todo lo que tiene. Y, además, son de nuestra hija y tienen que permitirnos vivir sin pedirles nada a nuestros acreedores.

—Se creerán que les hurtas cantidades elevadas.

—Les enseñaré la carta.

—Dirán que es cuento.

—Dios mío, Dios mío —exclamó César aterrado—, eso mismo pensé yo de infelices que seguramente estaban en la situación en que estoy yo ahora.

Preocupadísimas por el estado en que se hallaba César, la madre y la hija se quedaron a su lado haciendo labor de aguja en hondo silencio. A las dos de la mañana, Popinot abrió despacio la puerta del salón e hizo una seña a la mujer de César para que bajase. Al ver a la sobrina, el tío se quitó los lentes.

—Hijita, hay esperanzas —le dijo—, no todo está perdido; pero tu marido no podría resistir los altos y bajos de las negociaciones que habrá que llevar a cabo y que vamos a intentar Anselme y yo. Mañana no dejes la tienda y anota todas las direcciones de quienes traigan pagarés, porque tenemos hasta las cuatro. Esto es lo que se me ha ocurrido: del señor Ragon y de mí no hay que preocuparse. Supongamos ahora que los cien mil francos vuestros que estaban en depósito en la notaría de Roguin se les hubieran dado a los compradores. Tampoco los tendríais ahora. Os las tenéis que ver con ciento cuarenta mil francos que le habéis suscrito a Claparon y que, en cualquier caso, teníais que pagar. Así que no os arruináis por la bancarrota de Roguin. Para hacer frente a vuestras obligaciones veo que hay cuarenta mil francos que antes o después tendréis que pedir prestados con la garantía de vuestra fábrica y sesenta mil francos de efectos Popinot. Así que es posible plantar cara, porque luego podréis pedir un préstamo con la garantía de los terrenos de La Madeleine. Si vuestro acreedor principal se aviene a echaros una mano, no escatimaré mi dinero, venderé mis rentas y me quedaré sin nada que llevarme a la boca, Popinot andará entre la vida y la muerte; y vosotros, a la merced del mínimo acontecimiento comercial. Pero el Aceite va a dar sin duda muchos beneficios. Popinot y yo acabamos de estarlo hablando y os apoyaremos en esta lucha. Ay, comeré con gusto pan solo si es por ver apuntar el éxito en el horizonte. Pero todo depende de Gigonnet y de los socios Claparon. Popinot y yo iremos a casa de Gigonnet entre las siete y las ocho y sabremos a qué atenernos acerca de las intenciones de todos ellos.

Constance, trastornada, se arrojó en brazos de su tío, sin más voz que las lágrimas y los sollozos. Ni Popinot ni Pillerault podían saber que Bidault, llamado Gigonnet, y Claparon eran Du Tillet bajo una apariencia doble y que Du Tillet quería leer en el diario de avisos de los tribunales este terrible artículo:

Juicio del Tribunal de Comercio para declarar al señor César Birotteau, comerciante perfumista, residente en París, en la calle de Saint-Honoré, n.º 397, en estado de quiebra; se fija provisionalmente la apertura para el 16 de enero de 1819. Juez delegado: señor Gobenheim-Keller. Agente: señor Molineux.

Anselme y Pillerault estuvieron examinando los asuntos de César hasta que

se hizo de día. A las ocho de la mañana, los dos heroicos amigos, soldado veterano uno de ellos y el otro, suboficial reciente, que nunca habían de saber más que por delegación qué horribles angustias sentían quienes habían subido la escalera de Bidault, llamado Gigonnet, se encaminaron, sin decirse una palabra, a la calle de Grenétat. Sufrían. En varias ocasiones, Pillerault se pasó la mano por la frente.

La calle Grenétat es una calle en donde todas las casas, en donde proliferan infinidad de comercios, muestran un aspecto repulsivo. Los edificios son espantosos. Impera la infame suciedad de las fábricas. El anciano Gigonnet vivía en el tercer piso de una finca cuyas ventanas eran todas basculantes y de cristales pequeños y sucios. La escalera llegaba casi hasta la calle. La portera estaba en el entresuelo, metida en un chiscón que no recibía luz más que de la escalera. Salvo Gigonnet, todos los inquilinos eran artesanos. Salían y entraban operarios continuamente. Cubría, pues, los peldaños una capa de barro, duro o blando, según estuviera el ambiente, donde perduraban las inmundicias. En todos los rellanos de aquella escalera fétida se veían los nombres de los fabricantes escritos en letras doradas sobre una chapa pintada de rojo y barnizada, con muestras de sus obras maestras. La mayor parte del tiempo, por las puertas abiertas se podía ver el curioso matrimonio del hogar y la fábrica; y salían de ellas gritos y gruñidos inauditos, canciones, silbidos que recordaban las cuatro de la tarde entre los animales de la Casa de Fieras del Jardín Botánico. En el primer piso, en un cuchitril asqueroso, hacían los mejores tirantes de los bazares de Artículos de París. En el segundo, confeccionaban, entre basuras infectas, las más elegantes cajas de cartón que adornan los escaparates el día de Año Nuevo. Gigonnet murió, en posesión de una fortuna de un millón ochocientos mil francos, en el tercer piso de esa casa, sin que razonamiento alguno hubiera conseguido sacarlo de ella, pese a que su sobrina, la señora Saillant, le ofrecía proporcionarle una vivienda en un palacete de la Place Royale.

—Valor —dijo Pillerault, usando el llamador que colgaba de un cordón en la puerta, gris y pulcra, de Gigonnet.

Gigonnet acudió a abrir en persona. Los dos padrinos del perfumista en aquella justa en la palestra de la quiebra cruzaron una primera habitación, decente y fría, sin cortinas en las ventanas. Se sentaron los tres en la segunda, en la que solía estar el descontador ante un hogar repleto de cenizas entre las cuales la leña pugnaba con el fuego. A Popinot se le heló el alma al ver las carpetas verdes del usurero, la severidad monástica de aquel gabinete tan ventilado como un sótano. Miró con expresión aturdida el mezquino papel azulenco salpicado de florecillas tricolores que llevaba veinticinco años pegado en la pared y fijó luego la entristecida mirada en la chimenea que ornaba un reloj en forma de lira y unos jarrones alargados azul de Sèvres con

rica montura de cobre dorado. Aquel pecio, que recogió Gigonnet en el naufragio de Versailles cuando el populacho lo destrozó todo, procedía del tocador de la reina; pero a aquellas espléndidas piezas les hacían compañía dos candelabros de mísero modelado, hechos de hierro batido, que recordaban, con tan brutal contraste, las circunstancias que lo causaban.

—Sé que es imposible que vengan por algún asunto de ustedes —dijo Gigonnet—, sino por alguno del gran Birotteau. ¿Qué sucede, amigos míos?

—Sé que no vamos a decirle nada nuevo; en consecuencia seremos breves —dijo Pillerault—. ¿Tiene usted efectos con libramiento de Claparon?

—Sí.

— ¿Quiere canjear los primeros cincuenta mil por efectos del señor Popinot aquí presente, aplicando un descuento, desde luego?

Gigonnet se quitó el terrible gorro verde con el que parecía haber nacido, dejó al aire la cabeza de color mantequilla y sin un pelo, puso su mueca a lo Voltaire y dijo:

—Quieren pagarme con aceite para el pelo. ¿Y a mí de qué me iba a valer?

—Cuando usted bromea sólo se puede tomar soleta —dijo Pillerault.

—Habla usted como el sabio que es —le dijo Gigonnet con sonrisa halagadora.

— ¿Y si endoso yo los efectos del señor Popinot? —dijo Pillerault, haciendo un último esfuerzo.

—Usted es como el oro en barras, señor Pillerault, pero no necesito oro. Lo único que necesito es mi dinero.

Pillerault y Popinot se despidieron y se fueron. Al acabar de bajar la escalera, aún le flaqueaban las piernas a Popinot.

— ¿Es un hombre? —le preguntó a Pillerault.

—Eso dicen —contestó el anciano—. ¡Que no se te olvide nunca esta breve sesión, Anselme! Acabas de ver la Banca sin el carnaval de sus modales amables. Los acontecimientos imprevistos son los tornillos de la prensa, nosotros somos la uva y los banqueros son los toneles. El negocio de los terrenos seguramente es bueno. Gigonnet, o alguien que está detrás de él, quiere estrangular a César para vestirse con su piel. Todo está dicho, ya no hay solución. ¡Esto es la Banca! ¡No recurras nunca a ella!

Tras aquella espantosa mañana en que la señora Birotteau, por vez primera, apuntó las direcciones de quienes venían a cobrar su dinero y despidió al mozo del banco sin pagarle, aquella valiente mujer, dichosa por haber ahorrado esas

penas a su marido, vio regresar a las once de la mañana a Anselme y Pillerault, a quienes estaba esperando presa de ansiedad creciente. Les leyó su sentencia en el rostro. Era inevitable la declaración de quiebra.

—Se va a morir de dolor —dijo la pobre mujer.

—Se lo deseo —dijo muy serio Pillerault—; pero es tan piadoso que, en las actuales circunstancias, sólo puede salvarlo su director espiritual, el padre Loraux.

Pillerault, Popinot y Constance esperaron hasta que un dependiente fue a buscar al padre Loraux antes de presentarle a César la declaración del estado de cuentas, que estaba preparando Célestin, para que la firmase. Los dependientes estaban consternados, tenían cariño a su patrón. A las cuatro, llegó el buen sacerdote. Constance lo puso al tanto de la desdicha que se les venía encima y allá fue el sacerdote, igual que un soldado va al ataque.

—Ya sé por qué viene —exclamó Birotteau.

—Hijo mío —dijo el sacerdote—, hace mucho que sé de sus sentimientos de resignación ante la voluntad divina; pero ahora de lo que se trata es de llevarlos a la práctica: no pierda nunca de vista la cruz, no deje de mirarla acordándose de todas las humillaciones que hicieron padecer al Salvador de los hombres y cuán cruel fue su pasión. Y así podrá usted soportar las mortificaciones que le envía Dios...

—Mi hermano el cura ya me había preparado —dijo César, alargando a su confesor la carta que había recibido para que la viera.

—Tiene usted un buen hermano —dijo el padre Loraux—, una mujer virtuosa y dulce, una hija tierna, dos amigos de verdad: su tío y el querido Anselme, dos acreedores indulgentes: los Ragon; todas esas almas buenas le pondrán un bálsamo continuo en las llagas y lo ayudarán a llevar la cruz. Prométame que tendrá la firmeza de un mártir y se enfrentará al golpe sin desfallecer.

El sacerdote tosió para avisar a Pillerault, que estaba en el salón.

—Tengo una resignación sin límites —dijo César sin perder la calma—. He caído en la deshonra y no debo pensar sino en la reparación.

La voz del infeliz perfumista y su expresión llamaron la atención a Césarine y al sacerdote. No obstante, nada podía haber más natural. Todos los hombres soportan mejor una desgracia conocida que las crueles alternativas de un destino que tan pronto trae consigo alegría excesiva como dolor extremado.

—He estado veintidós años soñando y me despierto hoy con el bastón en la mano —dijo César, volviendo a ser un pastor de Turena.

Al oír esas palabras, Pillerault abrazó a su sobrino. César vio a su mujer, a Anselme y a Célestin. Los papeles que llevaba en la mano el encargado eran muy significativos. César miró con tranquilidad a aquel grupo en que todas las miradas eran tristes, pero amigas.

— ¡Un momento! —dijo, quitándose la condecoración y dándosela al padre Loraux—, devuélvame la cuando pueda llevarla sin avergonzarme. Célestin —añadió, dirigiéndose al encargado—, escriba mi dimisión como teniente de alcalde. El padre le dictará la carta. Póngale fecha del día catorce. Y haga que Raguet se la lleve al señor de La Billardière.

Célestin y el padre Loraux bajaron. Durante un cuarto de hora más o menos, reinó un hondo silencio en el gabinete de César. Tamaña firmeza sorprendió a la familia. Regresaron Célestin y el sacerdote. César firmó su dimisión. Cuando el tío Pillerault le presentó la declaración del estado de cuentas, el pobre hombre no pudo reprimir un tremendo sobresalto nervioso.

—Dios mío, ten misericordia de mí —dijo firmando el terrible documento y alargándoselo a Célestin.

—Señor Birotteau —dijo entonces Anselme Popinot, por cuyo nublado rostro pasó un relámpago luminoso—, señora, háganme el honor de concederme la mano de la señorita Césarine.

Al oír esa frase, a todos los presentes se les llenaron los ojos de lágrimas, menos a César, que se puso de pie, tomó la mano de Anselme y, con voz hueca, le dijo:

—Hijito, nunca te casarás con la hija de un hombre en quiebra.

Anselme miró fijamente a Birotteau y le dijo:

— ¿Se compromete en presencia de toda su familia a acceder a nuestra boda, si es que la señorita me acepta por marido, el día en que se rehabilite de la quiebra?

Hubo un momento de silencio durante el cual a todos los emocionaron los sentimientos que se le reflejaron en el rostro desmadejado al perfumista.

—Sí —dijo por fin.

Anselme hizo un ademán indecible para tomar la mano que Césarine le tendía, y se la besó.

— ¿También usted consiente? —le preguntó a Césarine.

—Sí —dijo ella.

—Pues entonces ya soy por fin de la familia y tengo derecho a ocuparme de sus negocios —dijo Anselme, con peculiar expresión.

Salió precipitadamente para que no se le notase una alegría que contrastaba demasiado con el dolor de su patrón. ¡No era que Anselme se alegrase de la quiebra, pero el amor es tan suyo y tan egoísta! La propia Césarine notaba en el corazón una emoción que se contradecía con su amarga tristeza.

—Ya que estamos en ello —le dijo Pillerault al oído a Césarine—, vamos a darle todos los golpes juntos.

A la señora Birotteau se le escapó un ademán de dolor en vez de uno de asentimiento.

—Sobrino —dijo Pillerault, dirigiéndose a César—, ¿qué piensas hacer?

—Seguir adelante con el comercio.

—No estoy de acuerdo —dijo Pillerault—. Liquidada tu activo y repártelo entre los acreedores y que no se te vuelva a ver en la plaza de París. Muchas veces me he imaginado que estaba en una situación análoga a la tuya... (¡Ay, en el comercio hay que preverlo todo! El negociante que no piensa en la quiebra es como un general que pensase que no lo iban a derrotar nunca; sólo es un negociante a medias). Yo nunca habría seguido adelante. ¡Cómo! ¿Estar ruborizándome continuamente ante unos hombres a quienes he perjudicado, recibir sus miradas desafiantes y sus tácitos reproches? Puedo concebir la guillotina... En un momento ya se ha acabado todo. Pero tener una cabeza que vuelve a nacer y notar que te la cortan todos los días, eso es un suplicio que habría rehuido. ¡Hay muchos que siguen con su negocio como si tal cosa! ¡Mejor para ellos! Tienen más entereza que Claude-Joseph Pillerault. Si pagas al contado, y no te queda más remedio que pagar al contado, dirán que has sabido apartarte unos recursos; si no tienes un céntimo, nunca puedes levantar cabeza. De ninguna manera. Así que entrega tu activo, vende el negocio y dedícate a otra cosa.

—Pero ¿a qué? —preguntó César.

— ¡Pues búscate un empleo! ¿Es que no tienes protecciones? ¡Los duques de Lenoncourt, la señora de Mortsauf, el señor de Vandenesse! —dijo Pillerault—. Escríbeles, vete a verlos, te meterán en la Casa de Su Majestad cobrando alrededor de mil escudos. Tu mujer bien podrá ganar otro tanto. Y tu hija también, a lo mejor. La situación no es desesperada. Entre los tres juntaréis unos diez mil francos anuales. En diez años, habrás podido pagar cien mil francos, porque no gastarás nada de lo que ganéis: a tus dos mujeres les daré mil quinientos francos para sus gastos. ¡Y contigo ya veremos qué pasa!

Fue Constance, y no César, quien meditó estas sabias palabras. Pillerault se fue a la Bolsa, cuyas sesiones se celebraban a la sazón en una edificación de tablonés que formaba una sala redonda a la que se entraba por la calle de

Feydeau. La quiebra del perfumista bien considerado y a quien había gente que envidiaba, se sabía ya y movía un barullo general entre el gran comercio, que por entonces era de tendencias constitucionales. Los comerciantes liberales veían en la fiesta de Birotteau un audaz ataque a sus sentimientos. Esa gente de la oposición pretendía monopolizar el amor a la patria. Los monárquicos, que amasen al rey, pero amar a la patria era un privilegio de la izquierda; el pueblo le pertenecía. El poder había hecho mal en alegrarse, por mediación de sus órganos, de un acontecimiento al que los liberales querían sacar provecho en exclusiva. La caída de un protegido de Palacio, de un posible ministro, de un monárquico irredento que había ofendido el 13 de vendimiario a la Libertad peleando contra la gloriosa Revolución Francesa, aquella caída exacerbaba los cotilleos y los aplausos de la Bolsa. Pillerault quería enterarse de qué pensaba la gente y estudiarlo. Encontró, en uno de los grupos más animados, a Du Tillet, a Gobenheim-Keller, a Nucingen, al anciano Gillaume y a su yerno, Joseph Lebas, a Claparon, a Gigonnet, a Mongenod, a Camusot, a Gobseck, a Adolphe Keller, a Palma, a Chiffreville, a Matifat, a Grindot y a Lourdois.

— ¡Pero con qué prudencia hay que andarse! —dijo Gobenheim a Du Tillet—. ¡Por poco le conceden un crédito mis cuñados a Birotteau!

—Yo me he quedado sin diez mil francos que me pidió hace quince días; se los di sin más garantía que su firma —dijo Du Tillet—. Pero me hizo un favor hace tiempo; no lamento la pérdida.

—Su sobrino ha hecho como todos los demás —dijo Bourdois a Pillerault—. ¡Se ha metido en fiestas! ¡Concibo que un granuja intente cegar a los demás para avivar la confianza, pero que un hombre que pasaba por ser la flor y nata de las personas honradas recurra a las mañas de ese charlatanismo con el que siempre nos estamos metiendo!

—Como sanguijuelas —dijo Gobseck.

—No hay que fiarse más que de los que viven en cuchitriles, como Claparon —dijo Gigonnet.

—Hay que feg —dijo el obeso barón Nucingen—. Queguía ustet hacegme una mala hugata mantanto a Pigotteau que finiega a fegme. Y no sé pogqué —añadió volviéndose hacia el industrial Gobenheim— no mantó a puscag a mi casa cincuenta mil fgancos; se los hapgía tato.

— ¡Ah no, señor barón! —dijo Joseph Lebas—. No podía por menos de estar enterado de que la Banca no había aceptado su papel porque hizo usted que lo rechazase el Comité de Descuento. El caso de este pobre hombre, a quien profeso aún una grandísima estima, presenta circunstancias singulares...

La mano de Pillerault estrechó la de Joseph Lebas.

—Es imposible, en efecto —dijo Mongenod—, explicar lo que está sucediendo, a menos que detrás de Gigonnet, en la sombra, haya banqueros que quieran que fracase el negocio de La Madeleine.

—Le sucede lo que les sucederá siempre a todos los que se salen de su especialidad —dijo Claparon, interrumpiendo a Mongenod—. Si hubiera lanzado personalmente su Aceite Cefálico en vez de venir a encarecernos el precio de los terrenos en París abalanzándose sobre ellos, se habría quedado sin los cien mil francos que tenía en la notaría de Roguin, pero no habría quebrado. Trabajaré con el nombre de Popinot.

—Ojo con Popinot —dijo Gigonnet.

Roguin, en opinión de aquel grupo de negociantes, era el desafortunado Roguin; el perfumista era el pobre Birotteau. Era como si disculpasen a aquél por una gran pasión y éste pareciera más culpable por sus pretensiones. Al salir de la Bolsa, Gigonnet pasó por la calle de Perrin-Gasselín antes de regresar a la calle de Grenétat y fue a ver a la señora Madou, la vendedora de frutos secos.

— ¿Qué, grandullona —le dijo con su cruel campechanería—, cómo nos van los negocios?

—Poquito a poco —dijo respetuosamente la señora Madou, ofreciendo al usurero el único sillón que tenía con un afectuoso servilismo que sólo había tenido con el querido difunto.

La señá Madou, que derribaba a un carretero recalcitrante o demasiado travieso, que no hubiera vacilado en participar el 10 de octubre en el asalto de las Tullerías, que tomaba el pelo a sus mejores parroquianos, que era, en fin, capaz, sin estremecerse, de hacer ante el rey de portavoz de las Damas del Mercado de Abastos, Angélique Madou, recibía a Gigonnet con hondo respeto. Se quedaba sin fuerzas cuando estaba él delante y tiritaba ante aquella mirada agria. La gente del pueblo seguirá temblando aún mucho tiempo ante el verdugo; Gigonnet era el verdugo de aquella clase de comercio. En el Mercado de Abastos, no hay poder más respetado que el del hombre que manda en la circulación del dinero. Comparadas con ésta, las demás instituciones humanas no son nada. La mismísima Justicia se plasma, desde el punto de vista del Mercado de Abastos en el comisario, persona con la que se familiariza. Pero la Usura, sentada tras sus carpetas verdes, la Usura a la que hay que implorar con el corazón atemorizado, agosta la broma, altera la garganta, humilla la altanería de la mirada e infunde respeto al pueblo.

— ¿Quería usted pedirme algo? —dijo la señora Madou.

—Nada, una pequeñez; esté lista para pagar los efectos Birotteau; el buen hombre ha quebrado y todo es de ejecución inmediata. Le enviaré la cuenta

mañana.

A la señora Madou se le concentró, al principio, la mirada, como si fuera una gata; luego, los ojos le vomitaron fuego.

— ¡Ay, y qué bribón! ¡Ay, y qué bandido! ¡Vino en persona a decirme que era teniente de alcalde, a enseñarme la faja tricolor! ¡Carape, así va el comercio! ¡Ya ni los alcaldes respetan las leyes y el gobierno nos engaña! Pues le digo que yo esto lo tengo que cobrar...

— ¡Mire, en estos asuntos cada cual sale del paso como puede, mi querida niña! —dijo Gigonnet, alzando la pierna con aquel escueto gesto, parecido al de un gato que quiere cruzar por un sitio húmedo, al que debía el mote—. Hay pájaros muy gordos que están pensando en llamarse andana.

— ¡Bien está, bien está! Voy a recuperar mis avellanas. ¡Marie-Jeanne! Mis chanclos y mi chal de casimir, el de piel de conejo. Y date prisa o te vas a encontrar con la cara caliente y la marca de cinco dedos.

«Se va a poner la cosa que arde en la parte de arriba de la calle —se dijo Gigonnet frotándose las manos—. Du Tillet estará satisfecho. Va a haber escándalo en el barrio. No sé qué le habrá hecho ese pobre diablo del perfumista. Yo le tengo lástima como si fuera un perro que se ha roto una pata. Eso no es un hombre, no da la talla».

La señora Madou se presentó como una insurrección del Faubourg Saint-Germain, a eso de las siete de la tarde, a la puerta del pobre Birotteau y la abrió con innecesaria violencia, pues la caminata la había enardecido aún más.

— ¡So piojosos, quiero mi dinero, quiero mi dinero! ¡O me dais mi dinero o me llevo bolsitas, chirimbolos de satén, abanicos, género, vamos, por valor de mis dos mil francos! ¡Habrased visto! ¡Ahora los alcaldes roban al contribuyente! ¡O me pagáis o lo mando a galeras, me voy a ver al fiscal y el trueno de la justicia ya no habrá quien lo pare! Yo es que no salgo de aquí sin mis cuartos.

Hizo ademán de alzar los cristales de un armario en donde había objetos de precio.

—La Madou empina el codo —dijo por lo bajo Célestin al compañero que tenía al lado.

La comerciante oyó la frase, pues en esos paroxismos de pasión los órganos o se anulan o se perfeccionan, según la constitución de cada cual, y propinó a Célestin en la oreja la bofetada más recia que nunca se haya dado en una perfumería.

—A ver si aprendes a respetar a las mujeres, hermoso —le dijo—, y a no faltarles a los que robas.

—Señora —dijo la señora Birotteau, saliendo de la trastienda, en donde estaba por casualidad su marido, a quien quería llevarse consigo el tío Pillerault, pues, para someterse a la ley, extremaba la humildad hasta el punto de querer dejar que lo metieran en la cárcel—, señora, en nombre del cielo, no alborote a los transeúntes.

—Que entren —dijo la mujer— y ya les diré yo lo que está pasando para que se rían un buen rato. Sí, pa eso sirven mi género y mis escudos, que me gané con el sudor de mi frente, pa que vosotros deis bailes. Y va usted vestida como la reina de Francia con la lana que les roba a los probes corderitos como yo. ¡Jesús! ¡A mí me quemaría los hombros el lujo robao! ¡Yo no llevo encima na más que piel de conejo, pero es toa mía! Bandidos, mi dinero o...

Se abalanzó sobre una linda caja de marquetería en donde había valiosos objetos de aseo.

—Deje eso, señora —dijo César, apareciendo—, no hay aquí nada que sea mío, todo pertenece a mis acreedores. A mí ya sólo me queda mi persona, y si quiere quedarse con ella y meterme en la cárcel, le doy mi palabra de honor — y le brotó una lágrima de los ojos— de que aquí estaré esperando a su agente judicial, al custodio del comercio y a sus alguaciles...

El acento y el ademán, que entonaban con los hechos, aplacaron la ira de la señora Madou.

—Mis fondos se los ha llevado un notario y soy inocente de los desastres que causo —siguió diciendo César—; pero andando el tiempo cobrará usted, aunque tenga yo que reventar en el tajo y trabajar de descargador en el Mercado de Abastos.

—Vamos, es usted un buen hombre —dijo la mujer del Mercado—. Perdone lo que he dicho, señora; pero es que voy que tener que tirarme al agua porque Gigonnet me va a demandar y sólo tengo valores a diez meses para reembolsarle esos malditos efectos de usted.

—Venga a verme mañana por la mañana —dijo Pillerault, apareciendo— y arreglaremos ese asunto suyo con uno de mis amigos a un cinco por ciento.

— ¡Anda! Pero si es el bueno del señor Pillerault. ¡Oiga, pero si es tío de usted! —le dijo a Constance—. Bueno, pues son ustedes gente de bien y no me voy a quedar sin na, ¿a que no? Hasta mañana, viejo Bruto —dijo al anciano ferretero.

César no consintió en no quedarse entre sus ruinas, pues decía que así podría explicarse con todos sus acreedores. Pese a los ruegos de su sobrina, el tío Pillerault dio la razón a César e hizo que subiera a la vivienda. El astuto anciano fue a toda prisa a casa del señor Haudry, le explicó la situación en que

estaba Birotteau, consiguió que le hiciera una receta para una droga somnífica, fue a encargarla y volvió a pasar la velada con su sobrino. Se puso de acuerdo con Césarine para obligar a César a que bebiera con ellos. El narcótico durmió al perfumista, que se despertó catorce horas después en el cuarto de su tío Pillerault, en la calle de Les Bourdonnais, preso del anciano que dormía en un catre en el salón. Cuando Constance oyó el ruido de las ruedas del coche de punto en que su tío se llevaba a César, la abandonó el valor. Con frecuencia la necesidad de sostener a otro ser más débil que nosotros nos estimula las fuerzas. La pobre mujer lloró al verse sola en su casa con su hija, de la misma forma que habría llorado a César si hubiera muerto.

—Mamá —dijo Césarine sentándose en las rodillas de su madre y acariciándola con esos mimos de gata que las mujeres no sacan a relucir de verdad más que cuando están entre sí—, me has dicho que si yo me tomaba las cosas con valor, tú encontrarías fuerzas contra el adversario. Pues no llores, madre querida. Estoy dispuesta a entrar en cualquier comercio y ya ni me acordaré de lo que fuimos. Seré como fuiste tú de joven, una encargada de comercio, y nunca me oirás ni una queja ni una nostalgia. Tengo una esperanza. ¿No oíste al señor Popinot?

—Ese querido muchacho no será mi yerno...

— ¡Ay, mamá!

—Será mi hijo de verdad.

—Es lo que tiene de bueno la desgracia —dijo Césarine besando a su madre—, nos enseña a distinguir a los amigos auténticos.

Césarine consiguió al fin endulzar la pena de la pobre mujer portándose con ella como si fuera ella la madre. A la mañana siguiente, Constance fue a casa del duque de Lenoncourt, uno de los principales gentileshombres de cámara del rey y dejó una carta en que le pedía audiencia a determinada hora del día. Entretanto, fue a ver al señor de La Billardière, le expuso la situación en que ponía a César la huida del notario y le rogó que la apoyase en su visita al duque y hablase en nombre de ella, pues temía no saber expresarse. Quería un empleo para Birotteau; Birotteau sería el cajero más probo, si es que dentro de la probidad puede haber diferencias.

—El rey acaba de dar al conde de Fontaine una Dirección General dentro del Ministerio de la Real Casa. No hay tiempo que perder.

A las dos, La Billardière y la señora Birotteau estaban subiendo la escalinata del palacete de Lenoncourt, en la calle de Saint-Dominique. Los hicieron pasar a los aposentos del gentilhomme preferido del rey, suponiendo que el rey Luis XVIII tuviera alguna preferencia. La benévola acogida de aquel gran señor, que era de los pocos gentileshombres auténticos que el siglo

anterior legó a éste, dio esperanzas a la mujer de César. La mujer del perfumista se comportó con grandeza y sencillez en el dolor. El dolor ennoblece a las personas más corrientes, pues tiene su propia grandeza; y para que nos preste su lustre basta con ser espontáneos. Constance era una mujer esencialmente espontánea. Había que hablar con el rey cuanto antes.

Cuando estaban en plena conversación, anunciaron al señor de Vandenesse y el duque exclamó:

—Aquí llega su salvador.

La señora Birotteau no le era desconocida a aquel joven que había acudido una o dos veces a su comercio para buscar alguna de esas bagatelas que con frecuencia son tan importantes como las cosas trascendentales. El duque explicó lo que pretendía La Billardière. Al enterarse de la desgracia que afligía al ahijado de la marquesa de Uxelles, Vandenesse fue en el acto con La Billardière a casa del conde de Fontaine y rogó a la señora Birotteau que los esperase.

El señor conde de Fontaine era, igual que La Billardière, uno de esos excelentes gentileshombres de provincias, casi desconocidos, que lucharon como chuanes. Birotteau no era para él un extraño; lo había visto en tiempos en La Reina de las Rosas. Las personas que habían vertido tiempo ha su sangre por la causa monárquica gozaban por aquel entonces de privilegios que el rey mantenía en secreto para no alborotar a los liberales. El señor de Fontaine, uno de los favoritos del rey pasaba por gozar de toda su confianza. No sólo el conde prometió taxativamente un empleo, sino que fue a ver al conde de Lenoncourt, que estaba en ese momento de servicio, para rogarle que consiguiera una breve audiencia a última hora de la tarde y solicitara para La Billardière una audiencia con MONSIEUR, que tenía un especial aprecio por aquel ex diplomático chuán.

Esa misma noche el señor conde de Fontaine fue desde las Tullerías a casa de la señora Birotteau para anunciarle que, tras el acuerdo con los acreedores, su marido tendría un nombramiento oficial para un empleo de dos mil quinientos francos en la Caja de Amortizaciones, pues todos los servicios de la Casa del Rey estaban en aquellos momentos saturados de nobles supernumerarios con los que existían ya compromisos.

Aquel éxito no era sino parte de la tarea de la señora Birotteau. La pobre mujer fue a El Gato Que Pelotea, en la calle de Saint-Denis, a ver a Joseph Lebas. Mientras iba a aquel recado, se encontró con la señora Roguin, elegantísima, que sin duda iba de compras. Se cruzaron sus ojos con los de la hermosa mujer del notario. La vergüenza que la mujer dichosa no pudo ocultar al ver a la mujer arruinada infundió nuevo valor a Constance.

«Nunca viviré en la opulencia con el dinero ajeno», se dijo.

Joseph Lebas le dio una buena acogida, y ella le pidió que le consiguiera a su hija un empleo en un comercio respetable. Lebas no prometió nada; pero ocho días después Césarine tenía mesa, cama y mil escudos de sueldo en el mejor bazar de novedades de París, que abría un nuevo local en el barrio de Les Italiens. Pusieron a cargo de la hija del perfumista la caja y la responsabilidad de la tienda y, con una categoría por encima de la encargada, sustituía a los dueños.

En cuanto a la mujer de César, ese mismo día fue a ver a Popinot para pedirle que le dejase llevar en su comercio la caja y los libros y encargarse de la limpieza y la Casa. Popinot comprendió que su tienda era el único lugar en que la mujer del perfumista podía contar con el respeto que le era debido y una posición sin inferioridad. El noble muchacho le dio tres mil francos anuales, comida y casa; mandó acondicionar la vivienda y él se quedó con el sotabanco de uno de los dependientes. De esta forma, la hermosa perfumista, tras haber disfrutado durante un mes de las suntuosidades de su piso, tuvo que ocupar aquella horrible habitación que daba al patio oscuro y húmedo y en donde Gaudissart, Anselme y Finot habían inaugurado el Aceite Cefálico.

Cuando Molineux, a quien nombró agente el Tribunal de Comercio, acudió a tomar posesión del activo de César Birotteau, Constance, con la ayuda de Célestin, revisó el inventario con él. Luego madre e hija se fueron a pie, vestidas con sencillez, a casa del tío Pillerault, sin mirar atrás después de haber vivido en aquella casa la tercera parte de su existencia. Se encaminaron en silencio hacia la calle de Les Bourdonnais, en donde cenaron con César por primera vez desde que se habían separado. Fue una cena triste. Todos habían tenido tiempo de pensar, de medir la extensión de sus obligaciones y de sondear su valor. Los tres eran como marineros dispuestos a luchar contra el mal tiempo, sin disimularse el peligro. Birotteau se notó más valiente al enterarse de cuán solícitos se habían mostrado los grandes personajes que le habían buscado una ocupación; pero lloró cuando supo lo que iba a ser de su hija. Luego le tendió la mano a su mujer al ver con qué valor iba a volver a empezar a trabajar.

Al tío Pillerault se le humedecieron por última vez en la vida los ojos al ver el enternecedor cuadro de aquellos tres seres unidos, fundidos en un abrazo durante el cual Birotteau, el más débil de los tres, el más abatido, alzó la mano diciendo: «¡Esperemos!».

—Para ahorrar —dijo el tío—, vivirás conmigo. Quédate con mi cuarto y comparte mi pan. Hace mucho que me aburro viviendo solo; sustituirás al pobre niño que se me murió. Desde aquí estás a un paso de la Caja, en la calle de L'Oratoire.

—Dios de bondad —exclamó Birotteau—, una estrella me guía en lo más riguroso de la tempestad.

Cuando un desventurado se resigna, consume la desventura. La caída de Birotteau era ya un hecho. Al aceptarlo, volvía a ser fuerte.

Tras la quiebra, un comerciante no debería ya dedicarse sino a buscar un oasis en Francia o en el extranjero para vivir allí sin meterse en nada, igual que un niño, pues eso es lo que es: la ley lo declara menor e inhabilitado para cualquier acción legal, civil y cívica. Pero no es así de hecho. Antes de volver a la luz, espera un salvoconducto que nunca han negado a nadie ni un juez delegado ni un acreedor, pues si lo encontrasen sin ese exeat lo meterían en la cárcel, mientras que, provisto de esa salvaguarda, se pasea como un parlamentario por el campo enemigo, no por curiosidad, sino para malograr las malas intenciones que tiene la ley con quien ha quebrado. El efecto que causa toda ley que afecta a la fortuna privada es un prodigioso desarrollo de las trampas de la imaginación. En lo que piensan quienes han quebrado, como cuantos ven que una ley cualquiera estorba sus intereses, es en anular esa ley en lo que a ellos se refiere. La situación de muerte civil, en la que quien ha quebrado es como una crisálida, dura más o menos tres meses, que es el tiempo que requieren los trámites que conducen a la reunión en que se firma entre acreedores y deudor un tratado de paz, un convenio que se llama acuerdo, palabra que indica con bastante claridad que ha llegado la concordia tras la tempestad nacida entre intereses violentamente enfrentados.

Con las cuentas a la vista, el Tribunal de Comercio nombra en el acto a un juez delegado que vela por los intereses del conjunto de los acreedores desconocidos y debe también amparar al quebrado de las empresas vejatorias de sus acreedores irritados: un doble papel que sería estupendo poder interpretar si a los jueces delegados les diera tiempo. El ya nombrado juez delegado otorga a un agente el derecho de incautarse de todos los fondos, los valores y las mercancías para comprobar el activo que figura en las cuentas; por fin, la secretaría del tribunal fija una fecha en que convoca a todos los acreedores y que se comunica con el toque de trompa de los anuncios en la prensa. Los acreedores, auténticos o fingidos, tienen que acudir y reunirse para nombrar a unos síndicos provisionales que ocupan el lugar del agente, se meten en los zapatos de quien ha quebrado, se convierten, por una ficción de la ley, en el propio quebrado y pueden liquidarlo todo, venderlo todo, transigir en todo y, en pocas palabras, arramblar con todo en provecho de los acreedores si el quebrado no se opone. La mayoría de las quiebras parisinas no van más allá de los síndicos provisionales. Y he aquí por qué.

La designación de uno o varios síndicos definitivos es una de las actividades más apasionadas a la que pueden dedicarse unos acreedores sedientos de venganza, burlados, ofendidos, baqueteados, chasqueados,

estafados, robados y engañados. Y aunque por regla general a los acreedores se los haya engañado, robado, estafado, chasqueado, baqueteado, ofendido y burlado, no existe en París pasión comercial que resista durante noventa días. En negocios, los efectos de comercio sólo saben atacar, sedientos de pago, a tres meses. A noventa días, todos los acreedores, a quienes han dejado rendidos de cansancio las idas y venidas que requiere una quiebra, duermen junto a sus excelentes mujercitas. Con lo dicho puede que los extranjeros consigan comprender cuán definitivo es en Francia lo provisional: de cada mil síndicos provisionales no hay ni cinco que lleguen a definitivos. El motivo de esta abjuración de los odios que azuzó la quiebra puede concebirse. Pero es para ello necesario explicar a las personas que no tienen la dicha de ser negociantes cómo es el drama de una quiebra, para que entiendan por qué es en París una de las chanzas legales más monstruosas y de qué forma la quiebra de César fue una tremenda excepción.

Este arrebatador drama comercial tiene tres actos diferentes: el del agente, el de los síndicos y el del acuerdo. Como en todas las obras de teatro, el espectáculo es doble: hay una puesta en escena, pensada para el público y con sus ocultos recursos, hay la representación vista desde el patio de butacas, y hay la representación vista entre bastidores. Entre bastidores están quien ha quebrado y el procurador mercantil que lo representa, el procurador de los comerciantes, los síndicos y el agente, y por último el juez delegado. Nadie sabe fuera de París y nadie ignora en París que un juez del Tribunal de Comercio es el magistrado más peculiar que una sociedad haya tenido a bien inventarse. Es un juez que en cualquier momento puede temer para sí la propia justicia que administra. París vio ya cómo el presidente de su Tribunal de Comercio tuvo que declararse en quiebra. En vez de ser un negociante maduro, retirado de los negocios, para quien esta magistratura equivaliera a la recompensa por una vida limpia, ese juez es un negociante agobiado con ambiciosas empresas y que dirige una casa gigantesca. La condición sine qua non para que salga elegido ese juez a quien compete juzgar los aludes de pleitos comerciales que circulan incesantemente por la capital es que ande muy azacanoado con los negocios propios. El Tribunal de Comercio, en vez de crearse como una útil transición por la que el negociante pudiera elevarse sin caer en el ridículo hasta las comarcas de la nobleza, lo componen negociantes en ejercicio que pueden ver cómo los perjudican sus sentencias si llegan a coincidir con partes descontentas, como le sucedía a Birotteau con Du Tillet.

El juez delegado no puede, pues, por menos de ser a la fuerza persona ante la que se dicen muchas cosas y que las oye mientras piensa en sus negocios y delega para la cosa pública en los síndicos y en el representante, salvo en algunos casos extraños y peculiares en que los robos presentan circunstancias curiosas que lo mueven a decir que los acreedores y el deudor son hombres hábiles. A este personaje, que aparece en el drama igual que el busto del rey en

una sala de audiencia, se lo puede ir a ver por las mañanas, entre las cinco y las siete, en el tajo, si es que vende leña; en su tienda si, como lo había sido Birotteau, es perfumista; o, por la noche, a los postres de la cena, entre la fruta y el queso. Por lo demás, siempre tiene una prisa espantosa. En consecuencia, se trata de un personaje que suele ser mudo. Seamos justos con la ley: la legislación redactada de prisa y corriendo que rige en estos asuntos tiene atado de manos al juez delegado y circunstancias hay en que da el espaldarazo a los fraudes sin poder impedirlos, como veremos más adelante.

El agente, en vez de ser el hombre de los acreedores, puede llegar a convertirse en el hombre del deudor. Todos esperan que podrán incrementar su parte si consiguen que el quebrado les dé preferencia, pues siempre se le suponen a éste ocultos tesoros. Al agente pueden usarlo ambas partes bien no prendiéndoles fuego a los negocios del quebrado, bien echándole el guante a algo para que se lo lleven las personas influyentes: por lo tanto tiene que poner una vela a Dios y otra al Diablo. Suele suceder que algunos agentes consigan aplazar el juicio, comprando los títulos de crédito y dando un empuje al comerciante, que rebota entonces igual que una pelota elástica. El agente se arrima al pesebre más lleno, ora que haya que cubrir a los acreedores con la deuda mayor y dejar al descubierto al deudor, ora que haya que inmolar a los acreedores en aras del porvenir del negociante. Por lo tanto, el acto del agente es el decisivo. Este hombre, al igual que el representante, es el personaje más útil de la obra, en la que ni uno ni otro aceptan el papel más que si tienen asegurados los honorarios. En una media de mil quiebras, el agente es novecientas veces el hombre del quebrado. Por los años en que ocurrió esta historia, los representantes iban casi siempre a ver al juez delegado y le proponían que nombrase a un agente que habían elegido el comerciante y él, que estaba al tanto de los negocios de éste y sabría conciliar los intereses de los acreedores y los del hombre honrado que había tenido un contratiempo. Desde hace una temporada, los jueces avisados piden que se le diga qué agente parece oportuno para no escogerlo e intentan nombrar a otro que sea casi virtuoso.

Es en este acto cuando se presentan los acreedores, falsos o auténticos, para nombrar a los síndicos provisionales que, como ya dijimos antes, son los definitivos. En esta asamblea electoral tienen derecho a voto tanto aquéllos a quienes se les adeudan cincuenta céntimos como los acreedores de cincuenta mil francos: los votos se cuentan, no se pesan. La asamblea, a la que asisten electores falsos que ha metido en ella el quebrado y son los únicos que nunca faltan a la votación, propone como candidatos a aquellos acreedores de entre los que tiene que elegir a los síndicos el juez delegado, presidente sin poderes. Y así es como casi siempre el juez delegado recibe de manos del quebrado a los síndicos que a él le convienen: uno más de los abusos que convierten esta catástrofe en uno de los dramas más burlescos que puedan darse bajo el ala de

la justicia. El hombre honrado que ha tenido un contratiempo, dueño ya del terreno, legaliza entonces el robo planeado. El pequeño comercio de París no suele merecer censura alguna. Cuando un tendero llega a la quiebra, el pobre hombre ha vendido ya el chal de su mujer, ha empeñado la cubertería, no ha dejado títere con cabeza y cae con las manos vacías, arruinado, sin tener siquiera para pagar al representante, que no le hace ni caso.

La ley exige que el acuerdo que condona al negociante parte de la deuda y le devuelve sus negocios lo voten determinada mayoría de cantidades y personas. Esa obra magna requiere del quebrado, de sus síndicos y de su representante gran habilidad diplomática para brujulear entre intereses enfrentados que se cruzan y tropiezan entre sí. La maniobra habitual y más corriente consiste en ofrecer al sector de acreedores que reúne la mayoría que estipula la ley, unas primas que pagará el deudor a mayor abundamiento de los dividendos que se pacten en el acuerdo. No hay solución para ese tremendo fraude: los treinta tribunales de comercio que se han ido sucediendo lo conocen bien por haber caído en él. En los últimos tiempos, a la luz de un prolongado uso, han acabado por decidirse a anular los efectos con vicio de fraude. Y como a los quebrados les interesa quejarse de tamaña extorsión, los jueces albergan la esperanza de hacer así más ética la quiebra, pero lo que conseguirán será que se vuelva aún más inmoral. Los acreedores idearán unas cuantas acciones aún más pícaras de las que los jueces dirán pestes como jueces, pero a las que sacarán provecho como negociantes.

Otra maniobra muy usada, a la que debemos la expresión acreedor serio y legítimo consiste en crear acreedores, de la misma forma que Du Tillet había creado una casa de Banca, e introducir determinada cantidad de Claparons bajo cuyo pellejo se oculta el quebrado, quien, a partir de ese momento, merma en otro tanto el dividendo de los acreedores auténticos y se prepara así recursos para el futuro, al tiempo que consigue los votos y las cantidades necesarios para que el acuerdo sea a su conveniencia. Los acreedores joviales e ilegítimos son algo así como electores falsos que se colasen en el colegio electoral. ¿Qué puede hacer el acreedor serio y legítimo ante los acreedores joviales e ilegítimos? ¡Pasar al ataque para librarse de ellos! Bien. Para expulsar al intruso, el acreedor serio y legítimo tiene que dar de lado sus asuntos y buscar un representante para su causa; pero, como ese representante gana muy poco en ello, prefiere dirigir quiebras y lleva de mala manera ese pleitecillo de poca monta. Para desenmascarar al acreedor jovial es preciso meterse por el dédalo de las operaciones, remontarse a épocas remotas, rebuscar en los libros, conseguir mediante mandamiento judicial que el falso acreedor tenga que presentar los suyos, divulgar lo inverosímil de la ficción, probarla ante los jueces del tribunal, presentar alegatos, ir, venir, azuzar muchos corazones indiferentes. Y, además, hacer esa obra quijotesca con todos y cada uno de los acreedores ilegítimos y joviales, quienes, si queda al fin

demostrada su jovialidad se retirarán saludando a los jueces y diciendo: «Ustedes perdonen, están en un error. Soy persona muy seria». Todo ello sin perjuicio de los derechos del quebrado, que puede demandar al don Quijote ante el Tribunal de Casación. Entretanto, los negocios del don Quijote van de mal en peor y puede suceder que quiebre.

Moraleja: el deudor nombra personalmente a sus síndicos, acredita sus deudas y apaña el acuerdo.

Tras saber tales datos, ¿quién no intuye las intrigas, las jugadas de Sganarelle, los inventos de Frontin, los embustes de Mascarille y los sacos vacíos de Scapin que propician ambos sistemas? No hay quiebra que no engendre bastantes burlas de éstas para aportar el material de los catorce tomos de Clarissa Harlowe al autor que quisiera pormenorizarlos. Bastará con un único ejemplo. El ilustre Gobseck, mentor de los Palma, los Gigonnet, los Werbrust, los Keller y los Nucingen, al tener arte y parte en una quiebra en que se proponía darle mucho que sentir a un negociante que supo embaucarlo, recibió, en efectos que vencían en fecha posterior al acuerdo, la cantidad que, sumada a la de los dividendos, constituía la integridad de lo que se le debía. Gobseck fue determinante para que se aceptase un acuerdo que concedía al quebrado la condonación del setenta y cinco por ciento de la deuda. Y los acreedores quedaron burlados en provecho de Gobseck. Pero el negociante había firmado los efectos ilícitos de su razón social en quiebra y pudo aplicar a esos efectos la deducción del setenta y cinco por ciento. Gobseck, el gran Gobseck, apenas si cobró el cincuenta por ciento. Siempre saludaba al deudor con irónico respeto.

Como entran en la causa cuantas operaciones haya iniciado quien se declara en quiebra diez días antes de esa declaración, hay hombres prudentes que tienen buen cuidado de emprender algunos negocios con unos cuantos acreedores que tienen interés, lo mismo que el quebrado, en llegar pronto a un acuerdo. Los acreedores muy agudos van a ver a los acreedores muy bobos o muy atareados, les pintan muy mal la quiebra y les compran los títulos de crédito por la mitad de lo que van a valer llegado el momento de la liquidación. Recuperan entonces su dinero mediante el dividendo de lo que se les debe y ganan con la mitad, la tercera o la cuarta parte de los títulos de crédito que compraron.

La quiebra es la clausura más o menos a cal y canto de una casa en donde el saqueo ha dejado unas cuantas sacas de dinero. ¡Dichoso el comerciante que se escurre por la ventana, por el tejado o por el sótano, por un agujero, se lleva una saca e incrementa su parte! En tamaña desbandada, en donde se da a voces el sálvese quien pueda del Beresina, todo es ilegal y legal, falso y verdadero, honrado e infame. Admiran al hombre que se cubre. Cubrirse es apoderarse de unos cuantos valores en detrimento de otros acreedores. Dieron mucho que

hablar en Francia los debates acerca de una quiebra de envergadura que surgió en una ciudad con Tribunal de Casación y los magistrados que tenían cuentas con los quebrados se aparejaron unas capas de goma tan pesadas que agujerearon la capa de la justicia. No hubo más remedio, por mor de las legítimas sospechas, que trasladar el juicio de quiebra a otro tribunal. No había ni juez delegado ni agente ni tribunal soberano de recibo en el lugar en que había sucedido la bancarrota.

Tan espantosa calamidad comercial es tan del gusto de París que, a menos que la quiebra lo afecte por valor de una cantidad vital, cualquier comerciante, a poco que ande atareado, acepta la quiebra como un siniestro que no ha asegurado, incluye la pérdida en ganancias y pérdidas y no da en la necesidad de perder el tiempo; sigue entregado a sus negocios. En cuanto al pequeño comerciante, que no llega a fin de mes y anda ocupado en ir en pos del carro de la fortuna, siente pánico ante un juicio espantosamente largo y que sale muy caro emprender; renuncia a enterarse bien, imita al negociante poderoso y agacha la cabeza asumiendo la pérdida.

Los negociantes poderosos ya no se declaran en quiebra; hacen liquidaciones amistosas; los acreedores entregan un finiquito al conformarse con lo que les ofrezca. Se evitan así la deshonra, los plazos legales, el gasto en representantes, la desvalorización del género. Todo el mundo opina que se saca menos de la quiebra que de la liquidación. Hay en París más liquidaciones que quiebras.

El acto de los síndicos vale para demostrar que todo síndico es incorruptible y que nunca se da entre ellos y el quebrado connivencia alguna. El común de los mortales que han sido síndicos en mayor o menor medida saben que todo síndico es un acreedor cubierto. Escucha, cree lo que le parece y llega al día del acuerdo tras haberse pasado tres meses comprobando las deudas pasivas y las deudas activas. Los síndicos provisionales presentan entonces a la asamblea un breve informe que dice más o menos:

Señores, se nos debía a todos juntos un millón. Hemos despedazado a nuestro hombre como una fragata naufragada. Los clavos, los hierros, las maderas y los cobres han dado trescientos mil francos. Aquí tenemos, pues, un treinta por ciento de lo que se nos debía. Encantados de haber conseguido esta cantidad, siendo así que nuestro deudor podría habernos dejado sólo cien mil francos, lo proclamamos como un Arístides, votamos por que se le den primas de aliento y coronas y proponemos que conserve su activo, concediéndole diez o doce años para que nos pague ese cincuenta por ciento que se digna prometernos. Éste es el acuerdo, pasen por la oficina a firmar.

Al oír esas palabras, los dichosos negociantes se dan la enhorabuena y se abrazan. Tras la homologación del acuerdo, el quebrado vuelve a ser tan

negociante como antes: le devuelven el activo, y sigue con los negocios sin que se le vea que se declare en quiebra de los prometidos dividendos; es ésta una quiebra bisneta que se considera con frecuencia como niño que trae una madre al mundo nueve meses después de la boda de su hija.

Si el acuerdo no cuaja, los acreedores nombran entonces a los síndicos definitivos y adoptan medidas desorbitadas asociándose para explotar los bienes y el comercio del deudor, embargando cuanto haya, la herencia de su padre, de su madre, de su tía, etc. Tan rigurosa medida se lleva a cabo mediante un contrato de unión.

Existen, pues, dos quiebras; la quiebra del negociante que quiere recuperar los negocios y la quiebra del negociante que, tras caer al agua, se contenta con llegar al fondo del río. Pillerault conocía bien esa diferencia. Tanto en opinión suya como en la de Ragon era tan difícil salir limpio de aquélla como salir rico de ésta. Tras haber aconsejado la renuncia total, fue a buscar al procurador mercantil más honrado de la plaza para ejecutar la renuncia liquidando la quiebra y poniendo los valores a disposición de los acreedores. Manda la ley que, mientras dura el drama, los acreedores deben hacerse cargo de la manutención del quebrado y su familia. Pillerault comunicó al juez delegado que él proveería a las necesidades de sus sobrinos.

Du Tillet lo había organizado todo para que la quiebra fuera para su ex patrn una agonía ininterrumpida. De la siguiente forma: es tan valioso el tiempo en París que suele suceder que, de dos síndicos, sólo uno se ocupa de esos asuntos. El otro está allí para guardar las formas y dar su aprobación, igual que el segundo notario en las actas notariales. El síndico en funciones delega con mucha frecuencia en el representante. Y así es como, en París, las quiebras de la primera categoría se llevan a velocidad tal que, dentro de los plazos que marca la ley, todo se arregla deprisa y corriendo y queda atado, servido y zanjado. Transcurridos cien días, el juez delegado puede decir aquella frase atroz que dijo un ministro: «El orden reina en Varsovia». Du Tillet quería la muerte comercial del perfumista. Y, en consecuencia, el nombre de los síndicos designados merced a la influencia de Du Tillet le resultaron muy significativos a Pillerault. El señor Bidault, conocido por Gigonnet, principal acreedor, no se ocuparía de nada. Molineux, el viejecillo de las pejugueras, que no perdía nada, se ocuparía de todo. Du Tillet le había arrojado a aquel chacal de poca monta el noble cadáver comercial para que lo martirizase mientras lo devoraba. Tras la asamblea en que los acreedores nombraron a los síndicos, Molineux regresó a su casa, con la honra, como él decía, de los sufragios de sus conciudadanos y encantado de poder disponer de Birotteau como un niño que puede molestar a un insecto. El casero, tan puntilloso en todo lo legal, rogó a Du Tillet que lo asesorase con sus luces y se compró el Código del Comercio. Afortunadamente, Joseph Lebas, a quien

había avisado Pillerault, había conseguido antes que el presidente del Comercio designara un juez delegado sagaz y benevolente. A Gobenheim-Keller, con el que contaba Du Tillet, lo sustituyó el señor Camusot, juez suplente, rico mercader en sedas, liberal, dueño de la casa en que vivía Pillerault y a quien se tenía por hombre de honor.

Una de las escenas más espantosas de la vida de César fue la obligada entrevista con Molineux, aquel ser que le parecía tan negado y, por una ficción de la ley, se había convertido en César Birotteau. Tuvo que ir, en compañía de su tío, a La Cour Batave, subir los seis pisos y entrar en la horrorosa vivienda de aquel anciano, tutor suyo, casi juez suyo, el representante del conjunto de los acreedores.

— ¿Qué te sucede? —dijo Pillerault a César al oírle una exclamación.

— ¡Ay, tío! ¡Usted no sabe qué clase de hombre es Molineux!

—Llevo quince años viéndolo de vez en cuando en el Café David en donde juega al dominó por la noche. Por eso te he acompañado.

El señor Molineux fue de una cortesía extremosa con Pillerault y desdeñosamente condescendiente con el quebrado. El viejecillo había meditado cómo debía comportarse, había estudiado los matices de su actitud y se había preparado las ideas.

— ¿Qué informaciones quiere? —dijo Pillerault—. No hay disconformidad respecto a los títulos de crédito.

— ¡Ah! —dijo el viejecillo—. Los títulos de crédito están en regla y todo está comprobado. ¡Los acreedores son serios y legítimos! ¡Pero la ley, señor mío, la ley! Los gastos del quebrado están en desproporción con su fortuna. Consta que el baile...

—Al que usted asistió —lo interrumpió Pillerault.

—Costó casi sesenta mil francos, o que esa suma se gastó con tal ocasión. El activo del quebrado no pasaba a la sazón de más de ciento y pico mil francos... Hay base para remitir al quebrado al juez extraordinario con la inculpación de quiebra fraudulenta.

— ¿Eso es lo que usted opina? —dijo Pillerault al ver el abatimiento que invadió a Birotteau al oír esa palabra.

—Señor mío, tengo que hacer la distinción de que el señor Birotteau era miembro de la junta municipal...

—No creo que nos haya hecho venir para contarnos que nos van a enviar al Tribunal Correccional —dijo Pillerault—. Todo el Café David se burlaría esta noche de ese comportamiento suyo.

La opinión del Café David pareció asustar mucho al viejecillo, que miró a Pillerault con expresión de pasmo. El síndico contaba con ver a Birotteau a solas y se había prometido comportarse como árbitro supremo, como Júpiter. Contaba con asustar a Birotteau con la tonante requisitoria que había preparado, blandir sobre su cabeza el hacha del Tribunal Correccional, disfrutar con su alarma y su pánico, aplacarse luego permitiendo que lo conmoviera, y devolver a su víctima un alma agradecida para siempre jamás. Y en vez del insecto que esperaba, se encontraba con la anciana esfinge del comercio.

—Caballero —dijo—, no hay motivo de burla.

—Disculpe —contestó Pillerault—, pero tiene trato holgado con el señor Claparon y está descuidando los intereses de la masa de los acreedores para conseguir que se den preferencia a sus cantidades. Ahora bien, como acreedor, puedo intervenir. Para eso está el juez delegado.

—Caballero —dijo Molineux—, yo soy incorruptible.

—Lo sé —dijo Pillerault—; se ha limitado, como suele decirse, a ponerse a buen recaudo. Es usted muy agudo, en esto se ha comportado como con su inquilino...

—Ah, señor mío —dijo el síndico, volviendo a ser casero igual que la gata metamorfoseada en mujer sale corriendo tras un ratón—, en mi asunto de la calle de Montorgueil todavía no hay sentencia. Pasó eso que llaman un incidente. El inquilino es inquilino principal. Ese intrigante afirma ahora que como pagó un año por adelantado y no le quedaba ya más que un año para... —aquí Pillerault le lanzó a César una ojeada para recomendarle que atendiera sin perder palabra—. Y que, como el año estaba pagado, puede vaciar los locales. Otro pleito. Porque está claro que yo tengo que conservar todas las garantías hasta que llegue el momento del pago final. Podría deberme alguna reparación.

—Pero —dijo Pillerault— la ley no le concede la garantía de los muebles más que para cubrir alquileres.

— ¡Y accesorios! —dijo Molineux, atacado en su punto flaco—. Hay en esto sentencias que interpretan el artículo del código; no obstante se necesita una reforma legislativa. Estoy en estos días redactando una memoria para el Excelentísimo Señor Ministro de Justicia acerca de esta laguna en la legislación. Sería algo digno del gobierno que atendiese bien la propiedad. En ella reside lo fundamental para el Estado, somos la base de los impuestos.

—Es usted muy capaz de ilustrar al gobierno —dijo Pillerault—. Pero ¿en qué podemos ilustrarlo nosotros en lo tocante a nuestro asunto?

—Quiero saber —dijo Molineux con enfática autoridad— si el señor Birotteau ha recibido alguna suma del señor Popinot.

—No, señor —dijo Birotteau.

Vino luego una conversación sobre los intereses de Birotteau en la Casa Popinot, de la que se desprendió que Popinot tenía derecho a cobrar íntegros sus adelantos sin entrar en la quiebra por valor de la mitad de los gastos de establecimiento que le debía Birotteau. El síndico Molineux, según iba maniobrando con él Pillerault, volvió insensiblemente a criterios más benignos que daban fe de cuánto le importaba la opinión de los parroquianos del Café David. Acabó por consolar a Birotteau y por invitarlo, así como a Pillerault, a que compartiesen su humilde cena. Si el perfumista hubiera ido solo, es posible que hubiera irritado a Molineux y el asunto se habría envenenado. En esta circunstancia, como en otras varias, el anciano Pillerault fue un ángel tutelar.

Existe un espantoso suplicio que la ley del comercio impone a quienes quiebran: tienen que comparecer en persona con sus síndicos provisionales y su juez delegado durante la asamblea en que los acreedores deciden su suerte. Un hombre que se ponga a sí mismo por encima de todo, o el negociante que busque una revancha, poco tienen que temer de esta triste ceremonia. Pero para un hombre como César Birotteau una escena así es un suplicio que no halla analogía más que en el último día de un condenado a muerte. Pillerault hizo cuanto estuvo en su mano para que aquel día espantoso le resultase soportable a su sobrino.

He aquí las operaciones de Molineux que aceptó el quebrado. El pleito de los terrenos sitos en la calle de Le Faubourg du Temple se ganó en el Tribunal de Casación. Los síndicos decidieron vender aquellas propiedades. César no se opuso a ello. Du Tillet, informado de las intenciones del gobierno en lo relativo a un canal que debía unir Saint-Denis al curso alto del Sena, pasando por el Faubourg du Temple, compró los terrenos de Birotteau por setenta mil francos. Entregaron los derechos de César en el negocio de los terrenos de La Madeleine al señor Claparon, con la condición de que, por su parte, renunciase a cualquier reclamación relacionada con la mitad que debía Birotteau por los gastos de registro y el otorgamiento del contrato y con la obligación de pagar el precio de los terrenos cobrando, en la quiebra, el dividendo que correspondía a los vendedores. Los intereses del perfumista en la Casa Popinot y compañía se le vendieron al mencionado Popinot por la suma de cuarenta y ocho mil francos. El negocio La Reina de las Rosas lo compró Célestin Crevel por cincuenta y siete mil francos con derecho al arrendamiento, el género, los muebles, la propiedad de la Pomada de las Sultanas, la del Agua Carminativa y el alquiler, por doce años, de la fábrica, cuyos utensilios compró también. El activo líquido fue de ciento noventa y cinco mil francos, al que los síndicos

sumaron setenta mil francos que procedían de los derechos de Birotteau en la liquidación del desafortunado Roguin. De esta forma, el total alcanzó los doscientos cincuenta y cinco mil francos. El pasivo sumaba cuatrocientos cuarenta mil; quedaba superado el cincuenta por ciento. La quiebra es como una operación química, de donde el negociante mañoso intenta salir con buenas reservas. Birotteau, cuando lo hubieron destilado por completo en aquel matraz, dio un resultado que enfureció a Du Tillet. Du Tillet pensaba que la quiebra sería deshonrosa y se encontraba con una quiebra virtuosa. Poco le importaba su ganancia, pues iba a quedarse con los terrenos de La Madeleine sin aflojar los cordones de la bolsa; habría querido ver al pobre minorista deshonrado, perdido, vilipendiado. No cabía duda de que los acreedores, en la asamblea general, iban a sacar al perfumista a hombros. A medida que le iba volviendo el coraje a Birotteau, su tío, como médico sabio, le administraba en dosis graduales la información de las operaciones de la quiebra. Aquellas violentas medidas eran otros tantos golpes. Un negociante no se entera sin dolor de cómo se devalúan cosas que representan para él tanto dinero y tantos desvelos. Las noticias que le daba su tío lo dejaban de piedra.

— ¡Cincuenta y siete mil francos La Reina de las Rosas! Pero si la tienda costó diez mil francos; pero si la vivienda cuesta cuarenta mil francos; pero si las piezas de la fábrica, los utensilios, los moldes, las calderas, costaron treinta mil francos; pero si, con un descuento del cincuenta por ciento, hay en mi tienda género por valor de diez mil francos; pero si la Pomada y el Agua son una pertenencia que vale tanto como una casa de labor...

Las jeremiadas del pobre César arruinado poco alarmaban al tío Pillerault. El ex negociante las escuchaba de la misma forma que un caballo aguanta un chaparrón delante de una puerta; pero lo asustaba el sombrío silencio en que se sumía el perfumista cuando de lo que se trataba era de la asamblea. Quien entienda las vanidades y las debilidades que en cada una de las esferas de la sociedad afectan al hombre se dará cuenta de que era un espantoso suplicio, para aquel infeliz, volver como persona en quiebra al Palacio de Justicia del comercio, en donde había entrado como juez, y recibir vejaciones en donde tantas veces había ido acompañado del agradecimiento por los servicios que había prestado. Él, Birotteau, cuyas opiniones inflexibles acerca de los quebrados conocían en todos los ámbitos del comercio parisino; él, que había dicho: «¡Cuando se declara uno en quiebra, todavía es un hombre honrado; pero sale hecho un pillo de una asamblea de acreedores!». Su tío estudió los momentos favorables para familiarizarlo con la idea de comparecer, como lo requería la ley, ante la masa de los acreedores. Aquella obligación mataba a Birotteau. Su callada resignación impresionaba sobremanera a Pillerault, quien, muchas veces, por la noche, lo oía exclamar del otro lado del tabique: «¡Nunca, nunca! Antes me habré muerto».

Pillerault, aquel hombre que tan fuerte era merced a la sencillez de la vida que llevaba, entendía la debilidad. Resolvió evitar a Birotteau las angustias que podían hacer que sucumbiera en la terrible escena de su comparecencia ante los acreedores, aquella inevitable escena. La ley es en este punto concreta, taxativa y exigente. Si un negociante se niega a comparecer, basta ese hecho para que lo lleven ante el Tribunal Correccional como sospechoso de quiebra fraudulenta. Pero, aunque la ley fuerza al quebrado a acudir, no tiene poder para obligar a los acreedores a que asistan. Una asamblea de acreedores no es una ceremonia importante más que en determinadas circunstancias, por ejemplo si ha lugar a desposeer a un pillo y hacer un contrato de unión; si existen disidencias entre acreedores favorecidos y acreedores perjudicados; si el acuerdo es un robo excesivamente descarado y el quebrado necesita una mayoría incierta. Pero en el caso de una quiebra en que se vende todo, de la misma forma que en el caso en que el pillo lo ha apañado todo, la asamblea no es sino un requisito. Pillerault fue a rogar a todos y cada uno de los acreedores, de uno en uno, que firmasen un poder a sus respectivos representantes. Todos los acreedores salvo Du Tillet se compadecían sinceramente de César tras haberlo hundido. Todos sabían cómo se portaba el perfumista, lo impecables que eran sus libros, lo claros que eran sus negocios. Todos los acreedores se alegraban de que no hubiera entre ellos ningún acreedor jovial. Molineux, primero agente y luego síndico, se había encontrado en casa de César con todo cuanto poseía el pobre hombre, incluso con el grabado de Hero y Leandro que le había regalado Popinot, con sus alhajas personales, su alfiler, sus hebillas de oro, sus dos relojes, que un hombre honrado se habría llevado consigo sin pensar que por ello faltaba a la probidad. Constance había dejado su modesto joyero. Aquella conmovedora obediencia a la ley impresionó mucho al mundo del comercio. Los enemigos de Birotteau alegaron aquellas circunstancias como síntomas de simpleza; pero las personas sensatas las presentaron como lo que eran, como un espléndido exceso de probidad. Dos meses después, había cambiado la opinión en la Bolsa. Los más indiferentes reconocían que aquella quiebra era una de las menos vistas y más peculiares curiosidades comerciales que nunca se hubiera presenciado en la plaza. En consecuencia, los acreedores, sabedores de que iban a cobrar alrededor del sesenta por ciento, dieron gusto en todo a Pillerault. Procuradores mercantiles hay muy pocos, con lo que aconteció que varios acreedores tenían el mismo representante y apoderado. Pillerault acabó por reducir aquella imponente asamblea a tres representantes, él mismo, Ragon, los dos síndicos y el juez delegado.

En la mañana de aquel día solemne, Pillerault dijo a su sobrino:

—César, puedes ir sin temor a la asamblea de hoy porque te vas a encontrar con que no habrá nadie.

El señor Ragon quiso acompañar a su deudor. Cuando el ex dueño de La Reina de las Rosas dejó oír su vocecilla seca, su ex sucesor se puso pálido; pero el buen viejecito le abrió los brazos. Birotteau cayó en ellos como un niño en los brazos de su padre, y ambos perfumistas se regaron con sus mutuas lágrimas. El quebrado recuperó el valor al ver tanta indulgencia y subió a un coche de punto con su tío. A las diez y media en punto, llegaron los tres al claustro de Saint-Merry, en donde actuaba a la sazón el Tribunal de Comercio. A aquella hora no había nadie en la sala de las quiebras. El día y la hora los habían fijado por mutuo acuerdo los síndicos y el juez delegado. Estaban presentes los procuradores mercantiles en nombre de sus clientes. No había, pues, nada que pudiera intimidar a César Birotteau. No obstante, el infeliz no entró sin honda emoción en el gabinete del señor Camusot que, por azar, había sido el suyo; y temblaba al pensar en pasar a la sala de quiebras.

—Hace frío —le dijo el señor Camusot a Birotteau— y a estos señores no les desagradará quedarse aquí en vez de helarnos todos en la sala. —No pronunció la palabra «quiebra»—. Siéntense, caballeros.

Todos tomaron asiento y el juez cedió su sillón a Birotteau, avergonzado. Los representantes y los síndicos firmaron.

—Tras la cesión de sus valores —dijo Camusot a Birotteau—, sus acreedores le condonan por unanimidad el resto de sus deudas; el acuerdo está redactado con unas condiciones que pueden suavizar su disgusto; su representante no tardará en homologarlo: queda usted en libertad. Todos los jueces del Tribunal, mi querido señor Birotteau —dijo Camusot tomándole las manos—, se sienten muy afectados por la posición en que se encuentra, pero no los sorprende su coraje y no hay nadie que no haya valorado en lo que vale su probidad. Ha sido usted, en la desgracia, digno de lo que aquí fue. Llevo veinte años en el comercio y ésta es la segunda vez que veo que la caída de un negociante lo hace aún más merecedor de la estima pública.

Birotteau tomó las manos del juez y se las estrechó con los ojos llenos de lágrimas. Camusot le preguntó qué pensaba hacer. Birotteau le contestó que iba a trabajar para pagar íntegramente a sus acreedores.

—Si para culminar tan noble tarea necesitase usted unos cuantos miles de francos, siempre los encontrará usted en mi casa —dijo Camusot—. Mucho me agradecería darlos para presenciar un hecho tan poco usual en París.

Pillerault, Ragon y Birotteau se retiraron.

—Bueno, pues no era para tanto —le dijo Pillerault al salir de Tribunal.

—Veo en esto su mano, tío —dijo el infeliz, conmovido.

—Ya vuelve a ser usted el de antes y estamos a dos pasos de la calle de Les

Cinq-Diamants; venga a ver a mi sobrino —dijo Ragon.

Tuvo que soportar Birotteau una impresión muy cruel al ver a Constance sentada en un despachito del entresuelo bajo de techo y oscuro, encima de la tienda, en donde lo que más llamaba la atención era un cuadro que tapaba la tercera parte de la ventana, impidiendo que entrase la luz, en el que ponía: A. POPINOT.

—He aquí uno de los lugartenientes de Alejandro —dijo Birotteau, con la jovialidad que nace de la desdicha, señalando el cuadro.

Aquella jovialidad forzada, en donde a floraba candorosamente ese inagotable sentimiento de una superioridad que Birotteau había creído tener, hizo que Ragon, pese a sus setenta años, notara algo así como un escalofrío. César vio que su mujer le bajaba a Popinot unas cartas para que las firmase y no pudo contener las lágrimas ni impedir que la palidez le cubriera el rostro.

—Buenos días, amigo mío —dijo ella con expresión risueña.

—No te preguntaré si estás bien aquí —dijo César mirando a Popinot.

—Como en casa de un hijo —contestó ella con un aire enternecido que le llamó la atención al ex negociante.

Birotteau abrazó y besó a Popinot al tiempo que decía:

—Acabo de perder para siempre el derecho de llamarlo hijo.

—Tengamos esperanza —dijo Popinot—. Su Aceite va bien, gracias a mis esfuerzos en los periódicos y a los de Gaudissart, que se ha recorrido toda Francia y la ha inundado de carteles y de folletos y ahora está imprimiendo en Estrasburgo unos folletos en alemán y va a avanzar por Alemania como una invasión. Hemos conseguido colocar tres mil gruesas.

— ¡Tres mil gruesas! —dijo César.

—Y he comprado en el Faubourg Saint-Marceau un terreno a muy buen precio en donde están construyendo una fábrica. Conservaré la del Faubourg du Temple.

—Mujer —le dijo Birotteau al oído a Constance—, con un poco de ayuda habríamos salido adelante.

A partir de ese día fatal, César, su mujer y su hija estuvieron de acuerdo. El pobre empleado quiso alcanzar un resultado si no imposible, al menos desorbitado: el pago íntegro de su deuda. Aquellos tres seres, a los que unía el lazo de una rabiosa probidad, se volvieron avaros y se privaron de todo: un ochavo les parecía sagrado. De forma calculada, Césarine dedicó al comercio en que trabajaba una devoción juvenil. Se pasaba las noches en vela, se las ingeniaba para acrecentar la prosperidad de la casa, encontraba estampados

para telas y daba salida a una genialidad innata para el comercio. A los dueños no les quedaba más remedio que moderar su entrega al trabajo; la recompensaban con gratificaciones, pero ella rechazaba los vestidos y las joyas que le ofrecían sus jefes. ¡Dinero!, tal era su grito. Todos los meses llevaba a su tío Pillerault su sueldo y sus menudas ganancias. Lo mismo hacía César, lo mismo hacía la señora Birotteau. Como los tres se sabían torpes, ninguno de ellos quería asumir la responsabilidad del movimiento de los fondos y habían encomendado a Pillerault la dirección suprema de la inversión de sus ahorros. El tío, otra vez comerciante, sacaba partido a los fondos en operaciones bursátiles a plazo. Se supo más adelante que lo ayudaron en la empresa Jules Desmarests y Joseph Lebas, quienes se apresuraban a ponerlo al tanto de los negocios sin riesgos.

El ex perfumista, que vivía con su tío, no se atrevía a preguntarle por la forma en que empleaba las cantidades conseguidas con su trabajo y con los de su hija y su mujer. Iba por la calle con la cabeza gacha, ocultando a todas las miradas el rostro afligido, descompuesto y aturdido. César se reprochaba vestir paño fino.

—Por lo menos —le decía con mirada angelical a su tío—, no como del pan de mis acreedores. El pan de usted me sabe a gloria, aunque venga de la compasión que me tiene, cuando pienso que, gracias a esta santa caridad, no robo nada de nuestros sueldos.

Los negociantes que coincidían con el empleado no encontraban en él rastro alguno del perfumista. Los indiferentes sacaban en limpio una idea muy respetuosa de las caídas humanas al ver a aquel hombre, cuyo rostro había marcado la pena más negra con su luto y parecía trastornado por algo que antes nunca se le había notado: ¡el pensamiento! No queda destruido quien quiere. La gente frívola e inconsciente, a quien no le importa nada, nunca podrá brindar el espectáculo de un desastre. Sólo la religión pone un sello particular en los seres caídos: creen en un porvenir, en una Providencia; hay en ellos un resplandor que los hace destacar, una expresión de resignación santa que causa algo así como enternecimiento; saben cuánto han perdido, de la misma forma que lo sabe un ángel desterrado que está llorando a la puerta del cielo. Quienes han quebrado no pueden aparecer por la Bolsa. César expulsado de los dominios de la probidad era la imagen del ángel que anhela el perdón.

Durante catorce meses, colmado de los piadosos pensamientos que le inspiraba su caída, Birotteau rechazó todo placer. Aunque seguro de la amistad de los Ragon, fue imposible convencerlo de que fuera a su casa, ni a casa de los Lebas, ni a casa de los Matifat, ni a casa de los Protez y los Chiffreville, ni tan siquiera a casa del señor Vauquelin, a todos los cuales les faltó tiempo para rendir en César tributo a una virtud superior. César prefería quedarse solo en su cuarto que cruzar la vista con la de un acreedor. Las atenciones más

cordiales de sus amigos le recordaban amargamente su posición. Constance y Césarine no iban, pues, a ninguna parte. El domingo y las fiestas, que eran los únicos días en que estaban libres, las dos mujeres iban a recoger a César a la hora de misa y le hacían compañía en casa de Pillerault, tras haber cumplido con sus obligaciones religiosas. Pillerault invitaba al padre Loraux, cuyas palabras sostenían a César en aquella vida de prueba, y se quedaban todos en familia. El ex ferretero tenía demasiado sensible la fibra de la probidad para censurar los escrúpulos de César. Pensó por tanto en aumentar el número de personas ante quienes el quebrado podía aparecer con la frente limpia y la mirada a la altura de las miradas de los demás hombres. En el mes de mayo de 1821, recompensó los esfuerzos de aquella familia en pugna con la adversidad una primera fiesta que le preparó el árbitro de su destino. El último domingo de aquel mes se celebraba el aniversario del consentimiento de Constance a casarse con César. Pillerault alquiló, de acuerdo con los Ragon, una casita de campo en Sceaux, y el ex ferretero quiso inaugurarla con alegría.

—César —dijo Pillerault el sábado por la noche a su sobrino—, mañana vamos al campo. Y tú también vienes.

César, que tenía una estupenda letra, hacía copias por las noches para Derville y algunos otros procuradores. Ahora bien, los domingos, con una autorización curial, trabajaba como un negro.

—No —contestó—, el señor Derville está esperando después de esto un informe de tutela.

—Tu mujer y tu hija bien se merecen un premio. Sólo habrá amigos nuestros: el padre Loraux, los Ragon, Popinot y su tío. Y, además, lo digo yo.

César y su mujer, arrastrados en el torbellino de los negocios, no habían vuelto nunca a Sceaux, aunque de vez en cuando ambos habrían deseado regresar para ver el árbol bajo el que casi se desmayó el encargado de La Reina de las Rosas. Por el camino, que César hizo en coche de punto, con su mujer y su hija, y con Popinot, que era quien los llevaba, Constance lanzó a su marido miradas cómplices sin conseguir que le asomase una sonrisa a los labios. Le dijo unas cuantas palabras al oído y el movió la cabeza por toda respuesta. Las dulces manifestaciones de aquella ternura inalterable, pero forzada, lo pusieron más taciturno y consiguieron que le subieran a los ojos unas cuantas lágrimas reprimidas. El infeliz había hecho aquel camino veinte años antes, rico, joven, rebosante de esperanza, enamorado de una joven tan hermosa como lo era ahora Césarine; soñaba entonces con la dicha y veía ahora al fondo del coche de alquiler a su noble hija a quien habían empalidecido las velas, a su valerosa mujer a quien sólo le quedaba ya esa belleza de las ciudades por las que ha pasado la lava de un volcán. ¡Sólo el amor no se había ido! El comportamiento de César ahogaba la alegría en el

corazón de su hija y de Anselme, quienes le recordaban la adorable escena de antaño.

—Sed felices, hijos míos. Tenéis derecho a serlo —les dijo aquel pobre padre con acento desgarrador—. Podéis quererlos sin recelos —añadió.

Mientras decía estas últimas palabras, Birotteau le había cogido las manos a su mujer y las besaba con un afecto santo y admirativo que le llegó a Constance al alma más que la alegría más efusiva. Cuando llegaron a la casa en donde los estaban esperando Pillerault, los Ragon, el padre Loraux y el juez Popinot, aquellas cinco personas excepcionales tuvieron un comportamiento, unas miradas y unas palabras que pusieron a César a gusto, pues a todas conmovía ver a aquel hombre que seguía como si sólo hubiera pasado un día desde que le había ocurrido la desdicha.

—Id a dar un paseo por el bosque de Aulnay —dijo el tío Pillerault poniendo la mano de César en la de Constance—, id con Anselme y Césarine. Y volved a las cuatro.

— ¡Pobrecillos! Los estorbaríamos —dijo la señora Ragon, a quien enternecía la sincera aflicción de su deudor—. Dentro de un rato estará muy alegre.

—Esto es un arrepentimiento sin culpa —dijo el padre Loraux.

—Sólo podía ir a más por la desgracia —dijo el juez.

Olvidar es el gran secreto de las existencias fuertes y creativas; olvidar como olvida la naturaleza, que no sabe que tiene un pasado, que reanuda desde el principio continuamente los misterios de sus infatigables partos. Las existencias débiles, como la de Birotteau, viven entre sufrimientos en vez de convertirlos en apotegmas fruto de la experiencia. Se saturan de sufrimientos y las consume retrotraerse todos los días a los que ya se cumplieron. Cuando llegaron las dos parejas al sendero que conduce al bosque de Aulnay, que se alza como una corona en la cima de uno de los más bonitos altozanos de los alrededores de París, y se les apareció La Vallée-aux-Loups tan coquetona como siempre, lo hermoso del día, el encanto del paisaje, las primeras frondas y los deliciosos recuerdos del día más hermoso de su juventud aflojaron las cuerdas de la pena en el alma de César: apretó el brazo de su mujer contra el corazón palpitante, se le aclaró la mirada vidriosa y le estalló en las pupilas la luz del gozo.

—Por fin —dijo Constance a su marido— vuelvo a verte como eres, mi pobre César. Me parece que nos portamos lo bastante bien para poder darnos algún gusto de vez en cuando.

— ¿Puedo acaso? —dijo el pobre hombre—. ¡Ay, Constance, tu afecto es

el único bien que me queda! Sí, he perdido hasta la confianza que tenía en mí; ya no me quedan fuerzas; lo único que deseo es vivir lo suficiente para morir en paz con el mundo. Tú, querida mujer mía, tú, que eres mi sensatez y mi prudencia, tú que viste las cosas claras, tú que eres irreprochable, puedes estar alegre; de nosotros tres, yo soy el único culpable. Hace dieciocho meses, en aquella fiesta fatal, veía a mi Constance, a la única mujer a la que he amado, más hermosa quizá que aquella joven con la que corrí por este sendero hace veinte años, como ahora corren nuestros hijos... En veinte años, he ajado esta belleza, que era mi orgullo, un orgullo lícito y legítimo. Te quiero más aún al conocerte mejor... ¡Ay, queridísima! —dijo poniendo en aquella palabra un acento que le llegó al alma a su mujer—. ¡Cuánto me gustaría oírte refunfuñar en vez de ver cómo mimas mi dolor!

—Nunca creí —dijo Constance— que, tras veinte años de matrimonio, el amor de una mujer por su marido pudiera ser mayor.

Aquella frase hizo que César se olvidase por un momento de todas las desdichas, pues tenía tan grande el corazón que esas palabras eran una fortuna. Siguió, pues, caminando casi alegre hacia su árbol, que, por casualidad, nadie había cortado. Marido y mujer se sentaron, contemplando a Anselme y Césarine que daban vueltas por el mismo espacio herboso sin darse cuenta, pensando quizá que seguían avanzando.

—Señorita —decía Anselme—, ¿piensa que he sido tan cobarde y codicioso como para haberme aprovechado al comprar la parte de su padre en el Aceite Cefálico? Le conservo con esmero la mitad que le corresponde y se la cuido. Descuento con sus fondos; si hay efectos que no están claros, me quedo yo con ellos. Sólo podremos pertenecernos el uno al otro al día siguiente de la rehabilitación de su padre y voy anticipando ese día con toda la fuerza que presta el amor.

El enamorado se había cuidado muy mucho de contarle ese secreto a su suegra. Incluso en los enamorados más inocentes hay siempre el deseo de parecer grandes a los ojos de la amada.

— ¿Y llegará pronto? —preguntó ella.

—Pronto —dijo Popinot.

Le dio aquella respuesta con acento tan emotivo que la casta y pura Césarine le tendió la frente a su querido Anselme; y éste depositó en ella un beso anhelante y respetuoso ante la nobleza del ademán de la chiquilla.

—Papá, todo va bien —le dijo la joven a César con expresión avispada—. Sé bueno: charla y deja de poner cara triste.

Cuando aquella familia tan unida volvió a casa de Pillerault, César, aunque

no fuera muy observador, notó en los Ragon un cambio de comportamiento que traslucía algún suceso. La acogida de la señora Ragon fue especialmente untuosa; y decía a César con la mirada y con el tono: ¡Ya no nos debe nada!

A los postres, llegó el notario de Sceaux: el tío Pillerault hizo que tomase asiento y miró a Birotteau, que empezaba a maliciarse una sorpresa, sin poder suponer cuán grande iba a ser.

—Sobrino, desde hace dieciocho meses los ahorros de tu mujer y de tu hija y los tuyos han rentado veinte mil francos. He cobrado treinta mil francos por el dividendo de tu deuda conmigo, así que tenemos cincuenta mil francos para darles a tus acreedores. El señor Ragon recibió treinta mil francos de su dividendo. El señor notario de Sceaux te trae, pues, un finiquito del pago íntegro, sumados los intereses, que les haces a tus amigos. El resto de la cantidad está en la notaría de Crottat y es para Lourdois, la señá Madou, el albañil, el carpintero y tus acreedores con más prisas. El año que viene, ya veremos. Con tiempo y paciencia, se llega lejos.

Fue indescriptible la alegría de Birotteau; se arrojó, llorando, en brazos de su tío.

—Que luzca hoy la condecoración —dijo Ragon al padre Loraux.

El confesor le anudó la cinta roja en el ojal al empleado, que se miró mil veces durante la velada en los espejos del salón, haciendo gala de una satisfacción que habría movido a risa a quienes se creen superiores y a aquellos buenos burgueses les parecía natural. Al día siguiente, Birotteau fue a ver a la señora Madou.

— ¡Usté por aquí, buena pieza! —dijo ella—. No lo había conocido. ¡La de canas que le han salido! Pero, de todas formas, la gente como usté no lo pasa mal, le dan empleos. Y yo trabajo como un caniche que hace que dé vueltas una máquina igual que un santo.

—Pero, señora...

— ¡Eh, que no es un reproche! —dijo ella—. Usté ya cumplió.

—Vengo a anunciarle que le voy a pagar hoy en la notaría del señor Crottat lo que faltaba de la deuda y los intereses...

— ¿En serio?

—Esté en la notaría a las once y media...

—Esto sí que es ser honrao a carta cabal y toa la pesca —dijo la señora Madou, con candorosa admiración—. Mire, querido señor, el pelirrojito me hace mucho gasto, es mu agradable y me deja un buen margen sin regatearme los precios, pa indemnizarme. Bueno, pues le doy un finiquito y guárdese el

dinero, amigo. La Madou se sube a la parra y es escandalosa, pero de aquí tiene mucho —dijo dando palmadas a los almohadones de carne viva más voluminosos que viera nunca el Mercado de Abastos.

— ¡Eso nunca! —dijo Birotteau—, la ley es taxativa. Quiero pagarle a usted la cantidad íntegra.

—Pues entonces no me haré de rogar —dijo la señora Madou—. Y mañana, en el mercao, lo pondré a usted por las nubes. ¡Menuda broma ha sido ésta!

Al buen César le sucedió otro tanto en casa del pintor de fincas, el suegro de Crottat, pero con algunas variantes. Estaba lloviendo. César dejó el paraguas a un lado de la puerta. El pintor nuevo rico, al ver correr el agua por su elegante comedor, en donde estaba almorzando con su mujer, no fue lo que se dice amable.

—A ver, ¿qué quiere mi pobre Birotteau? —dijo con ese tono de dureza que pone mucha gente cuando se dirige a mendigos importunos.

—Señor Lourdois, ¿no le ha dicho su yerno...?

— ¿Qué? —preguntó Lourdois, impaciente, creyendo que le iba a pedir algo.

—Que vaya usted a la notaría a las once y media, para darme un finiquito del pago íntegro de mi deuda.

—Ah, eso es otra cosa. Siéntese, señor Birotteau. Tome un bocado con nosotros.

—Tenga la bondad de compartir nuestro almuerzo —dijo la señora Lourdois.

— ¿Así que las cosas le van bien? —preguntó el orondo Lourdois.

—No, señor. He tenido que almorzar todos los días un panecillo en la oficina para juntar algo de dinero; pero, con el tiempo, espero reparar todo el daño que le he causado a mi prójimo.

—La verdad —dijo el pintor, metiéndose en la boca una rebanada de pan bien untada de foie-gras— es que es usted hombre de honor.

— ¿Y qué es de la señora Birotteau? —preguntó la señora Lourdois.

—Lleva los libros y la caja en el comercio del señor Popinot.

— ¡Pobre gente! —comentó la señora Lourdois por lo bajo a su marido.

—Si necesita algo de mí, mi querido señor Birotteau, venga a verme —dijo Lourdois—, que podría echarle una mano.

—Necesito que acuda a las once, señor mío —dijo Birotteau. Y se retiró.

Aquel primer resultado dio ánimos al quebrado, pero sin devolverle el sosiego; el deseo de recobrar la honra lo tenía tremendamente inquieto. Perdió por completo los colores que lucía en la cara, se le apagaron los ojos y se le pusieron chupadas las mejillas. Cuando personas conocidas de antiguo se lo encontraban por la mañana, a las ocho, o por la tarde, a las cuatro, camino de la calle de L'Oratoire o de vuelta, vistiendo la levita que tenía cuando vino la caída y que cuidaba como un suboficial pobre cuida el uniforme, con todo el pelo blanco, pálido, medroso, había quien lo detenía aunque a su pesar, pues iba ojo avizor y pegado a las paredes como los ladrones.

—Ya estamos enterados de cómo se está portando, amigo mío —le decían—. Todo el mundo lamenta la severidad con que se trata usted a sí mismo y trata también a su hija y a su mujer.

—Tómeselo con un poco más de calma —le decían otros—. Nadie muere por herida de dinero.

—No, pero sí por una herida del alma —contestó un día a Matifat el pobre César, desfallecido.

A comienzos del año 1823, se tomó la decisión de llevar adelante el canal Saint-Martin. Los terrenos del Faubourg du Temple alcanzaron precios increíbles. Precisamente, el proyecto dividía en dos la propiedad de Du Tillet, que había sido antes de César Birotteau. La compañía adjudicataria del canal aceptó un precio exorbitante si el banquero podía entregar el terreno dentro de un plazo fijado. El arrendamiento que había hecho César a Popinot obstaculizaba el negocio. El banquero fue a la calle de Les Cinq-Diamants a ver al droguero. Du Tillet no sentía sino indiferencia por Popinot, pero el prometido de Césarine profesaba a aquel hombre un odio instintivo. Nada sabía del robo, ni de las infames maquinaciones del afortunado banquero, pero una voz interior le decía a gritos: «Ese hombre es un ladrón impune». Popinot no habría tenido en ningún caso tratos de negocios con él, su presencia le resultaba odiosa. Y más en aquellos momentos, en que veía cómo Du Tillet se enriquecía con los despojos de su ex patrón, pues los terrenos de La Madeleine estaban empezando a alcanzar precios que anunciaban el valor exorbitante al que llegaron en 1827. Por eso, cuando el banquero le hubo explicado el motivo de su visita, Popinot lo miró con reconcentrada indignación.

—No quiero negarle mi renuncia al arrendamiento, pero pido sesenta mil francos, y no rebajaré ni un ochavo.

— ¡Sesenta mil francos! —exclamó Du Tillet, dando un paso atrás.

—Me quedan aún quince años de arrendamiento e irme a otra fábrica me costará tres mil francos más al año. Así que o sesenta mil francos o no hay

más que hablar —dijo Popinot; y se metió en la tienda, con Du Tillet pisándole los talones.

La discusión se agrió, salió a relucir el nombre de Birotteau; la mujer de César bajó y vio a Du Tillet por primera vez desde el famoso baile. El banquero no pudo reprimir un gesto de sorpresa al ver los cambios que había sufrido la ex dueña de la perfumería y bajó la vista, asustado de su obra.

—El señor —dijo Popinot a la señora Birotteau— va a ganar con los terrenos de usted trescientos mil francos y nos niega sesenta mil francos de indemnización por nuestro arrendamiento...

—Tres mil francos de renta —dijo Du Tillet con tono enfático.

— ¡Tres mil francos! —repitió la mujer de César con acento sencillo e intenso.

Du Tillet se puso pálido. Popinot miró a la señora Birotteau. Hubo un momento de hondo silencio que contribuyó a que Anselme entendiera aún menos la escena.

—Firme la renuncia que le he mandado preparar a Crottat —dijo Du Tillet sacando un papel timbrado de un bolsillo lateral—; voy a darle un bono para el banco de sesenta mil francos.

Popinot miró a la mujer de César sin ocultar el profundo asombro que sentía. Le parecía que estaba soñando. Mientras Du Tillet firmaba el bono encima de un pupitre alto, Constance desapareció y subió al entresuelo. El droguero y el banquero intercambiaron los documentos. Du Tillet se despidió con frialdad de Popinot y se fue.

—Dentro de unos meses, por fin —dijo Popinot, mientras miraba cómo se alejaba Du Tillet hacia la calle de Les Lombards en donde había dejado parado el birlocho—, tendré a mi Césarine gracias a este curioso asunto. Mi mujercita no tendrá que quemarse más la sangre trabajando. ¡Cómo! ¡Ha bastado con una mirada de la señora Birotteau! ¿Qué hay entre ella y ese bandido? Lo que acaba de suceder es de lo más extraordinario.

Popinot mandó a alguien a que cobrase el bono en el banco y subió para hablar con la señora Birotteau; pero no la halló en la caja. Debía de estar en su cuarto. Anselme y Constance vivían como viven un yerno y una suegra cuando un yerno y una suegra se llevan bien. Fue, pues, a la habitación de Constance con la natural viveza de un enamorado que tiene la felicidad al alcance de la mano. Al joven negociante lo sorprendió muchísimo hallar a su futura suegra, junto a la que llegó con un brinco de gato, leyendo una carta de Du Tillet, pues Anselme reconoció la letra del ex encargado de Birotteau. Una vela encendida y los fantasmas negros y trémulos de cartas quemadas en los

baldosines hicieron estremecerse a Popinot, quien, dotado de vista penetrante, había leído sin querer la siguiente frase al principio de la carta que tenía su suegra en la mano: «¡La adoro! Bien lo sabe, ángel de mi vida, y porque...».

— ¿Qué ascendiente tiene usted sobre Du Tillet para que haya cerrado un trato así? —dijo, riendo con esa risa convulsa fruto de una sospecha turbia y reprimida.

—No hablemos de esto —dijo ella, dejando traslucir una espantosa turbación.

—Sí —respondió Popinot completamente aturdido—, hablemos del final de sus desventuras.

Anselme giró sobre los talones y fue a tabalear en los cristales de la ventana, mirando al patio. «¿Y qué? —se dijo—. Aunque hubiera estado enamorada de Du Tillet, ¿por qué me va a impedir eso a mí portarme como un hombre cabal?».

— ¿Qué le sucede, hijo mío? —dijo la pobre mujer.

—La cuenta de los beneficios netos del Aceite Cefálico sube a doscientos cuarenta y dos mil francos; la mitad, son ciento veintiuno —dijo Popinot de repente—. Si quito de esa cantidad los cuarenta y ocho mil francos que le di al señor Birotteau, quedan setenta y tres mil, que, junto con los sesenta mil francos de la cesión del arrendamiento, les hacen a ustedes ciento treinta y tres mil francos.

La mujer de César atendía con una ansiedad dichosa que hizo que le palpitase tan fuerte el corazón que Popinot oyó los latidos.

—Pues bien, yo siempre he considerado al señor Birotteau como socio mío —siguió diciendo—, y podemos disponer de esa suma para pagar a los acreedores. Sumándola a los veintiocho mil francos de sus ahorros que tiene invertidos el tío Pillerault, tenemos ciento sesenta y un mil francos. Nuestro tío no nos negará un finiquito de sus veinticinco mil francos. Y no hay fuerza humana que pueda impedirme que le preste a mi suegro, a cuenta de los beneficios del año que viene, la suma necesaria para redondear las cantidades que debe a sus acreedores... y... quedará... rehabilitado...

—Rehabilitado —gritó la mujer de César, arrodillándose en la silla. Juntó las manos para decir una oración tras haber soltado la carta—. ¡Querido Anselme —dijo después de haberse santiguado—, hijo querido!

Le cogió la cabeza, lo besó en la frente, lo estrechó en sus brazos e hizo mil locuras.

— ¡Tuya es Césarine! ¡Qué feliz va a ser mi hija! Dejará esa casa en que se mata...

—Por amor —dijo Popinot.

—Sí —respondió la madre, sonriendo.

—Le voy a contar un secretillo —dijo Popinot mirando la carta fatídica con el rabillo del ojo—. Le hice un favor a Célestin para que pudiera comprarles el negocio, pero puse una condición para hacérselo. La vivienda está igual que la dejaron. Tenía una idea, pero no pensaba que la casualidad nos iba a favorecer tanto. Célestin tiene obligación de subarrendarles su casa de antes, en donde no ha entrado y cuyos muebles serán todos de ustedes. Me he reservado el segundo piso para vivir con Césarine, que nunca se separará de su madre. Cuando nos casemos, vendré aquí por las mañanas, de ocho de la mañana a seis de la tarde. Para que puedan volver a tener fortuna, compraré por cien mil francos la parte del señor César y así, junto con su sueldo, tendrán diez mil libras de renta. ¿No será usted feliz?

—No me diga nada más, Anselme, o me volveré loca.

La angelical compostura de la mujer de César y la pureza de su mirada, la inocencia de aquella hermosa frente daban un soberbio mentís a las mil ideas que le daban vueltas por la cabeza al enamorado, que habría querido acabar con aquellas monstruosidades que estaba pensando. Una culpa era algo irreconciliable con la vida y los sentimientos de la sobrina de Pillerault.

—Mi querida madre adorada —dijo Anselme—, se me acaba de meter a mi pesar en el alma una sospecha espantosa. Si quiere verme feliz, acabe con ella ahora mismo.

Popinot había adelantado la mano hacia la carta y se había apoderado de ella.

—Sin querer —añadió, espantado por el pánico que se le pintaba en el rostro a Constance—, he leído las primeras palabras de esta carta que escribió Du Tillet. Y esas palabras encajan de forma tan singular con el efecto que acaba de producir en él al conseguir que ese hombre se aviniese en el acto a mis desorbitadas exigencias que cualquier hombre le daría a ese hecho la explicación que me sugiere a mí el demonio a mi pesar. Bastaron su mirada y tres palabras...

—No siga —dijo la mujer de César, recuperando la carta y quemándola ante los ojos de Anselme—. Hijo mío, recibo un cruel castigo por una falta mínima. Sepa usted pues todo, Anselme. No quiero que una sospecha que inspire la madre perjudique a la hija. Y, además, puedo hablar sin tener que ruborizarme: lo que voy a confesarle, se lo diría a mi marido. Du Tillet quiso seducirme, mi marido lo supo inmediatamente, y hubo que echar a Du Tillet. ¡El día en que mi marido iba a despedirlo, nos robó tres mil francos!

—Me lo suponía —dijo Popinot, manifestando en la entonación todo el odio que sentía.

—Anselme, su porvenir y su dicha exigen esta confidencia; pero debe morir en su corazón igual que murió en el mío y en el de César. Seguramente se acuerda de una bronca que echó mi marido por una equivocación de caja. El señor Birotteau, para evitar un juicio y que aquel hombre no se perdiera, repuso seguramente en la caja tres mil francos, el precio de este chal de casimir que no tuve hasta tres años después. Ahí tiene la explicación de mi exclamación. ¡Ay, querido hijito, voy a confesarle mi puerilidad! Du Tillet me escribió tres cartas de amor que lo retrataban tan a la perfección —dijo suspirando y bajando la vista— que las conservé... como curiosidad. No las he vuelto a leer más allá de una vez. Pero, en fin, era imprudente conservarlas. Al volver a ver a Du Tillet, me acordé de ellas y subí a mi cuarto para quemarlas; y estaba mirando la última cuando entró usted... Eso es todo, amigo mío.

Anselme hincó una rodilla en tierra y le besó la mano a Constance con tan admirable expresión que a ambos se les llenaron los ojos de lágrimas. La suegra alzó a su yerno, le tendió los brazos y lo estrechó contra su pecho.

Aquel día iba a ser para César un día dichoso. El secretario particular del rey, el señor de Vandenesse, se presentó en la oficina para hablar con él. Salieron juntos al patinillo de la Caja de Amortizaciones.

—Señor Birotteau —dijo el vizconde de Vandenesse—, el rey se ha enterado por casualidad de los esfuerzos que está usted haciendo para pagar a sus acreedores. A Su Majestad lo ha conmovido un comportamiento tan infrecuente y como sabe que, por humildad, no lleva usted la orden de la Legión de Honor, me manda para ordenarle que vuelva a lucir su insignia. Además, como quiere ayudarle a cumplir con sus obligaciones, me ha encargado que le entregue esta cantidad, que procede de su peculio, lamentando no poder hacer más. Esto debe mantenerse rigurosamente en secreto. A Su Majestad le parece poco regio que se sepan oficialmente sus obras de caridad —dijo el secretario íntimo, entregándole seis mil francos al empleado, que mientras oía esas palabras notaba indecibles sensaciones.

Birotteau no pudo sino balbucir palabras inconexas; Vandenesse se despidió con un saludo de la mano, sonriendo. El empeño que impulsaba al pobre César es tan infrecuente en París que su vida había ido insensiblemente moviendo a los demás a admiración. Joseph Lebas, el juez Popinot, Camusot, el padre Loraux, Ragon, el dueño del importante comercio en que trabajaba Césarine, Lourdois, el señor de La Billardière lo habían ido contando. Y la opinión pública, que ya había cambiado en lo que a él se refería, lo ponía por las nubes.

—«¡Ahí va un hombre de honor!». Aquella frase la había oído ya César varias veces al pasar por la calle y le hacía sentir la misma emoción que nota un autor cuando oye decir: «¡Es él!». ¡Aquella estupenda reputación le resultaba mortal a Du Tillet! En cuanto César estuvo en posesión de los billetes de banco que le mandaba el rey, en lo primero que pensó fue en usarlos para pagar a su ex encargado. El buen hombre se fue a la calle de La Chaussée-d'Antin, con lo que, al volver el banquero a casa tras sus gestiones, se encontró en la escalera a su ex patrón.

— ¿Qué se le ofrece, mi pobre Birotteau? —dijo con expresión dulzona.

— ¿Pobre? —exclamó orgullosamente el deudor—. Soy riquísimo. Esta noche pondré la cabeza en la almohada con la satisfacción de haberle pagado.

Aquella frase rebotante de probidad fue para Du Tillet una tortura inmediata. Pese a gozar de general estima, no sentía estima por sí mismo y una voz que no podía acallar le gritaba: «¡Este hombre es sublime!».

— ¡Pagarme! Pues ¿en qué negocios anda usted metido?

Con la seguridad de que Du Tillet no le contaría a nadie aquella confidencia, el ex perfumista dijo:

—Nunca volveré a los negocios, caballero. No hay poder humano que pudiera haber previsto lo que me sucedió. ¿Quién sabe si no volvería a ser víctima de otro Roguin? Pero pusieron mi comportamiento ante los ojos del rey; su corazón se dignó compadecerse de mis esfuerzos y les dio aliento enviándome hace un momento una cantidad bastante elevada que...

— ¿Quiere un finiquito? —dijo Du Tillet, interrumpiéndolo—. ¿Paga usted...?

—Todo. Incluidos los intereses. Por lo tanto, voy a rogarle que venga, a dos pasos de aquí, a la notaría del señor Crottat.

— ¿Ante notario?

—Pero, señor mío —dijo César—, no me está vedado pensar en la rehabilitación y las actas legalizadas son indispensables en tal caso...

—Vamos allá —dijo Du Tillet, saliendo con Birotteau—; vamos allá, está a un paso. Pero ¿de dónde saca usted tanto dinero? —añadió.

—No lo saco —dijo César—. Lo gano con el sudor de mi frente.

—Le debe una cantidad enorme a la Casa Claparon.

—Sí, por desdicha. Ésa es mi mayor deuda. Creo que esa tarea me matará.

—No podrá pagarla nunca —dijo Du Tillet con dureza.

«Tiene razón», pensó Birotteau.

El pobre hombre, al regresar a su casa, paso por inadvertencia por la calle de Saint-Honoré, pues siempre daba un rodeo para no ver ni su tienda ni las ventanas de su vivienda. Por primera vez desde la caída volvió a ver esa casa en la que las angustias de tres meses habían borrado dieciocho años de felicidad.

«Bien creía que acabaría mis días aquí», se dijo. Y apretó el paso, pues había visto el rótulo nuevo:

CÉLESTIN CREVEL

SUCESOR DE CÉSAR BIROTTEAU

—Estoy viendo visiones. ¿No es ésa Césarine? —exclamó al recordar que había divisado una cabeza rubia en la ventana.

Había visto efectivamente a su mujer, a su hija y a Popinot. Los enamorados sabían que Birotteau no pasaba nunca por delante de su antigua casa; e, incapaces de imaginar lo que le había sucedido, habían ido allá a tomar unas cuantas disposiciones relacionadas con la fiesta que estaban planeando darle a César. Aquella extraña aparición asombró tanto a Birotteau que se quedó allí plantado a pie firme.

—Ahí está el señor Birotteau mirando su antigua casa —dijo el señor Molineux al tendero que había en la acera de enfrente de La Reina de las Rosas.

—Pobre hombre —dijo el ex vecino del perfumista—, dio uno de los mejores bailes... Había doscientos coches.

—Asistí a ese baile. Quebró tres meses después —dijo Molineux—. Fui síndico.

Birotteau salió corriendo, temblándole las piernas, y fue a casa de su tío Pillerault. Pillerault, enterado de lo que había sucedido en la calle de Les Cinq-Diamants, pensaba que a su sobrino le iba a costar soportar el choque de una alegría tan grande como la que iba a darle su rehabilitación, pues presenciaba a diario las vicisitudes morales de aquel infeliz, que tenía siempre presentes sus inflexibles doctrinas acerca de los quebrados y echaba mano a diario de todas sus fuerzas. El honor era para César un difunto que podía alcanzar su Domingo de Pascua. Aquella esperanza le tenía el dolor siempre en actividad. Pillerault tomó a su cargo preparar a su sobrino para que recibiese la gran noticia. Cuando llegó Birotteau a casa de su tío, lo encontró pensando en los medios de conseguir su propósito. En consecuencia, la alegría con la que el empleado refirió la prueba de interés que le había dado el rey le pareció a Pillerault un buen augurio. Y el asombro de haber visto a Césarine

en La Reina de las Rosas fue una excelente forma de abordar el asunto.

—Pues bien, César —dijo Pillerault—, ¿sabes de dónde viene todo eso? De lo impaciente que está Popinot por casarse con Césarine. No aguanta más. Ni debe, porque tú seas de exagerada probidad, dejar que se le pase la juventud comiendo pan solo junto al humo de una buena cena. Popinot quiere darte los fondos necesarios para que pagues por completo a tus acreedores...

—Compra a su mujer —dijo Birotteau.

— ¿No lo honra acaso el deseo de rehabilitar a su suegro?

—Pero podría haber base para una impugnación. Por lo demás...

—Por lo demás —dijo el tío haciendo como que montaba en cólera—, puedes tener derecho a inmolarte tú, pero no puedes inmolar a tu hija.

Se entabló una vehemente discusión, que Pillerault atizaba deliberadamente.

— ¡Vaya! Y si Popinot no te hubiera prestado nada —exclamó Pillerault—, si te hubiera considerado como socio suyo, si hubiera considerado el precio que pagó a tus acreedores por la parte que te corresponde del aceite como un adelanto de beneficios, para no dejarte sin nada...

—Habría parecido que me había puesto de acuerdo con él para engañar a mis acreedores.

Pillerault fingió darse por vencido ante aquella razón. Conocía lo bastante el corazón humano para saber que, durante la noche, aquel hombre digno se pelearía consigo mismo a ese respecto. Y que aquel debate interno lo iría acostumbrando a la idea de la rehabilitación.

—Pero —dijo César mientras cenaban—, ¿por qué mi mujer y mi hija estaban en mi casa de antes?

—Anselme quiere alquilarla para vivir con Césarine. Tu mujer está de su parte. Han ido a que publicasen las amonestaciones sin decirte nada, para obligarte a acceder. Popinot dice que sería menos meritorio casarse con Césarine después de tu rehabilitación. ¡Aceptas los seis mil francos del rey, y no quieres aceptar nada de tu familia! Yo puedo perfectamente darte un finiquito por lo que me corresponde. ¿Me lo ibas a rechazar?

—No —dijo César—, pero no por eso iba a dejar de seguir ahorrando para pagarle, aunque tuviera el finiquito.

—Todo eso no son sino sutilezas —dijo Pillerault—. Y en lo relativo a la probidad, me parece que no me ando con chiquitas. ¿Qué tontería dijiste hace un rato? ¿Cuando hayas pagado a todos tus acreedores, los habrás engañado?

En aquel momento, César miró atentamente a Pillerault, y a Pillerault lo emocionó ver, después de tres años, que una sonrisa abierta animaba, por vez primera, los afligidos rasgos de su infeliz sobrino.

—Es cierto —dijo—, les habría pagado... ¡Pero eso es vender a mi hija!

—Y yo quiero que me compren —gritó Césarine, apareciendo con Popinot.

Los dos enamorados habían oído las últimas palabras al entrar de puntillas en el recibidor de la exigua vivienda de su tío. En pos de ellos, venía la señora Birotteau. Los tres habían ido a toda prisa en coche a ver a los acreedores que faltaban por pagar para citarlos esa tarde en la notaría de Alexandre Crottat, en donde estaban preparando los finiquitos. El enérgico sentido común del enamorado Popinot pudo más que los escrúpulos de César, que se emperraba en seguir considerándose deudor y en asegurar que burlaba la ley con una novación. Contuvo las indagaciones de su conciencia cuando Popinot exclamó:

—Pero ¿es que quiere matar a su hija?

— ¡Matar a mi hija! —dijo César pasmado.

—Pues bien —dijo Popinot—, tengo derecho a hacerle una donación en vida de la cantidad que en conciencia creo que, en mis negocios, es suya. ¿Me la va a rechazar?

—No —dijo César.

— ¡Muy bien, pues vamos a la notaría de Alexandre Crottat esta tarde para que ya no haya más que hablar! Y, de paso, veremos lo de nuestro contrato de boda.

Derville se encargó de depositar una solicitud de rehabilitación y todos los documentos pertinentes en la Fiscalía General del Tribunal de Casación de París.

Todo aquel mes que duraron los trámites y corrieron las amonestaciones de la boda de Césarine y Anselme, a Birotteau lo tuvieron desasosegado febriles conmociones. Estaba intranquilo, temía no vivir hasta el gran día de la sentencia. Le palpitaba el corazón sin motivo, a lo que decía. Se quejaba de sordos dolores en aquel órgano que habían consumido tanto las emociones del dolor que aquella alegría suprema lo cansaba. Las sentencias de rehabilitación se dan tan poco en el Tribunal de Casación de París que apenas si se dicta una cada diez años. Para las personas que se toman la sociedad en serio, el aparato de la justicia tiene un no sé qué de grande y trascendente. Las instituciones dependen por completo de los sentimientos que los hombres ponen en ellas y de la grandeza con las que reviste el pensamiento. Por eso, cuando un pueblo no tiene ya religión sino creencia, cuando la primera educación ha aflojado en

ese pueblo los lazos conservadores acostumbrando al niño a un análisis implacable, una nación se disuelve, pues ya no la unen sino las infames soldaduras del interés material y los mandamientos del culto del egoísmo bien entendido. Birotteau, nutrido en las ideas religiosas, tomaba la justicia por lo que debería ser a los ojos de los hombres, una representación de la mismísima sociedad, una augusta expresión de la ley consentida, independiente de la forma bajo la que se presenta: cuanto más anciano, más encorvado y más canoso es el magistrado, más solemne es, por lo demás, el ejercicio de su sacerdocio, que requiere un estudio tan a fondo de los hombres y las cosas que prescinde del corazón y lo endurece en la tutela de vitales intereses. Ya quedan pocos hombres que sientan vehementes emociones al subir, en ese antiguo Palacio de Justicia de París, por la escalera del Patio Real, y el ex negociante era uno de esos hombres. Pocas personas se han fijado en la solemne majestad de esa escalera tan bien situada para impresionar; se halla en la parte alta del peristilo exterior que es ornamento del patio del Palacio, y tiene la puerta en medio de una galería, uno de cuyos extremos conduce a la gigantesca Sala de los Pasos Perdidos; y el otro, a la Sainte-Chapelle, dos monumentos junto a los cuales todo resulta mezquino. La iglesia de Saint-Louis es uno de los edificios más imponentes de París y llegar a ella por el fondo de esa galería tiene un no sé qué de sombrío y romántico. En cambio, la amplia Sala de los Pasos Perdidos brinda una perspectiva llena de luminosidad y resulta difícil olvidar que la historia de Francia va unida a esa sala. Muy grandiosa debe de ser pues esa escalera para que no la agobien demasiado estas dos magnificencias. Es posible que el alma se inmute ante el aspecto de la plaza en que se cumplen las sentencias, vista a través de la suntuosa verja del Palacio. La escalera va a dar a una enorme estancia, vestíbulo de esa otra en que el tribunal celebra las audiencias de su Sala Primera, y constituye la Sala de los Pasos Perdidos del Tribunal. Juzgue el lector qué emociones debieron embargar al quebrado, a quien aquellos accesorios impresionaron de forma espontánea, al subir hasta el Tribunal rodeado de sus amigos: Lebas, presidente a la sazón del Tribunal de Comercio; Camusot, su ex juez delegado; Ragon, su patrón; el padre Loraux, su director espiritual. El santo sacerdote dio más lustre a aquellos esplendores humanos con un comentario que hizo que a César le parecieran aún más imponentes. A Pillerrault, aquel filósofo práctico, se le había ocurrido proporcionarle de antemano a su sobrino alegrías extremas para evitarle los peligros de los acontecimientos imprevistos de aquella celebración. Cuando el ex negociante estaba acabando de arreglarse, vio llegar a los amigos auténticos que consideraban un honor acompañarlo al Tribunal. Aquel cortejo proporcionó a aquel hombre bueno un contento que le prestó la exaltación necesaria para soportar el impresionante espectáculo del Tribunal. Birotteau encontró a otros amigos reunidos en la sala de audiencias solemnes en donde actuaban alrededor de doce consejeros.

Cuando enumeraron las causas que iban a verse, el procurador de Birotteau planteó la demanda en pocas palabras. Tras un ademán del presidente primero con que lo invitaba a presentar sus conclusiones, el fiscal general se puso en pie. En nombre de la Fiscalía, el fiscal general, el hombre que representa la vindicta pública, iba a pedir personalmente que le devolvieran el honor al negociante que sólo lo había comprometido: ceremonia única, pues en ella únicamente puede darse el indulto del condenado. Las personas nobles pueden suponer las emociones por las que pasó Birotteau cuando oyó al señor De Granville pronunciar un discurso cuyo resumen viene a continuación:

—Señores —dijo el famoso magistrado—, el dieciséis de enero de 1820 una sentencia del Tribunal de Comercio del departamento de Sena declaró en estado de quiebra a Birotteau. No era esa quiebra fruto ni de la imprudencia de este comerciante, ni de especulaciones equivocadas, ni de ninguna otra razón que pudiera menoscabar su honor. Sentimos la necesidad de decirlo muy alto: esta desventura la causó uno de esos desastres que se han dado una y otra vez para mayor aflicción de la Justicia y de la villa de París. Le estaba reservado a nuestro siglo, en el que aún fermentará por mucho tiempo la viciada levadura de los hábitos y las ideas revolucionarias, el espectáculo del cuerpo de notarios de París apartándose de las gloriosas tradiciones de los siglos anteriores y acarreado en pocos años tantas quiebras como se dieron en dos siglos durante la anterior monarquía. ¡La sed del oro ganado a toda prisa ha llegado hasta los oficiales ministeriales, esos tutores de la riqueza pública, esos magistrados intermedios!

Vino luego una parrafada que desarrolló lo anterior, en que, para obedecer a las necesidades de su papel, el conde de Granville halló forma de incriminar a los liberales, a los bonapartistas y demás enemigos del trono. Los acontecimientos demostraron que las aprensiones de aquel magistrado eran fundadas.

—La huida de un notario de París que se llevó los fondos que había depositado Birotteau en su notaría trajo consigo la ruina del impetrante —siguió diciendo el orador—. El Tribunal dictó en este caso una sentencia que demuestra hasta qué punto la confianza de los clientes de Roguin quedó indignamente burlada. Hubo un acuerdo. Destacaremos, en aras del honor del impetrante, que las operaciones fueron de notable limpieza, como no se dan en ninguna de las escandalosas quiebras que afligen a diario al comercio de París. Los acreedores de Birotteau tuvieron a su disposición incluso las cosas mínimas que éste poseía. Encontraron, señores, su ropa, sus joyas, en fin, los objetos de uso personal, no sólo los suyos, sino también los de su mujer, que renunció a todos sus derechos para incrementar el activo. Birotteau, en esta circunstancia, no defraudó la consideración de que lo habían hecho acreedor sus funciones municipales, pues era a la sazón teniente de alcalde del distrito

segundo y acababan de condecorarlo con la Legión de Honor concedida tanto al monárquico que combatió en vendimiario en las escaleras de Saint-Roch y las tiñó entonces con su sangre, cuanto al magistrado mercantil a quien estimaban por sus luces y querían por su espíritu de conciliación y al modesto concejal que acababa de rechazar los honores de la alcaldía para proponer a persona más digna de ellos, al honorable barón de La Billardière, uno de los nobles chuanes que Birotteau había aprendido a apreciar en los días difíciles.

—Esa frase es mejor que la que dije yo —le dijo César a su tío por lo bajo.

—Por ello, los acreedores, al poder cobrar el sesenta por ciento de la deuda merced a la renuncia de este leal negociante, en nombre propio y en el de su mujer y su hija, a todo cuanto poseía, hicieron constar la expresión de su estima en el acuerdo que se pactó entre ellos y el deudor y en el que le condonaron el resto de la deuda. Solicitamos la atención del Tribunal para estos testimonios por la forma en que están expresados.

Llegado a este punto, el fiscal general leyó los considerandos del acuerdo.

—Ante tan benévolas disposiciones, caballeros, muchos negociantes podrían haberse considerado eximidos y habrían paseado por la plaza pública con la cabeza muy alta. Pero Birotteau, antes bien, sin caer en el abatimiento, formó en conciencia el proyecto de llegar hasta el día glorioso que hoy amanece aquí para él. Nada pudo echarlo atrás. Nuestro amadísimo soberano concedió un empleo al herido de Saint-Roch para que no le faltase el pan; y el quebrado reservaba ese sueldo para sus acreedores sin tomar nada de él para sus necesidades, pues no le faltó la abnegación de su familia...

Birotteau, llorando, le estrechó la mano a su tío.

—Su mujer y su hija depositaban en la hacienda común los frutos de su trabajo, pues se habían adherido al noble punto de vista de Birotteau. Ambas dejaron la posición que ocupaban para aceptar una inferior. Sacrificios así, señores, debemos honrarlos muy mucho, pues son los más difíciles. Y tal fue la tarea que se impuso Birotteau.

Aquí, el fiscal general leyó el resumen del estado de cuentas, especificando las cantidades que quedaban a deber y los nombres de los acreedores.

—Todas y cada una de estas cantidades se han pagado, señores, incluidos los intereses; y no hay finiquitos con firmas privadas, de esos que exigen la severidad de una investigación, sino finiquitos auténticos que en modo alguno pueden sorprender a la confesionalidad del Tribunal y no impidieron que los magistrados cumplieran con su deber y llevaran a cabo la investigación que prevé la ley. Van a devolver ustedes a Birotteau no el honor sino los derechos de los que se hallaba privado, y, al hacerlo, harán justicia. Espectáculos así abundan tan poco en esta audiencia que no podemos por menos de expresar al

impetrante cuán ferviente es nuestro aplauso a ese comportamiento suyo, que augustos amparos habían alentado ya.

Leyó luego sus conclusiones formales, redactadas al estilo del Palacio.

El Tribunal deliberó sin retirarse y el presidente se puso en pie para dictar sentencia.

—El Tribunal —dijo al concluir— me ha encomendado que exprese a Birotteau la satisfacción que siente al dictar esta sentencia. Ujier, que pase el siguiente caso.

A Birotteau, vestido ya con el caftán de gala con que lo ataviaban las frases del ilustre fiscal general, lo anonadó de placer la solemne frase del presidente primero del supremo Tribunal de Francia, que indicaba que el corazón de la impasible justicia humana era también capaz de vibrar. No podía retirarse de la sala, como si se hubiera quedado clavado en el sitio, y miraba con pasmo a los magistrados, como si fueran ángeles que acababan de volver a franquearle las puertas de la vida social; su tío lo tomó del brazo y lo condujo a la otra sala. César, que no había obedecido a Luis XVIII, se puso entonces maquinalmente en el ojal la cinta de la Legión de Honor; lo rodearon en el acto sus amigos y lo condujeron triunfalmente hasta el coche.

— ¿Adónde me llevan, amigos míos? —preguntó a Joseph Lebas, a Pillerault y a Ragon.

—A su casa.

—No; son las tres. Quiero entrar en la Bolsa y hacer uso de mi derecho.

—A la Bolsa —dijo Pillerault al cochero, haciéndole una expresiva seña a Lebas, pues estaba observando preocupantes síntomas en el rehabilitado y temía que se volviera loco.

El ex perfumista entró en la Bolsa del brazo de su tío y de Lebas, negociantes respetadísimos ambos. Ya se sabía su rehabilitación. La primera persona que vio a los tres negociantes, tras quienes venía el anciano Ragon, fue Du Tillet.

— ¡Ah, mi querido patrón, estoy encantado de saber que ha salido usted con bien! Es posible que haya tenido yo algo que ver en este feliz desenlace de sus tribulaciones por la facilidad con que dejé que me esquilmasen el joven Popinot. Me alegro de su dicha como si fuera mía.

—Sólo esa alegría podrá usted tener —dijo Pillerault—. A usted nunca le pasará algo así.

— ¿Cómo debo tomarme eso, caballero? —dijo Du Tillet.

— ¡Carape! Pues en el mejor de los sentidos —dijo Lebas, sonriendo ante

la vengativa malicia de Pillerault, quien, sin estar enterado de nada, miraba a aquel hombre como a un bandido.

Matifat reconoció a César. En el acto, los negociantes de mejor reputación rodearon al ex perfumista y le hicieron una ovación bursátil. Recibió los cumplidos más halagadores y apretones de mano que despertaron muchas envidias y atizaron unos cuantos remordimientos pues, de cien personas que andaban por allí, más de cincuenta habían pasado por liquidaciones. Gigonnet y Gobseck, que estaban charlando en un rincón, miraron al virtuoso perfumista como debieron de mirar los físicos el primer gimnoto eléctrico que les enseñaron. Este pez, que cuenta con la potencia de una botella de Leyde, es la mayor curiosidad del reino animal. Tras haber respirado el incienso del triunfo, César volvió a subirse al coche de punto y emprendió el camino de su casa en donde tenía que firmar el contrato de boda de su querida Césarine y del abnegado Popinot. Tenía una risa nerviosa que llamó la atención a sus tres amigos.

Uno de los defectos de la juventud es que cree que todos tienen la misma fuerza que ella, defecto que, por lo demás, no carece de virtudes: en vez de ver las cosas y a los hombres a través de unos lentes, los tiñe con los colores de su fuego y derrama su exceso de vitalidad incluso sobre las personas ancianas. Al igual que César y Constance, Popinot conservaba en la memoria una imagen fastuosa del baile que había dado Birotteau. Durante aquellos tres años de pruebas, Constance y César habían vuelto a oír muchas veces, sin confesárselo, la orquesta de Collinet, habían vuelto a ver la florida reunión y gustado aquella alegría que con tan cruel castigo habían pagado, de la misma forma que Adán y Eva debieron de acordarse a veces del fruto prohibido que dio muerte y vida a toda su posteridad, pues, al parecer, la reproducción de los ángeles es uno de los misterios del cielo. Pero Popinot podía acordarse de aquella fiesta sin remordimientos y con deleite: Césarine, más esplendorosa que nunca, se había prometido con el pobre Popinot. ¡Durante aquella velada había adquirido el joven la seguridad de que ella lo amaba por lo que era! En consecuencia, al comprarle a Célestin la vivienda remozada por Grindot, estipulando que no había que tocar nada, al conservar religiosamente los menores detalles que pertenecían a César y a Constance, estaba soñando con dar su propio baile, su baile de esponsales. Había preparado aquella fiesta con mimo, imitando a su patrón sólo en los gastos necesarios, y no en las locuras: las locuras ya eran cosa pasada. La cena, por lo tanto, la servía Chevet, y los comensales eran más o menos los mismos. El padre Loraux ocupaba el lugar del Gran Canciller de la Legión de Honor, y no faltaba Lebas, presidente del Tribunal de Comercio. Popinot invitó al señor Camusot para agradecerle las muchas consideraciones que había tenido con Birotteau. El señor de Vandenesse y el señor De Fontaine vinieron en vez de Roguin y su mujer. Césarine y Popinot habían repartido juiciosamente las invitaciones para el

baile. Ambos temían por igual dar publicidad a una boda y querían evitar los roces que padecen los corazones sensibles y puros, por lo que se les ocurrió dar el baile para celebrar el contrato. Constance recuperó el vestido de color cereza con el que, un único día, resplandeció con fugitivo brillo. Césarine se complació en darle a Popinot la sorpresa de lucirse con ese mismo traje de baile del que él le había hablado tantas veces. Por lo tanto, la vivienda iba a brindarle a Birotteau el espectáculo delicioso del que gozó una única velada. Ni Constance, ni Césarine, ni Anselme se habían percatado del peligro que entrañaba para César aquella sorpresa desmedida y, a las cuatro, lo estaban esperando con un gozo que los movía a hacer chiquilladas.

Tras las indecibles emociones que le había hecho sentir su regreso a la Bolsa, aquel héroe de la probidad comercial iba a padecer el sobrecogimiento que lo esperaba en la calle de Saint-Honoré. Cuando, al entrar en su antigua casa, vio al pie de la escalera, que seguía nueva, a su mujer con el vestido color cereza, a Césarine, al conde de Fontaine, al vizconde de Vandenesse, al barón de La Billardière y al ilustre Vauquelin, se le puso un leve velo ante la vista. Y su tío Pillerault, de cuyo brazo iba, le notó un estremecimiento interior.

—Es demasiado —dijo el filósofo al enamorado Anselme—, no va a poder soportar todo el vino que le estamos sirviendo.

Estaban tan alegres todos los corazones que todos y cada uno atribuyeron la emoción de César y los tropiezos que daba al andar a una embriaguez muy natural, pero mortal con frecuencia. Al hallarse otra vez en su casa, al volver a ver su salón y a sus comensales, entre los que había mujeres con vestidos de baile, de repente el movimiento heroico del final de la gran sinfonía de Beethoven le estalló en la cabeza y en el corazón. Aquella música ideal irradió y chispeó en todos los modos y retumbaron sus clarines en las meninges de aquella cabeza cansada, para la que iba a ser aquello el gran final.

Agobiado por aquella armonía interior, fue a cogerse del brazo de su mujer y le dijo al oído con voz que ahogaba un borbotón de sangre contenido:

— ¡No me encuentro bien!

Constance, asustada, llevó a su marido al dormitorio, adonde le costó llegar y en donde se desplomó en un sillón diciendo:

— ¡Señor Haudry, padre Loraux!

Llegó el padre Loraux, tras el que acudieron los comensales y las mujeres con vestido de baile, que se detuvieron formando un atónito grupo. En presencia de la florida concurrencia, César le estrechó la mano a su confesor y recostó la cabeza en el seno de su mujer, arrodillada. Ya se le había roto un vaso en el pecho y, además, el aneurisma le sofocaba el aliento postrero.

— ¡Es la muerte del justo! —dijo el padre Loraux con voz grave, mostrando a César con uno de esos gestos divinos que Rembrandt supo intuir para su cuadro de Cristo resucitando a Lázaro.

Jesús ordena a la Tierra que devuelva su presa, y el santo sacerdote avisaba al Cielo a un mártir de la probidad comercial para que le otorgase la palma eterna.

París, noviembre de 1837

***Freeditorial*** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)